La terquedad de las estrellas
LARA BELI

LA TERQUEDAD DE LAS ESTRELLAS

LARA BELI

Primera edición: julio 2018

© 2018, Lara Beli

© Imagen original de la portada: Pixabay

Diseño de la portada: Lara Beli.

Esta obra tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Todos los personajes y escenarios de esta obra son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

ÍNDICE.

UN GRINCH CASI BONDADOSO
DEMASIADO ESPÍRITU NAVIDEÑO
UN RENO LLOROSO Y EMPAPADO
RUN, RUDOLPH, RUN
BESANDO A *SLENDERMAN*
JUPITER Y PLUTÓN (LUKE)
OUZO Y POLVO DE ESTRELLAS
ALGO BONITO QUE AÚN NO TIENE NOMBRE
MEMENTO MORI
HIELO Y ALGODÓN DE AZÚCAR
LA QUINTAESENCIA DEL OCÉANO
LA REINA DE LAS HADAS (LUKE)
ESTRELLAS AISLADAS
ASTROPHYTUM
UNA CONSTELACIÓN NUEVA (LUKE)
ESTRELLAS QUE EXPLOTAN
UN BÁLSAMO QUE CUBRA CICATRICES
EL REGUSTO DE UNA PESADILLA ANTIGUA (LUKE)
ESTRELLAS QUE SE FUSIONAN Y VUELVEN A DISTANCIARSE.
EL REY ROBLE Y EL REY ACEBO (LUKE)
BASURA ESPACIAL
CANGREJOS ERMITAÑOS (LUKE)
EL SÓTANO DEL DALAI LAMA
LA IGNORANCIA
CASIOPEA
ESTRELLAS TERCAS
SOBRE LA AUTORA

Para mi J, mi S y mi L.

The first time ever I saw your face
I thought the sun rose in your eyes
And the moon and the stars were the gifts you gave
To the dark and the empty skies my love
To the dark and the empty skies

Extracto de la canción **"The First Time Ever I Saw Your Face"**
escrita por Ewan MacColl

UN GRINCH CASI BONDADOSO

Mi madre y yo coleccionábamos frases de películas. Nos recuerdo a las dos sentadas en un viejo sofá de vinilo, con las piernas cubiertas por una manta mientras analizábamos los diálogos de la pantalla. A mí me gustaban las frases rebuscadas y grandilocuentes y las apuntaba en cuadernos que después siempre perdía. Ella, por su parte, disfrutaba criticando y sacándole punta a todo. Una de sus especialidades era descalabrar obras maestras como cuando dijo, hablando de *Casablanca*, que sólo a un guionista descerebrado se le ocurriría comparar las bombas de los nazis con los latidos de un corazón. O como cuando rebatió furiosamente a Forrest Gump asegurando que comparar la vida con una caja de bombones era absurdo, ya que eso implicaría que existe en algún lugar una dosis de chocolate para todo el mundo. Y eso, por desgracia, no siempre se cumple. Los hay que se marchan con las manos vacías. O peor aún, con el envoltorio de celofán hecho trizas que alguien más avispado o más afortunado ha dejado atrás.

Quizá mi madre era pesimista por naturaleza o quizá su forma de pensar era la consecuencia natural de pasarse diez horas al día tras una caja registradora, oyendo una y otra vez los pitidos, tan fuerte y tantas veces que al salir de allí le costaba reaccionar a los cláxones en los atascos. Ésa era ella, cajera en Walmart de día y crítica mordaz de cine el resto del tiempo.

Mi padre estuvo poco tiempo con nosotras. Murió en un absurdo accidente laboral (se precipitó desde un sexto piso mientras reparaba un tejado) pero a mamá le encantaba contar anécdotas sobre él, empezando por el día en que se conocieron. Mi padre se había colado por la ventana de su habitación en busca de una gorra que el viento acababa de arrebatarle mientras ponía tejas nuevas en la casa de mis abuelos. Su historia de amor nació en el mismo momento en que ella dejó de gritar y perseguirlo con un libro de tapa dura que le dejó un chichón del tamaño de un limón maduro. Mamá decía que las chispas surgieron desde el primer instante, cuando se miraron a los ojos por primera vez después de que él diese las explicaciones pertinentes y ella se ofreciese a ponerle una bolsa de guisantes congelados en la frente. Ahí fue cuando mi madre supo que querría despertar todos los días de su vida con la sonrisa canalla y el olor a menta de mi padre sobre la almohada. Y él supo que jamás habría para él otros ojos que no fuesen los de mi madre, azules y brillantes como el fondo de una piscina bajo el sol de verano.

Es extraño como el amor puede surgir en un pestañeo, ¿verdad? Me gustaría saber que se siente.

Mi padre bromeaba diciendo que su historia comenzó igual que la de Peter Pan y Wendy, con él colándose por su ventana, aunque en lugar de su sombra iba buscando su vieja gorra de los Boston Red Sox. La broma llegó hasta tal punto que él la llamó Wendy en lugar de Michelle cuando pronunciaron los votos el día de su boda, lo cual provocó un gran escándalo porque Wendy es también el nombre de mi tía, la hermana mayor de mamá, que es soltera y vive en Reno con media docena de gatos siameses. Parece ser que todos los invitados pensaron que mi padre estaba teniendo una aventura con su propia cuñada y se había hecho un lío con los nombres.

A él le gustaba dibujar y justo antes de la boda le regaló a mamá una lámina con ellos dos caracterizados como Peter Pan y Wendy volando hacia Nunca Jamás. Era un dibujo rudimentario, de un estilo *kitsh* bastante hortera, con las figuras esbozadas sobre un cielo lleno de estrellas, Mount Charleston al fondo y una luna enorme y sonriente en una esquina. Durante años presidió nuestro salón y cuando yo era pequeña me encantaba mirarlo y reseguir con el dedo la trayectoria brillante de las estrellas dibujadas.

—Están ahí para que papá y tú no os perdáis, ¿verdad?— le preguntaba a mi madre al menos una vez por semana.

—Verdad. Para que encontremos el camino a casa.

—Me gustaría que alguien me pintase estrellas a mí también.

Este era el momento en que mi madre daba por terminada la conversación, quizá porque su carácter cáustico la hacía poco dada a divagaciones cósmico-poéticas. O puede que se marchase a llorar por su amor perdido, porque más de una vez alegó que se le había metido algo en el ojo antes de huir y encerrarse en la cocina.

El caso es que mi fascinación por las estrellas empezó por aquel entonces y como desde nuestra ventana sólo podía verse un trozo de cielo sucio y un puñado de estrellas raquíticas, me pasaba las noches contemplando el techo de mi habitación, donde mamá y yo habíamos colocado el *Sistema Solar para Niños. Kit Extragrande* que la tía Wendy me había enviado por mi sexto cumpleaños y que se convirtió enseguida en uno de mis juguetes favoritos, a pesar de errores flagrantes del fabricante como un Saturno con sólo tres anillos o un Venus pintado de brillante color fucsia. Pero tenía estrellas, y eso era todo lo que me importaba. Estrellas como las que mi padre le había regalado a mi madre, pintadas solo para ella. Estrellas de vinilo plateado que se despegaron un poco por las puntas a los tres días de colocarlas. Pero cuando una es una niña con piernas de alambre y aparato en los dientes y la mayor manifestación de amor que conoce es un lienzo con un cielo estrellado pintado con acuarelas… por algo

se empieza, ¿no?

***

Así que aquí estoy, años después, a mis veintiséis recién cumplidos, en mi puesto tras la barra del bar del casino Golden Apricot de Las Vegas, mezclando cócteles a la velocidad del rayo. Me gusta mi trabajo. Jason y Nia, mis mejores amigos, dicen que no me pega ni con cola y que un casino es el último lugar donde uno esperaría encontrarme. Son unos exagerados, aunque es cierto que no me parezco en nada a las chicas despampanantes embutidas en vestidos ajustados que suelen trabajar aquí, casi todas con largas melenas oxigenadas y cuerpos voluptuosos. Yo tengo el pelo negro y lacio, de lo más soso, los ojos demasiado saltones y llevo lentillas cuando intento ir arreglada y gafas de cristales gruesos cuando no, que es casi todo el tiempo. Para ser sinceros, creo que solo me contrataron porque preparo unos cócteles geniales. Solo he trabajado de barman- o de barwoman, que me gusta llamarme así porque suena a a superheroina- desde que salí del instituto y es lo único que sé hacer. Y se me da realmente bien. Me encanta combinar ingredientes, buscar la combinación exacta, sopesar las cantidades y mezclarlas de mil modos distintos para conseguir una combinación perfecta. Como si fuera una especie de alquimista moderna preparando elixires.

Una cosa es cierta: Las Vegas hace que tu baremo de lo que es normal cambie drásticamente. Aquí he visto cosas increíbles, como una mujer de al menos ochenta años borracha como una cuba cantando *I say a Little prayer* en plena calle con una voz que la misma Aretha Franklin envidiaría. O aquel chico que insistía en que le preparase un gin tonic con un ingrediente especial: los recortes de las uñas de su novia, que traía bien guardadas en una servilleta. Por supuesto, no acepté, pero a mi parte más friki le hubiera gustado comprobar si el esmalte de purpurina reacciona de algún modo con la ginebra y la tónica.

También me ha tocado presenciar muchas bodas excéntricas. He visto más Elvis casarse con Marilyns de los que puedo contar. Incluso he visto a la princesa Leia casarse con Frodo Bolsón. Y a Christian Grey con Bella Swan, aunque creo que esta última unión no duró mucho. Demasiada intensidad

Hablando de bodas, si te estás preguntando si en todo este tiempo he sido capaz de construir para mí una historia de amor como la de mis padres, la respuesta es no. Simple y llanamente. Hace tiempo que dejé de mirar al cielo en busca de estrellas y ya no espero que nadie me las regale. Es lo que tiene madurar, algo que creo que he empezado a hacer a marchas forzadas desde que Isaiah se marchó.

Isaiah es mi segundo ex novio. Mi primer ex novio se llama Ezekiel y son las dos únicas relaciones serias que he tenido. Con ambos intenté construir una historia de amor como la de mis padres, bien cimentada, que durase para siempre. Con los dos hice una especie de estudio de mercado antes de embarcarme en algo serio: averigüe sus gustos y aficiones, me ocupé de informarme de cuál era su marca de helado favorita, de qué lado de la cama les gustaba dormir. Quería saberlo todo sobre ellos, impregnarme de ellos, igual que habían hecho mis padres, tan embebidos el uno en el otro que a veces incluso se olvidaban de que yo estaba allí. El suyo fue uno de esos amores eternos; incluso después de la muerte de papá mi madre compraba por inercia su jabón de afeitar cuando lo veía en oferta. O quizá lo hacía a propósito para seguir oliéndolo a él, porque una cosa es cierta; nuestra casa continuó oliendo a papá, a su colonia, al betún que usaba en los zapatos, incluso a sus cigarrillos mentolados, muchos años después de que él ya no estuviese.

Yo quería lo mismo para mí. Y lo intenté con todas mis fuerzas. A veces tenía la sensación de haberme convertido en una esponja, comprimiéndome o expandiéndome para adaptarme a mis parejas, a sus gustos y circunstancias. Intenté acortar la distancia entre nosotros hasta tal punto que acabamos asfixiándonos mutuamente, tan entretejidos como uno de esos ovillos liados que una acaba tirando a la basura sólo por no pasar el esfuerzo de desentrañarlo.

Ezekiel me dejó por otra. Como estaba tan absorta intentando convertirme en la mujer-puzle para acoplarme a él, ni siquiera me di cuenta de que todo se estaba desmoronando a mis espaldas. Fue la señora Patterson, mi vecina, la que los descubrió a él y a su amante un día que se coló en mi apartamento aprovechando que los dos tórtolos habían dejado la puerta entreabierta, supongo que porque estaban en pleno apogeo pasional, con los pantalones por los tobillos y las manos en cualquier parte menos en el pestillo que debían cerrar. La señora Patterson me aseguró que entró porque creía que unos ladrones se habían colado y estaban poniendo mi apartamento patas arriba, pero yo sé que su intención era fisgar, simple y llanamente. Dawn Patterson es la persona más cotilla que te puedas encontrar. Después se pasó meses detallándome, cada vez que nos cruzábamos en las escaleras, el modo en que Ezekiel se movía sobre su amante, como si se hubiese convertido en una taladradora humana. Y lo peludo que tenía el trasero, eso también. Como si yo no lo supiera.

Mi segundo ex novio, Isaiah, simplemente se marchó. Un día salió de mi casa y simplemente no paró de conducir hasta que llegó al aeropuerto, donde cogió un vuelo a Nepal. Ahora se dedica a escalar ochomiles y en la última foto que publicó en Facebook aparecía

clavando una bandera del estado de Nevada en el Everest, rodeado de sherpas y con una expresión de felicidad radiante que muy pocas veces le había visto en el tiempo que duró nuestra relación.

Los dos adujeron la misma razón para hacer lo que hicieron: *« Anne, me asfixias»*

Sí, como si yo fuese un jersey con el cuello demasiado estrecho.

Cuando Isaiah se marchó me reuní en gabinete de crisis con mis mejores amigos, Nia y Jason, y después de ventilarnos entre los tres una botella de Jägermeister y un paquete grande de galletas Oreo hicimos una lista con las conclusiones a las que habíamos llegado:

1. El hecho de que mis dos ex novios tengan nombre de profeta ya dice mucho de lo perdida que estoy en lo que a relaciones sentimentales se refiere. (contribución de Nia)
2. Mi vida amorosa es un desastre porque sigo empeñada en vivir una historia de amor como las de Hollywood (contribución de Jason)
3. Mi radar de detectar gilipollas está destrozado, muerto, *kaput* (contribución de Nia)
4. Tengo claro lo que no quiero pero sigo sin tener claro lo que realmente quiero, por eso me va como me va (contribución de Jason, que se pone filosófico cuando bebe)
5. Si me dedicara a follar más y a pensar menos, todo me iría mejor (contribución de Nia, que es así de bruta)
6. No hay nada que destruya más una relación que las grandes esperanzas que acaban en grandes decepciones (Sí, Jason de nuevo)
7. Tengo que comenzar a ser más espontánea, dejar a un lado mis miedos y hacer en cada momento lo que me apetezca, sin guiones preestablecidos (conclusión de ambos).

Así pues, éste es el propósito para el año que comienza dentro de unos días: dejar salir a la superficie a una Anne renovada, más segura de sí misma. Estoy dispuesta a dejar de buscar, para que lo que sea que la vida me tenga reservado, me encuentre. Sí, sé que esto es muy de libro de autoayuda y no te negaré que últimamente he estado leyendo unos cuantos, pero esa no es la cuestión. Lo cierto es que para conseguir que la nueva Anne emerja a la superficie he empezado a dar algunos pasos. Empecé por tirar a la basura todo aquello que me

recordase a Isaiah, ese batiburrillo diverso de objetos que dejó tras de sí: un viejo pijama lleno de bolas, (Nia montó en cólera cuando se enteró de que dormía abrazada a él, como si quisiera encapsular su olor de alguna forma), calcetines desparejados y un cepillo de dientes con las cerdas reblandecidas. Una vez logrado, el segundo paso consistió en deshacerme de los cuadernos donde había apuntado las frases de película más románticas, las que apostaban por historias de amor eterno. Jason fue el que me ayudó en este caso, aunque teniendo en cuenta que él también es un romántico empedernido- aunque ha tenido más suerte en el amor que yo- sospecho que más que llevarlas al contenedor se las guardó para sí.

Ya liberadas mi casa y mi mente de mi pasado, la nueva Anne está lista para emerger como mariposa de una crisálida. Nada de suspirar al ver a felices parejas casadas, paseando de la mano. Nada de emparejarme con hombres que no tienen nada que ver conmigo e intentar amoldarme a sus gustos hasta tal punto que me pierdo a mí misma. Es hora de dejarse llevar, tener citas de una sola noche, disfrutar sin mayores expectativas.

Y ahí es donde Sean Miller entra en escena.

Sean es el crupier de la mesa de blackjack del casino. Es educado, amable y atento, además de condenadamente guapo, con unos ojos verdes que ya quisieran para sí los gatos de tía Wendy y una maraña de rizos oscuros que le dan un aire de colegial travieso. Es un crupier de primera y cada vez que paso por la zona de juegos no puedo evitar quedarme embobada mirando como sus manos se mueven a toda velocidad, repartiendo las cartas con precisión de mago. Tiene unas manos preciosas, grandes y ágiles, con vello muy fino en el dorso, y yo me las imagino acariciando mi cara o recorriendo mi cuerpo y me dan ganas de hacer algo drástico para llamar su atención, como subirme a una mesa y gritar «¡Soy tuya desde el primer hola!» como Renée Zellweger en *Jerry Maguire*. Por supuesto no lo hago, porque una cosa es pensar locuras y otra muy distinta hacerlas y aunque la nueva Anne más atrevida y despreocupada está emergiendo, lo hace muy lentamente, a pequeños pasos.

Recuerdo perfectamente el día que conocí a Sean. Yo acababa de empezar a trabajar en el Apricot y todavía estaba tratando de acostumbrarme al ambiente frenético del casino, a recorrer la sala a toda velocidad cargada con bandejas de bebidas que en su mayor parte los jugadores engullen como gansos sedientos antes de seguir dándole a las maquinitas. Te juro que en algunos casos incluso me parece ver las cerezas y las sandías de las tragaperras reflejadas en sus ojos, como si llevasen lentillas psicodélicas.

Yo caminaba de puntillas llevando un montón de *bloody marys* para un grupo de turistas recién llegadas de Nueva York que jugaban al póker como si les fuese la vida en ello. Estaba tan nerviosa que la bandeja se tambaleó y estuvo a punto de caer sobre el sombrerito de una de ellas si no fuera porque Sean, que estaba repartiendo cartas, nos sostuvo con firmeza- a mí y a la bandeja- hasta que dejarnos de temblar y agitarnos. Después me sonrió con una sonrisa que cualquier estrella de Hollywood envidiaría y antes de soltarme acarició la cara interna de mi muñeca con su pulgar, de una forma tan leve que llegué a pensar que me lo había imaginado. Quizás él no recuerda este episodio pero yo sí.

A partir de ese día me dediqué a observar a Sean. Sé que es zurdo. Sé que bebe poco y, cuando lo hace, prefiere bebidas dulces y afrutadas. Sé que le molesta el humo, que tiene los ojos delicados y siempre lleva en el bolsillo un frasco de colirio. Sé que se muerde las uñas. También sé el nombre del perfume que usa, porque una vez me dediqué a oler todo el repertorio de muestras de Target hasta dar con él. Dicho así, suena un poco espeluznante, como si estuviese acechándolo desde las sombras al más puro estilo Annie Wilkies de *Misery*. En realidad simplemente me gusta observarlo, igual que a otra gente les va eso de seguir cuentas con cachorritos monos en Instagram. No es que piense que Sean es un cachorrito- más bien se parece a una pantera, con su porte elegante y sus ojos verdes- pero ya me entiendes.

Esta noche, por ejemplo, sé que hay algo que le preocupa: está inquieto y no deja de mirar la pantalla del móvil. Además, se ha mordido tanto las uñas que le sangran las puntas de los dedos. Una parte de mi quiere preguntarle si todo va bien pero no lo hago. Me muevo tras la barra preparando bebidas y atendiendo peticiones sin dejar de observarlo por el rabillo del ojo. Hoy el casino está hasta los topes. Falta un día para Nochebuena y la fiebre consumista se ha apoderado de todo el mundo. La decoración navideña (un reno de plástico en el vestíbulo con la nariz tan roja que parece borracho y un tío vestido de Santa Claus que se pasea por entre los clientes repitiendo Jou Jou Jou con voz de ultratumba) contribuyen a exacerbar el ambiente. Miro a Sean disimuladamente mientras le sirvo una copa de Veuve Clicquot a un turista chino que es clavadito al Dalai Lama. Sean ha levantado la mirada de la pantalla del teléfono y por un momento creo que mira hacia mí. Le tiembla la barbilla y parece que va a echarse a llorar de un momento a otro. Alarmada, estoy a punto de acercarme a él pero Sheila escoge ese preciso momento para llegar sin aliento, todavía vestida con el traje de elfo navideño sexy que ha usado durante el espectáculo. Sheila es una de

las bailarinas del show nocturno del casino. Es de Missouri y el Apricot es según ella una parada en su camino a Hollywood. Es calcada a Rita Hayworth y es todo desparpajo y soltura. No es que seamos amigas pero nos llevamos bien. Me gusta su forma de ser, directa y decidida y a ella le gusta el vodka con cola que preparo, bien cargado.

—¡Anne! Por fin te encuentro. Casey necesita verte en su oficina

—¿Para qué?—. Frunzo el ceño. Que el señor Casey, el gerente, quiera hablar con uno nunca es buena señal.

—Ni idea.—Sheila niega con la cabeza antes de girarse hacia el Dalai Lama que ha estado comiéndosela con los ojos—.Oye, ¿es Veuve Clicquot eso que bebes? Me encanta ese cava. No me importaría tomar una copita. Tanto baile me ha dado sed—suelta de carrerilla. El hombre pone cara de que le ha tocado el premio gordo de la tragaperras.

Suspirando, me dirijo al inmenso hall del Apricot y tomo el ascensor hasta el cuarto piso, donde están las oficinas del gerente. El ambiente allí arriba es casi tan frenético como en el bar. Las dos secretarias de Casey teclean furiosamente y hablan por teléfono con ademán concentrado, como si estuviesen vendiendo acciones bursátiles en vez de llevando las cuentas de un casino. Me acerco a la puerta del fondo y golpeo suavemente.

—Adelante- dice la voz rasposa de Casey.

Cuando entro, sé que algo va mal. No está sentado tras su mesa como es habitual en él, con el ceño fruncido y una pila de facturas ante sí. En lugar de eso, se levanta para recibirme como si fuera su hija pródiga

—¡Anne, mi empleada favorita!- vocifera.

Mi alarma interior se dispara de inmediato. Regla número uno para trabajadores del Golden Apricot: si Bob Casey te halaga no puedes esperar nada bueno. El viejo es como el señor Scrooge de *Canción de Navidad*, parco en dinero y muestras de amabilidad. Me siento ante su escritorio mirándolo con recelo y él me regala una enorme sonrisa que hace que sus ojillos grises casi desaparezcan tras sus enormes mofletes. Me pongo a temblar.

—Te he llamado para comentarte lo satisfecho que estoy contigo. Sí, Anne, eres una camarera excelente. La mejor, diría yo. Preparas como nadie las bebidas y nunca le metes mano al bote de las propinas. Eres una joya para el Golden Apricot.—Bob hace una pausa para medir mi reacción, tamborileando en la mesa con sus dedos

regordetes como salchichas. Me cruzo de brazos.

—Ya. Bien. Muchas gracias, Bob. Ahora dime por favor qué es lo que quieres en realidad.—Lo miro con severidad y su sonrisa vacila.

—Necesito que trabajes mañana, Anne.

—¿Qué?¡No! ¡Pedí el día libre hace más de dos meses!

—Lo sé, lo sé. Y lo siento. Pero estamos hasta los topes y sabes que he tenido problemas de personal últimamente. No sé qué pasa con estas chicas. Vanessa se ha cogido un permiso de maternidad y Carla acaba de decirme que lo deja para irse con un vaquero texano que conoció hace tres días. Tú eres la única en quien puedo confiar.

—Pero Bob, es Nochebuena…—Mi tono es más lastimero de lo que me gustaría.

—Lo sé.-—Casey se levanta y camina alrededor de su escritorio como si fuera un enorme San Bernardo, aunque mucho menos adorable—. Mira, no te lo pediría si no fuese absolutamente necesario. Vendría yo mismo aunque no tengo ni idea de servir bebidas pero Sarah me mataría. Y los chicos vienen desde Canadá para pasar las fiestas. Y además tú, Anne…

Casey vacila y me mira indeciso, como un Grinch que a última hora estuviese pensándose si sabotear o no la Navidad. Sin embargo, los dos sabemos que él ha ganado.

—Lo sé—digo poniéndome en pie. Y yo soy la única que no tengo familia. Está bien, Bob. Vendré mañana.

Salgo del despacho arrastrando los pies y parece que Casey quiere decir algo, pero en el último momento se lo piensa mejor. Cuando miro hacia atrás me está contemplando con una expresión casi paternal, casi bondadosa.

Sólo casi.

DEMASIADO ESPÍRITU NAVIDEÑO

El timbre de la puerta no deja de sonar y juro que como sea de nuevo la señora Patterson quejándose de que tiene humedades por culpa de mi inodoro me va a dar un ataque de nervios. Acabo de llegar a casa y lo único que quiero es tumbarme con los pies en alto y comerme la terrina gigante de helado que guardo en el congelador para noches solitarias. Y esta noche, en mi desangelado apartamento en vísperas de Nochebuena, me siento tremendamente sola. Sola nivel solísima, nivel aislamiento total, como Fitzwilliam Darcy en un escenario de The Walking Dead. Sola como una guinda diminuta en lo alto de un pastel. Sola como Laika en el Sputnik. Te haces una idea, ¿no?

—¡Ya voy!— grito—. ¿Quién es?

—¡Entrega especial de Navidad para Anne Tinsley!

Abro la puerta sonriendo ante las voces familiares y estoy a punto de caerme redonda al suelo al ver el inmenso abeto que ocupa todo el rellano.

—¡Sorpresa!—Jason y Nia asoman las cabezas por entre el entresijo de ramas y sus sonrisas son inmensas—. Sabemos que tú no has comprado ninguno así que nos hemos agenciado este.

Me llevo una mano a la boca para ahogar una carcajada. El árbol es tan grande que han tenido que doblarle la punta para que quepa por la puerta del apartamento, y sin duda está recién talado porque veo un ciempiés paseándose a sus anchas por una de las ramitas. Un olor a resina y a bosque invade mis fosas nasales y de repente me siento mucho más contenta.

—No teníais que haberos molestado.

—Claro que sí—gruñe Nia—. Un poco de espíritu navideño no te matará.

Les ayudo a trasladar el abeto a una esquina de mi minúsculo salón e intentamos acomodarlo de forma que las enormes ramas no se aplasten contra las paredes. Nia se va directa a la cocina y por el paquete en forma de fiambrera que lleva bajo el brazo sé que ha traído alguna de las maravillosas tartas de su abuela. No me equivoco, diez minutos después el abeto está razonablemente tieso, los tres estamos sentados en el sofá y una cafetera humea en la mesita del centro mientras devoramos a dos carrillos enormes trozos de *bougatsa*, esos pastelillos típicos griegos hechos con masa filo en los que Basia Doskas, la abuela de Nia, es toda una experta.

—Tu *agüela* es una *goya*. ¡Una *goya*!-—aúlla Jason con la boca llena, salpicándonos de migas. Nia y yo le llamamos cerdo y nos apartamos de su trayectoria y él finge perseguirnos haciendo ruidos guturales en una imitación bastante decente de Triki, el Monstruo de las Galletas. Cuando estamos los tres juntos siempre hacemos este tipo de tonterías y así ha sido siempre desde que nos conocimos en el colegio, cuando nos lanzamos a la vez sobre el mismo columpio del patio. Después de un breve intercambio de mamporros del que Nia se declaró vencedora- siempre ha sido la más rápida y la de genio más vivo- los tres acabamos compartiendo el columpio, apiñados sobre el asiento, con un amasijo de piernas y brazos entrelazados mientras nos aferrábamos como podíamos a las cadenas oxidadas. Así hemos seguido desde entonces, balanceándonos por la vida con la certeza de que siempre podemos contar con los otros dos en los tiempos difíciles.

Jason y Nia fueron los que me sostuvieron tras la muerte de mi madre, los que me consolaron cuando mis ex novios profetas se marcharon, los que han estado siempre ahí.

Nia se llama en realidad Apollonia, como la primera esposa de Michael Corleone en *El Padrino*, aunque ella es griega, no italiana. Es mandona, mordaz y descarada, jamás la he visto callarse nada de lo que está pensando. También es cariñosa, leal y muy protectora con sus amigos. Es como una de esas *madonnas* rafaelitas de los museos, con la cara en forma de corazón, los ojos grandes y oscuros y una melena frondosa que sólo se corta una vez al año. Una apariencia de dulzura que se desvanece en cuanto abre esa bocaza que tiene. Ella tampoco ha tenido una vida familiar fácil: sus padres la abandonaron cuando era un bebé y jamás se volvió a saber de ellos. Nia se crió con sus abuelos griegos, que son bastante estrictos y tradicionales y esperan que pronto siente la cabeza, se case con un buen muchacho griego y se encargue de la panadería familiar. Creo que incluso tienen varios candidatos buscados, pero contando con lo mucho que a Nia le gusta cambiar de ligue como quien cambia de calcetines, dudo mucho de que vayan a tener éxito a corto plazo.

Jason proviene de una familia numerosa, y no sólo porque son un montón de hermanos sino porque viven entregados a los números: todos son profesores de matemáticas. Los Sullivan son poco dados a expresarse con palabras, incluso entre ellos. Los números, en cambio, son su lenguaje natural y cuando entras en su casa no es raro encontrarte con operaciones matemáticas e hileras de números en cualquier lugar: servilletas, papeles sueltos, los azulejos de la cocina e incluso, en una ocasión, la tapa del WC. Nia y yo sospechamos que se comunican a través de un código propio, compuesto por cifras enrevesadas y alguna vez hemos tratado de desentrañarlo, sin ningún

éxito. Además de un genio con los números, Jason es tranquilo, paciente y comedido, todo lo contrario que Nia. También es uno de los chicos más atractivos que he visto en mi vida, con los ojos azul oscuro, el pelo rubio y liso y una piel que Nia y yo envidiamos porque es inmaculada y perfecta. Las dos pasamos por una época de enamoramiento hacia él en plena adolescencia que por fortuna duró muy poco. Y enseguida nos quedó claro que Jason estaba mucho más interesado en los saltos del capitán del equipo de baloncesto que en las piruetas que Nia y yo ensayábamos sin mucho éxito cuando tuvimos aquella horrible idea de ingresar en el equipo de animadoras. Ahora es, de los tres, el que ha conseguido tener una vida sentimental más estable: sale con Zachary, un californiano muy simpático aficionado a la ufología, y aunque hace ya más de cinco años que son pareja, cada vez que están cerca puedes oír como las mariposas de sus estómagos baten las alas como si les fuera la vida en ello. Sí, envidia cochina es lo que les tengo.

—Jason tiene razón en una cosa, Nia—digo cuando se termina la guerra de miguitas— .Tu abuela es una verdadera joya. Esto está delicioso.

—No digo que no, pero estoy un poco harta. Parece que toda la comunidad griega de Las Vegas ha decidido encargarnos postres navideños este año. Tengo calambres en las manos de tanto amasar y además me apestan a ciruelas confitadas—.Nia se olisquea las manos exageradamente y nosotros sonreímos porque está claro que no lo dice en serio. Por mucho que proteste le encanta la cocina y pasarse el día con las manos en la masa, literalmente.

—No te quejes— interviene Jason—.A mi no me vendría mal una gran comilona casera por Navidad, para variar. Nosotros llamaremos al restaurante chino como todos los años. Ya sabéis, pato a la naranja y rollitos primavera en lugar del tradicional pavo asado.

Nia y yo asentimos comprensivas. Los Sullivan, tanto padres como hijos, son unos pésimos cocineros y ponen en la mesa día sí y día también sopas de sobre- de números obviamente- y bandejas precocinadas, sin importarles un pimiento lo que piensen sus invitados.

—Al menos este año Zachary va a traer una tarta casera. Dice que ha encontrado en Internet una receta genial—se consuela Jason.

—Bueno, mientras no le eche esos hierbajos que se bebe…—Nia arruga la nariz. Zachary siempre lleva los bolsillos llenos de hierbas variopintas con las que hace infusiones, algo que a Nia no le inspira demasiada confianza. Para ella, si no viene en bolsitas con etiquetas de colores y se llama Twinings, no es té—. Sería gracioso ver a tus

padres colocados tras una ingesta masiva de las plantas psicodélicas de Zach.

—No son plantas psicodélicas, son hierbas naturales. Con propiedades curativas, además-—la regaña Jason.

—Lo que sea. Por si acaso no te olvides de llevar la cámara, Anne, para inmortalizar el momento.

Oh, oh. Me pongo seria. Este año en teoría debería pasar la Nochebuena en casa de los Sullivan, poniéndome fina de Won Ton y tofu picante. Cada año, desde la muerte de mamá, paso estos días con Nia y sus abuelos- comilona al estilo griego incluida- o con Jason y sus padres y hermanos, una tradición que se mantuvo incluso durante mis relaciones con los profetas, porque por algún extraño motivo ambos tenían siempre compromisos ineludibles, multitudinarias celebraciones familiares a las que yo nunca estaba invitada.

—Lo siento, pero este año no podré cenar con vosotros. Tengo que trabajar en Nochebuena—digo deseando zanjar el asunto con rapidez.

—¿Qué? Eso es ridículo. Pediste permiso hace siglos y además ya trabajaste en Halloween y en Acción de Gracias

—Lo sé, pero…

—Pero ese cabrón de Casey te ha convencido y no has sabido negarte.—Nia me mira con reproche—¿Cuándo vas a aprender a decir que no, Anne?. Una palabra, dos letras: N-O. No es tan difícil.

—Bueno últimamente ha habido algunos problemas de personal y además todos los demás tienen parejas, hijos que vienen de visita en estas fechas…Ya sabéis. La verdad es que Casey sabe que yo soy la única que no tiene familia-—. Me encojo de hombros.

—¿Y nosotros que somos?—Jason parece realmente dolido—. También somos tu familia, Anne, ya lo sabes. No estás sola en el mundo como ese Casey parece creer.

Sé que tiene razón. Pero a pesar de que adoro a los Sullivan y a los Doskas, nunca he dejado de sentirme un poco incómoda con ellos en Navidad, como si el hecho de estar sola- sin pareja, sin familia- resaltase más en estas fechas, como si alguien malvado lo hubiese subrayado con un rotulador muy brillante, o introducido entre enormes signos de admiración.

—Bueno, ¿Y qué tal todo por el Apricot?—Nia cambia de tema sin sutileza alguna porque se ha dado cuenta del derrotero que han tomado mis pensamientos— ¿Ya se ha dado cuenta ese crupier de que estás coladita por él?

—Para eso tendría que darse cuenta de que Anne existe y es de carne y hueso—apostilla Jason.

—¡Por supuesto que sabe que soy de carne y hueso! Ya os dije que el día que evitó que tirase la bandeja me acarició el brazo.

—¿Estás segura de que no te estaba quitando una pelusa?—dice Nia. La miro enfurruñada y ella se encoge de hombros—. Lo que quiero decir es que así no vas a ninguna parte, Anne. ¿No dices que quieres comenzar a ser más valiente? ¡Pues demuéstralo! Si ese tipo te gusta para pasar un rato, ve a por él de una vez. No sé, hazle un estriptis, prepárale un cóctel afrodisíaco…¡Usa tus armas!

—O simplemente habla con él y dile que estás interesada en tener una relación sexual sin ningún tipo de compromiso—aporta Jason, la voz de la razón—. Porque no quieres ningún compromiso, ¿verdad? ¿No vas a empezar a aprenderte todos sus gustos y manías para tratar de encajar con él?

—Claro que no. Ya lo hemos hablado—aseguro, tratando de que mi voz suene lo más firme posible.

—Lo último que necesitas es a otro perdedor que te rompa el corazón—dice Nia con mirada torva y con una voz que sugiere que cualquiera que ose acercarse a mi corazón con intenciones destructivas se las verá con ella.

—Está bien—digo, y los dos me miran sorprendidos—.Hablaré con él o haré….algo. Y no os preocupéis, que os mantendré informados. En tiempo real, si es posible. Ahora, ¿qué tal si dejamos ese tema y adornamos el árbol? Tengo una caja de ornamentos por alguna parte.

Nos pasamos la siguiente hora llenando el abeto de bolas rojas y verdes, luces, guirnaldas y hasta una familia de muñecos de nieve de celofán que los tres hicimos en el colegio en clase de manualidades y que por alguna extraña razón han terminado guardados en mi casa. Luego retrocedemos hasta la puerta y apagamos las luces. El abeto es tan grande y mi salón tan pequeño que da la sensación de que has entrado en un bosque iluminado. En lo alto, la estrella plateada desprende un resplandor tenue y eso me trae recuerdos de mi madre, de la lámina de Peter Pan y Wendy y del Sistema Solar de mi habitación de la infancia. Me sueno los mocos y me refugio en la cocina antes de que Jason y Nia se den cuenta de que me he emocionado y ese gesto me recuerda tanto a mi madre cuando yo le hablaba de las estrellas de papá que gasto cuatro o cinco servilletas de papel antes de estar en condiciones de regresar al salón.

Después pedimos sushi- ignorando las protestas de Jason que asegura que entre esto y la comida china de su cena de mañana, se le

va a poner cara de oriental- y nos comemos entre los tres la terrina de helado gigante mientras hablamos y reímos hasta que se hace de noche y el apartamento queda a oscuras, iluminado solamente por el resplandor del abeto.

Y oye, puede que no sea la mejor pre-Nochebuena del mundo, pero es la nuestra y cuando Jason y Nia se marchan a sus casas me siento mucho mejor.

***

Falta una hora para que termine mi turno y mi cabeza está a punto de estallar. Juro que esta es la última vez que me dejo engatusar por Bob Casey. Todo el mundo parece haberse tomado la noche libre y solamente quedo yo, acompañada por dos estudiantes que Casey ha contratado sólo por esta noche como refuerzo. Son extrañamente histriónicos, llevan idénticas barbitas teñidas de rubio, se llaman Nick y Rick y a estas alturas no tengo ni idea de quién es quién, ni me importa. El Apricot se ha convertido en un infierno de serpentinas, bolas de colores y gente tan llena de espíritu navideño que dan ganas de huir. Si ayer la decoración ya me parecía mala hoy es mucho peor. Al Santa Claus vociferante se le han unido un montón de bastones de caramelo navideños (es decir, una pandilla de incautos que Casey ha reclutado y vestido con ajustados trajes de rayas blancas y rojas) que deambulan por todas partes deseando una *"Feliz y Dulce Navidad de parte del Apricot"* mientras reparten bastoncitos de caramelo (de los verdad) entre los clientes. Es horrible.

Yo misma voy vestida de reno navideño, con un traje de peluche que me da calor y unas astas retorcidas que se me sueltan continuamente y me caen sobre los ojos. Casey, ese cobarde, esperó hasta el último momento para informarnos de que esta noche llevaríamos un "uniforme especial". Es humillante, aunque podría ser peor porque Rick y Nick van disfrazados de galletas de jengibre.

—Oye, Diane— me dice Rick (o Nick) poniéndome una mano en el hombro— Ese tío de allí acaba de pedirme un Black Russian, pero no estoy seguro de que ingredientes lleva ¿Ginebra? ¿Ron? ¿Whisky?

—Licor de café y vodka— gruño mirando por encima del hombro —.Y me llamo Anne, no Diane.

Me pongo a preparar la bebida y me doy cuenta de que el hombre al que se refiere es el clon del Dalai Lama que ayer bebía los vientos por Sheila y que hoy tiene cara de tener un tremendo dolor de muelas. Me apresuro a prepararle la bebida mientras oigo como a mis espaldas Rick o quien sea rompe una bandeja cargada de vasos. Esta va a ser una noche muy larga.

Hablando de Sheila. El espectáculo navideño del casino, el baile de los elfos sexys, está en pleno apogeo y ella está comportándose de un modo muy extraño. Parece dolida por algo, furiosa, a punto de estallar. Se mueve sobre el escenario sobre sus altísimos tacones rojos pero incluso desde aquí puedo ver que tiene los ojos brillantes, los labios apretados y está a punto de desmoronarse. Quizás es por lo mucho que Sheila se parece a Rita Hayworth, pero su actitud me recuerda a ella cuando canta *Put the blame on Mame* en *Gilda,* enfadadísima con Glenn Ford. Me pregunto si ha discutido con alguno de los muchos tíos que siempre revolotean a su alrededor, aunque por algún motivo no me imagino a ningún hombre con poder suficiente sobre ella para sacarla de sus casillas de ese modo. Al igual que mi amiga Nia, es de las que se llamarían Tierra de Nadie si fuesen un rancho, como decía *Gilda*. Todo lo contrario que yo por si no te has dado cuenta.

El show termina y Sheila huye del escenario frotándose los ojos como si estuviese a punto de llorar. Estoy dudando si acercarme a ver si necesita algo, porque al fin y al cabo no tenemos tanta confianza, pero entonces lo veo a él y mi cerebro se nubla hasta tal punto que no puedo pensar en nada más. Aparece de repente y, por lo que veo, su noche tampoco está yendo bien. ¿Qué demonios pasa hoy en el Apricot para que todo el mundo actúe como si se hubiesen tragado una bomba de relojería? Estoy tan sorprendida que choco con Nick y la bandeja de bebidas que lleva.

—Eh, Jane. Ten cuidado— me regaña, pero yo no le escucho. Estoy demasiado concentrada vigilando a Sean, que se sienta y esconde la cabeza entre las manos. El corazón me da un vuelco. ¿Qué hace aquí? No trabaja hoy y por algún motivo yo estaba segura de que pasaría la Nochebuena con su familia, ante una mesa repleta de pavo, con una hilera de calcetines sobre la chimenea y vasos de ponche de huevo. En lugar de eso, tiene el pelo sucio y pegajoso, la cara pálida como un cadáver y los ojos inyectados en sangre. Sin pensar en lo que hago, camino hacia él.

Cuando le conté a Nia mis intenciones de adentrarme en el fragoso mundo de los rollos de una noche, ella me dio una clase magistral de cómo entrarle a un tío y conseguir en menos de media hora que *esté deseando quitarte las bragas y empotrarte contra una pared,*- sus palabras, no las mías-. Sí, sé que es algo patético necesitar lecciones de este tipo, pero ¿qué quieres? Para ella, todo se reduce a un puñado de pasos extraídos del comportamiento animal. Si no la conociera mejor, pensaría que Nia se pasa la vida viendo documentales de National Geographic. Y es que según ella, para ligar una debe convertirse en primer lugar en pavo real (te las arreglas para conseguir llamar la

atención a distancia). Después has de pasar a ser leona (ataque veloz, sin darle tiempo al objetivo a reaccionar) y por último mutar en mantis religiosa, según Nia el momento más satisfactorio, cuando te comes a la presa. Claro que si alguno de estos pasos falla siempre puedes convertirte en anguila y escurrirte de forma más o menos discreta. Lo que Nia me no me contó es lo que una debe hacer cuando va vestida de reno peludo y se está acercando a un Sean que parece recién salido de una batalla medieval. Y mucho menos si dicho reno hace una llegada triunfal, resbalando por culpa de las pezuñas forradas de terciopelo y yendo a parar directamente sobre el regazo de Sean, que me mira alzando las cejas hasta que se le juntan con el nacimiento del pelo. Perfecto. Anne, el reno desmañado.

—¡Oye!—exclama mientras yo pego un brinco y murmuro una disculpa. Sean me mira entrecerrando los ojos y apuntándome con un dedo, como si fuese a acusarme de algo muy malo–. Tú eres una de las camareras, ¿eh?—dice—.Y es la segunda vez que te caes encima de mí. ¿Debemos quejarnos a Casey por el estado del laminado del suelo o es que tratas de decirme algo?

—Eh…No, claro que no—farfullo horrorizada ante la idea de que Sean pueda pensar que estoy tratando de seducirle de alguna forma burda–.Ha sido sin querer. Jamás me caería encima de ti. Quiero decir, jamás lo haría a propósito—añado a la desesperada mientras empiezo a retroceder. *Nuevo animal para tu Arca, Nia, el cangrejo escapista.*

Sean me mira abriendo mucho los ojos y una línea muy fina aparece en su frente. Tiene esa cara que se le pone a uno cuando acaba de ocurrírsele una idea genial o la solución a un problema.

—Espera…No te vayas. Tu nombre es Anne, ¿verdad? Sé que trabajamos juntos pero apenas nos hemos visto

Si tú supieras, pienso.

—Sí. Anne Tinsley. Estoy casi siempre tras la barra.

—Lo sé. Tu daiquiri de fresa es uno de los mejores que he probado nunca.

Mientras lo dice levanta las comisuras de los labios y aunque su sonrisa es más bien una mueca algo torcida me siento feliz de que no sólo me reconozca, sino de que además le gusten los daiquiris que preparo. Me quedo mirándolo como una boba, correspondiendo a su sonrisa hasta que él me tiende una mano. Su apretón es menos firme de lo que yo había imaginado, de hecho es más bien blando, huidizo y sudoroso, pero no importa. No importa en absoluto.

—¿Trabajas hoy?—le pregunto, aunque sé de sobra que no, porque antes he echado un vistazo a sus horarios—.Yo estoy a punto de terminar mi turno.

—No, hoy no.—Sean parpadea rápidamente y sus ojos enrojecidos se detienen por un momento en el escenario, ahora vacío—.Sólo he venido a dar una vuelta. Ya sabes, a ver el ambiente.

—¿El despliegue masivo de espíritu navideño de Casey?—arrugo la nariz y los dos nos reímos a la vez, aunque su risa suena opaca y apagada

—¿No te gustan el ruido y las multitudes?

—Los detesto.

—En realidad yo también, pero esta noche necesitaba tumulto y bullicio. Estar sólo en Nochebuena no es agradable. Es una putada.

—Sí que lo es—asiento porque yo también me he sentido muchas veces de esa manera, incluso ante una mesa llena de gente en casa de los Sullivan o los Doskas.

—¿También estás sola esta noche?—pregunta Sean.

—Más sola que la una.

—¿No tienes ningún plan?

—Nada emocionante. Pensaba volver a casa y beberme una taza de chocolate caliente mientras veo *Gremlins*.

—*¿Gremlins?*—Sean frunce el ceño

—Forma parte de mi maratón anual de películas navideñas. Junto con *Pesadilla antes de Navidad, El Grinch, Negra Navidad*…—enumero con los dedos.

—¡Para, para! —Sean me mira con los ojos muy abiertos, entre asombrado y divertido—.Veo que tu espíritu anti-navideño es incluso más fuerte que el mío. ¿Qué te parece si en lugar de eso te tomas algo conmigo? ¿Uno de esos daiquiris de fresa que tan bien se te da preparar? Me encantan las fresas.

Se me queda mirando esperando mi respuesta, con una ceja un poco levantada y una sonrisa de canalla que es como una invitación. Siento un revoloteo en el estómago, algo que no me sucedía desde mis primeras citas con Isaiah, y eso más bien eran dolores de barriga provocados por la ingesta masiva de palomitas de mantequilla mientras veíamos películas húngaras subtituladas una y otra vez. Odio el cine de autor y las palomitas, pero nunca se lo decía.

Sean ladea la cabeza, esperando mi respuesta.

Solo recuerda tener cuidado, Anne. No te entusiasmes, me recuerdo a mí misma.

—A mí también me encantan las fresas—contesto.

UN RENO LLOROSO Y EMPAPADO

Esto es genial. ¿Cómo pude haber pensado que la decoración navideña de Bob Casey era hortera? Al contrario, es una maravilla de luces, colores y alegría. Me encanta. El Santa Claus gritón es un tipo genial y nos ha regalado un puñado de bastones de caramelo que Sean y yo estamos lanzando como si fuesen dardos mientras nos partimos de risa. Estamos los dos detrás de la barra y nos hemos bebido un montón de daiquiris, sobre todo de fresa pero también de sandía, de plátano y de naranja y ahora siento como si una macedonia completa se estuviese agitando en mi estómago al ritmo de una canción muy machacona. Nick y Rick, que todavía no han terminado su turno, me lanzan de vez en cuando miradas rencorosas porque la verdad es que entre Sean y yo hemos terminado con la mayor parte de las reservas de fruta que había en el frigorífico. Lo mejor de todo es que ya no me siento tímida ni cohibida con él, y aunque apenas hemos hablado entre copa y copa, nos lo estamos pasando de maravilla.

—¡Feliz Navidad a todos!— grito por encima de las voces del gentío y lanzo un bastón de caramelo que le da a Nick o a Rick en plena frente.

—Creo que deberías irte a casa, Laine—me dice con expresión preocupada—.Hace siglos que ha terminado tu turno y has bebido un montón.

—¡Me llamo Anne!—chillo—¡Y no pienso irme a ninguna parte!

—-¡Es Anne, la Reina de los Daiquiris!— corea Sean mientras entrechoca conmigo su vaso. El líquido se desborda y me salpica a mí y también las gafas de pasta de Rick o quien sea, que se las limpia enfadado. Me resulta muy gracioso. Cuando consigo dejar de reírme veo que Sean me está mirando con esos ojos de gato montés que tanto me gustan.

—Has salvado mi Nochebuena, Anne-—me dice arrastrando las palabras-—Te estoy muy agradecido. Estaba teniendo una noche horrible hasta que apareciste.

Noto una sensación de ligereza en el fondo del estómago. Un repiqueteo leve, como el aviso de que algo bonito y emocionante está a punto de pasar. Hace mucho, mucho tiempo que no me pasan cosas bonitas e interesantes.

—Sí, la verdad es que parecías bastante hecho polvo al principio de la noche—le digo—¿Puedo preguntar qué te sucedía?

Sean no contesta de inmediato. Se queda mirándome, muy serio, como si estuviese a punto de soltar algo desagradable y embarazoso,

algo del tipo de «te huele el aliento» o «llevas una tira de papel higiénico pegada a la suela del zapato». De repente, siento que la sensación de ligereza en mi estómago se evapora hasta dar lugar a un dolor de tripa de los de toda la vida, retortijones incluidos, que se acentúa cuando lo veo meterse la mano en el bolsillo y sacar un anillo; un anillo enorme, monstruoso, digno de la novia de King Kong, con un brillante colosal que brilla bajo los focos del bar. Tiene pinta de caro aunque es un poco (bueno, un mucho) hortera para mi gusto. Si esto fuera una novela romántica en vez de la vida real, Sean me confesaría ahora mismo que lleva meses observándome y que está enamorado de mí y después me pediría matrimonio delante de todos como Hugh Grant en *Nothing Hill*, pero cuando lo veo abrir la boca sé que eso no va a suceder. Lo más probable es que diga algo así como…

—Se llama Gabrielle

Y ahí está. Ahí lo tienes; Gabrielle la perfecta, que seguramente tiene dos doctorados por Harvard, el cuerpo de una modelo de Victoria Secret y jamás tendrá dificultades para conseguir que alguien quiera quedarse a su lado para siempre. Gabrielle, que tiene a Sean comiendo de su mano pero que aún así ha rechazado el anillo y la opción de pasar toda la vida a su lado. Porque eso es lo que ha sucedido, estoy segura.

Sean se dispone a decir algo más- probablemente va a contarme lo destrozadísimo que tiene el corazón, -pero levanto una mano para instarle a detenerse. No, no me apetece quedarme a debatir sobre líos amorosos ajenos, eso ya lo hago a diario con Sheila, cuando le da por contarme las anécdotas con su harén de pretendientes y con Nia, en las raras ocasiones en que su ligue de turno le dura más de un fin de semana. Esa soy yo siempre: Anne la amiga, la que escucha y aconseja. Anne, la mujer invisible, a la que nadie en un millón de años se plantearía regalarle un anillo, ni siquiera uno tan hortera como este. Sé que me lo estoy tomando a la tremenda, que Sean y yo ni siquiera nos conocemos bien, que esta desilusión no está justificada. Y lo peor es que ni siquiera estoy desilusionada por él, por saber que está fuera de mi alcance, sino por mí misma, porque una vez más estaba permitiendo que mi corazón se ilusionase un poquito ante el inicio de algo, que latiese rápido una vez más, a pesar de que latir rápido es un deporte de riesgo para un corazón rajado y mal remendado como el mío.

Anne, el reno humillado. El único animal que tropieza mil veces con la misma piedra.

El dolor de tripa está aumentando y las frutas que bailaban la conga en mi estómago amenazan con salir en tropel. Le lanzo a Sean

una mirada de impotencia y huyo del Apricot lo más rápido que puedo. Hora de convertirse en anguila, Anne.

Fuera, en el aparcamiento, la temperatura es bajísima y por un momento casi agradezco el llevar puesto el disfraz peludo. Me deslizo entre dos coches y vomito lo más silenciosamente posible, tratando de no salpicar las llantas. Me quedo un momento doblada sobre mí misma, recuperando el aliento mientras intento no pisar el charquito marrón cuajado de trozos de fruta variada que hay a mis pies. Sí, el colmo del *glamour*.

—¿Anne?

Me doy la vuelta y allí está Sean, mirándome con cara de no entender nada—¿A que ha venido eso? ¿He dicho algo que te haya molestado?

El pobre parece muy triste otra vez, como al principio de la noche. Los rizos se le pegan a la frente por el sudor y siento el impulso de apartárselos. Está claro que me he pasado de la raya y mi reacción ha sido excesiva. Al fin y al cabo, él no tiene la culpa de mi crisis existencial.

—Nada, cosas mías.—digo agitando la mano e intentando sonar creíble— .Últimamente he tenido algunos problemas…eh…personales. Siento haberme marchado corriendo.

—No importa. ¿Quieres que nos sentemos en algún sitio?

Su propuesta me parece bien. Lo que sea con tal de alejarnos de aquí, porque el olor acre que proviene del charco de vómito comienza a ser bastante embarazoso. Caminamos hasta mi viejo Ford Mustang color cereza y nos sentamos sobre el capó, uno al lado del otro. La música del Apricot llega amortiguada hasta nosotros, como un zumbido. Sobre nuestras cabezas, el cielo es como una cúpula color bermellón y un puñado de estrellas intentan abrirse camino entre la neblina y los reflejos de los neones, pero sé de sobra que no lo conseguirán así que ni me molesto en intentar buscarlas. Veo que Sean se ha traído con él una botella de vodka que debe haber birlado sin que Rick y Nick se diesen cuenta, y aunque seguir bebiendo no parece una buena idea, cuando me la tiende no la rechazo. Ya lo decía Nicholas Cage en *Leaving Las Vegas*: *“He venido a Las Vegas para matarme bebiendo”*.

—¿Quieres contarme lo de Gabrielle?—le pregunto, porque de algún modo siento que se lo debo después de mi estampida y porque si algo se me da bien es escuchar a los demás, sobre todo a aquellos cuyas vidas son más interesantes y ajetreadas que la mía, es decir al noventa por ciento de los habitantes de esta ciudad.

Así que Sean me cuenta toda la historia, que es tan tópica y previsible como te puedas imaginar y que se resume en el fatídico día en que él encontró a la tal Gabrielle en la cama con uno de sus mejores amigos, justo cuando iba a sorprenderla con el anillo de King Kong y pedirle que se casara con él. Yo le escucho, intercalando *«vaya», «lo siento»* y *«qué putada»* en los momentos apropiados, y después le hablo de Ezekiel y de nuestra historia, que es calcada a la de ellos, aunque por fortuna me ahorré el pillarle haciendo cabriolas sobre su amante(ese privilegio fue para la señora Patterson); y también de Isaiah, que huyó de mí tan rápido como el Correcaminos al ver acercarse al Coyote. Sean asiente comprensivo y después compone una expresión extraña, entre astuta y triste. Nos pasamos horas desahogándonos, insultando a los profetas y a Gabrielle e intercalando tragos de vodka como si fuésemos dos bebedores curtidos, hasta Sean se inclina hacia mí, como una enorme torre con dos ventanas iluminadas de verde y me besa. No es un beso de película, ni siquiera es un buen beso. Es un beso rápido, flojo, con regusto a alcohol, a sudor y a prisas y con el aire frío del aparcamiento abofeteándonos las caras. Es un beso entre borrachos tristes y dolidos. Y mientras le paso la mano por la nuca sudorosa y él hunde los dedos en la espalda peluda del reno, noto como mi corazón remendado da saltitos en mi pecho, un poco emocionado pero todavía triste, todavía vacío.

***

De niña siempre soñaba con que algún día me casaría. Tumbada en mi cama, mientras contemplaba el Sistema Solar de vinilo pegado al techo imaginaba que cuando encontrase al chico adecuado, ese que me regalaría un montón de estrellas brillantes, tendríamos una boda de cuento de hadas. Me imaginaba una iglesia de piedra en el campo, con una enorme campana de latón que repicaría sin cesar. Yo avanzaría por un camino de piedras, los pájaros trinarían sobre mi cabeza y llevaría un vestido blanco y vaporoso digno de cualquier princesa Disney. También margaritas en el pelo y por supuesto, un ramo gigantesco. El novio, cuyo rostro siempre aparecía borroso y desdibujado en esas fantasías infantiles, me esperaría sonriente junto al altar. Y seríamos felices para siempre jamás.

Ñoño, ¿verdad? Sí. Totalmente digno de una muerte por sobredosis de azúcar.

Sin embargo, por algún extraño motivo, eso es precisamente lo que estaba soñando hasta hace cinco minutos: la boda, los pájaros trinando y todo lo demás. Acabo de despertarme y estoy a punto de tener un ataque de pánico porque hay un animal peludo encima de mí, alguna especie de oso o tejón de piel áspera y pegajosa que debe

estar muerto porque no se mueve en absoluto. Aterrada, manoteo para quitármelo de encima hasta que por fin me doy cuenta de que es el disfraz de reno navideño que todavía llevo puesto. ¿Dónde demonios estoy?

Lo que está claro es que estoy en una cama que no es la mía. El sol se filtra por la ventana y se empeña en apuñalarme los ojos y mientras parpadeo varias veces voy visualizando, como a cámara lenta, algunos retazos del lugar donde estoy: una moqueta color café que tiene pinta de alojar a todo un ejército de gérmenes. Mi bolso tirando de cualquier manera bajo una silla de formica. Sábanas frías y ásperas con un estampado de conejitos playboy haciéndolo en todas las posturas posibles del Kama Sutra. Me quedo un rato mirándolos fijamente, anonadada, hasta que consigo reaccionar. No hay rastro de Sean por ninguna parte. Las frutas que anoche tocaban el tam- tam en mi organismo han dado por concluido el espectáculo, pero en su huida parecen haberse llevado a la mayoría de mis neuronas porque pensar y centrarme me está costando una barbaridad. Noto un dolor lacerante en mi mano derecha y cuando la miro estoy a punto de soltar un berrido porque ahí, casi mirándome como un ojo acusador, está el pedrusco de King Kong, el anillo de compromiso que Sean guardaba para Gabrielle la perfecta; y como aparentemente he dormido con él puesto, el dedo se me ha puesto del tamaño de una salchicha. La tal Gabrielle debe tener dedos huesudos como patas de pollo. Meto la cabeza debajo de la almohada e intento concentrarme. Tengo el presentimiento de que algo muy malo ha sucedido. Algo muy, muy malo.

Lo que pasó después de que Sean me besase en el aparcamiento del Apricot está confuso, pero pequeños flashes van apareciendo en mi mente. Sean arrodillándose y poniéndome entre risas el anillo de Gabrielle en el dedo, asegurando que a mí me quedaba mucho mejor que a ella, esa zorra infiel. Yo riéndome a carcajadas porque por algún extraño motivo me parecía muy gracioso llevar puesto ese anillo que me apretaba el dedo y pesaba un quintal. Sean afirmando que el hecho de habernos encontrado justo cuando los dos estábamos «tan perdidos» no podía ser una casualidad, sino una llamada del destino. Yo asintiendo porque por alguna razón que tiene mucho que ver con mi estado próximo al coma etílico, aquella afirmación parecía tener sentido; parecía correcta, apropiada, como recién sacada de un libro de autoayuda de esos que te explican paso por paso como recomponer una vida arruinada . Sean gritando «¡hagámoslo!» y yo respondiendo «¡por supuesto!», sin tener mucha idea de a qué se refería, pero todo aquello me sonaba a emoción, a propuesta excitante, a una de esas aventuras decadentes a lo Bonnie y Clyde que chicas como Nia y

Sheila parecen vivir a diario y que a mí siempre me han resultado ajenas. Sean llamando a un amigo suyo que podía «conseguirle la licencia en menos de una hora». Yo dejándome llevar porque todo aquello seguía pareciéndome graciosísimo, más aún cuando ambos entramos en la capilla más hortera que he visto en mi vida, y el hombre que hacía las veces de oficiante me aseguró que era la primera vez que celebraba una boda en la que uno de los contrayentes iba vestido de reno.

Contrayentes.

Boda.

Sean y yo nos hemos casado.

Siento una oleada de pánico y apenas me da tiempo a correr hasta el cuarto de baño antes de que me sobrevenga una enorme arcada. Después, mientras me lavo y contemplo mi cara pálida en el espejo, se me ocurre la extraña idea de que ese reflejo no es el mío, sino el de alguien que ha conseguido tomar mi lugar, una Anne extraña que me ha poseído como uno de esos aliens viscosos de las películas de ciencia ficción. La idea es extrañamente reconfortante porque así puedo fingir por un momento que no soy yo la que me he emborrachado hasta el punto de casarme como un desconocido, como en el peor culebrón de sobremesa en los que la protagonista se despierta aturdida y también algo escocida por el polvo que ha echado con su recién estrenado marido del que no recuerda nada. En mi caso, está claro que no ha habido polvo espectacular porque todavía llevo puesto el disfraz de reno, con las cremalleras bien subidas. Y porque, qué demonios, de *eso* me acordaría. Quiero decir, si has tenido una noche de sexo desenfrenado, lo notarías *ahí abajo*, ¿verdad?

Decidida a descubrir de una vez por todas dónde estoy abro la ventana y la luz del sol me ciega. Veo frente a mí un enorme letrero de acrílico rojo: *Motel Hills- Las Vegas*. Lo reconozco; paso a su lado todos los días cuando conduzco desde casa al trabajo y viceversa. Es un motel pequeño y cutre, nada que ver con el lujo exagerado de los hoteles de los casinos. No tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí, aunque recuerdo leves destellos de la tapicería de mi coche, a Sean conduciendo y a mí misma derrumbada contra una ventanilla, borracha perdida y entonando rancheras a grito pelado. Ay, Dios.

Salgo al pasillo y merodeo frente a la hilera de puertas idénticas pintadas de color turquesa. Ni rastro de Sean. Probablemente se ha despertado y ha huido despavorido al darse cuenta de lo que habíamos hecho. Como necesito salir de aquí lo antes posible me dirijo a la recepción del motel, donde una mujer corpulenta con los rulos puestos está sentada viendo una telenovela mientras devora una

caja de donuts glaseados. La plaquita cosida a su enorme pechera me informa de que se llama Martha.

—¿Y bien?—gruñe.

Le entrego la llave de la habitación y ella la guarda sin decir nada, chasqueando los labios con desdén. «*Ah, eres una de esas*», está pensando sin duda. «*Una de esas que pasa la noche, en Nochebuena nada menos, en un motel de mala muerte con un desconocido. Una de esas a las que los hombres abandonan al filo del amanecer, huyendo como un zorro de un gallinero*». Sí, puedo ver que eso es exactamente lo que Martha está pensando. Esta es, sin duda, la situación más humillante de mi vida y acaba por confirmarme el hecho de que no estoy hecha para las relaciones de una noche. Quizás no esté hecha para relaciones de ningún tipo y debería considerar unirme a alguna congregación religiosa y pasar mis días en recogimiento y oración. Estoy segura de que Nia, que está más que acostumbrada a salir de hoteles y moteles a primera hora de la mañana, no se dejaría amilanar. Seguramente ella le dedicaría a Martha y a su ceño fruncido algún gesto obsceno, como chuparse el dedo corazón lentamente con pretendida lascivia antes de presentárselo en forma de peineta. Algo que dijese a las claras: «métete en tus asuntos». Sin embargo, como ya ha quedado patente, yo no soy Nia. Solo soy Anne, un reno lloroso y despeinado, y antes de irme de aquí tengo que saber algo más.

—Perdone….el hombre que llegó conmigo anoche…

Martha me mira con maliciosa condescendencia.

—Se ha marchado hace rato. Sí, encanto, el pájaro ha volado del nido. Si es que no aprendéis—añade meneando la cabeza, como si el ver a chicas mortificadas abandonando su motel fuese su pan de cada día. Quizá lo sea.

—Oh.— De repente, tengo más ganas de huir que nunca—. Está bien. Gracias.

—Son 60 dólares—añade cuando estoy a punto de darme la vuelta.

—¿Qué?

—El precio de la habitación, encanto. El pájaro no ha pagado. Casi nunca lo hacen.

Rebusco frenéticamente en mi bolso y le alargo un puñado de billetes. Sin esperar el cambio, corro hacia el aparcamiento y miro a ambos lados, intentando encontrar mi coche. Ni rastro. Manipulo el mando a distancia esperando ver el familiar guiño de los intermitentes al encenderse. Nada. Una idea horrible me pasa por la mente y rebusco en el bolsillo interior del bolso, donde guardo unas llaves de

repuesto. No están. Alguien las ha cogido y se ha llevado mi coche y no hace falta ser muy inteligente para saber quién. Para acabar de rematarlo se ha puesto a llover de repente y noto gotas frías resbalando por mi nariz y mis mejillas. Me las aparto con furia y tardo un rato en darme cuenta de que no es lluvia, sino mis lágrimas, que brotan como si alguien hubiese abierto un maldito grifo. No puedo detenerme, y lloro, moqueo y berreo de pie entre los coches, bajo la luz fría de la mañana, hasta que alguien carraspea a mis espaldas y veo a Martha, que me tiende un pañuelo de papel con su enorme mano manchada de azúcar glas.

—¿Quieres que te llame un taxi, encanto?

***

Podría haber sido peor, ¿no? Al menos tenía suficiente dinero para pagar el taxi y el taxista era amable y callado, no de esos que te escrutan por el espejo retrovisor e insisten en darte conversación. Al menos he podido subir los tres tramos de escaleras hasta mi apartamento sin toparme con la señora Patterson, que habría tenido material de chismorreo hasta el fin de los tiempos si me hubiera visto en mi papel de reno maltrecho, humillado y para colmo robado. Entro en casa y el abeto navideño me recibe apacible en su rincón, con sus largas barbas de espumillón que parecen tristes y alicaídas a la luz del día. Mira, igual que yo. Lo primero que hago es frotarme el dedo con agua caliente y jabón hasta conseguir quitarme el dichoso anillo, que guardo en un cajón sin dignarme a dirigirle otra mirada.

Pongo una cafetera al fuego, porque necesito cafeína urgentemente, y cuando voy a sacarme el disfraz de reno, el teléfono móvil comienza a sonar dentro de mi bolso. Respondo sin mirar la pantalla, pensando que seguramente será Nia.

—¿Anne?

Me quedo quieta al oír su voz. No recuerdo haberle dado mi número, pero seguramente lo consiguió cuando rebuscaba para robarme las llaves. Sean, el ladrón de coches. Siento una oleada de furia que se mezcla con la tristeza e indignación que me acompañan desde que me desperté esta mañana.

—¡Tú, maldito desgraciado!

— Escucha, puedo explicarlo…

—¡Me dejaste tirada y te largaste con mi coche! ¿Era eso lo que querías? ¿Robarme el coche? ¿Por eso toda la pantomima de la conversación, el anillo y la…uh…eh…—me atraganto con mi propia saliva.

—La boda—aporta él sin inmutarse

—Sí, eso. ¡Lo tenías planeado desde el principio!

—Anne—Sean tiene la desfachatez de sonar condescendiente, como si estuviese hablando con un niño pequeño en plena rabieta—¿De verdad crees que he orquestado todo esto para llevarme un Ford Mustang de diez años bastante cascado? Me llamaron por un asunto urgente y tuve que marcharme, por eso cogí prestado tu coche. La boda fue…real.

—¿Real?—por algún motivo, el modo en que Sean pronuncia esa palabra me resulta inquietante.

—Quiero decir, los dos nos dejamos llevar ¿no? —el tono de Sean es cauteloso y en el silencio que sigue a sus palabras creo adivinar lo que no dice, pero está pensando: «Fue un error, tenemos que solucionar esto lo antes posible».

—Sí, lo antes posible—digo antes de darme cuenta de que estoy contestando a sus pensamientos, o más bien a lo que yo creo que son sus pensamientos. La situación se vuelve más surrealista a cada momento que pasa.

—¿Cómo?

—¡Que yo también creo que casarnos ha sido un error y que debemos solucionarlo…resolverlo…disolverlo…lo antes posible!

—Bueno…sí, claro.—Sean parece confuso

—Escucha, Sean—digo respirando hondo—Los dos estábamos borrachísimos y cometimos un error. La gente normal no hace estas cosas. Yo no hago estas cosas. Necesitamos resolverlo lo antes posible. Y quiero que me devuelvas mi coche.

Larga pausa. Escuchamos nuestras respectivas respiraciones a través del teléfono y mientras la mía es agitada como si estuviera a punto de darme un ataque de asma, la suya se mantiene rítmica. Casi puedo percibir como los engranajes de su cerebro giran a toda velocidad.

—Por supuesto que voy a devolverte tu coche—dice finalmente—Encontrémonos en el lago Mead dentro de una hora. Hablaremos y lo solucionaremos todo.

—¿Te has vuelto loco, Sean? Eso está a casi 50 kilómetros. ¿Cómo pretendes que me desplace hasta allí? ¿Volando?

—¡Por favor, Anne!—Su tono es suplicante—.Te reembolsaré el dinero del taxi, pero necesito que nos veamos en el lago Mead . Es importante. Tengo que…tengo que ir allí. Te lo explicaré, lo prometo.

Y lo solucionaremos todo. Por favor, veámonos allí.

Acabo claudicando. ¿Qué quieres? Soy Anne, la que no sabe decir no, la que siempre acaba cediendo a peticiones absurdas, como trabajar en Nochebuena casi sin preaviso, casarse en una capilla de Las Vegas o recorrer 50 kilómetros para recuperar mi propio coche de manos de un crupier chiflado. Está claro que Nia tiene razón cuando se enfada conmigo por mi falta de asertividad.

Así que utilizo una aplicación del móvil para llamar a un taxi, agarro mi bolso y salgo de mi apartamento dando un portazo. Esta vez no tengo tanta suerte: la señora Patterson me mira desde el rellano, estirando el cuello como uno de esos muñecos con resorte de las cajas sorpresa. Lleva un batín de terciopelo rosa y sujeta su cigarro mañanero entre dos uñas pintadas de amarillo limón. Paso por su lado sin mirarla y ella chasquea los labios, recorriéndome entera con su mirada de aguilucho, desde la cornamenta de reno hasta las pezuñas peludas.

—Sabía que terminaría enloqueciendo—oigo que murmura a mis espaldas—Era cuestión de tiempo.

El taxista que me toca en suerte esta vez es de los locuaces. Se llama Earl, tiene tatuada a Jessica Rabbit en el bíceps y una larga barba que le hace parecerse a Santa Claus. Circulamos por carreteras casi desiertas, siguiendo el cauce del Río Colorado hasta la presa Hoover, contigua al lago Mead. Hace un frío que pela y la zona, que en verano está plagada de turistas atraídos por las vistas panorámicas y las actividades recreativas, está desierta y parece un poco inquietante, con los imponentes acantilados de arcilla roja emergiendo a ras del agua como dientes afilados. Casi parece uno de esos escenarios agrestes de las películas de terror en los que a los excursionistas incautos les suceden todo tipo de cosas horribles. No veo mi coche por ninguna parte y le digo a Earl que me espere, porque a estas alturas mi confianza en Sean Miller no está en sus niveles más altos. Avanzo por el camino de tierra, bordeando la pared empinada del cañón. El silencio es absoluto y el lago es como un inmenso espejo, inmóvil a excepción del reflejo sinuoso de una pareja de frailecillos que se persiguen a pocos metros sobre el agua.

¿Dónde demonios está Sean Miller, ese canalla escurridizo? ¿Y dónde está mi coche?

Entonces lo veo.

En un primer momento pienso que se trata de los restos abandonados de alguna embarcación, quizá uno de esos barcos a vapor de ruedas que ofrecen cruceros a los turistas y que hacen que

uno se crea inmerso en una novela de Mark Twain. Estoy a punto de darme la vuelta y llamar a Sean por teléfono para gritarle que no se retrase más. O podría volver sobre mis pasos y pedirle a Earl que me acompañe, porque esta zona es demasiado solitaria para mi gusto y ese trozo de….lo que sea que hay en el agua brilla demasiado bajo el sol y parece amenazante, como la sonrisa de un payaso malvado. Su color rojo cereza me resulta familiar, tan familiar que a pesar de que mis piernas pugnan por salir corriendo de allí, mi cerebro las traiciona una vez más y antes de darme cuenta me inclino sobre el lago y el reno que veo a mis pies, reflejado en las aguas, grita y vocifera a pleno pulmón porque el metal que sobresale del agua es el techo color cereza de mi Ford Mustang y el trozo de tela que flota a su lado, como un retal fantasmagórico, es la chaqueta color berenjena que Sean Miller llevaba puesta anoche.

No me doy cuenta de que me he tirado al lago hasta que noto el impacto del agua helada. Agito frenéticamente los brazos y las piernas y salgo boqueando a la superficie. Por algún motivo, lo primero que hago es aferrarme a la chaqueta de Sean, como si ésta fuese un salvavidas que pudiese mantenerme a flote y después cojo aire y nado en torno al coche, ignorando la sensación de frío que atenaza mis extremidades. Veo que la ventanilla del conductor está rota y aunque el interior está oscuro, no veo a Sean por ninguna parte. Me sumerjo una y otra vez, buscándolo, hasta que noto que los brazos y las piernas me pesan demasiado, se me duermen y tiran de mí hacia ese fondo donde lo único que hay es una oscuridad gelatinosa llena de plantas acuáticas. Los frailecillos han dejado de perseguirse y me miran desde un tamarisco, seguramente preguntándose cómo puedo ser tan estúpida. Les devuelvo una mirada de impotencia y sigo hundiéndome hasta que oigo unos gritos que no son los míos y Earl aparece en la orilla moviendo sus enormes brazos y vadeando por el agua hacia mí, haciéndome señas, como un Santa Claus valiente al rescate de un reno lloroso y empapado.

RUN, RUDOLPH, RUN

Los Tres Cerditos están sentados en fila y me miran con curiosidad. Van desaliñados y tienen manchas de sangre en las manos y en la barbilla, como si acabasen de devorar entre todos al Lobo Feroz. Al fondo, en una de las celdas, un borracho canta *Frosty the Snowman* de Gene Autry, a grito pelado.

No, no estoy desvariando. Estoy en una comisaría esperando a ser interrogada y frente a mi hay dos chicos y una chica, los tres vestidos de cerdos. Supongo que ellos están igual de sorprendidos que yo de haberse topado con un reno peludo y chorreante.

—¿Sabías que más del ochenta por ciento de los asesinos que cumplen condena en las cárceles estadounidenses admiten haber quemado, colgado o apuñalado animales domésticos cuándo eran pequeños?—me suelta de repente la chica-cerdo.

—Ah…¿sí?

—Y tanto que sí.—Sus compañeros asienten—. Hay un fuerte componente de psicopatía en el hecho de matar animales, ya sea para comérselos o por las pieles. Imagino que tú estás aquí por las pieles ¿no? No sabía que también desollaban a los renos para hacer abrigos, aunque ya nada me sorprende de este sistema capitalista y opresor. Nosotros nos hemos centrado en la lucha contra las malas prácticas en las granjas. ¿Sabías que los golpes y las descargas eléctricas son una práctica habitual en los mataderos de cerdos?

—Eh…

—¿Sabías que piaras enteras viajan en camiones de transporte en condiciones terribles? ¿Que muchos mueren de insolación en verano o se congelan en invierno?

—Pues…

—Sin embargo, la policía no quiere escucharnos. Por supuesto, están vendidos al sistema. Nos han detenido cuando intentábamos liberar a unos cuantos cerdos en una granja cerca de Sloan. ¿Ves esto? —La chica levanta las manos teñidas de rojo—Es sangre falsa hecha con colorante alimenticio. Sin embargo esos brutos pensaron que acabábamos de matar a alguien. ¿Te lo puedes creer? ¡Los asesinos son ellos!

—¡Ámame, no me comas! ¡Muerte a la industria cárnica! ¡Acabemos con la masacre de los cerdos y los renos!—. Los tres se ponen de pie y me sujetan de las manos, haciéndome girar con ellos a lo largo y ancho del pasillo. El borracho deja de cantar para mirarnos

boquiabierto y el joven policía pelirrojo que está de pie frente a la puerta se acerca a nosotros con cara de malas pulgas.

—Dejad de alborotar que esto no es un patio de recreo. ¿Otra vez por aquí, Cassie? ¿Todavía sigues en tu empeño de liberar a todo bicho viviente? Ya es la cuarta vez en lo que llevamos de mes.

—Los cerdos merecen una oportunidad, Jack—responde Cassie, la chica-cerdo—.Merecen ser liberados, trotar por el campo, hartarse de bellotas…

El agente suspira con resignación.

—Mira, Cassie, el inspector Larsson está teniendo hoy un mal día, así que os sugiero que os estéis sentaditos y quietos hasta que os llamen. Tú, el reno, ven por aquí.

—¡Dales duro, Rudolph, no dejes que te amilanen!—me grita Cassie.

Todavía aturdida tras el discurso animalista sigo al agente Jack por un largo pasillo hasta una estancia pequeña que, para mi espanto, solo está amueblada con una mesa, dos sillas y un foco que lo ilumina todo desde arriba, como en esas escenas de película en las que avezados detectives interrogan al sospechoso de turno hasta conseguir que se derrumbe y confiese. Allí está todavía Earl, el taxista, estrechándole la mano a un policía delgado y cetrino que probablemente le acaba de entregar el premio al mejor ciudadano del año por haber rescatado al reno estúpido de las aguas del lago Mead.

—Bien, Anne Elizabeth Tinsley, 26 años, domicilio en el número 22 de la calle Melvin ¿es correcto?—pregunta el inspector sin mirarme, consultando unos papeles sobre la mesa. Está claro que no se va por las ramas.

—Correcto—digo mientras Earl se despide de mí con una palmada en el hombro que está a punto de tirarme al suelo.

—Soy el inspector Thomas Larsson.—Me tiende la mano y luego hace un ademán para que me siente frente a él, cosa que hago sin dejar de temblar; de frío, de miedo y porque temo que va a darme la peor de las noticias: que han encontrado el cuerpo de Sean en el lago.

—Estoy seguro de que estará deseando marcharse a casa después de una experiencia tan traumática, así que trataré de ser breve.— El inspector Larsson me observa con perspicacia tras sus espesas cejas. Sus manos juegan con un bolígrafo sobre la mesa y todo en él desprende una sensación de puro nervio, como si estuviese dispuesto a saltar y embarcarse en una persecución a campo abierto, con tiroteos y frenazos incluidos.

—Gracias—digo abrazándome a mi misma para intentar dejar de temblar.

—Nuestros buceadores han extraído del lago Mead un Ford Mustang con matrícula 697.EBA del estado de Nevada, registrado a su nombre. Según me han comentado los agentes que se personaron en el lugar y según la declaración del testigo Earl Fazer, el taxista que la ayudó, usted se había lanzado al lago al ver su coche semihundido… —me mira alzando las cejas, instándome a seguir.

—Sí, buscaba a Sean. Sean Miller. Él era…Él conducía mi coche. ¿Lo han encontrado?

—Nuestros buzos siguen drenando el lago, pero no han hallado a nadie por ahora. Hemos encontrado huellas muy profundas de neumáticos en el camino que da al lago, lo que sugiere que el coche se precipitó al agua a toda velocidad. ¿Qué hacía usted allí, Anne?

—Fui a encontrarme con Sean. Él es crupier en el casino donde trabajo de barista. Somos compañeros de trabajo.

—¿Solo compañeros de trabajo?—Larsson remueve más papeles y me dedica una mirada afilada—.Según esta licencia matrimonial expedida anoche que hemos encontrado en su coche…—El inspector alza la licencia embarrada dentro de una bolsa de plástico—…Sean Miller también es su esposo.

Un tumulto tras la puerta lo interrumpe cuando va a decir algo más y se detiene a escuchar, casi olfateando el aire como un sabueso. Varias personas irrumpen a la vez en la estancia, seguidos de cerca por el agente Jack, que no parece nada contento.

—¡Somos su familia!— Un hombre calvo y fornido sortea a los agentes con sorprendente agilidad y se planta ante Larsson—. Acaban de avisarnos. Queremos saber qué ha sucedido.

—Lo siento, inspector.— El agente Jack parece azorado—. No he podido detenerlos. ¡Son demasiados!

En realidad solo son cuatro, pero son tan ruidosos que parece haber entrado una multitud. Detrás del señor calvo entran una anciana menuda con rizos blancos y vaqueros ajustados, una señora de mediana edad con un vestido rosa y toques amarillos en guantes y bolso y una chica rubia de unos dieciocho años que parece recién salida de la portada de Vogue. La señora de rosa aparta a Jack de un empujón y se encara con el inspector Larsson.

—Soy Sophie Miller—anuncia—. Estos son James, mi marido; Dorrie, mi madre; y mi hija Elise. ¿Es cierto lo que nos han dicho? ¿Sean se ha ahogado en el lago Mead?—.Un pañuelo amarillo emerge

de su bolso y se frota los ojos vigorosamente—.¡No puedo creerlo! ¡Ni siquiera sabíamos que estaba en Las Vegas! Hace años que no sabíamos nada de él, desde que se marchó de casa. ¡No puedo creer que se haya ahogado! —. Sophie rompe a llorar y su marido la abraza. El inspector Larsson frunce el ceño.

—Todavía no tenemos una versión oficial, señora. Nuestros hombres están investigando en la zona. ¿Entiendo que son ustedes los padres de Sean Miller?

—Sí..Bueno…—Sophie emerge del hombro de su esposo—.En realidad Sean era hijo de mi primer marido. Nosotros lo adoptamos cuando su padre falleció, cuando Sean tenía ocho años y ha vivido con nosotros hasta que…bueno hasta que se marchó de casa.

—Un pieza de cuidado, ese Sean—suelta de repente Dorrie, la anciana, sobresaltándonos a todos—. Igualito que su padre, si quieren saber mi opinión.

—¡Mamá!

Lejos de mostrarse incómoda Dorrie se encoge de hombros y hace una pompa con el chicle que está masticando, como una adolescente descarada. A pesar de que debe tener casi ochenta años viste vaqueros ajustados y desteñidos, un jersey enorme de lana amarilla y pulseritas de hilo en las muñecas. Todos nos quedamos mirándola como si fuese una aparición hasta que el inspector Larsson carraspea y nos mira a todos con severidad.

—Queremos saber qué ha pasado—suplica James.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar, señores. Estamos interrogando a una testigo.—El inspector me señala y cuatro pares de ojos se giran hacia mí.

—Disculpa. ¿Tú quien eres?—pregunta la señora Miller.

—Soy Anne. Anne Tinsley. Yo estaba…

—Es su esposa—suelta Jack desde el quicio de la puerta mientras se hurga una oreja con una uña. Muy fino sí. Y muy bocazas. Los cuatro pares de ojos se entornan a la vez y me encojo en mi asiento.

—¿Cómo?

—¿Su esposa?

—¡Sean no está casado!

—¿Está casado?

—Desde anoche, por más señas—apunta Jack. Cada vez tengo más ganas de matarlo. Incluso el inspector Larsson le dirige una mirada

para que se calle

Todos hablan, mejor dicho, chillan a la vez y el inspector Larsson alza los ojos al cielo, pidiendo paciencia para lidiar con todos nosotros. Como los diversos gestos que hace con los brazos no surten efecto acaba lanzando un bramido de oso. Parece mentira que semejante vozarrón pueda provenir de un hombre tan bajito y delgado como él.

—¡¡Silencio!!

Funciona porque las voces se van acallando y los cuatro pares de ojos lo miran a él. El señor Miller con impaciencia, su esposa como si estuviese a punto de sufrir un colapso, Dorrie con diversión y la adolescente, Elise, con un punto de altanería, como si no estuviese acostumbrada a que le soltasen berridos.

—Deduzco que no se conocían entre ustedes—dice el inspector con sorna—.Más tarde tendrán tiempo de ponerse al día; ahora hagan el favor de salir mientras hablo con la testigo.

Los Miller circulan hacia la salida con las cabezas gachas. Mientras la puerta se cierra tras ellos oigo como Dorrie murmura entre dientes:

—¿Y qué hace vestida de reno? Siempre he dicho que Sean era bastante rarito.

—¡Cállate ya, mamá!

Me quedo de nuevo a solas con el inspector, que me mira ceñudo. Se nota a las claras que está deseando terminar con este asunto.

—Veamos. Antes de esta interrupción habíamos dejado claro que el señor Miller, además de un compañero de trabajo, es su esposo. ¿Algo que quiera añadir al respecto?

En fin. Cuando un detective te pregunta algo así en una sala de interrogatorios digna de la mejor serie policíaca, lo que una hace es soltarlo todo, cantar cual tenor sobre un escenario, sobre todo si el policía en cuestión parece peligroso y agudo como Thomas Larsson. Así que le cuento toda la historia: desde la borrachera que Sean y yo nos pillamos sobre el capó de mi coche, pasando por el anillo de King Kong de *Gabrielle-dedos-flacos* hasta la llamada de Sean citándome en el lago Mead para devolverme mi coche.

Cuando termino, el inspector silba por lo bajo.

—Menuda historia. ¿Sabe? No tiene usted pinta de ser de las que se emborrachan y se casan en Las Vegas en un arrebato.

Su mirada de halcón está fija en la mía, y estoy segura de que bajo mi disfraz peludo está viendo a la Anne real, a la que no le gustan las

sorpresas ni las novedades, la que nunca hace cosas interesantes. No digo nada y él asiente un par de veces para sí mismo antes de volver al interrogatorio

—¿Cómo estaba él cuando la llamó por teléfono? ¿Cuál era su estado de ánimo? ¿Parecía deprimido, asustado, enfadado?

—Parecía impaciente— digo con sinceridad—Supongo que los dos estábamos un tanto azorados y queríamos resolver cuanto antes este asunto…Tramitar uno de esos divorcios rápidos lo antes posible…— Recuerdo la mirada perdida de Sean al hablarme de Gabrielle; su tristeza mezclada con rabia antes de que el alcohol lo borrase todo. Había amor ahí, un amor enfermizo y amargo, de los que duelen como heridas frescas. Un pensamiento horrible me asalta de repente— ¿Creen que lo hizo adrede? ¿Qué se ha suicidado?

—Todavía es demasiado pronto para sacar conclusiones. Las huellas de los neumáticos sobre el camino sugieren que el coche se dirigió *directamente* al lago, lo cual no tiene sentido porque ese camino es peatonal. Sin embargo, eso no basta para catalogarlo de acto deliberado. Encontrar a Sean es fundamental

—Pero creen…Él está muerto, ¿verdad?—Pronuncio por fin las palabras que llevan horas girando en mi mente y al oír mi propia voz, débil y entrecortada, me parece estar escuchando a otra persona, alguien hablando por encima de mi cabeza. Hasta hace un día mi vida era lo más aburrido que una pueda encontrarse y ahora aquí estoy, preguntando sobre cosas horribles con un nudo en el estómago.

—No podemos decirlo con seguridad…pero es lo más probable, sí.

Lo más probable. En mi mente aparece la imagen de Sean, con sus uñas mordidas y su sonrisa inmensa, alegre y seguro de sí mismo, repartiendo con precisión las cartas de *blackjack*. Vivo. Trago saliva y Larsson me acerca una caja de pañuelos de papel, con el movimiento mecánico del que está acostumbrado a dar consuelo a familiares desolados. Salgo de la sala de interrogatorios diez minutos después, tras facilitarle a Larsson todos los datos que se me ocurren, nuestro lugar de trabajo y el contacto de Bob Casey. Seguramente después de esto me despedirá, o quizá no. Quizá ponga a trabajar esa mente hortera y codiciosa que tiene y me obligue a servir copas disfrazada de *La Novia Cadáver* o algo así. ¿Quién sabe hasta dónde puede llegar?

El borracho de la celda está cantando *Santa Claus is Comin' to Town, de* Justin Bieber, y los Miller lo contemplan boquiabiertos, sentados en las mismas sillas que antes ocupaban los cerditos La señora Miller se pone en pie nada más verme y viene hacia mí. Parece que un camión le haya pasado por encima; con el maquillaje

destrozado y los ojos enrojecidos. Me encojo sobre mí misma pensando que quizá quiere pegarme con su bolso amarillo limón, pero en lugar de eso me coge las manos y me las sujeta con gesto maternal.

–¡Anne!. Perdona por lo de antes….ahí dentro. No hemos sido muy educados, ¿verdad? Nos ha pillado por sorpresa. No sabíamos que Sean se había casado…

—Ni siquiera sabíamos que había vuelto a la ciudad—aporta su esposo con amargura—Sentimos mucho….todo esto.

—Yo también lo siento—digo bajito. Los padres de Sean me devuelven una mirada apesadumbrada. En sus ojos se perciben perfectamente el dolor y la preocupación y me pregunto qué ha podido pasar para que Sean haya cortado el contacto con su familia. No parecen malas personas. Todo lo contrario, Sophie es tremendamente maternal y su marido parece bueno y amable bajo ese aspecto de contable aburrido que tiene. Quizá se trate de una de esas familias en apariencia modélicas que en realidad guardan un montón de esqueletos en el armario, pero mi instinto me dice que no es así.

De repente la señora Miller me abraza. Me quedo congelada en sus brazos mientras ella solloza de nuevo con la nariz enterrada en el pelaje de reno.

—¡Es que no puedo creerlo! ¿Qué hacía Sean en el lago Mead?

Me encojo de hombros con impotencia porque yo también me he hecho esa pregunta. Sophie me mira entornando los ojos.

—¿Creen que lo ha hecho….a propósito?—susurra.

—No lo sé—digo sinceramente. No es una respuesta brillante, pero es la única que se me ocurre. No quiero hablarle a esta mujer amable de la malvada Gabrielle ni de que Sean tenía el corazón roto por su culpa. Por algún motivo que no alcanzo a comprender, no quiero que sepa que yo era casi una completa desconocida para su hijo, alguien que acabó casada con él por error.

—Le hemos fallado, James—solloza la mujer en mi hombro—.No hemos sabido estar ahí para él, cuando lo necesitaba.

James le da unas palmaditas en la espalda y se frota vigorosamente los ojos con un pañuelo de cuadros escoceses. A su lado, Elise está muy tiesa y parece incómoda, como si no estuviese acostumbrada a los estallidos emocionales. Dorrie parece tan entusiasmada escuchando los villancicos del borrachín que temo por un momento que esté pensando en unirse a él en dueto.

—Escucha, Anne—me dice James cuando Sophie se recompone un poco—.Ese detective quiere hablar con nosotros también…¿Te

importaría esperarnos? Nos gustaría…no sé, invitarte a tomar un té caliente…Hablar un poco.

Estoy a punto de rechazar la invitación pero la mirada de James me dice que no lo hace por cortesía, sino por ellos mismos. Sobre todo por Sophie. Al principio me siento confusa, porque no entiendo qué puede aportarles el tomarse un café conmigo, ese desastre peludo que se casó con su hijo en Las Vegas. Entonces lo entiendo.

Cuando mi padre murió, mamá se pasó horas recopilando todas sus pertenencias, no solo las grandes e importantes como su caballete de pintor aficionado o su colección de discos clásicos, sino también los objetos más nimios y aleatorios, como una caja de chicles por la mitad o la última factura de la lavandería. Fue guardando todas esas cosas en latas vacías de galletas que acabaron formando torres por todas partes: el salón, la cocina, las esquinas de las habitaciones. También intentó pasar tiempo con todos los amigos y conocidos de papá: invitaba a sus compañeros de trabajo a tomar el té, se pasaba horas hablando con el estanquero que le vendía el tabaco. Al principio, yo pensaba que se había vuelto un poco loca por culpa del dolor. Después entendí que trataba de absorber los distintos rastros que él había dejado durante su paso por la tierra, como alguien muy sediento que exprime incansablemente un limón para sacarle todo el jugo posible. Eso es lo que los Miller están intentando hacer ahora conmigo: exprimir el limón de los recuerdos de Sean.

De modo que, aunque hace muchas horas que no como y estoy muriéndome de hambre (por no hablar de que el disfraz de reno se ha convertido a estas alturas en un pingajo pestilente) acepto tomar algo con ellos y les espero sentada en el pasillo, escuchando al borracho que, como si fuera un augurio siniestro, está cantando *Run Rudolph Run* de Chuck Berry.

Si, tal vez correr, huir, sería la opción más sensata para este reno. Sin embargo no lo hago.

Salen del despacho de Larsson media hora después, con pinta de que les haya pasado un tren por encima. Dorrie y Elise se despiden rápidamente y Sophie me explica que tienen que marcharse a casa porque su hija menor está con la canguro. No sabía que Sean tenía una hermanastra pequeña, una niñita, y esa idea hace que la idea de su muerte me golpee todavía más fuerte.

Caminamos en silencio hacia una cafetería de esas modernas, con sillones de terciopelo y bandejas de *macarons* en el escaparate. El ambiente es festivo, lleno de familias emocionadas por la Navidad que beben chocolate caliente y devoran *pretzels*. Nosotros en cambio ofrecemos un aspecto extraño y patético.

—Entonces…—James carraspea.

Sophie remueve su té frenéticamente, levantando gotitas que caen sobre el mantel— ¿Alguna vez te habló Sean de nosotros, Anne? ¿De sus hermanos?

—Eh…yo…—. Trago mi café a toda velocidad y me sabe más amargo que nunca. No estoy segura de si es el sabor real del café o el sabor del engaño al que estoy sometiendo a esta gente.

—¿Alguna vez te dijo por qué se marchó y no volvió a ponerse en contacto con nosotros?—insiste James con un tono en el que se mezclan la rabia y el dolor.

—En realidad no—digo bajando la mirada para que no puedan ver mis ojos de traidora—. Jamás me habló de su familia.

Sophie suspira, dolida.—¿Sabes? Siempre deseé que Sean encontrase a alguien. Cuando vino a vivir con nosotros tenía ocho años, la misma edad que Luke, nuestro hijo mayor, y siempre pensamos que serían buenos amigos, pero nunca se llevaron bien. Sean parecía no necesitar a nadie. Me alegro de que al final te encontrase a ti. ¿Cómo empezasteis a salir?

Verá, ambos estábamos deprimidos por nuestras respectivas- y desastrosas- vidas amorosas y nos embarcamos en una terrible borrachera de consecuencias imprevisibles

Por supuesto, no puedo decir eso, así que improviso sobre la marcha.

—Bueno, no fue un noviazgo largo. La verdad es que fue amor a primera vista. Un día alquilamos unas películas. Estábamos viendo *El Club de los poetas muertos* y al llegar a la escena en que todos se ponen de pie en las sillas gritando *«Oh capitán, mi capitán»,* Sean y yo pronunciamos las palabras a coro. Creo que en ese momento nos dimos cuenta de que éramos almas gemelas.

Sophie y James me miran como si acabase de decir que nos conocimos durante una expedición espacial a Marte y luego se miran el uno al otro. Me siento mal por mentirles, pero parecen tan hambrientos de los recuerdos de Sean que me parece piadoso edulcorar un poco la situación. En realidad, esa escena que acabo de contarles la viví con Isaiah, pero no exactamente así. Fui sólo yo la que coree las palabra con Ethan Hawke, mientras Isaiah a mi lado se limitaba a beber cerveza, frotarme un pezón por encima del sujetador y quejarse de que esa película era un coñazo y me daba cinco minutos antes de quitarla para ver el partido de beisbol.

—Qué bonito, cielo—suspira Sophie—. Siempre supe que Sean, en

el fondo, era un chico sensible.

Nos pasamos las siguientes dos horas hablando de él. Me hablan de su familia, de sus tres hijos- Elise, la pequeña Maggie que tiene seis años y Luke, de la edad de Sean-y me cuentan anécdotas de la infancia de Sean, del muchacho seguro de sí mismo y arrogante que fue, mientras yo dibujo para ellos a un Sean amable y considerado, al novio ideal que nunca existió más que en mi imaginación. Cuando nos despedimos, Sophie me abraza de nuevo y luego se queda mirándome.

—No hemos podido celebrar la Navidad en condiciones por todo lo que ha pasado, y aunque será difícil, mañana haremos una cena en casa, sobre todo por Maggie, nuestra hija pequeña. Nos gustaría que vinieras

—Oh, no creo que…

—Para nosotros sería importante—recalca James.

—Está bien—acepto.

Y aquí está la Anne de siempre, la que no sabe decir no. Nia me reñiría si pudiese escucharme pero en esta ocasión el *sí* me ha salido de dentro. Quizá porque quiero dejar que sigan exprimiendo el limón de los recuerdos- imaginarios- de Sean, porque sé que eso les alivia, aunque el alivio sea como poner una tirita sobre una herida de bala. O quizá lo hago por mí misma, porque durante estas dos horas en esta cafetería que huele a bollos de canela he sentido una conexión especial con esta mujer amable y un poco excéntrica que parece salida de una película de los años 50. Sophie es cariñosa y maternal- algo que mi propia madre nunca fue- y parece ser de esas que llevan dentro un charco de dolor que te salpica los pies cuando menos te lo esperas. Lo sé, porque yo llevo los míos a remojo más de lo que quisiera.

Cuando hago girar la llave en la cerradura de mi apartamento, pasa ya del mediodía y yo me siento mil años más vieja. Y distinta también, como si hubiese pasado por una guerra o una catástrofe, como si la que estuviese entrando por la puerta fuese una intrusa que no tiene nada que ver con la chica que hace menos de 24 horas rezongaba ante la idea de trabajar vestida de reno. Observo mi *Kit de supervivencia para Nochebuenas solitarias* que había dejado preparado en la mesa el día anterior: el DVD de *La Vida es Bella*, (¡Ja! Qué ironía), una bolsa de Cheetos y una tableta de chocolate. Todo eso pertenece a una Anne más inocente, menos sabia. Una Anne que jamás se había adentrado en aguas heladas buscando un cadáver.

Soy viuda, pienso mientras me muevo como un robot por mi apartamento. *Soy viuda*, mientras me quito el apestoso traje de reno y meto mi cuerpo magullado en la bañera. *Soy viuda* mientras

contemplo el reflejo de mis ojos alucinados en el vaho. *Sean ya no está*. Y mientras mi estómago ruge de hambre (porque los vivos tenemos necesidades y llevo un día entero sin recibir nutrientes, si no contamos las frutas de los daiquiris) pienso en el hueco que a partir de ahora va a dejar Sean en las vidas de los que deja atrás. Cuando mi padre murió nos encontramos con un agujero negro e insondable, un pozo que se tragó todo lo que nuestra familia había sido. Me pregunto si Sean dejará un hueco así de grande o su ausencia será diferente, como cráteres llenos de aristas.

Diez minutos más tarde, estoy comiéndome un plato de ramen precocinado cargado de glutamato cuando suena el timbre de la puerta. Salto en mi asiento pensando que será la policía, que lo han encontrado ya. Pero cuando la abro me encuentro con los rostros preocupados de Jason y Nia y –sorprendentemente- Sheila, la bailarina del Apricot. Los tres me repasan de arriba abajo, desde mi bata de franela huesa hasta los fideos que se han quedado pegados a mi barbilla.

—¿Hola?—digo absurdamente.

Jason y Nia se adelantan y me envuelven en un abrazo de oso.

—¡Anne, nos has tenido muy preocupados!—Nia se aparta y me mira con los brazos en jarras, como una matrona griega a punto de echar una buena bronca—.Sheila nos ha llamado porque la policía se presentó en el Apricot diciendo que estabas involucrada en algún tipo de accidente. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Miro a Sheila, que se ha quedado rezagada y parece aterrorizada. Por primera vez desde la conozco no tiene su habitual aspecto sensual e impecable. Lleva un vestido rojo de lycra con marcas de sudor bajo las axilas y ha intentado pintarse los labios a juego, pero le ha salido fatal y su boca parece una enorme herida sangrante.

—Pasad—digo abriendo más la puerta—¿Queréis un café?—.Intuyo que voy a tener que dar muchas explicaciones y necesito cafeína.

Los tres me siguen hasta la puerta de la cocina y mientras Jason y Nia se ponen a trastear ayudándome, Sheila se queda parada en el quicio de la puerta. Todavía no ha dicho ni una palabra. Su actitud me intriga. ¿Cuánto le habrán contado los policías que fueron al Apricot?

Nia se planta en jarras frente a mí mientras la cafetera humea a nuestras espaldas.

—¿Quieres hacer el favor de soltarlo ya, Anne? La última vez que hablamos estabas criticando al viejo Casey por hacerte trabajar en

Nochebuena y ahora resulta que has acabado detenida en una comisaría

—No me han detenido—corrijo—. He ido a declarar porque estuve en la escena de un accidente.—Miro a Sheila de reojo y ella me devuelve una mirada nerviosa mientras se muerde una de sus uñas de acrílico—. Un coche ha caído al lago Mead.

—¿Y qué hacías tú en el lago Mead?—Jason se une al interrogatorio.

-—Había quedado con alguien–digo sirviendo el café en cuatro tazas.

—Anne…—.La voz de Nia es suave y amenazadora y comprendo que debo terminar con esto de una vez.

—Está bien. Anoche me casé con Sean Miller. Tuve que ir al lago Mead porque él se había llevado mi coche y me lo encontré hundido.

—¿A Sean?— es la primera palabra que pronuncia Sheila. La voz le tiembla y una lágrima solitaria se desliza por su mejilla, tiñéndola de rimmel negro. La miro conmovida y le tiendo una mano. Ella la aferra como un náufrago. Quizá sí conocía bien a Sean, después de todo.

—No. A mi coche. Los buzos de la policía siguen buscando a Sean, creen que se ha ahogado—digo suavemente.

Jason y Nia se miran el uno al otro. Después él se levanta y me pone una mano en la frente.

—Está bien–suspira—.No tienes fiebre. Ahora dime, ¿Qué bebiste en el Apricot? ¿Has visto a alguien echarte algo en la bebida? Sé que hay algunas drogas sintéticas que provocan alucinaciones…

—¡Jason!—Lo aparto de un manotazo—¡No estoy borracha ni delirando!

—Está bien—intercede Nia, que siempre ha sido más proclive a creerse lo increíble—Cuéntanoslo todo.

Lo hago y no me dejo nada en el tintero: ni la borrachera con vodka y daiquiris, ni la desolación de Sean ante el abandono de Gabrielle, ni el modo en que él se marchó del motel dejándome allí sola. Los tres me escuchan atentamente, sus rostros expresando emociones muy distintas. Jason parece escandalizado, casi asustado, como si la Anne metódica y algo aburrida que él conoce hubiese sido devorada por una psicópata chiflada. Nia me mira entre curiosa e indulgente, quizá aliviada de que por una vez sea yo y no ella la protagonista de un escándalo. Sheila sigue observándome con los ojos brillantes y la barbilla temblorosa. Juraría que le inspiro lástima.

Quizá me considera patética. Sí es así, no seré yo quien la culpe.

—¿De verdad te casaste con él?—pregunta.

Me levanto para ir al cajón donde guardé el anillo y se lo enseño. Ella lo toca con un dedo como si le quemase y luego aparta la mano.

—Es increíble. Increíble.

—Lo es .Quiero decir, yo apenas lo conocía—digo atropelladamente—.Esa noche fue la primera vez que hablé realmente con él y ya ves como terminó todo…—. Las palabras mueren en mis labios y Sheila me coge la mano y me la aprieta.

—Todo esto tiene que estar siendo muy duro para ti—me dice–. Muy confuso.

—¿Tú le conocías bien?—pregunto—.Antes me ha dado esa sensación.

Sheila niega con la cabeza y agita la mano como si quisiese espantar un insecto.—No, apenas le conocía. Una vez tuve un novio que se ahogó en el mar, y me han venido malos recuerdos. Sólo eso.

Asiento comprensiva mientras Jason y Nia nos miran en silencio, testigos de este extraño lazo que parece estar formándose entre las dos. Esa tarde los tres se quedan conmigo y hablamos sin parar mientras vaciamos dos cafeteras y damos buena cuenta de un paquete de galletas. Hablamos de todo un poco: del Apricot, del frío que hace estos días, de lo agobiante y estrambótica que se pone Las Vegas durante las fechas navideñas. Y sí, también hablamos de Sean, de lo guapo que era, de su simpatía arrolladora y su habilidad en la mesa de juego. A nuestra manera, le hacemos un pequeño homenaje en el que tanto las risas como las lágrimas tienen cabida.

Me pregunto si a él le hubiera gustado.

BESANDO A *SLENDERMAN*

Los Miller viven a las afueras de la ciudad de Las Vegas, en una de esas urbanizaciones de casas compactas y jardines delanteros donde el césped es oscuro y frondoso a golpe de aspersores que funcionan sin pausa, porque la gente tiende a olvidar que esto no es Inglaterra sino el desierto de Mojave. A través de la ventanilla empañada del taxi veo los porches decorados con luces, los árboles de navidad que refulgen a través de las ventanas y pienso una vez más en el lío en el que me estoy metiendo.

Estoy a punto de admitir que todo ha sido un error y de pedirle al taxista que me lleve de nuevo a mi apartamento, pero ya se ha detenido frente a una casa de dos plantas que se erige en un jardín de lo más peculiar. Para empezar, no es la casa la que domina el jardín, como las otras del vecindario, sino que el jardín parece tragarse a la casa como si esta únicamente fuera un accesorio más y la vegetación fuese lo verdaderamente importante. Es un jardín sorprendente: con hileras de parterres descuidados y plantas extravagantes que no tienen nada que ver con los setos pulidos de sus vecinos. Veo muchos cactus, una enorme planta de aloe vera y otras muchas que no reconozco y que dan al jardín un aspecto estrafalario, como si fuese un paisaje lunar. Le pago al taxista y todavía estoy boquiabierta mirándolo todo cuando diviso a James de pie frente a la puerta delantera, de espaldas a mí. Lleva un jersey verde oscuro con un enorme muñeco de nieve estampado y parece estar teniendo una seria discusión con los ramilletes de muérdago que cuelgan de la puerta principal.

—¡Anne!— James ha oído mis pisadas en la gravilla y me saluda con una sonrisa triste—¡Me alegro mucho de que hayas decidido venir!

Me quedo parada frente a él, un poco azorada mientras las volutas blancas de nuestros alientos congelados giran a nuestro alrededor.

—Gracias de nuevo por la invitación. ¿Estás colocando el muérdago?

—Es acebo— me corrige-—. Mucha gente los confunde pero en realidad son muy distintos. Lo cultivo yo mismo, pero este año por algún motivo no ha acabado de crecer bien. Se ha quedado raquítico. ¿Conoces la historia del Rey Acebo?

Niego con la cabeza y él sonríe mientras adopta el tono de voz de un profesor dispuesto a dar una clase.

—Una antigua leyenda celta cuenta que el Rey Roble y el Rey Acebo eran hermanos gemelos y también enemigos encarnizados. En

cada solsticio, los hermanos luchaban venciéndose mutuamente y acababan por repartirse los meses de su reinado. El Rey Roble reinaba sobre la mitad luminosa y cálida del año, cuando sus hojas verdes estaban en su mayor esplendor; y el Rey Acebo dominaba los meses oscuros y fríos. De ese modo, alcanzaba su máximo esplendor cuando las demás especies perdían todos sus colores.—James toma aliento y me sonríe—. Es una planta peculiar, el acebo. Florece cuando las demás especies están yermas y desnudas, como si esperase a propósito a que reinase la devastación para mostrar todo su poderío.

James acaricia con los dedos una de las bayas rojas y la estructura de luces navideñas que hay sobre la puerta se desmorona sobre nosotros. Reprimo una sonrisa.

—Deja que te ayude.

Entre los dos lo colocamos todo de nuevo. El resultado es maravilloso: pequeños puntos de luz amarillos y verdes iluminando los resquicios entre las hojas y las bolitas rojas del acebo

—Es precioso—digo—.Mi madre siempre solía poner muchos adornos en Navidad. Claro que al vivir en un apartamento, el resultado no era tan bonito.

—¿Viven cerca tus padres?

Niego con la cabeza.

—Ambos murieron

—Lo siento.—James coloca una mano sobre mi hombro. Es pesada y extrañamente tranquilizadora—. Estas fechas son terribles cuando recordamos a los que hemos perdido. Sophie lo está pasando fatal, aunque intenta disimularlo.

—¿James?

Ambos nos volvemos hacia la puerta que acaba de abrirse y Sophie asoma la cabeza, vestida con un jersey navideño a juego con el de su esposo— ¡ Oh, pero si estás aquí, Anne! ¡Cuánto me alegro de que te hayas decidido a venir! James, deja de una vez de juguetear con esas luces y entrad. Os vais a congelar ahí fuera.

La seguimos al interior de la casa. El salón está decorado con un gusto increíble: butacas tapizadas, alfombras mullidas y hasta una chimenea donde crepita un fuego anaranjado. El árbol de navidad es pequeñito y está cargado de bolas blancas y hay guirnaldas, centros navideños y velas en todos los rincones. Elise y Dorrie están sentadas en un largo sofá color crema y llevan también jerséis navideños; imagino que se trata de alguna tradición familiar. Elise lo ha combinado con una elegante falda negra (bueno, elegante si eres una

institutriz del siglo XIX) y Dorrie con vaqueros de campana que se ajustan extrañamente a sus delgadas piernas. Me da la impresión de que si se agachase, se le vería el tanga, porque a estas alturas no albergo ninguna duda de que Dorrie usa tangas de colores estridentes en vez de dignas bragas de abuelita. Parece que se hayan intercambiado los papeles: la anciana vestida de adolescente, y viceversa.

De repente me veo asaltada por una especie de proyectil que se estampa contra mi estómago y me deja sin respiración. Miro asustada hacia abajo y descubro a mi atacante: una niña de unos seis años con trenzas rubias, vestida con un mono peludo con estampado de manchas blancas y negras.

—Soy Maggie-—me dice-—.Tú eres la esposa de Sean.

Su sonrisa es desdentada y adorable y correspondo a ella espontáneamente.

—Sí, soy Anne. Me alegro mucho de conocerte, Maggie. Me encanta tu pijama de oso panda.

—Es una vaca— me informa—.Una vaca peluda. La abuela dice que tu traje de momia también es peludo.

—Traje de *novia*, Maggie, no de *momia*—corrige Elise desde el sofá y puedo ver que incluso ella está tratando de aguantarse la risa.-–Y no era realmente un traje de novia—.Elise me mira insegura—.Quiero decir que….

—Claro que era un traje de novia—la interrumpe Dorrie como si yo no estuviese delante—¿Se casó con eso puesto, no? Una novia peluda. En mis tiempos, cuanto menos pelo hubiera, mejor. Lo de no depilarse no llegó hasta más adelante, con los *hippies* y eso.

—Era un disfraz—aclaro antes de que Dorrie decida contarnos sus hábitos de depilación—.Mi jefe nos hizo vestirnos a todos con disfraces navideños en Nochebuena.

Maggie me mira frunciendo el entrecejo como si las ideas de Bob Casey le pareciesen ridículas. No puedo estar más de acuerdo con ella.

—¿No va a venir Sean contigo?—me pregunta—.No lo conozco, ¿sabes?. Me gustaría conocerlo.

La miro sin saber que decir. Todos parecemos habernos quedado congelados: la sonrisa de animadora de Elise se congela en su cara, Dorrie resopla y James, que acaba de entrar con una bandeja cargada de vasos de ponche, tropieza y está a punto de provocar un desastre. Sophie, que ha estado claramente escuchándolo todo desde la cocina, asoma la cabeza y me hace señas para que la siga.

—No le hemos dicho nada a Maggie—me susurra con los ojos llorosos–. Ha escuchado palabras sueltas aquí y allá pero no sabe nada de…del accidente—.Sophie se retuerce las manos furiosamente e ignora la olla que ha empezado a silbar furiosamente a sus espaldas—. Lo cierto es que ella no llegó a conocer a Sean. Aún no había nacido cuando él se marcho y nosotros solo le hemos contado que tiene otro hermano que viaja mucho. Siempre hemos tenido la esperanza de que volviese, de poder presentárselo alguna vez, pero ahora…

Las lágrimas comienzan a brotar de nuevo de sus ojos enrojecidos, como si fuesen fuentes con la espita estropeada. Ella no parece darse cuenta. Conozco esa sensación: cuando papá murió mamá iba por ahí con dos aspersores en lugar de cuencas oculares, que se ponían en marcha cuando menos te lo esperabas. Una se acostumbra tanto a la humedad que casi ni la nota. Le alargo un pañuelo de papel.

—Cuando se marchó de aquella manera…Solía pensar que había perdido un hijo. Pero siempre conservé la esperanza de que volviera. Es ahora cuando me doy cuenta de que lo he perdido de verdad.

Se suena los mocos ruidosamente y yo le doy palmaditas en la espalda sin saber que decir. James llega corriendo y abraza a su esposa. De repente, me siento como una intrusa, como si hubiese invadido su intimidad además de su casa y me quedo ahí de pie, en mitad de la cocina que huele a Navidad mientras ellos se abrazan y lloran por el hijo perdido. No puedo creer que Sean se marchase sin una sola mirada atrás. Algo terrible tuvo que pasarle para que cortase lazos con esta familia.

Finalmente Sophie consigue calmarse justo a tiempo, porque Maggie irrumpe en la cocina anunciando que tiene hambre y todos (excepto Dorrie que por lo que veo ya lleva un rato sentada a la mesa y está dando buena cuenta del cesto de panecillos) nos dirigimos al comedor, donde la mesa está puesta para la cena navideña. Es evidente que Sophie se ha esforzado por crear un ambiente lo más acogedor y navideño posible a pesar de las circunstancias, porque no falta un detalle: la vajilla tiene abetos estampados, el salero y el pimentero tienen forma de muñecos de nieve y hay tarjetas al lado de los platos con los nombres de cada uno, incluido el mío, escritos con caligrafía dorada. Hay una silla visiblemente vacía y al principio pienso que la han puesto ahí para Sean, como una especie de homenaje.

—Es la silla de Luke, nuestro hijo mayor. No llegará hasta mañana —dice Sophie siguiendo mi mirada.

—Luke es astronauta—me informa Maggie.

—Astrónomo—corrige James–. Está en Canadá, en un congreso de la Royal Astronomical Society. La ventisca ha provocado que su vuelo se retrase.

—Llegará a tiempo para comerse los huevos revueltos del desayuno–dice Dorrie—.Al menos esta noche tocaremos a más asado, si es que esta moza no se come la parte de Luke y un poco más. Aunque no lo creo porque está bastante escuchimizada.

—¡Mamá!— Sophie la regaña pero ella se limita a reírse y guiñarme un ojo mientras se llena la boca de patatas. Todavía no tengo claro si Dorrie me cae bien o me horroriza; es la anciana más extravagante y descarada que he conocido en mi vida. Se nota a la legua que está deseando interrógame sobre Sean, y si se controla es mayormente por Maggie y para evitar que Sophie le regañe. De modo que, mientras nos llenamos las barrigas con una de las cenas más deliciosas que he probado nunca, nos limitamos a hablar de temas genéricos y me entero de más cosas sobre esta familia: de que Elise está en el equipo de natación sincronizada del condado- eso explica su perfecta figura- y en pocos días participará en un campeonato muy importante, de que James es un apasionado de la jardinería ornamental y ha construido en el jardín trasero algo que él llama su «Jardín de Figuras», todo un mundo de setos podados con formas originales que promete enseñarme.

Después de los postres nos trasladamos a la sala de estar, donde bebemos ponche de huevo y contemplamos a Maggie chillar extasiada ante el montón de regalos que Santa Claus le ha traído este año. Sophie se acerca a mí con un montón de viejos álbumes de fotos y los pone en mi regazo.

—Imaginé que te gustaría verlas. Sean sale en muchas de ellas.

Sintiéndome de nuevo como una intrusa, paso las páginas plastificadas deteniéndome en las imágenes. *Hay cosas que no cambian con el tiempo*, pienso mientras contemplo al Sean niño y adolescente de las fotografías. Los mismos ojos verdes y arrogantes, la misma postura erguida, los brazos en jarras como un Peter Pan a punto de cacarear. Luke, el hermano astrónomo, es otro cantar: aparece en todas las fotos como un chico larguirucho y hosco, expresión seria, gafas de cristales gruesos y un montón de pelo negro y despeinado que le hace parecer un Simba enfadado. En muchas de las fotos, mientras que Sean mira al objetivo con arrogancia, Luke parece rehuirlo y mira al suelo o a alguna esquina, excepto en un par de imágenes en las que aparece orgulloso sujetando lo que parece ser algún trofeo de la feria de ciencias. Sean y él no pueden ser más distintos y por un momento pienso en la leyenda del Rey Acebo y el Rey Roble que me contó

James hace un rato: dos hermanos tan dispares como la noche y el día, odiándose encarnizadamente. Sigo pasando páginas mientras Sophie me explica anécdotas de Sean relacionadas con las imágenes, pero por algún motivo mi mirada vuelve una y otra vez al Luke de apariencia tímida y huraña. No sé que tienen sus fotos, quizá ese aire desvalido de cachorro flacucho, pero soy incapaz de apartar la mirada de ellas.

Cuando llegamos a la última imagen (una foto de Sean y Luke flanqueando a una Elise de dos o tres años, que ya a esa edad iba por la vida con cara de pertenecer a la realeza), la conversación se agota y me fijo en que Sophie vuelve a tener los ojos vidriosos. Me pongo de pie.

—Creo que debo marcharme ya. Se ha hecho tardísimo. Pediré un taxi.

—¡Oh, no querida!—Sophie se levanta cual resorte, como recién salida de un trance—.Por favor, quédate a dormir. Es demasiado tarde para andar por ahí. Tenemos una habitación libre, es la de Luke. Por favor, quédate.

La miro dubitativa y ella me devuelve una mirada de cordero degollado, de modo que accedo una vez más. Y de nuevo, no sé por qué lo hago: quizá porque quiero retrasar todo lo posible el momento en que tenga que despedirme de la sensación cálida y confortable que estoy experimentando en esta casa. Así que doy las buenas noches a todos y Elise (que me mira con sus fríos ojos azules como si no supiese muy bien qué estoy haciendo aquí) me acompaña al piso de arriba.

—Esta es la habitación de Luke—me informa abriendo una puerta —.Él ya no vive aquí, pero la utiliza cuando viene de visita. Te advierto que es un friki de la astronomía, así que no te extrañes si ves por ahí un montón de artilugios extraños. Si necesitas algo, estoy dos puertas más allá—añade, claramente haciendo un esfuerzo por ser amable.

Asiento y antes de despedirse, ella me tiende un camisón blanco y perfectamente doblado que parece recién salido de una lavandería.

Miro a mi alrededor. La habitación de Luke es pequeña y está muy ordenada, mucho más que la mía. Cerca de la ventana hay un enorme telescopio con pinta de profesional y las paredes están plagadas de fotos de Carl Sagan e imágenes de constelaciones y planetas. Incluso la cama está cubierta por un edredón del color del cielo a media noche. Pero lo mejor de todo, lo que me hace sonreír y sentirme casi como en casa es el Sistema Solar de vinilo pegado al techo, exactamente igual al de mi infancia. Me desvisto rápidamente y cuando despliego el

camisón que Elise me ha dado estoy a punto de sufrir un ataque, porque se trata de una de esas prendas largas y almidonadas, con el cuello totalmente abotonado y ribetes de encaje en las mangas que tienen pinta de provocar un sarpullido al mínimo contacto. Parece el camisón de una dama en plena época de la Regencia y por un momento me pregunto si es de Dorrie, aunque teniendo en cuenta su carácter, me inclino más hacia la idea de que pertenece a Elise. No pienso ponerme eso para dormir. Sobre la cómoda, cuidadosamente doblado, veo un pijama de algodón con estampado de planetas y satélites que me parece mucho más apropiado. Al menos mucho más cómodo. Dudo durante unos minutos, pero como la idea de dormir en bragas en pleno mes de diciembre no me seduce demasiado, finalmente termino por ponérmelo. Con un poco de suerte, el tal Luke jamás llegará a enterarse.

Me meto entre las sábanas, que son blancas y suaves, y contemplo como las estrellas de vinilo del techo comienzan a iluminar lentamente la oscuridad. Me siento como si hubiera vuelto de repente a mi infancia, a los tiempos en que me dormía contándolas, a pesar de que sabía que su número no iba a variar de una noche a otra. Me siento bien. El suave resplandor del vinilo me tranquiliza como un bálsamo y sé que esta noche dormiré como un bebé, sin pesadillas ni sueños desagradables con renos mojados y coches hundidos en el fondo de un lago.

***

Me despierta un sonido alegre y extraño, similar a un ruido de campanillas. Tardo un rato en darme cuenta de que son pájaros. Muchos pájaros, a juzgar por el alboroto que están haciendo. ¿Pájaros cantores en pleno invierno? ¿En una urbanización suburbana de Las Vegas? Me levanto con el pijama planetario flotando en torno a mí y compruebo en la ventana que sí, efectivamente, son pájaros. Gorriones, concretamente, agrupados en torno a una enorme pajarera de madera que alguien ha puesto en el jardín. Se están poniendo morados a granos de maíz y la escena parece sacada de un cuento, de uno de esos cuentos navideños repletos de abuelitas amables, niños de mejillas coloradas y moralejas edificantes.

Perdida como estoy en mis pensamientos, me sobresalto cuando escucho un ruido a mis espaldas, una especie de suspiro exasperado. Me doy la vuelta y lo veo ahí, mirándome. Sí, ahí mismo, en silencio, apoyado en la pared, como en esas películas de terror en las que el asesino en serie acecha a la víctima despistada desde dentro de su casa, observándola con una sonrisa torcida hasta que ella se da cuenta y echa a correr como un pato y a los dos metros tropieza y se cae. No falla, siempre se caen. En mi caso, no llego a echar a correr, pero doy

un respingo y me quedo mirando al individuo en cuestión que, para ser sinceros, no exhibe una sonrisa de psicópata sino un ceño tan fruncido como un acordeón.

Tiene que ser Luke, el hermanastro de Sean.

Se acerca a mí sin dejar de mirarme con recelo, como si yo fuese un puma a punto de saltar o algo así. Definitivamente es Luke, lo reconozco por las fotos del salón, aunque las gafas han desaparecido y sus ojos tienen un brillo marrón que me recuerda a la tierra recién removida del jardín de James. Tiene el pelo oscuro y tan desgreñado como en las fotos, la nariz un poco grande y una sombra de barba en las mejillas. Es altísimo, me saca casi dos cabezas, y tiene un par de brazos largos y nervudos rematados por unas manos muy bonitas. No puedo evitarlo, siempre me fijo en las manos, y estas son preciosas, con dedos largos y flexibles y uñas cuadradas. También está muy delgado y ahí apoyado en la pared mirándome con gesto torvo se parece un poco a Slenderman, ese personaje de las historias de terror que va por ahí traumatizando niños.

Él carraspea ante mi escrutinio y cuando alzo la mirada veo que su ceño se ha fruncido todavía más.

—Eh…¿Luke?—pregunto absurdamente mientras le tiendo la mano.

—El mismo—responde él. Su voz es un poco ronca y arrastra las palabras como si estuviese aburrido—. Estás en ventaja, porque yo no tengo ni idea de quién eres tú. Ni de por qué llevas puesto mi pijama.

Dejo caer la mano porque está claro que no va a estrechármela.

—Umhh…lo siento—digo bajando la vista a mi torso cubierto por el pijama planetario—. Sophie insistió en que me quedase a dormir y me dijo que esta habitación estaba libre. Ayer se hizo muy tarde y…en fin, Soy Anne. Soy la…

Unos vigorosos toques en la puerta me interrumpen, y antes de que pueda decir nada esta se abre y Sophie emerge con un torbellino, impregnada de un apetitoso olor a galletas de jengibre.

—¡Anne! ¿Estás ya despierta? He oído voces y…Oh, pero…¿Luke? ¿Eres tú? ¡No te he oído entrar!

—Hola mamá–dice él con tono lacónico mientras Sophie lo envuelve en un gran abrazo de oso. Cuando se separan, ella me hace un gesto para que me acerque.

—¿Os habéis conocido ya? Esta es Anne. La esposa de Sean. Se casaron justo la noche anterior al accidente, pobrecita. Fue ella quien encontró el coche.

—¿Esposa?—Luke mira a su madre como si hubiese dicho que soy una terrorista cargada de explosivos. Luego me mira a mí con cara de asco.

—No he tenido tiempo de contártelo, cielo—explica Sophie.

Luke me señala con un dedo acusador y yo retrocedo un par de pasos—¿Sean está casado?—repite con voz amenazadora—¿Contigo?

Sophie pone los ojos en blanco y lo empuja hacia el pasillo.

—Dejemos que Anne se vista—dice con énfasis.

Les oigo susurrar furiosamente en el pasillo mientras me pongo mi ropa a toda prisa. Está claro que el tal Luke me odia. En parte lo entiendo, debe ser un tremendo shock enterarte de que tu hermanastro, del que hace años que no sabías nada, ha desaparecido en el lago Mead y llegar a casa solo para encontrar a su recién estrenada esposa durmiendo en tu cama con tu pijama interestelar puesto. Aún así, la mirada que me ha dirigido, como si yo fuese un insecto digno de ser espachurrado, no me ha gustado nada.

Cuando salgo, el pasillo está desierto. Siguiendo el aroma del café recién hecho bajo a la cocina, que en otras circunstancias sería el escenario perfecto para un agradable desayuno navideño, con la mesa llena de galletas y Bing Crosby sonando a través del hilo musical. Sin embargo, la placidez del ambiente está enrarecida por un Luke muy ceñudo y una Sophie muy nerviosa que están discutiendo airadamente y se callan de repente al verme entrar.

—¿Café?—Sophie me tiende un vaso humeante y luego recoge una bandeja cargada de tazas y bollos–. Voy a subir estos desayunos. A Dorrie siempre le molesta la artritis por las mañanas y Elise no se encuentra demasiado bien. Demasiado ponche de huevo anoche, creo.

Sophie desaparece- no sin antes dirigirle una mirada airada a Luke- y yo me quedo a solas con él, que sigue mirándome como un científico loco miraría a una especie muy rara y peligrosa. Su presencia ha estropeado por completo la sensación de calidez que sentí con los Miller y vuelvo a sentirme estúpida y fuera de lugar. Sin duda ha llegado la hora de marcharme. Me quemo la lengua con el café en un intento por beber más deprisa y poder huir de aquí lo antes posible.

—Así que Sean y tú…casados—dice espaciando mucho las palabras.

Asiento sin dejar de tragar café.

—Sin ánimo de ofender, pero no me pareces su tipo.

Es curioso como cada vez que alguien dice «sin ánimo de ofender»

lo más probable es que vaya a decir algo sumamente ofensivo. Y sí, probablemente Luke tenga razón al decir que yo no soy «el tipo» de Sean. Ya ha quedado claro que yo no soy Nia, directa y segura de sí misma; ni Sheila, que hace de la seducción un arte. Tampoco soy *Danielle-dedos-de pollo*, que le rompió a Sean el corazón en trocitos minúsculos. Solo soy Anne.

Aún así, después de todo lo que ha pasado, no estoy de humor para aguantar los desaires de este larguirucho que parece haberla tomado conmigo.

—Ah, ¿sí?–digo mirándolo por encima del borde de la taza—. ¿Cómo puedes estar tan seguro? Tengo entendido que hace años que no veías a Sean. Quizá no conoces sus gustos tanto como crees.

Ha sido un golpe bajo y por un momento me arrepiento de mis palabras, pero Luke no se muestra dolido ni triste. Es más, frunce los labios como un lord inglés al que le hayan servido el té demasiado aguado.

—En una cosa tienes razón—dice con voz fría—. Hemos estado siete años muy tranquilos sin saber nada de él. Ojalá hubiéramos seguido así.

—Tu madre no opina lo mismo. Está muy afectada desde que se enteró del accidente.

—Mi madre es una blanda—dice él—. Nunca ha sido capaz de ver la verdadera naturaleza de Sean. Siempre confió en que volvería, siempre pensó que tenía un motivo de peso para marcharse de esa manera.

—Bueno, quizá era cierto. Quizá tenía un buen motivo para marcharse—digo sin poderme contener.

Luke me mira en silencio durante un buen rato. Me fijo en sus ojos castaños que no son color tierra, como me pareció antes, sino más bien color cacao. Sí, son como dos onzas de chocolate amargo, de ese que te deja en la boca un regusto áspero cuando lo muerdes.

—No—dice finalmente—. No importa lo que él te haya contado, no tenía ningún motivo para marcharse como lo hizo. Ningún motivo más allá de que era un canalla y un sinvergüenza.

La ira en las palabras de Luke es tan sólida que casi puedo saborearla. Algo muy grave ha tenido que pasar entre ellos para que odie a Sean de esa manera, para que no se muestre ni siquiera un poquito conmovido por su desaparición y su – más que probable- muerte.

—Lo que no entiendo es que haces tú aquí—dice de repente—.Sean

rompió con nosotros hace mucho. Sin embargo, aquí estás, el día de Navidad, alternando con las personas a las que él no ha causado más que dolor—. Luke me mira como si yo hubiese hecho algo horrible y yo no sé qué decir. ¿Cómo explicarle que no soy la auténtica esposa de Sean, sino una farsa, alguien que se casó con él sin conocerle de nada? ¿Cómo decirle que jamás había oído hablar de él ni del resto de su familia y que acepté la invitación de Sophie porque…bueno porque en ese momento me pareció lo *adecuado*. Porque me sentía responsable de algún modo, sabiendo que yo era la última persona con la que Sean había hablado, la última que había besado. La última que le había escuchado hablar de Gabrielle y la que había llevado en su dedo el anillo de ella, como una esquirla de su corazón roto.

No puedo.

Así que apuro de un trago el resto de mi café, busco en mi móvil una aplicación para llamar a un taxi y me pongo de pie, porque no soporto estar aquí por más tiempo, bajo su mirada en la que además de ira puedo ver algo más…algo que parece dolor.

—He venido porque Sophie me invitó—digo mientras cojo mi bolso y corro hacia la puerta de la calle, agarrando mi abrigo por el camino—.Pero ya me has dejado claro que no soy bienvenida, así que no volveré a molestaros más. Despídete de los demás de mi parte y dales las gracias por todo.

Salgo al porche delantero como alma que lleva el diablo pero me detengo bruscamente antes de alcanzar el segundo escalón. Eduardo Manostijeras me mira desde el jardín, agitando sus enormes manos metálicas. O al menos creo que es Eduardo Manostijeras porque la figura está tan bañada por la luz blanquecina de este sol invernal que tengo que parpadear varias veces antes de darme cuenta de que en realidad es Dorrie, con los rulos puestos y blandiendo unas enormes tijeras de podar con las que parece estar apuñalando los cactus de James. Luke me ha seguido hasta el rellano sin duda para obsequiarme con alguna lindeza más y los dos nos quedamos boquiabiertos, observando a su abuela.

—¿Ya te vas, muchacha?— grita ella en mi dirección—¡Oh, mirad! ¡Si estáis bajo el muérdago!—Señala con las tijeras de podar y Luke y yo levantamos la cabeza hacia los ramilletes que James y yo colocamos anoche.

-Es acebo, no múerdago—digo débilmente porque creo adivinar cuáles son las intenciones de Dorrie y no me gustan ni un pelo.

—Acebo, muérdago o higos chumbos, lo mismo da.—gruñe ella—. Es un ramillete navideño colgado en la puerta de una casa y tenéis que

cumplir con la tradición. Venga, besaos—.Acompaña sus palabras con el tableteo metálico de las tijeras de podar y Luke y yo tragamos saliva. Siento como se tensa a mis espaldas y estoy segura de que los dos tenemos cero deseos de acceder a las locuras de Dorrie, pero ¿qué hace uno cuando una anciana sádica blande unas tijeras de podar a pocos centímetros de tú nariz? Creo que ambos llegamos a la misma conclusión porque nos giramos a la vez uno hacia el otro y presionamos castamente nuestros labios. Luke huele a espuma de afeitar y a azúcar y su beso- que apenas dura dos segundos- es extrañamente suave y firme a la vez. Es seguramente el beso más breve de la historia y no debería ser digno de dedicarle más de un pensamiento pero por si acaso no lo has notado, mi vida amorosa es bastante patética. Luke y yo nos miramos durante una milésima de segundo y el chocolate de sus ojos parece haberse derretido un poco, como dos onzas bajo el sol. Pero enseguida compone de nuevo la expresión de arrogancia de quien tiene una caca de perro bajo la nariz y yo decido que todo esto ya ha durado demasiado. Digo adiós rápidamente, dando gracias al cielo porque el taxi ya se acerca desde el fondo de la calle, y me alejo corriendo antes de que a Dorrie se le ocurra sugerir que intimemos un poco más.

No puedo esperar a llegar a casa y recuperar mi vida.

JUPITER Y PLUTÓN (LUKE)

Me quedo mirando como esa chica, Anne, corre torpemente por la acera, como un ciervo recién nacido que aún no ha alcanzado el control de sus extremidades. ¿Es posible que alguien se tropiece con sus propios pies en una acera lisa y perfectamente adoquinada? Sí, es posible; ella acaba de demostrarlo. Es ridícula hasta decir basta. Ridícula con esas piernas de cabritilla enfundadas en un par de medias de color mostaza. Ridícula con su nariz afilada y respingona, que parece hecha para meterse en las vidas de los demás. Con esos ojos de un color extraño, entre azul y violeta, que parecen más propios de un elfo que de un ser humano. Con esos zapatos diminutos que repiquetean a toda velocidad por el pavimento hasta desaparecer dentro del taxi.

Ridícula toda ella.

Me meto en casa dando un portazo y no me detengo hasta llegar a mi habitación. Sigo oyendo las risas de la abuela en el exterior y como siempre me sorprendo de lo retorcida que puede llegar a ser esta mujer. Me tumbo boca arriba en mi cama todavía deshecha (en la que *ella* ha dormido, habrase visto) y me quedo mirando los planetas del sistema solar de vinilo que llevan siglos colgados ahí y que tengo que tirar a la basura de una vez por todas.

Júpiter es un planeta peculiar. Es un gigante enorme, con un entorno radiactivo y letal y un enorme rosario de lunas que orbitan a su alrededor como si le rindieran pleitesía. Es vertiginoso; sus días duran apenas diez horas. Y en lugar de ser redondo es achatado y huidizo, como un trozo de masa de pizza que alguien estuviese haciendo girar rápidamente. Cuando éramos niños, solía pensar que Sean era Júpiter mientras que yo me veía a mí mismo más como Plutón, relegado a la categoría de planeta enano, con la superficie árida y congelada.

Así es como suceden estas cosas: un momento estás en Canadá, debatiendo sobre el espacio con un montón de tíos serios- de esos que beben martinis muy secos y llenan la sala de olor a betún y a calcetines sudados-y al minuto siguiente tu madre te está gritando histérica por teléfono porque Sean, el hermanastro del que llevas siete años sin saber nada ha tenido un accidente y hay hordas de buceadores buscando su cuerpo en las profundidades del lago Mead.

Cuando terminé la conversación con mi madre, asegurándole que estaría allí lo antes posible, me imaginé a Sean en el fondo del lago, sus ojos abiertos en el barro del fondo y el miedo que debió sentir en los últimos momentos. Fue entonces cuando tuve que salir corriendo

de la sala de conferencias y acabé en uno de los impolutos cuartos de baño de la Royal Society, donde vomité mientras los dos científicos que usaban los urinarios me contemplaban con cara de circunstancias. Cuando me miré al espejo me asombró descubrir que tenía lágrimas en mi cara congestionada. Hacía exactamente ocho años que no lloraba por algo relacionado con Sean, y la última vez había sido un llanto lleno de mocos, de rabia y de odio. Esta vez era diferente y me pareció que había una emoción nueva, la tristeza.

Hay varias cosas que los humanos y las estrellas tenemos en común. La muerte, por ejemplo. La mayoría de las estrellas termina sus días en paz, lentamente, enfriándose y agotándose hasta apagarse de forma definitiva. Casi como las personas, al menos las más afortunadas. Sin embargo, un pequeño porcentaje de estrellas, las supernovas, se extinguen tras violentas explosiones que producen destellos de luz muy intensos.

Me gustaría apagar de una vez por todas los destellos de Sean.

Cuando cumplí once años Sean provocó un incendio con una colilla en el cobertizo de los Chase, donde se había encerrado a «jugar a los médicos» con su hija de catorce años. Vinieron los bomberos, la policía y la señora Chase sufrió un ataque de nervios al descubrir a su hija en paños menores con su vecino de doce años. Como consecuencia, nadie, excepto la abuela, se acordó de que era mi cumpleaños y acabé soplando las velas en su habitación, una única vela clavada en una galleta de avena reseca.

Dos años después, cuando estaba a punto de presentar en la feria de ciencias del distrito mi proyecto de monitorización de la actividad de las manchas solares, Sean decidió que era una buena idea destruir el telescopio Dobson que había conseguido comprarme tras tres inviernos seguidos limpiando de nieve las aceras de la urbanización. Mis padres le disculparon porque el terapeuta al que habían empezado a llevarle les habló de respuestas somáticas al estrés experimentado por Sean en su infancia o una chorrada semejante.

Por supuesto, todas estas cosas fueron minucias en comparación con lo que hizo años más tarde.

Dicen los expertos que el carácter de una persona se forja en los siete primeros años de vida. A los ocho, cuando Sean vino a vivir con nosotros, yo ya era tímido, hosco y me gustaba pasar largos ratos en mi habitación trazando mapas cósmicos en un intento por calcular a base de escuadra y cartabón la distancia entre las estrellas.

Era torpe y odiaba el fútbol y a veces, asomado a la ventana de mi habitación veía en la calle a los niños del barrio jugando partidos y me

sentía como un extraterrestre, como si en vez de pertenecer a este planeta viniese de alguna galaxia lejana situada mucho más arriba, en esos cielos que por algún motivo siempre me empeñaba en escrutar. Cuando mis padres decidieron adoptar a Sean pensé que sería genial tener un hermano de mi edad, alguien con quien poder sentirme terrenal de una vez por todas. Por aquel entonces los dos teníamos ocho años y Elise uno y era un bebé gritón y babeante (bueno, miento, en realidad creo que Elise tenía clase ya desde que nació y nunca babeó demasiado) y yo me moría de ganas de tener un amigo.

La primera vez que vi a Sean, él me escrutaba desde el quicio de la puerta de mi habitación con una ceja alzada. Vestía de negro porque acababa de estar en el funeral de su padre y tenía un aire seguro de sí mismo que desde el primer momento me dio miedo. Mis padres sonreían tras él mientras nos presentaban, sonrisas plenas y satisfechas que desbordaban sus rostros, como si me estuviesen ofreciendo el mejor regalo de mi vida.

La abuela era otro cantar. Creo que nunca le gustó Sean, desde el principio. Quizá vio a la primera lo que a mí me costaría años descubrir: su interior vacío y ponzoñoso. El caso es que se mantuvo un poco alejada durante aquel primer encuentro, sujetando en brazos al bulto revoltoso que era Elise y mirándonos con ojos tan agudos como alfileres.

Mis padres nos dejaron solos para que nos conociésemos. Nos quedamos mirando el uno al otro durante lo que pareció un rato muy largo hasta que me acerqué y le tendí la mano

—Hola, soy Luke.

Sean miró mi mano tendida alzando una ceja y luego me la estrechó en un gesto furtivo y rápido, como quien agita una campanilla.

—Siento lo de tu padre—dije, porque pensé que era lo apropiado.

—Ya. Bueno, un hijo de puta menos en el mundo—respondió Sean con cinismo—. De todas formas, estaba ya hartándome de vivir en un parque de caravanas. Tu casa mola bastante; es grande. ¿Cómo es tu viejo?

—¿Qué?

—Tu padre—aclaró—.Parece blandengue, pero a veces las apariencias engañan. ¿Es de los que zurran?

—¡Claro que no!—respondí escandalizado, pasando por alto que hubiera llamado blandengue a mi padre.

—Bien.—Sean se recostó sobre mi cama y se quedo mirando al

techo– ¿Qué es toda esa mierda?—preguntó señalando las estrellas de vinilo.

—Es el Sistema Solar— le expliqué—.Aquí está la Tierra y ese es Saturno, aunque lo han dibujado mal porque en realidad tiene siete anillos: cuatro principales y tres más pequeños…

—Eres un *friki* de esos, ¿verdad?—Sean me miró asqueado y a mí se me cayó el alma a los pies. Empezaba a recordarme mucho a Alex Campbell, el matón de clase, que siempre me ponía la zancadilla y me robaba el bocadillo por el simple placer de hacerlo.

—Apuesto a que no tienes ningún amigo, ¿me equivoco?—Sean rió con malicia—. Y tus papis han querido comprarte un nuevo hermano para que te saque a pasear. Ni lo sueñes, cuatro ojos.

Aquello dolió, sobre todo porque había una parte de verdad en sus palabras. Creo que mis padres en el fondo deseaban que alguien de mi edad me sacase de mi cascarón y me animase a ser más sociable. No creo que ese fuera el principal motivo por el que adoptaron a Sean, pero seguro que ayudó a que se decidiesen a hacerse cargo del hijo de Hector Green, el primer marido de mi madre, un hombre tan desagradable y pendenciero que creo que ella todavía tiene pesadillas con la época en la que estaban casados.

—Alejate de mi camino, ¿entiendes llorica?— zanjó Sean clavándome un dedo en el pecho.

A partir de entonces todo fue cuesta abajo. Sean pronto empezó a liderar el grupo de matones del colegio, los que me rompían las gafas o me destrozaban los trabajos de ciencias. En el instituto me dejó un poco en paz, sobre todo cuando descubrió el sexo y consiguió que la mitad del equipo de animadoras se dejase la crisma escalando por las tuberías para colarse en su cama, mientras yo rabiaba a solas en la mía, contando las estrellas de plástico del techo e ignorando el crujido de los muelles del colchón en el cuarto contiguo. Patético, ¿verdad? Lo admito, yo era débil, uno de esos chiquillos torpes y quejicas que siempre acaban recibiendo los palos. La abuela trató de solucionarlo embarcándome en unas extrañas clases de esgrima impartidas por ella misma, durante las que utilizábamos palos de escoba y que solo sirvieron para que acabásemos cargándonos la mitad de los cactus de papá. Un fracaso más.

Al menos, tenía a Nelle.

Nelle Hawthorne y yo nos conocimos cuando ambos teníamos tres años y sus padres se mudaron a la casa de enfrente. Ella era pequeñita para su edad y tenía el pelo rubio, casi blanco y le crecía muy lentamente por lo que todavía tenía la apariencia de un bebé. Mi

madre la encontró en el Jardín de Figuras de papá, en el que se había colado, vagando boquiabierta ante las formas talladas en las plantas. La llevó de vuelta a su casa (arrastrándome a mí con ella) y mientras ella y la señora Hawthorne intercambiaban cumplidos sobre la decoración de nuestras casas, Nelle y yo pusimos su cuarto patas arriba y sentamos las bases de una amistad que pudo haber durado para siempre si las cosas o se hubieran torcido de un modo horrible.

Me acerco a la ventana, desde donde puedo ver la casa de los Hawthorne. Las persianas están bajadas y como es habitual desde hace ocho años no hay ninguna decoración navideña. Sin embargo, sé que están ahí, puedo verlo en pequeños detalles; el modo en que los arboles del jardín están perfectamente podados, una blusa de la señora Hawthorne ondeando en el tendal en el patio o la presencia de *Pilgrim,* su perro, que ya es anciano y tiene cada vez más franjas blancas en su pelaje oscuro. Me pregunto por enésima vez si la señora Hawthorne estará de humor esta vez para dejarme entrar a ver Nelle. Aunque solo sea para desearle Feliz Navidad.

—No conseguirás verla desde la ventana.

Doy un salto porque la voz me ha sobresaltado, pero solo se trata de la abuela que ha entrado de puntillas sobre sus zapatillas de estar por casa con estampado de leopardo.

—Ya lo sé—. Me tiro de nuevo sobre la cama y ella se sienta a mi lado y me revuelve el pelo como cuando era pequeño. Dorrie no es una abuela al uso, no hornea galletas ni lleva delantales de flores ni huele a canela (más bien huele a una extraña mezcla entre tinte barato de supermercado y salsa wasabi) pero a su extraña manera ha sabido ejercer de abuela muy bien.

—¿Por qué has venido a encerrarte aquí?—me pregunta— Cualquiera diría que la chica peluda te ha asustado.

—¿Quién?

—Esa chica, Anne. ¿Sabes que se casó con Sean con un traje de yeti o algo así?

No tengo ni idea de qué me está hablando, pero la imagen de Anne, con sus piernas de alambre, sus ojos de elfo y su nariz de suricato vuelve a inundar mi mente.

—¿Por qué me has obligado a besarme con ella?— me quejo.

—Oh, ha sido muy divertido—gorjea— Además, pensé que te gustaría.

–¿Gustarme?—. La miro como si se hubiese vuelto loca y ella me da unas palmaditas en las rodillas con sus uñas pintadas de azul cielo.

—¿Quieres hablar?—me pregunta.

—¿De qué?

—De si esa tal Anne se opera los pechos o son naturales. Me parecieron demasiado grandes para lo pequeñaja que es

—¡Abuela!

—Es broma. Me refería a que si quieres hablar de lo que ha pasado. Del accidente.

—No.—Me encojo de hombros—Todo ha terminado ya. Sean está muerto.

—Bueno, todavía no han encontrado el cuerpo.

—Ese policía, Larsson, ha dicho que sería muy difícil sobrevivir a un accidente así. Además, Sean apenas sabía nadar.

—Bueno, en whisky no se le daba mal sumergirse.

—Abuela…

—Vamos, Luke. No finjas que te importa. Hace siglos que no sabíamos nada de él y además le odiabas. Y después de lo que hizo…

—Ya. Lo que tú digas.—. Cambio de tema porque si no la abuela va a comenzar a hablar de Nelle y no estoy de humor—De todas formas no deberías hablar así. Es una cuestión de ética.

—Bah.—La abuela chasquea la lengua—.La ética no sirve de nada. Tu abuelo estuvo en Normandía y si hubiera pensado como tú le habrían metido una carga de metralla en el culo en menos de lo que se tarda en decir *Ay*.

Suspiro porque a veces intentar razonar con ella es como darse cabezazos contra una pared.

—Sean no es un alemán en una playa normanda—digo.

—Pero ganó la batalla, ¿no es así? Te dejó moribundo y malherido, en una agonía que dura ocho años.

Uf. Se ha puesto seria de repente y se ha adentrado por caminos espinosos que no estoy dispuesto a recorrer ahora. Cierro los ojos y trato de pensar en una forma de desviar esta conversación, pero por fortuna ella se da cuenta y por una vez decide ponérmelo fácil y se levanta con sorprendente agilidad para su edad.

—Nos vemos luego—me dice como si tal cosa, como si hubiésemos estado hablando del tiempo–. Me voy antes de que tu madre monopolice el televisor con uno de esos horribles programas de cocina. Ponen un *reality* en la MTV que quiero ver.

Me quedo a solas de nuevo. No quiero pensar en lo que pasó hace ocho años, así que busco desesperadamente algo que ocupe mi mente. Contar estrellas como cuando era niño ya no funciona. Pensar en las estrellas me hace recordar mi pijama de planetas, ese que no puedo ponerme desde los trece años porque me queda corto (y por algún motivo mi madre se niega a tirar) pero que a Anne, al ser tan bajita, le quedaba bien. Anne, la extraña chica-elfo. La *esposa* de Sean. Cuando la vi en mi cuarto, con mi pijama puesto, mirando sabe Dios que por la ventana, sentí una especie de tirón en la boca del estómago, como cuando te montas en una montaña rusa que va más rápido de lo que esperabas. No me gusta sentir vértigo. Recuerdo que a Nelle le gustaba mirar por esta misma ventana y se podía pasar horas sin moverse, observando los pájaros, plácida y sosegada como era ella. Anne parece más nerviosa, más inquieta, como una pequeña máquina de vapor. No le mentí cuando le dije que no era el tipo de Sean: sus chicas siempre eran rubias y espigadas, con ojos claros y fríos y ademanes arrogantes. Anne es todo lo contrario y tampoco parece arrogante, es más, pareció dolida y confusa cuando le pregunté qué estaba haciendo aquí, como si se sintiese avergonzada por algo.

Hay algo que no encaja y me gustaría descubrir qué es. No me gustan los secretos y los misterios y menos aún si están relacionados con Sean. Nada bueno puede salir de ahí.

Me levanto de mala gana y recojo el pijama que Anne ha dejado sobre una silla. El olor de su perfume, algo herbal que huele a bosque y a verano inunda mis fosas nasales. Qué desfachatez, no solo duerme con mi pijama sin permiso sino que se atreve a dejar su olor en él, por muy agradable que este sea. Irritado, cojo el teléfono y le envío un mensaje a uno de mis amigos, Greyson Scott. El podrá ayudarme a averiguar lo que oculta esta chica.

Después me quedo un rato más mirando hacia fuera, observando cómo ondean las cortinas blancas de la ventana de Nelle, esperando pacientemente a que se produzca alguna señal de vida.

Nada.

OUZO Y POLVO DE ESTRELLAS

El trayecto en taxi hasta mi casa me cuesta un riñón y parte del otro, porque esta vez el taxista es de los taimados, los que te llevan por calles secundarias y dan vueltas inútiles con el fin de engordar todo lo que puedan el taxímetro. Además, estoy irritada porque Luke Miller es un completo idiota. Entiendo que se haya llevado la sorpresa de su vida al descubrirme en su habitación, al enterarse de que Sean estaba *casado*. Pero eso no justifica su prepotencia, su mirada burlona, el modo en que se dirigió a mí, como si yo fuese una especie de chiflada que hubiese ido a su casa con el fin de asesinar a toda su familia con un machete. ¿Quieres saber la verdad? Me hizo sentir avergonzada, como si hubiese olfateado en el aire mis miserias más ocultas: mi soledad, mis inseguridades.

Al demonio con Luke Miller.

Subo las escaleras de dos en dos y cuando llego al rellano del tercero la señora Patterson se asoma a su puerta y me mira con reproche, como si me hubiera pillado vendiendo ramilletes de marihuana en plenas escaleras; aunque si así fuera no dudo que ella sería de las primeras en comprarme uno. Sé que está a punto de decir algo, probablemente relacionado con el ruido que hago al pisar, o con las cañerías sueltas o algo así pero me las arreglo para escabullirme y me meto en mi apartamento. Apenas me quedan días libres hasta que tenga que volver al Apricot y pienso aprovecharlos para olvidarme de esta pesadilla.

Un fuerte pitido que proviene de mi teléfono me sobresalta. Lo saco del bolso y veo que la pantalla brilla con una nota escrita que yo misma programé hace una semana: “CUMPLEAÑOS DE JASON HOY. ¡NO TE OLVIDES! ENVOLVER REGALO”.

Mierda. Lo había olvidado por completo.

El cumpleaños de Jason es un asunto muy serio. Para empezar, cumple años en plenas fiestas navideñas, así que cuando era pequeño su cumpleaños siempre pasaba desapercibido en el caos de su familia numerosa. A él le afectaba mucho. Supongo que para un genio de las matemáticas como él, sumar cifras al calendario vital es algo importante. Sí que empezó a hacer cosas raras para llamar la atención. Cuando cumplió cinco años se pasó todo el recreo llenando la pizarra de clase de diminutos cincos, cientos, miles de ellos como diminutos conejos de orejas retorcidas. La maestra llamó a su madre y ambas se enzarzaron en una fuerte discusión porque la señora Sullivan, acostumbrada como está a ver números por todas partes, no veía nada raro en lo que hacía su hijo. Cuando cumplió los seis, fue todavía más

lejos y de madrugada, mientras todos en su casa dormían, cogió la maquinilla de su padre y rapó trocitos en forma de seis en las cabezas de todo el mundo. Cuando los Sullivan se despertaron se encontraron marcados como reses y fue entonces cuando se decidieron a actuar. A partir de entonces, Jason tuvo todos los años su gran fiesta de cumpleaños, con la cifra correspondiente bien visible en globos, platos, mantel y demás parafernalia. Además, inauguramos el ritual de comernos tantos trozos de tarta como años cumplía, hasta que en su octavo cumpleaños Nia y yo cogimos una indigestión que nos tuvo vomitando toda la noche. Cuando cumplió los dieciséis las celebraciones familiares pasaron a ser fiestas de amigos y en vez de comer tarta empezamos a bebernos tantos chupitos como años sumaba al calendario; un experimento que duró muy poco porque temimos que alguien entrase en coma etílico.

El caso es que hoy es el veintisiete cumpleaños de Jason y hemos quedado en celebrarlo de modo tranquilo, algo que agradezco porque después de todo lo que ha pasado no tengo ganas de fiestas locas. Hemos quedado en *Randys*, un pub pequeñito y familiar regentado por un irlandés con muy mal genio. Si no fuera porque Jason es uno de mis mejores amigos, estaría tentada de decir que no al plan, porque ahora mismo salir y relacionarme con gente no es algo que me apetezca demasiado.

Sin embargo, las promesas están para cumplirlas. Me paso la mañana haraganeando por casa y viendo por enésima vez la reposición de *Cita en St Louis* que dan por televisión; y sonrío al darme cuenta de que la pequeña Tootie me recuerda irremediablemente a Maggie, la hermana de Luke. Entonces recuerdo que él prácticamente me echó con cajas destempladas y la sonrisa se me borra de un plumazo.

A través de la ventana me llega el griterío de la señora Patterson discutiendo con su hijo adolescente, Chris. En el fondo se adoran, pero tienen una vida familiar terrible. Dicen que en cada barrio obrero hay un caso perdido, y el del mío es indudablemente Chris Patterson, el rey de los trapicheos a pequeña escala. Consigue sacar de quicio incluso a su madre, que es dura de pelar.

Más tarde me pongo a envolver el regalo de Jason, una camiseta con el juego de palabras *"Derive not drink"* que como matemático que es le viene al pelo. Sigo inquieta. No puedo sacarme de la cabeza a los Miller: la tristeza de Sophie, la amabilidad de James, incluso el descaro de Dorrie. Sobre todo, pienso en Luke Miller. El odioso e irritante Luke Miller.

Decido llamar al inspector Larsson para preguntar si se sabe algo

más. Una chica que masca chicle me pasa la llamada y mientras espero me pongo a temblar poniéndome en lo peor: Larsson me dirá que ya han encontrado el cadáver y Sean yace frío en alguna sala, envuelto en una lona y con una etiqueta atada al dedo gordo del pie. Morboso y horrible. Sin embargo el inspector se pone al teléfono con su energía habitual y me informa que los buceadores no han encontrado nada. Se le nota el desconcierto en la voz; a estas alturas el cuerpo de Sean ya debería haber aparecido.

Cuando llega la hora de salir de casa mi humor no ha mejorado. El autobús me deja muy cerca de Randys y cuando entro me encuentro con Nia, trajinando una jarra de cerveza enorme y tratando de detener los avances de Howard y Hugh, dos amigotes de Jason que, para variar, siempre están intentando tirarle la caña. Cuando me ve se pone inmediatamente en pie y me abraza.

—¿Cómo estás?

—Ya ves

Howard y Hugh nos miran con curiosidad y Nia me aleja un poco de ellos para que podamos hablar tranquilas.

—¿Qué tal con la familia de Sean?

—Encantadores—respondo—.Bueno, todos ellos excepto el hijo, que es una versión pedante y repelente de *Slenderman*—Nia alza una ceja—.Bueno, y la hermana parece un poco irreal, como una *Barbie* adolescente o algo así. Pero los padres son realmente encantadores. La verdad, no consigo entender por qué Sean se marchó rompiendo todo el contacto con ellos.

—Bueno, ya sabes lo que decía Tolstoi de las familias, cada una tiene un motivo distinto para sentirse desgraciada—dice Nia rompiendo de paso el mito de que no se puede ser un bombón y culta al mismo tiempo.

La llegada de Jason y su novio Zachary me impide responder. A pesar de que es su día, Jason no parece estar de buen humor. Tiene el ceño fruncido y se limpia continuamente las gafas en la manga de la camisa, algo que siempre hace cuando está enfadado.

—¿Qué pasa?–le pregunta Nia.

—Este—Jason señala a Zach con la cabeza–que ha tenido que quedar con un tío precisamente hoy para que le venda un telescopio.

Nia y yo suspiramos a la vez. Ya te he dicho que Jason se toma muy en serio su cumpleaños. Zach pone los ojos en blanco.

—Ya te he explicado que el tipo solo podía quedar hoy. Es un

Celestron, y el precio es una ganga. No podía dejarlo escapar. Ya sabéis, la verdad está ahí fuera—añade guiñándonos un ojo a Nia y a mí.

Zach tiene pasión por la ufología. Se pasa la vida leyendo oscuras publicaciones acerca de avistamientos de ovnis y está subscrito a un montón de listas de correo, al más puro estilo de un Mulder ochentero. Creo que su mayor aspiración en esta vida sería conocer en persona a un extraterrestre. A veces me pregunto cómo será su vida privada con Jason, el uno con sus números y el otro con su incansable búsqueda de aliens. Está claro que el amor lo puede todo.

—Serán solo cinco minutos—le promete a Jason, pero este está enfurruñado y le da la espalda. ¿Problemas en el paraíso? Nia y yo nos miramos un tanto sorprendidas. No es habitual ver discutir a estos dos. Al contrario; si la vida amorosa de Nia es tumultuosa como el mar en plena tormenta y la mía es…bueno, árida como el desierto; la de Jason y Zach es tan plácida y armoniosa como un jardín inglés.

—Creo que si la relación de estos dos se va a la mierda voy a perder mi fe totalmente en la especie humana—le digo a Nia en voz baja.

—¿Qué?—Ella me mira como si me hubiese vuelto loca—. No seas dramática, Anne. Las parejas discuten. No es el fin del mundo. No todo tiene porque ser oropeles y pajaritos trinando durante todo el día. Ven, vamos a pedir algo de beber.

La sigo hasta la barra aunque no tengo la más mínima intención de beber alcohol. Desde la última (y fatídica) noche en el Apricot soy tan abstemia como los que promulgaron la Ley Seca. Mientras Nia escoge entre los tres o cuatro camareros que están a punto de pelearse por el privilegio de servirla, yo pienso en lo que acaba de decir. Sí, quizá sea ese mi problema, el no aceptar que las relaciones no tienen que ser perfectas a todas horas. Siempre me ha resultado difícil hacerlo, sobre todo con el precedente de mis padres. De algún modo, me convencí a mi misma de que el amor era eso: un lienzo lleno de estrellas con los protagonistas volando por la senda que ellas le trazaban, igual que Peter Pan y Wendy.

Nia consigue bebidas para las dos (un *destornillador* para ella y agua mineral con gas para mí) y saludamos al resto del grupo de amigos que acaban de entrar en el local. Han venido también un par de hermanos de Jason, entre ellos Zoe, su hermana pequeña, cuya pasión por los números llega a tal punto que se ha tatuado el número pi en la nalga izquierda. No me lo invento, ella misma me lo enseñó una noche de borrachera. Zoe se ha traído a varios amigos suyos y uno de ellos me está mirando fijamente. Pelo muy corto del color del

óxido. Alto y algo desgarbado. Una nariz llena de pecas. Ahora caigo, es Jack, el policía bocazas que trabaja con Larsson. Se me acerca y trata de hacerse oír por encima del tumulto.

—Ya es casualidad que nos encontremos, en una ciudad tan abarrotada como Las Vegas.

—Pues sí—digo tímidamente.

—¿Cómo va todo?

—Tirando.—Me encojo de hombros—. He hablado con Larsson esta tarde y me ha comentado que aún no tenéis novedades.

Jack se rasca la cabeza.—Es un caso difícil. La verdad es que estamos bastante desconcertados. Hemos rastreado todo el lago y seguimos sin encontrar nada, aunque por las características del accidente tenemos claro que…bueno…—se interrumpe azorado.

—Lo sé. El inspector ya me ha dicho que no cree que Sean haya sobrevivido—digo con tristeza.

—Lo siento—dice Jack cabizbajo—Perdona que te moleste con esto, Anne. El inspector ya me comentó que tu boda con Sean fue precipitada y apenas le conocías, pero…me preguntaba si alguna vez te habló de su vida antes de entrar a trabajar en el Apricot. ¿Sabes a qué se dedicaba antes?

A Jack se le está poniendo cara de sabueso olfateando una pista y a mí me está entrando pánico.

—No. Ya le dije a Larsson que no sé nada de su vida.

Jack se encoge de hombros.—Estamos tratando de rastrear el pasado de Sean y nos está resultando muy difícil. Empleos, multas, matrimonios….los típicos rastros que uno deja tras de sí, en su caso no existen. Sabemos que fue adoptado por los Miller cuando tenía ocho años y antes de eso vivió con su padre, Hector Green, en un parque de caravanas en Omaha. Pero desde que cumplió los diecinueve años y abandonó el hogar de los Miller, parece que la tierra se lo hubiese tragado. Ni registros de empleo, ni alquileres de viviendas; nada hasta que empezó a trabajar en el Apricot. También hemos ido a su apartamento, pero no hemos encontrado nada de interés.

—¿Y Gabrielle?—pregunto pensando en la responsable de la tristeza de Sean—. Su ex novia. ¿La han encontrado?

—Nada, ni rastro de ella.—Jack se rasca la cabeza—. Es muy extraño.

Sí que lo es. Empiezo a pensar que todo lo que envuelve a Sean es muy misterioso, empezando por lo que sea que haya pasado entre

Luke y él. Sin embargo, lo último que me apetece ahora es ponerme a elucubrar teorías con Jack, que parece haber entrado en su elemento e incluso se ha sacado del bolsillo un cuaderno de notas con un dibujo de Betty Boop en la portada.

Nia ve desde lejos mi cara de incomodidad y sus instintos arácnidos se activan. Se acerca a grandes zancadas, dispuesta a rescatarme. Inmediatamente Jack parece olvidarse de la investigación y se queda mirándola embobado. Ese es el efecto que Nia suele causar.

Por supuesto, ella lo sabe.

—¿No me presentas a tu amigo, Anne?

Él le tiende la mano tan rápido que casi se lleva mis gafas por delante.— Jack O'Connell. Soy uno de los agentes que llevan el caso del esposo de Anne.

—Nia Doskas—dice Nia—. Me alegra comprobar que el departamento de policía de Las Vegas no descansa ni en horario nocturno—añade dirigiendo una mirada irónica al cuaderno de Betty Boop. Jack se apresura a guardarlo, rojo como un tomate.

Riéndome entre dientes, me alejo un poco de ellos y echo un vistazo a los demás. Nada ha cambiado bajo la viña del Señor. Howard y Hugh están explicando algo (por sus caras, deduzco que muy aburrido) a Zoe y sus amigas y lo mejor de todo es que Jason y Zachary parecen haber arreglado sus diferencias porque están muy acaramelados en un rincón. Hablan muy juntos y los ojos azules de Jason están fijos en los castaños de Zach, pendientes de cada movimiento, desprendiendo tanta ternura que de repente el agua con gas me sabe a sirope de caramelo. ¿Ves? Eso es lo que echo de menos. Ninguno de los profetas me miraba así cuando estábamos juntos. En realidad Isaiah solía mirar el reloj, deseando marcharse porque el ruido de los locales le resultaba demasiado estridente y Ezekiel… bueno, él miraba a todo bicho con faldas que estuviese cerca.

De repente, me pongo muy triste. La música truena a mi alrededor, las personas se mueven y bailan y yo estoy aquí, quieta y paralizada, con mi vaso de agua en la mano y los focos del techo dibujando figuritas de colores en mis mejillas. Miro a los lados y, aunque sé que está solo en mi cabeza, me parece ver mi reflejo multiplicado por mil en todas partes: en los vasos de los demás, en las lentejuelas de los vestidos de las chicas. Trocitos de mí, como una Anne fragmentada que aún no ha sido capaz de encontrarse a sí misma. Miro a mi alrededor buscando a Nia, pero parece haber desaparecido con Jack hacia un rincón oscuro, lo que me extraña porque el agente, con su torpeza y su rostro lleno de pecas, no parece ser el tipo de hombre que

suele gustarle a mi amiga. En fin, la vida sigue para todos menos para mí, o eso parece.

Alguien me da unos golpecitos en la espalda y al volverme me encuentro con el rostro sonriente de Zachary.

—¿Todo bien? Estás muy pálida.

—Estoy…un poco mareada—digo débilmente.

Sin decir nada, Zach me toma del brazo y me conduce al exterior. Inmediatamente me siento mejor. Hay algo especial en el exterior de los locales de copas, sobre todo en invierno. El aire frío en contraste con el calor del interior, la súbita quietud y el silencio tras el ruido, nuestros alientos formando columnas de humo enrevesadas. Zach inspira profundamente y sé que está pensando lo mismo que yo. A él tampoco le gusta demasiado el ajetreo de los bares, y por eso es de los que salen a fumar a la puerta cada dos por tres, en su caso cigarrillos liados a mano con mezclas de hierbas extrañas que huelen como los cocimientos de las brujas de Salem.

—Se está mejor aquí, ¿no te parece?

Asiento. Por la puerta entreabierta nos llega una versión de *The Final Countdown*, de Europe, uno de los temas favoritos de Jason, y distinguimos su voz desafinada cantando a coro con sus amigos. Sonreímos.

—Parece que está desatado.

Zach asiente y mira su reloj—He quedado en diez minutos con el tío del telescopio. Es ahí mismo, a dos calles. ¿Te apetece acompañarme?

Asiento agradecida, porque dar un paseo me apetece mucho más que volver adentro. Caminamos a pasos lentos, sumidos en nuestros pensamientos.

—Oye Zach, ¿puedo preguntarte algo?—digo.

—Tú dirás.

—¿Dirías que Jason es el amor de tu vida?

Zach me mira con sonriente, con una ceja un poco alzada. Si mi pregunta lo ha sorprendido, no lo demuestra.

—Sí.—dice con firmeza—. Es un gruñón y un poco maniático, pero no me imagino compartiendo mi vida con nadie más.

—¿Y cuándo lo supiste? ¿Cuándo te diste cuenta de que era él? ¿Te diste cuenta nada más conocerlo?

—No. Al principio pensé que era un pijo estirado y un pedante.

Nos reímos.

—La certeza fue surgiendo con el tiempo, a base de pequeños pasos—dice—.Como cuando vas subiendo una escalera muy alta, de la que no puedes ver el final, pero en algún momento en mitad del camino te das cuenta de que no es necesario apresurarte para llegar arriba, porque tienes claro que llegarás, ¿entiendes?

No mucho, pero de algún modo sus palabras tienen sentido. Cuando yo salía con los profetas no me sentía en una escalera, sino rodando hacia abajo sin frenos por una cuesta muy empinada.

Zach sonríe ante mi cara de asombro y me enseña lo que sea que se esté fumando.

—Es salvia. Propiedades calmantes. No coloca, lo juro.

Sonrío. Es muy agradable estar con Zach, es una de esas personas que transmiten tranquilidad y alegría, como si el cristal a través del que miran la vida fuese luminoso. Llegamos a la calle donde ha quedado con el tío del telescopio, que ya ha llegado a juzgar por la alta figura que se perfila en la lejanía, y yo me pongo a planear mentalmente el resto de la noche: volveremos a *Randys,* donde Jason ya habrá llenado un montón de servilletas con intrincadas operaciones y Zach seguramente querrá marcharse pronto con su nuevo telescopio, no sea que se pierda a algún marciano. Así que volveré a casa relativamente temprano y podré ver algún *late show* bajo mi vieja manta de ganchillo. Una de tantas noches en la aburrida vida de la aburrida Anne.

O quizá no.

Mientras nos acercamos al vendedor veo que la sonrisa de Zach vacila. Quizá piensa que ha quedado en hacer negocios con un psicópata, lo cual no es de extrañar porque la expresión de educada indiferencia que ostentaba el vendedor se ha ido modificando a cámara lenta mientras nos veía acercarnos hasta desembocar en un gesto de asco que ya conozco bien.

Zach le va a comprar un telescopio al maldito Luke Miller.

—Tú—sisea él mirándome y blandiendo el telescopio de un modo muy similar a Dorrie con sus tijeras de podar.

—Yo misma—digo con un aplomo que no siento—Qué pequeño es el mundo, ¿verdad?

Zach pasea la mirada entre Luke y yo, confuso.—¿Os conocéis?

“No”, dice él al tiempo que yo digo *“Sí”.*

Zach alza las cejas y yo siento una nueva oleada de furia. Detesto

el modo que tiene Luke Miller de ningunearme, como si yo fuese una mosca molesta.

—Es mi *cuñado*—digo mirándolo de reojo y haciendo énfasis en la palabra—.El hermano de Sean.

—Eso no significa que nos conozcamos—apostilla Luke—. No te conozco. Sólo te he visto una vez. En mi cama. Con mi pijama.

—¿Habéis dormido juntos?—pregunta Zach, que en ocasiones no es muy avispado. Los dos lo miramos como si quisiéramos descuartizarlo.

—Oh.—Zach retrocede, un poco intimidado y después se dirige a Sean un poco confuso, como dudando si hablarle o no. Con la cara de loco que tiene, yo también dudaría.

—Siento mucho lo de tu hermano.

—Ya. Gracias—gruñe Luke en respuesta—.En cuanto al telescopio…

—Ah, sí, la venta—dice Zach con cautela—.Tengo el dinero aquí mismo, a dos calles. En el local de una amiga. Si no te importa, podemos hacer la transacción dentro.

Los dos lo miramos como si se hubiese vuelto loco, sobre todo yo, porque sé de sobra a qué local se refiere Zach: *Mykonos*, la panadería de los Doskas, los abuelos de Nia. Lo miro con los brazos en jarras.

—¿Sabe Nia que le has cogido las llaves del local?

—Quizá se me haya olvidado comentárselo—dice Zach sin mostrar la más mínima culpabilidad—Vamos, Anne. Es bastante dinero. Mi padre me enseñó que uno no debe andar con un montón de dólares encima, sobre todo de noche.—aclara.

Tras un rato en el que ninguno de los tres decimos nada, Luke parece decidir que ni Zach ni yo somos peligrosos ni vamos a asesinarlo para vender sus órganos.

—Está bien. Terminemos con esto de una vez—zanja.

Caminamos hasta *Mykonos* y Zach abre la puerta con las llaves que le ha birlado a Nia. Si los Doskas supieran que está utilizando su panadería para esto ardería Troya, estoy segura. El interior de la panadería está oscuro y los estantes que durante el día están repletos de panes y pasteles ahora están vacíos y en el aire flota un olor a harina y mantequilla. Zach se mete como si tal cosa bajo el mostrador, saca un abultado monedero y se pone a contar monedas.

—Tío, no irás a pagarme con toda esa calderilla, ¿verdad?—se

queja Luke.

—He roto mi hucha para comprar este telescopio—le espeta Zach, y lo peor es que lo dice en serio—.Tenía monedas, no billetes.

—Estáis para que os encierren–masculla Luke mirándome a mí como si yo tuviese la culpa.

Por fin, cuando terminan con el recuento y el dinero y el telescopio cambian de manos, nos dirigimos a la salida. Bien, por fin podré marcharme a casa.

Pues no.

—Oye.—Luke se ha agachado para subir la persiana metálica y su voz suena hueca desde el suelo—.¿Esta cosa cómo se sube?

Zach se une a sus intentos y los dos tiran de la persiana, le dan golpes, resoplan y maldicen. Sigue sin moverse.

—No tenéis mañana, dejadme a mí—digo apartándolos sin miramientos.

Seria genial que se abriese justo ahora, ¿verdad? Que yo, que peso la mitad que ellos lo consiga con maña e inteligencia y la persiana se deslice hacia arriba suave y armoniosamente, de modo que pueda mirarlos con suficiencia y exclamar: *«¿Lo véis? ¿Qué hubierais hecho sin mí?»*

Sin embargo, tal y como te estarás imaginando, nada de eso sucede. La persiana está completamente atascada. Los tres nos miramos desolados.

—¿Qué hacemos?

—Jason va a matarme—se lamenta Zach.

—Nia también va a matarte cuando sepa que te has colado en su panadería—le recuerdo—. Si el señor Doskas llega a encontrarte aquí…

Zach traga saliva y sé que está recordando lo mismo que yo: el día en que convenció a Jason, hace ya años, de “tomar prestada” una de las ollas de cobre que la señora Doskas usa para hacer pasteles, con el fin de probar una extraña poción de diferentes hierbas que según él tenían propiedades nootrópicas. Sobra decir que el experimento fue un desastre y el olor de la olla quemada y los gritos del señor Doskas todavía perduran en nuestra memoria.

Aguzado por tal recuerdo, Zach se tira al suelo y comienza a darle tales golpes a la persiana que me extraña que no la desmonte. Yo me tumbo a su lado y atisbo por la rendija a ras del suelo, pero solo

consigo ver la acera en el exterior, con un montón de chicles pegados al pavimento.

—Parecéis dos idiotas ahí tirados—dice Luke, ese estirado.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—No sé…¿Llamar a vuestros amigos para que nos abran? ¿A un cerrajero? ¿A los bomberos?

Giro la cabeza para mirarlo y mi postura desde el suelo me ofrece una perspectiva distinta: sus larguísimas piernas, sus brazos como tentáculos y su barbilla puntiaguda bajo la cual hay una cicatriz antigua, una línea blanca que baja en zigzag hacia la parte derecha de su cuello. Luke carraspea y me doy cuenta de que llevo demasiado tiempo estudiándolo. Me levanto de un salto y me sacudo el polvo de la ropa.

—No vamos a llamar a los bomberos. No es una emergencia—le digo.

—¿Sugieres que nos quedemos aquí toda la noche? Ni en sueños—dice con el labio superior tan estirado como el hocico de una liebre.

Suspiro y me giro hacia Zach, que ha dejado de aporrear la puerta y está mirándola con el ceño fruncido, como si así pudiera convencerla de que se abriese.

—Tenemos que llamar a Jason y Nia—le digo.

Zach asiente resignado y los dos sacamos los teléfonos a la vez. Sin embargo, los astros siguen empeñados en ponérnoslo difícil esta noche. El teléfono de Jason está fuera de cobertura y Nia no contesta, lo cual no me extraña porque la última vez que la vi estaba muy ocupada con Jack, el policía bocazas.

—Creo que vamos a tener que esperar…un ratito—le digo con cautela a Luke.

—¿Cómo? ¡Ni loco! No pienso quedarme aquí encerrado con vosotros. Llamaré a los bomberos—dice sacándose del bolsillo un móvil de esos tan diminutos que parecen una caja de cerillas.

—¡No puedes hacer eso!—exclamo.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Eso demostraría que eres un inmaduro. Que eres incapaz de gestionar una crisis sin pedir ayuda a la mínima—le digo alzando la barbilla y tratando de ignorar el modo en que el marrón de sus ojos parece cambiar de tono según la luz: marrón chocolate, marrón grano de café, marrón tierra mojada…

—¿Gestión de crisis, eh? ¿Qué sabes tú de gestionar una crisis? ¡La que se tropieza con sus propios pies!

—¿Perdona?—Lo miro rechinando los dientes, porque aunque es cierto que soy algo torpe y tengo tendencia a tropezarme…¿quién demonios se cree que es él para restregármelo en las narices. Ambos nos miramos fijamente, como fieras a punto de atacar, hasta que Zach, que ha estado trasteando bajo el mostrador sin que nos diésemos cuenta, carraspea para llamar nuestra atención.

—¡Mirad lo que he encontrado! —exclama enseñándonos un par de botellas de cristal con pinta de estar bastante polvorientas.

—¿Qué demonios es eso?—pregunto con voz más chillona de lo que me gustaría.

O..u…zzzz—Zach deletrea lentamente, frunciendo el ceño—. Esta caligrafía es rarísima. ¿No será matarratas?

Le arrebato la botella sin miramientos.—Es *ouzo* idiota. La bebida nacional griega. Se hace con anís, uvas y azúcar y tiene una graduación bastante alta.

¿*Ouz*o, eh?—Zach sopesa la botella con un brillo travieso en los ojos—.Quizá nos venga bien para hacer más llevadera la espera. Debe haber algunos vasos por aquí…

—¿Cómo? ¡Ni se te ocurra!—digo horrorizada–.Esas botellas son del señor Doskas. Imagina qué nos haría si descubre que nos las hemos bebido.

—Buah…Preso por uno, preso por un ciento—dice Zach con su habitual pragmatismo mientras saca de un cajón un paquete de vasos de plástico—Venga, Anne…

—No cuentes conmigo—le digo cruzándome de brazos—. Además, ahora soy abstemia.

—¿Qué dices tú? ¿Te apuntas?—pregunta Zach ofreciendo un vaso a Luke.

—No—. Él se cruza de brazos–. No te lo tomes a mal, pero beber *ouzo* en una panadería polvorienta en mitad de la noche no es lo que se dice mi idea de diversión.

—¡Oh, por supuesto!–digo en tono burlesco—. Su Alteza Real seguramente preferiría comer caviar en la cubierta de un yate en medio del mar Caspio. O quizá beber té chino en porcelana de Limoges. El *ouzo* no está a tu nivel, faltaría más.

—¿Qué dices?—gruñe Luke–.Tú eres la primera que ha dicho que no quería. Eres tú, la que no se atreve—recalca haciendo hincapié en

las últimas palabras—

—¿Eso crees? ¿Qué no me atrevo?—Camino hacia Zach en dos zancadas y le arrebato el vaso que acaba de servirse. El sabor del ouzo, áspero y con un ligero toque a regaliz, me adormece la garganta. Devuelvo el vaso vacío a Zach y me encaro con el idiota—¿Quién es ahora el que no se atreve?—pregunto.

Luke me mira durante unos instantes y luego menea la cabeza. Llena de ouzo el vaso que Zach le ha ofrecido antes y se lo bebe de un trago. Después mi mira con su habitual arrogancia, lamiéndose los labios. No puedo evitar fijarme en que son bastante carnosos, como dos rodajas de ciruela madura.

—Bien—digo con tono beligerante, cruzándome de brazos.

—Bien—repite Luke como un eco.

—Bien—dice Zach—. Ahora que ya os habéis ganado un pin cada uno…¿Os importaría mirar en esos cajones de ahí? Creo que Nia guarda bolsas de frutos secos en alguna parte, y no nos vendría mal algo para picar.

Media hora después, los tres estamos tan cocidos como cangrejos de río en un restaurante cajún, y mis promesas de no volver a beber se han ido al garete. Luke también se ha relajado un poco y ese nuevo estado de ánimo se refleja en sus ojos, más cálidos, incluso más dulces. En cuanto a Zach, está en su salsa y ha pasado a desvariar sobre su tema favorito: la vida extraterrestre.

—Vosotros los astrónomos tenéis que estar en el ajo, tío—le dice a Luke—. Os pasáis la vida mirando al cielo ¿no? ¿Habéis contactado ya?

—Hasta la fecha no hay garantía de que exista vida inteligente—responde Luke—.La mayoría de esas fotos de Internet son falsas o corresponden a fenómenos naturales, como lluvias de estrellas, auroras boreales….

—¿Ah sí? ¿Y qué me dices de Roswell? ¿JFK? Creo que todos estáis en el ajo.—Zach lo señala con el cuello de su botella y por un momento Luke y yo nos miramos con complicidad, aguantándonos la risa, pero enseguida desviamos la mirada.

—Anne, tú estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?—pregunta Zach—. Con todas esas teorías tuyas de que las estrellas son mágicas…

—¿Perdona?—salto indignada. Sé que Jason le ha contado a Zach lo obsesionada que estaba con las estrellas de niña y lo último que me apetece es que Luke tenga un motivo más para burlarse de mí. Por supuesto, él ya se ha dado cuenta y se está riendo en voz baja.

—Magia, ¿eh?—dice con tono sarcástico—. Como abracadabra pata de cabra o conejos que saltan de las chisteras o…

—No, idiota–interrumpo—. Simplemente me gustaba mirar las estrellas cuando era una niña. Me parecía que tenían algo de especial. No magia… pero sí algún tipo de energía.

—Bueno, por supuesto que existe energía en el cosmos—me explica—. Protones, fotones, neutrinos…Todas ellas son partículas que emiten luz.

Genial. Este tío es capaz de conseguir que cualquier cosa suene soporífera. Sin embargo, Jason parece interesado.

—Siempre me he preguntado qué es lo que produce el brillo de las estrellas—dice con voz de borracho.

Luke se endereza y adopta el tono de un profesor muy pedante.—Las estrellas están hechas de gas muy caliente, helio e hidrógeno en su mayoría. El brillo se produce cuando se quema ese gas. A veces, cuando a una estrella se le termina el combustible, arroja parte de ese material de vuelta al espacio y nacen nuevas estrellas. Es un ciclo fascinante.

—Como material reciclado, ¿no?—dice Zach, que es todo oídos—¡Mola!

—Sin embargo, muchas de las estrellas que vemos brillar ya no existen, se han extinguido—continúa Luke con tono solemne—. Sólo las vemos porque su luz tarda en llegar a nosotros.

—Entonces es como ver estrellas muertas, ¿verdad?. ¡Oh, lo siento! —Zach se detiene azorado—No debería hablar de muertes, con lo que le ha pasado a tu hermano y todo eso…

Luke se echa hacia atrás como si le hubiese abofeteado. El ambiente se enrarece de golpe, como si la mención de Sean trajese consigo malos augurios.

—Sean y yo no estábamos demasiado unidos—dice—. Deberías darle tus condolencias a Anne.

Ahí están de nuevo, la frialdad y el rencor; esa forma de mirarme como a un gusano.

—¿Qué es lo que tienes en mi contra?—suelto a bocajarro

—¿Yo? Nada

—No dejas de mirarme como si hubiera hecho algo horrible al casarme con tu hermano. No dejas de hablar de él con odio y rencor. Tu, que odiabas a tu hermano porque estabas….celoso!!!!

He disparado al azar y me sorprendo al descubrir que he dado en el blanco. Luke se pone pálido y lo que leo en sus ojos, que ahora parecen más bien dos granos de café, me lo confirma. Luke estaba celoso de Sean.

-¡Tú…! ¡Tú no tienes idea de lo que estás hablando!—Está realmente enfadado y doy un paso atrás, temiendo que empiece a echar espumarajos por la boca. Yo también estoy muy cabreada.

—¿Qué como me atrevo?—chillo—¡Eres tú quien me ha cogido manía desde el principio! ¡Incluso me echaste de tu casa el otro día!

—¡No te eché, tú saliste corriendo!—aúlla—.Además, ¿qué esperabas? Todavía no sé qué hacías allí ni qué buscabas de mi familia.—Entrecierra los ojos al decir esto y me da la sensación de que está acusándome de algo muy malo, de ser una cazafortunas o algo así. Es tan ridículo que no sé si reír o llorar. Me pongo en pie de un salto.

—Me voy—anuncio—. No pienso seguir aguantando tus sandeces.

—La puerta no funciona, ¿recuerdas?—Luke deja su vaso en el suelo, con aire hastiado—. Lo mismo hiciste el otro día, salir corriendo. ¿Eso lo que te ha enseñado Sean? ¿A huir cuando las cosas se ponen feas?

—Oye, tío—Zach decide intervenir, arrastrando las palabras—. Creo que te estás pasando un poco con Anne…

Yo también he tenido suficiente. Le doy un par de golpes a la persiana, en un vano intento por conseguir que se abra. Luke sigue rezongando a mis espaldas y escucho palabras sueltas como *“huir”* y *“cobarde”*. Me giro para encararlo.

—¡Para que lo sepas, no conocía de nada a tu hermano!—grito—¿Te enteras? Apenas había intercambiado dos palabras con él hasta esa noche. ¡Me casé con él sin conocerlo, sí, en un arrebato de locura! ¿Contento?

Estoy tan furiosa que podría comenzar a echar chispas como el yunque de un herrero. Luke me mira asombrado ante mis palabras; su boca abriéndose y cerrándose como la de un pez fuera del agua. Sé que se dispone a hacerme un montón de preguntas, pero un ruido a mis espaldas nos distrae a todos: la persiana ha comenzado a subirse, lenta y chirriante como una boca que se despereza.

Quizá sí vaya a tener una pizca de suerte esta noche.

O quizá no: desde la calle, rubicundos como campesinos medievales, los señores Doskas nos contemplan furiosos como basiliscos, con los brazos en jarras.

Oh, oh.

ALGO BONITO QUE AÚN NO TIENE NOMBRE

Me despierto sobresaltada, sin aliento, como si alguien estuviese tirando de mí con una caña para sacarme de un lugar oscuro y profundo. El lago, por supuesto. He tenido una horrible pesadilla en la que mi coche, que se había convertido en un ser vivo y malvado como la *Christine* de Stephen King, rodaba velozmente en dirección al lago Mead con alguien muy asustado al volante. No era Sean, sino Luke, que agitaba los brazos aterrorizado tratando de escapar, sin saber que era demasiado tarde pues el lago se abría ante él como un abismo dispuesto a devorarlo.

Una pesadilla horrible. Sin duda un castigo divino por haber roto mi promesa de no volver a entregarme a la bebida. Odio el *ouzo*. Odio los daiquiris. Odio las ideas de chorlito de Zach. Odio a Luke Miller.

Mejor te ahorraré los detalles de la que se montó cuando los Doskas abrieron la persiana y nos encontraron en su panadería. Resulta que Jason estaba preocupado porque no volvíamos a *Randys* y pensó que algo malo nos había sucedido; que nos habían atracado o que el comprador del telescopio había resultado ser un asesino en serie. Se puso como loco y trató de contactar con Nia, pero Nia tenía el teléfono apagado porque estaba demasiado ocupada tirándose a Jack el Bocazas en el asiento trasero del coche policial. De modo que Jason decidió llamar al número antiguo de Nia, el que usaba antes de sucumbir a las bondades de su iPhone último modelo. Lo que él no sabía- y de saberlo, dudo que le hubiese importado, pues a esas alturas estaba histérico- es que ese teléfono pertenece ahora al señor Doskas y estaba en ese momento sobre la mesilla de noche de su dueño. Cuando el abuelo de Nia escuchó los alaridos de Jason, una especie de bombilla se encendió en su avispado cerebro griego y se apresuró a ir al *Mykonos*. El modo en que sus ojos brillaban de ira como los de un Cancerbero furioso cuando nos descubrió allí es un recuerdo que me perseguirá toda la vida.

Intentando ahuyentar el dolor de cabeza me levanto y pongo la cafetera a funcionar. Mi piso está hecho un desastre y decido que ponerme a limpiar es lo mejor que puedo hacer, como una especie de expiación por haberme dejado tentar por Zach y sus ideas absurdas. Sin embargo, está claro que el destino me reserva una penitencia aún mayor y me lo recuerda cuando abro el armario de los trapos ya que ahí, en el mismo lugar donde la metí casi sin darme cuenta ese horrible día, está la bolsa de plástico con los pocos objetos que la policía rescató de mi coche en el fondo del lago. Entre ellos hay algunas cosas que pertenecen a Sean: y que por supuesto, yo no debería tener, por mucho que en esa licencia matrimonial figure que

legalmente soy su esposa. Todas estas cosas pertenecen a Sophie, y devolvérselas es algo que pienso hacer lo antes posible.

Quizá pueda meterlas en una caja bonita y entregárselas así, en vez de en esta horrible bolsa de plástico. Quizá en una lata vacía de galletas holandesas, de esas con pastorcillos y paisajes bucólicos pintados en la tapa. Vuelco los objetos sobre la mesa del salón y me dispongo a organizarlos: un frasco de colirio para los ojos, una caja de pastillas para la tos, la cartera de Sean, empapada, con su permiso de conducir y 50 dólares que se han convertido en un pingajo ilegible. Un llavero con dos letras S entrelazadas, del que cuelgan varias llaves pequeñas. Lo sopeso en mi mano y una idea comienza a tomar forma en mi mente, lo cual es malo, muy malo, porque todas las ideas que he tenido en los últimos tiempos han sido un desastre. Intento aplastarla como quien espachurra un insecto molesto, pero esta idea es de las resistentes; es como una de esas moscas que parecen estar hechas de material radiactivo y siguen zumbando por mucho que las fumigues con insecticida. Me doy una ducha, confiando en que el agua barra esta locura que se me ha ocurrido, pero la idea se cuela más y más en mi cerebro. Necesito hacerlo. Quiero hacerlo. Sean pasó por mi vida de forma veloz y rotunda, como un cataclismo, dejando tras de sí una gran incógnita que no consigo despejar. Puede que el entorno y los objetos que le son cotidianos me den la clave que necesito.

Me seco el pelo, me visto rápidamente y bajo a toda prisa las escaleras para darme de bruces con el primer inconveniente del día: la señora Patterson, que me mira con los brazos en jarras desde el portal, sosteniendo una bolsa de basura de la que asoman los cuellos de cristal de varias botellas de whisky. Lleva un camisón verde y escotado que le hace parecerse a un grillo trasnochado. Perfecto, Pepito Grillo dispuesto a disuadirme de mis intenciones.

—Anne, querida—empieza—. Me preguntaba si ahora que te has deshecho de esa vieja tartana, podrías dejar que Chris utilice tu plaza de garaje para sus motocicletas. Ya sabes, últimamente las ha estado arreglando en la calle y con el frío que hace le han salido sabañones en las manos.

No sé si me horroriza más que haya llamado “vieja tartana” a mi pobre y destruido Ford Mustang o que pretenda que el bala perdida de su hijo utilice mi garaje para sus negocios de *tuning* ilegal. Rechino los dientes y compongo una sonrisa falsa.

—Me encantaría, pero no va a ser posible. Estoy a punto de conseguir otro vehículo.

—Ah, ¿sí?—Dawn Patterson frunce los labios y puedo ver sus incisivos bañados en oro—¿Y con qué vas a pagarlo? Sé que no lo

tenías asegurado.

Es increíble. ¿Queda algún detalle de mi vida que esta mujer no sepa?

—Me ha tocado el premio gordo en las tragaperras—mascullo mientras paso por su lado lo más rápido que puedo.

—¿En las tragaperras?—me chilla— No me lo creo, tú nunca juegas.¿ Y a dónde vas? Últimamente no dejas de entrar y salir a todas horas. ¿Has encontrado un tío por fin?

—¡Sí!—le grito sin darme la vuelta—¡He encontrado un tío! ¡Y ahí es precisamente a dónde voy: a casa de mi marido!

Sigo caminando- más bien, corriendo- esperando escuchar la inevitable retahíla de preguntas a mis espaldas, pero solo me llega el silencio. Creo que esta vez la he dejado sin palabras.

No tengo que esforzarme demasiado para encontrar la dirección de Sean; está ahí mismo, escrita en su permiso de conducir. Vive (o vivía) en un bloque de apartamentos de nueva construcción, con pinta de caros. En el suelo frente a su puerta, como una serpiente muerta, hay un cordón policial suelto; seguramente el que utilizó la policía para cancelar su piso durante el registro. Hago girar la llave en la cerradura y miro a mi alrededor.

Decir que el apartamento de Sean es lujoso sería subestimarlo. Mire a donde mire solo veo cromo, cristales esmerilados, sofás de cuero y azulejos tan brillantes que se podría comer en ellos. Me doy una vuelta, boquiabierta, porque este parece el piso de soltero del heredero de un gran imperio empresarial, no de un simple crupier. Los muebles son oscuros y bruñidos y todo está meticulosamente limpio; nada de prendas de ropa sueltas, cojines descolocados o vasos abandonados sobre la mesa. Todo parece moderno y muy frío, todo lo contrario que en la casa de los Miller. Busco frenéticamente algún signo de la tal Gabrielle, quizá alguna prenda de ropa femenina o algún retrato, pero la única fotografía enmarcada que veo no es de una mujer, sino del propio Sean junto con su hermanastro Luke, ambos mirando a la cámara con un mar embravecido al fondo. Estoy confusa. Esto no me encaja con lo que Luke me dijo: que a Sean no le importa la familia que dejó atrás. Miro la foto con más detenimiento, ambos parecen tener sobre trece o catorce años y mientras que Luke mira al fotógrafo con timidez, casi con recelo, Sean esgrime una amplia sonrisa, llena de dientes blanquísimos. ¿Por qué Sean tenía esa foto en su salón si no quería saber nada de los Miller? ¿Estaba Luke mintiéndome?

Estoy aún sopesando esa idea cuando percibo por el rabillo del ojo

un movimiento detrás de mí. Suelto un alarido y la persona que acaba de entrar en el piso se asusta y salta hacia atrás, golpeándose en la nuca con una reproducción de *El Grito* de Munch bastante mal hecha. Me quedo boquiabierta mientras el hombre del cuadro y el hombre del suelo componen idénticas expresiones de horror y dolor.

No puede ser. El maldito Luke Miller otra vez, frotándose el cogote con cara de mal genio.

—¿Estás bien?—le pregunto por cortesía pero sin acercarme demasiado.

—Oh, sí. Nunca he estado mejor. Como mi trabajo consiste en ver las estrellas, qué más da unas pocas más en mi tiempo libre.

Mira, si el *Señor Estirado* conoce la ironía.

—Es que me has asustado—me defiendo—. No esperaba que hubiera nadie aquí. ¿Cómo has entrado?

—Te has dejado la puerta abierta. La verdad es que te estaba buscando. El inspector Larsson les dio a mis padres la dirección de Sean cuando hablaron con él tras el accidente.

—¿Y cómo sabías que yo estaría aquí?—pregunto confusa.

—Bueno, fui a tu apartamento y tu vecina me dijo que habías ido a casa de tu marido. —Luke esgrime una sonrisa torcida que no me gusta nada—.Parecía pensar que te habías vuelto loca de repente y sufrías alucinaciones. Me aseguró que eres de las que acaban solteras con un loro por toda compañía.

Maldita Dawn Patterson.

—Genial—mascullo—. De repente me asalta un pensamiento horrible. Si Luke me estaba buscando solo puede deberse a un motivo. Sean . Lo han encontrado.

—¿Alguna novedad del accidente?–pregunto ansiosa.

—Nada. He hablado esta mañana con Larsson pero todavía siguen buscando.

—No lo entiendo. El lago es grande, pero no tanto.

Luke se encoge de hombros.—Larsson dice que en estos casos hay que tener paciencia. A veces el cuerpo emerge pasadas unas semanas, sobre todo cuando el fondo es denso y lleno de limo y grava, como es el caso del lago Mead. A veces se quedan enganchados en algo: piedras, ramas o lo que sea. Los buceadores hacen lo que pueden.

Me imagino el cuerpo de Sean en el fondo del lago, atrapado por un montón de ramas largas como los brazos de un monstruo marino.

La imagen es tan aterradora que tengo que cerrar los ojos y apoyarme contra la pared hasta que consigo calmarme. Cuando los abro de nuevo Luke me está mirando y sus ojos han adquirido una tonalidad cálida, como un *coulant* de chocolate.

—¿Estás bien?— me pregunta

—Sí. Muy bien. Perfectamente.

—El inspector me contó lo que hiciste, lo de meterte en el lago buscando a Sean y todo eso. Fue muy valiente por tu parte, aunque muy temerario.

Esto es increíble. En menos de un día, Luke Miller ha pasado de gritarme cada vez que me ve a llamarme "valiente". Me da la sensación de que quiere llegar a alguna parte como si yo fuese una especie de misterio que descifrar.

—Si no hay novedades en el caso, ¿por qué me estabas buscando?

—Mi madre está preocupada por ti. Como te fuiste tan deprisa el otro día…Intentó llamarte, pero tienes el teléfono apagado.

Mierda. Es cierto que me olvidé de recargar el teléfono. La preocupación de Sophie me enternece, pero el escrutinio al que Luke me está sometiendo, con la mirada fija en mí, me pone nerviosa.

—Está bien. Puedes decirle a Sophie que estoy perfectamente. Por cierto…—Una idea me asalta—.¿Se lo has contado? ¿Le has dicho que en realidad yo no mantenía una relación con Sean cuando nos casamos?

La mención a la última discusión que tuvimos hace que los hombros de Luke se tensen. Entrecierra los ojos.

–No le he dicho nada—me asegura—. No creí que fuese un detalle importante.

¿Qué no es importante? Lo miro con las cejas alzadas y él se revuelve incómodo.

—En realidad también quería verte para pedirte disculpas. No fui muy amable contigo el otro día en mi casa ni…bueno, durante el encierro en esa panadería. Lo siento.

¿En serio? ¿Luke Miller acaba de pedirme perdón?. No parece de los que se disculpan fácilmente. Hasta ahora siempre se ha mostrado arrogante, parco en palabras, proclive a las frases rotundas y tajantes.

—Bueno, gracias—digo dudosa—. Yo también siento haberte gritado el otro día.

—Quizá me lo merecía.—Luke parece aliviado, como si al

disculparse se hubiese quitado un gran peso de encima—. Como habrás podido deducir, no me llevo…eh…llevaba bien con Sean. Tener a su esposa en mi casa, durmiendo en mi cama, fue algo inesperado y no reaccioné bien.

—Está bien. Tema zanjado. ¿Por qué os llevabais tan mal Sean y tú?

Mi pregunta provoca una reacción inesperada. Luke se pone tenso y después se repliega sobre sí mismo. Sus ojos se oscurecen, su mandíbula se tensa. Parece un caracol replegándose ante la aparición de un pájaro hambriento.

—Simplemente no encajábamos. Prefiero no hablar de eso—murmura.

Vale. Mensaje recibido. Desvío la mirada hacia la foto enmarcada de Sean y Luke en sus años adolescentes y él sigue mi movimiento. La sorpresa se pinta en su cara y se adelanta en dos zancadas a coger el retrato.

—¿Por qué está esto aquí?—pregunta con voz fría.

—No lo sé, forma parte de la decoración, supongo. Estaba aquí cuando llegué.

Luke me mira como si acabase de decirle que bebo chupitos de sangre humana por las noches.

—¿Sean tenía una foto nuestra en su casa?—pregunta.

—Eso parece. Quizá él no te detestaba tanto como crees.

Luke coge el retrato y lo observa de cerca. Su expresión es indescifrable. Después vuelve a dejarlo en su sitio con un suspiro.

—No—dice—-Sean cuales sean los motivos por los que él tenía esta foto aquí, te aseguro que el afecto hacia mí no es uno de ellos.

No sé que responder, así que me dirijo hacia la puerta.

—Tengo que irme a casa ya—le informo—¿Te quedas o…?

—No, yo también me voy—dice rápidamente, como si la idea de quedarse a solas en el piso de Luke lo aterrorizase. Te acerco a tu casa, si quieres. Imagino que todavía estás sin coche.

¿El Señor *Estirado ya-no-tan-Estirado* quiere llevarme a casa? Inaudito.

—No hace falta.

—Vamos, Anne—dice él. Creo que es la primera vez que pronuncia mi nombre. Bueno, no lo creo, lo sé; y en su boca suena distinto, como

si se hubiese comido un bombón y lo estuviese paladeando. ¿Qué estoy diciendo? Entre esto y los ojos color chocolate voy a convertir a este tío en el maldito Willy Wonka.

—No te hagas de rogar—dice al ver que no contesto—Déjame llevarte. Como signo de buena voluntad por haber sido un idiota el otro día.

Dudo durante unos instantes pero la nueva Anne, esa que últimamente parece tomar decisiones absurdas a todas horas, decide hablar antes de que tenga tiempo de acallarla.

—Está bien—digo.

Le sigo hacia la salida y antes de cerrar la puerta cojo la foto de Luke y Sean y la meto en mi bolso. No sé muy bien por qué lo hago, pero no me parece bien dejarla en este piso desolado y vacío. Quizá a Sophie le haga ilusión quedarse con ella como recuerdo.

Cuando llegamos a la calle mi opinión sobre Luke sube una veintena de puntos. Así, de golpe y sin anestesia. Y es que aparcada contra el bordillo, brillando bajo el sol de invierno, veo a uno de mis amores sobre ruedas, una Kawasaki K900 de color azul oscuro muy brillante. Es preciosa. No tengo carnet de moto, pero siempre he soñado con montar en esta, desde que vi a James Bond sobre una de ellas en *La espía que me amó*.

Luke observa cómo doy vueltas en torno a su moto, cual león cercando una presa.

—¿Te gustan las motos?

—No, pero me encanta Sean Connery—digo pasando un dedo por el reluciente chasis.

Si Luke tenía dudas acerca de mi salud mental estoy seguro que ahora acaba de disiparlas todas. Parece un poco inquieto cuando me entrega un pequeño casco negro, como si temiese que fuese a sacar un cuchillo y apuñalarlo en pleno trayecto.

El viaje hasta mi apartamento se me hace corto. Si cuando conocí a Luke Miller, con toda su prepotencia y arrogancia, me hubieran dicho que hoy estaría montando en moto con él, aferrada a su cintura y percibiendo su perfume a algo cítrico, me hubiera reído. Para que veas las sorpresas que puede darte la vida. La Kawasaki se desliza por el asfalto como un caballo de batalla, suave y salvaje a la vez y cuando llegamos a mi barrio tengo un montón de burbujas cantarinas subiendo y bajando por mi tripa. Es genial.

Estoy como una niña con zapatos nuevos y Luke se ha dado cuenta. Sonríe, una de las escasas sonrisas espontáneas que le he visto hasta

ahora y de repente me entran muchas ganas de seguir viéndola: la sonrisa y también esos ojos que ahora mismo son iguales que un *toffee*: cálidos, casi dorados.

—¿Te apetece una cerveza?–le digo sin pensar, de nuevo la Anne valiente tomando las riendas—.Ya sabes, en agradecimiento por el trayecto.

Él me mira con recelo pero acaba asintiendo. La señora Patterson no parece estar a la vista, así que subimos las escaleras sin incidentes. Luke se pone a mirar a su alrededor en cuanto entramos en el piso.

—Tu árbol de navidad ocupa casi la mitad del salón—me dice en tono acusatorio—.No es un buen aprovechamiento del espacio. Un salón tan pequeño no necesita un árbol tan grande.

Vaya. Parece que el señor prepotente vuelve a la carga.

—Se llama *Bárbol* y ocupa el espacio que le da la gana.

—¿De verdad le has puesto nombre a un árbol de navidad? ¿Y le llamas como al *ent* de *El Señor de los Anillos*? Y luego mi madre dice que mi padre está chiflado con sus cactus.

No le hago caso (la verdad es que lo de *Bárbol* me lo acabo de inventar ahora mismo) y me pongo a registrar la nevera en busca de algo comestible Un pack de yogures caducados y una lechuga me devuelven una mirada triste. Ni siquiera tengo la cerveza que le prometí a Luke Otra vez me he olvidado de hacer la compra.

Él resopla a mis espaldas, como dándose cuenta de que soy un caso perdido. Se me ocurre una idea.

—Conozco un restaurante cerca de aquí. Si no tienes nada mejor que hacer…

Tarda un poco en contestar, valorando mi propuesta con esa calma que parece caracterizarle, como si tuviese que pensárselo todo muy bien. Estoy a punto de asegurarle que no pienso sacarle el hígado para traficar con él cuando responde por fin.

—Está bien. Te sigo.

Louis es uno de mis restaurantes favoritos aquí en Las Vegas. Es pequeño y familiar y está muy alejado de los circuitos turísticos de la ciudad. El dueño, Giacomo, es un italiano bajito y afable que lo ha remodelado consiguiendo una copia exacta del *Louis* de la película *El Padrino*: las mismas mesas redondas con manteles blancos, el mismo mosaico de rombos intercalados y una iluminación escasa que parece invitar al trapicheo, aunque por lo general los clientes son personas inofensivas que llevan toda la vida viviendo en el barrio (si no

contamos a Chris Patterson, que se mete un menú entre pecho y espalda cada vez que consigue dinero). Aunque es un restaurante italiano, el *Louis* no sirve pizzas, sino platos de la cocina italiana más profunda. Su especialidad son los espaguetis acompañados de albóndigas tan grandes como ruedas de carro.

Luke lo observa todo con una cierta desconfianza- que se suaviza un poco cuando los efluvios de la cocina llegan a sus fosas nasales- pero no protesta cuando Giacomo nos conduce a una de las mesas de la parte trasera y nos entrega dos cartas muy sobadas. Ambos las estudiamos durante más tiempo de lo normal, teniendo en cuenta lo escasa que es la lista de platos, porque nos dedicamos a espiarnos por encima de los bordes amarillentos. Si no fuera tan absurdo, sería incluso gracioso el modo en que cuando nuestras miradas se cruzan la retiramos inmediatamente, como si estuviésemos jugando con los ojos al escondite inglés y el secreto fuese no cruzarnos nunca. Cuando el silencio comienza a hacerse demasiado tenso, digo lo primero que se me ocurre para romperlo

—No he escondido ninguna pistola en el váter, puedes estar tranquilo.

Durante un momento me mira como si me hubiera vuelto loca, hasta que por fin cae en la cuenta y se echa a reír. Las chocolatinas que tiene por ojos se rodean de arruguitas cuando suelta una carcajada.

—Igual que Michael Corleone en *El Padrino* ¿no? Me alegra saber que no tengo que salir corriendo cuando te levantes para ir al baño. Además no tienes pinta de mafiosa.

Me gustaría saber de qué cree que tengo pinta; seguro que de algo muy aburrido. Giacomo nos trae el plato de la casa y opto por comerme los espaguetis en lugar de contestar.

—Así que era cierto lo que dijo tu amigo, el del telescopio—dice Luke—. Lo de coleccionar momentos de cine.

—Frases de cine.—le aclaro—. Mi madre y yo solíamos hacerlo como pasatiempo hace años.

—¿Y ya no lo hacéis?

—Murió hace cuatro años. Tenía un problema de corazón y una operación rutinaria salió mal.

—Lo siento.

Asiento. De niña solía pensar que a mi madre se le había quedado el corazón un poco roto tras la muerte de papá, y por eso tenía que someterse a revisiones periódicas. Un pensamiento triste y a la vez

bonito que parece encajar bien con su historia de amor. Tonterías que se le ocurren a una y que, por supuesto, no pienso compartir con Luke, que sigue mirándome desde el otro extremo de la mesa como si quisiera taladrarme.

—¿Crees que tardarán mucho en encontrarle?—pregunto en un intento por cambiar de tema—. A Sean, quiero decir.

Arruga la frente, como si pensar en el tema le doliese. —El inspector me ha dicho que a veces, cuando el agua está muy fría como es el caso del lago Mead en esta época del año, los cuerpos pueden tardar bastante en salir a flote. Mis padres se han resignado a esperar, de hecho han organizado un funeral dentro de dos días. Por supuesto, les gustaría que pudieses ir.

—Lo intentaré—digo insegura, porque no entiendo por qué Luke sigue queriendo involucrarme con su familia cuando ya sabe que mi relación con Sean no fue real.

—¿Por qué te casaste con él?—me pregunta de repente, como si pudiese leerme el pensamiento.

Me quedo congelada, con el tenedor a medio camino en dirección a mi boca. Es una pregunta lógica y me gustaría tener una buena respuesta, pero no la tengo. ¿Cómo podemos conocer la base de nuestras acciones? A veces una decisión se compone de un millón de matices: la necesidad de sentir que por una vez en mi vida hacía algo interesante, algo que se salía del guión. La adrenalina en la boca del estómago, el sentirme protagonista de una vez por todas. El deseo de dejar salir a la Anne atrevida, en vez de a la Anne cuerda y aburrida de todos los días. Por supuesto, como no puedo compartir todo esto con Luke, me limito a darle la explicación más sencilla.

—Estaba borracha.

—No te creo.—Me mira por encima de su plato, con el ceño fruncido—. Es decir, sí me creo que hubieras bebido, pero tiene que haber algún motivo más. ¿Estabas enamorada de él en secreto?

No me gusta el cariz que está tomando esto. Luke parece plenamente dispuesto a hacerme un interrogatorio aquí mismo, entre las albóndigas y el vino peleón. Hasta se le ha puesto cara de juez. Así que lugar de contestar, ataco con otra pregunta.

—¿Por qué os odiabais Sean y tú?

Inmediatamente se echa hacia atrás. Casi puedo oír el ruido de sus cremalleras internas cerrándose.

—¿Ves? —le digo—.Tú también eres de los que guardan secretos.

—Está bien—responde un poco irritado—. Nada de preguntas que nos hagan sentir incómodos.

Nos pasamos el resto de la comida hablando de todo un poco y, por extraño que parezca, la conversación fluye ágil y espontánea, como si no nos hubiésemos conocido en unas circunstancias tan extrañas y nos hubiésemos casi odiado a primera vista. Me entero de que Luke es profesor ayudante en la Universidad de Nevada, la misma en la que estudió la carrera. Sin embargo, no es el astrónomo pedante y aburrido que imaginé cuando lo conocí; al contrario, me cuenta un montón de detalles interesantes, como que los satélites de Urano se llaman como protagonistas de las obras de Shakespeare y Pope, y que sus favoritos son Titania y Oberón, el rey y la reina de las hadas. Me encuentro con un Luke distinto, un tío inteligente e interesante, con un gran sentido del humor. Un poco serio a veces, como yo. Y con un mundo interior que me parece lleno de aristas, plagado de recovecos. Como el mío.

Durante esa conversación, entre sorbos de vino y espaguetis que tratamos de engullir sin hacer ruido de aspiradores, Luke Miller y yo sentamos las bases de algo. Algo bonito a lo que aún no soy capaz de ponerle nombre, algo indefinido; como enmarcado en un tenue signo de interrogación. Una afinidad insospechada.

Cuando terminamos, después de despedirnos de Giacomo y de que Luke le asegure que se ha ganado un nuevo cliente para toda la vida, salimos al exterior. Las farolas ya están encendidas y el aire tiene esa calidad amarillenta y casi sólida que a veces provoca la luz artificial. Nos quedamos en la puerta un tanto cohibidos, abrochándonos los abrigos y frotándonos las manos, súbitamente ateridos por el cambio de temperatura.

—Es una pena que haga tanto frío—dice Luke dudoso—. Me da pereza meterme en casa a estas horas.

—¿Qué te gustaría hacer?—le pregunto mientras agito los faldones de mi abrigo como un pato torpe a punto de volar. *Louis* es genial, pero verdaderamente se te pega a la ropa el olor a comida.

—No lo sé—. Se encoge de hombros—. Dar vueltas. Simplemente vueltas por ahí.

Quizá es la forma en la que lo dice, ese tono dulce y pensativo que por algún motivo extraño me provoca ternura. Quizá es el vino de Giacomo, que se me ha subido a la cabeza. Quizá es mi lado egoísta, que quiere montar de nuevo en la Kawasaki. El caso es que las palabras salen de mi boca antes de que pueda contenerme, como agua que rebosa unas compuertas.

—Conozco el sitio perfecto para dar vueltas.

MEMENTO MORI

Desde que tengo memoria, *Fableville* ha sido uno de mis lugares favoritos del mundo. Tengo pocos recuerdos con mi padre, pero uno de los más vívidos es venir aquí con él los domingos por la mañana. Fableville es un parque de atracciones pequeño y desvencijado, sin despliegues espectaculares ni montañas rusas vertiginosas, muy alejado de los petulantes circuitos turísticos de Las Vegas. Para mí es un lugar único porque me transporta a mi infancia solo con poner un pie en él: el olor a mantequilla algo rancia de las palomitas recién hechas, la hierba que crece salvaje en los parterres porque nadie se ha molestado en contratar a un jardinero, los chasquidos de las viejas atracciones al ponerse en marcha, como ancianas reumáticas que hacen un último esfuerzo.

En la actualidad, Fableville está más de capa caída que nunca y muchas de las atracciones ya no funcionan, como los caballos del tiovivo, que tienen la pintura desvencijada y asoman los hocicos tristes bajo la lona. Tampoco existe ya el puesto de palomitas cuyo dueño, el viejo Peter, solía llevar un delantal lleno de manchas de caramelo y le gustaba decir que cada variedad de maíz tenía su propia sinfonía al saltar y crepitar. Ahora, el kiosko está cerrado y cancelado con grandes cadenas y solamente quedan un par de viejos carteles: *«Palomitas Peter, las más crujientes».* Sin embargo, la vieja noria sigue funcionando y el hombre que vende las entradas tiene la misma melena desgreñada y el mismo ceño fruncido que la mujer que las vendía en mi infancia. Supongo que es su hijo.

La noria es el principal motivo por el que sigo viniendo a Fableville.

No tengo ni idea de por qué he traído a Luke Miller, más allá de que ha sido un impulso extraño. Lo cierto es que siempre que vengo aquí lo hago sola. Este es un lugar que siempre he preferido guardar para mí, como las terrinas de helado que siempre guardo en el fondo del congelador y nunca comparto con nadie. Bueno, para ser sinceras, una vez traje a Isaiah, el profeta fugitivo, en los tiempos en que nuestra relación era todavía como un caramelo: pegajosa y adictiva. No paró de protestar en todo el rato, asegurando que los parques de atracciones abandonados eran lugares inseguros: un nido para drogadictos y traficantes y cuando subimos a la noria, se quejó durante todo el rato de que los asientos tenían la pintura desvencijada y el taquillero le miraba mal.

Me pregunto qué opinará Luke Miller de todo esto. Seguramente ahora mismo estará pensando que lo he traído aquí porque pienso

cargármelo, como en esas películas de ganngsters donde los asesinatos se producen en lugares abandonados, llenos de grafitis- si hay algo que abunda en Fableville son los grafitis- con el protagonista desangrándose entre la hierba seca y los escombros. Sin embargo no dice nada. Se limita a mirarme en silencio, con el ceño un poco fruncido cuando le indico que aparque la moto en la desolada explanada. Tampoco habla cuando nos adentramos por entre las atracciones fantasmagóricas y solitarias. Ni siquiera cuando camino hacia la taquillera y le pido dos entradas y ella me las lanza con su eterno cigarrillo entre los labios y su gesto de mal genio.

Ni siquiera abre la boca cuando la noria empieza a girar (muy lentamente, porque así es como gira la noria de *Fableville*) , con su ligero balanceo.

—¿No vas a decir nada?—le pregunto por fin, cuando me canso de mirar su cara impertérrita—¿No te parece esto tétrico? ¿Amenazante? ¿Absurdo? ¿Peligroso?

—No—me contesta muy digno—pero es como un bofetón de realidad.

—Sólo es un parque de atracciones

—Y un parque de atracciones casi abandonado. Los parques temáticos son un sueño de nuestra infancia, el encanto de esos días de juego, risas y velocidad. Ver su decadencia es triste, es como el fin de los buenos tiempos. Es como un *Memento Mori*: recuerda que puedes morir.

Vaya, ahora se ha puesto tétrico. Hablando de ese modo se parece más que nunca a un *Slenderman* fúnebre y tajante.

—Nunca lo había visto así—digo—. Es solo un lugar de mi infancia al que me gusta volver de vez en cuando. Me gusta que esté…ya sabes, igual que estaba antes.

—Ah, así que te resistes a cambiar

Vale, ahora es como un *Slenderman* terapeuta.

—Nada de eso. Es solo un lugar. Además, por esa regla de tres lo tuyo es peor, te pasas la vida mirando al cielo que es siempre igual y….aburrido. Sin cambios.

—¿Bromeas? —Alza las cejas—.El universo está siempre en expansión, continuamente. Y no hay reglas. Desde los planetas a las partículas subatómicas; todo es caos y…coincidencias.

Asiento porque en realidad tiene razón. Seguimos girando. El aire frío nos azota la cara y las luces de la ciudad se ven muy pequeñas,

como luciérnagas. Somos las únicas personas subidas a la noria, los más chiflados de Las Vegas. Nuestro habitáculo llega a la parte más alta y se detiene allí. Esto es algo que siempre sucede con esa noria, quizás por algún fallo del mecanismo tarda demasiado en volver a bajar. Cuando era niña y venía con mi padre me gustaba estirar el cuello para verlas estrellas. Y a pesar de que hace mucho que ya no las miro, hago el movimiento por inercia,

—No se ven muy bien desde aquí—comenta Luke.

—¿Qué?–Me hago la tonta, aunque por supuesto sé a qué se refiere.

—Contaminación lumínica.—Hace un amplio movimiento con el brazo, señalando al cielo—. ¿Sabes que en la mayor parte de Estados Unidos es ya imposible ver la Vía Láctea? Las luces artificiales crean una especie de halo, una neblina que mantiene ocultas a las estrellas. Ahora necesitamos más que nunca los telescopios.

Tiene razón, claro. Incluso de niña me era muy difícil verlas: eran raquíticas y parecían muy lejanas.

—No estaba buscando estrellas, solo estiraba el cuello—le espeto a Luke.

—Ya, claro—dice con sorna—. Me gustaría saber de qué va todo eso de las estrellas. Eso que comentó tu amigo en la panadería, de que estás obsesionada con ellas o algo así.

Resoplo. Nos mantenemos la mirada durante unos instantes y acabo claudicando.

—Está bien- digo— mi padre le pinto a mi madre un cielo estrellado antes de que se casasen— .Obvio la referencia a Peter Pan y Wendy porque me parece que no viene a cuento—. Ella decía que era el regalo más romántico que había recibido en su vida. De algún modo relacioné ese amor con las estrellas, con su brillo. Cuanto más brillaba una estrella, más cerca estaba mi príncipe azul de encontrarme.

Luke me mira muy serio.

—Esa es lacosa más absurda que he oído en mi vida.

—Vale, muchas gracias

—No hay nada de tierno en las estrellas— añade—.Por algún motivo los poetas, y los románticos empedernidos como tú parecéis creerlo, pero la realidad es muy distinta. Si tuviéramos que atribuirles sentimientos humanos, se acercarían más a la destrucción que al amor.

—¿Y eso?—Ha conseguido captar mi interés.

Luke toma aliento y adopta un tonito doctoral idéntico al de James cuando habla de sus plantas.—Existe un fenómeno muy interesante. A veces dos estrellas se acercan tanto una a la otra que pueden llegar a fundirse entre sí, a compartir materia.

—Como si se besasen—interrumpo.

—No exactamente.—Luke me mira serio—.Más bien como si se echasen un pulso, como una lucha entre campos magnéticos. El final es catastrófico para ambas: cuando se encuentran se produce una gran explosión que las destruye a las dos. Las mata, por así decirlo.

Me quedo callada, analizando la imagen mental de dos estrellas precipitándose una hacia la otra en un impulso inevitable

—Así que ya ves, tus románticas estrellas son en realidad suicidas tercas. Se empeñan en seguir orbitando unas alrededor de las otras a pesar de que cuando se encuentran acaban por destruirse.

—¿Suicidas tercas?—La analogía me ha hecho gracia.

—Terquísimas.

Miro a Luke, que esgrime una sonrisa socarrona y después vuelvo a mirar al cielo envuelto en la neblina. Estrellas suicidas. Estrellas tercas. Es un concepto curioso y pienso en ello mientras la noria sigue girando con su amable cadencia y Luke y yo nos sumimos en el silencio.

HIELO Y ALGODÓN DE AZÚCAR

Siempre he pensado que hay algo de espeluznante en vestirse para un funeral, en escoger las ropas que llevarás para despedir a una persona de este mundo. No he ido a muchos funerales, pero he estado en dos muy importantes: los de mis padres. Recuerdo con precisión la ropa que llevé a cada uno de ellos: en el de mi padre calcetines hasta la rodilla y un vestido de hilo azul oscuro, del mismo tono que una noche sin estrellas; una metáfora perfecta para describir la vasta planicie que su ausencia dejaba. Muchos años más tarde, en el de mi madre, llevé un vestido blanco que destacaba entre las ropas de los demás como una gota de nata en un café. La gente pensó que me había vuelto loca pero sé que mi madre lo hubiera entendido: mi vestido era como un lienzo en blanco, al igual que mi vida en ese momento.

¿Qué se pone una para el funeral (sin cuerpo presente) de su marido? ¿De un marido al que no conoces?

—Y este es para los funerales de gente importante—dice Nia extendiendo sobre mi cama un vestido más—. Ya sabes, familiares y eso. Se lo puso para asistir al de tía Adelpha…

Suspiro, mirando fijamente el rígido vestido negro que parece sacado de una película gótica. Nia se ha presentado en mi casa hace una hora con dos bolsas llenas de "la ropa para funerales de la abuela Doskas". Dos bolsas a rebosar, no exagero. El hecho de que Basia Doskas necesite tanta ropa – o lo que es lo mismo, tenga tantos funerales a los que asistir- me resulta sólo levemente más inquietante que el hecho de que Nia pretenda que me vista con uno de ellos.

—¿Qué te parece esto?—pregunto indecisa enseñándole una blusa negra con apariencia más o menos normal.

—Se la puso cuando enterramos a *Sandy*. Ya sabes, su chihuahua.

Genial. Deshecho la indumentaria para funerales perrunos y sigo revolviendo en las bolsas.

—¿A cuántos funerales asiste tu abuela?—le pregunto.

—A cientos. Es uno de sus hobbies. Lo primero que hace por las mañanas es mirar el periódico en busca en esquelas. Si conoce a alguien o cree conocerle, allí se presenta.

Aparto las bolsas. Definitivamente no puedo llevar nada que pertenezca a una adicta a los funerales. Quiero decir, ya soy bastante rara siendo yo misma, ¿verdad?

—Todavía no puedo creerme todo lo que ha pasado—le digo a Nia.

—Siempre has sido muy de meterte en berenjenales, Anne. Aunque esta vez te has superado a ti misma.

Asiento mientras observo como Nia da vueltas frente al espejo probándose un corsé negro que ha sacado de las bolsas. No quiero ni imaginarme para qué tipo de funerales usará la abuela Doskas ese corsé.

—Me pregunto cómo lo llevará Sophie hoy—digo—. Ella parece la más afectada de todos. Creo que todavía ve en Sean al niño que conoció y quiso, no al hombre que se marchó sin decirles nada.

—Tiene que ser una situación horrible para ella—razona Nia—.Me pregunto qué le sucedió a Sean para marcharse de ese modo sin volver la vista atrás.

—Yo también me lo pregunto—digo—.Sé que es algo que destroza a Sophie por dentro, no saber por qué se marchó.

—¿Hablas con ella habitualmente?

Asiento, esbozando una sonrisa.— Sophie ha cogido la costumbre de llamarme de vez en cuando. Ni siquiera hablamos de Sean…En realidad no hablamos de nada importante….—Me encojo de hombros. Nia me está mirando con el ceño un poco fruncido.

—¿Charlas de amigas?—pregunta—¿Cómo las que tú y yo tenemos?

—Bueno, ella no me cuenta el número de orgasmos que ha tenido con su último amante, como haces tú—le digo para pincharla—.Ahora que lo pienso, ese tema de conversación sería más propio de Dorrie que de ella…

Nia sonríe, pero tiene la mirada seria, como si algo le preocupase.

—Anne—dice—No estarás buscando en Sophie una madre sustituta, verdad?

Lo dice con cariño. Con delicadeza, incluso. Pero sus palabras me afectan porque el hecho de admitirlas implicaría que quizá necesito una figura maternal, como si la de mi propia madre (la madre que estaba tan absorta en su amor perdido que a veces parecía olvidar que tenía una hija) no hubiese sido suficiente. Y ahora mismo no estoy preparada para enfrentarme a ese pensamiento.

—Claro que no—digo.

—Porque esta es una situación transitoria, Anne—continúa Nia—. Piensa que los Miller están en pleno proceso de duelo, o lo que quiera que estén sintiendo tras la desaparición de Sean. Cuando su…bueno, cuando el cuerpo aparezca, poco a poco irán cerrando página. Y no

quiero que te derrumbes si la perfecta familia americana desaparece de tu vida de un plumazo cuando eso suceda.

Son palabras duras, pero así es Nia. Cáustica y realista. Y tiene razón, claro. Pero como no quiero seguir hablando de ello, digo lo primero que se me pasa por la cabeza, lo que sea con tal de cambiar de conversación.

—Luke Miller va a llevarme a ver unas estrellas.

Nia se atraganta y escupe (con la finura de un camionero) el sorbo de coca cola que acaba de tomar. El proyectil aterriza en uno de los vestidos de la abuela dispuestos sobre la cama.

—¿Perdona?

—No estrellas en plan astrónomo, sino estrellas…La verdad es que no estoy muy segura de cuál es el plan—farfullo.

Nia me mira con la boca abierta. Me hace gracia, porque normalmente sucede al revés; casi siempre soy yo la que la mira con expectación mientras ella narra sus aventuras de los fines de semana. Le cuento el encuentro con Luke en casa de Sean, la comida en *Louis* y la visita a *Fableville*, además de la conversación sobre las estrellas tercas. Cuando termino, ella se queda mirándome y luego menea la cabeza.

—Eres increíble, Anne.

—¿Por qué dices eso?

—¿Te has dado cuenta de que sólo en una tarde has hecho más cosas con ese tío que con todos los demás que has conocido en tu vida? Si me apuras, incluso los profetas.

Frunzo el ceño y Nia extiende los dedos para enumerar:

—Le has llevado a Louis, algo que no haces con cualquiera, porque te da vergüenza que te vean sorbiendo espaguetis. Le has hablado de tus estrellas. Y sobre todo, le has llevado a *Fableville* que es tu reducto particular, tu refugio desde que te conozco

—Tonterías—digo meneando la cabeza. Sin embargo, Nia tiene parte de razón. De algún modo me sentí lo suficientemente cómoda con Luke como para dejarle atisbar una pequeña parte de mí, esa que suelo mantener en la penumbra con las persianas bajadas, mi casita en medio del bosque. Curioso, sobre todo si tenemos en cuenta lo mal que me cayó cuando nos conocimos.

Nia me está mirando con los ojos entornados.

—¿Cuántos meses llevabas saliendo con el profeta Isaiah cuando lo

llevaste por primera vez a esa noria? ¿Seis meses?

—Ocho—digo tragando saliva.

—Anne…—dice Nia con falsa dulzura—¿No te gustará *tu cuñado*?

Me quedo paralizada, como si alguien me hubiese hecho una foto abusando del flash. ¿Gustarme? ¿Luke Miller? Hace unos días lo detestaba: su arrogancia, su modo de mirarme con el ceño fruncido, ese halo de misterio que lo envuelve y que parece implicar secretos oscuros y peligrosos. Sin embargo, al tratarlo me he dado cuenta de que también puede ser divertido y atento, con un sentido del humor extraño que por algún motivo combina bien con el mío. Además, por algún motivo me siento cómoda con él, como si activase mi grifo de palabras y ya no me sintiese cohibida o tonta. Y me encantan sus ojos de chocolate, con todos sus cambios de textura según su estado de ánimo.

Basta ya, Anne, me regaño mentalmente.

Nia espera una respuesta y me está mirando con esa cara de sabionda que se le pone cuando se cree que ve algo que los demás no vemos, así que me apresuro a encogerme de hombros y a componer una expresión de indiferencia.

—Por supuesto que no me gusta. Eso es absurdo. Y a propósito—digo tratando de cambiar de tema—.Ese policía pelirrojo que te secuestró la otra noche…

—¡Oh!—Nia se encoge de hombros, pero puedo ver como los ojos le hacen chiribitas—.Es irlandés. Ya sabes lo que dicen de ellos, pasionales y todo eso. Pero volviendo a Luke Miller….¿No te gusta ni un poquito? ¿Ni para un polvo?

—No.—zanjo con rotundidad—.Recuerda que la última vez que intenté tener un rollo de una noche terminé casada. Además, Luke es su hermano. Sería muy raro, ¿no crees?

—Sí—acaba por admitir Nia con un suspiro—.Eso sería raro incluso para ti.

Esta helando y la ciudad se ha convertido en un escenario polar. El aire tiene una calidad transparente, como si flotasen fantasmas. El frío no solo se siente, también se ve: en los árboles tersos y grises, en el aire pesado, en el agua congelada de las cunetas. Un clima muy apropiado para un funeral. Me reúno con los Miller en una pequeña iglesia católica, a pocos pasos de su casa. Es un acto breve y extraño y la mayoría de los asistentes parecen desconcertados y fuera de lugar. Un cura con el cráneo tan lampiño como una bola de billar pronuncia una homilía a toda prisa, como si estuviese deseando marcharse de

allí. Veo lágrimas, pero muy pocas: ruidosas por parte de Sophie y discretas y como avergonzadas las de James. También hay ruidos extraños que provienen de Dorrie (no tengo claro si solloza o la sinusitis le está jugando una mala pasada) , una expresión de Reina de las Nieves en la cara de Elise y tensión, mucha tensión en Luke, que está sentado a mi lado en el banco y en cuyo rostro se podrían cascar nueces ahora mismo, tal es la rigidez que desprende.

En cuanto a los demás: vecinos, familiares y curiosos, me doy perfecta cuenta de que Sean es también un total desconocido para ellos. Quizá conocieron en su día al niño que vivió con los Miller, pero ninguno tiene la más mínima idea de cómo era el Sean adulto.

Al terminar todos cruzamos la calle hacia la casa de los Miller, donde Maggie- muy seria en su vestido marinero y con el pelo recogido en dos trenzas tirantes- ha quedado al cuidado de una niñera. Los asistentes se despliegan por el salón, echando mano de los canapés y la ensalada de patatas que Sophie ha preparado por la mañana. No entiendo por qué siempre sirven este tipo de bocadillitos de tamaño mini en los funerales, como si un jurado de MasterChef fuera a presentarse de repente. Recuerdo que en el funeral de mi padre me atraqué a dátiles envueltos en bacon porque me encantan y jamás tenía ocasión de comerlos y en el de mi madre no comí absolutamente nada porque estaba todavía en shock por lo repentino de su muerte, a pesar de que tía Wendy me persiguió por todo el salón cargada de bandejas, temiendo que me desmayase. Ahora me meto en la boca un diminuto sándwich de pavo pero estoy tan tensa que se me hace una bola. Me siento incómoda y expuesta, aquí parada en mitad del salón de los Miller, rodeada por desconocidos que me observan preguntándose quién demonios soy.

Sophie se me acerca con cara de circunstancias. Lleva un vestido negro muy sobrio y aprieta en la mano un pañuelo de papel sobado. Se detiene a mi lado y me acaricia el brazo.

—Muchas gracias por venir, Anne.

—Era lo mínimo que podía hacer. ¿Cómo estás?

Ella suspira.—Tirando. Y tú, ¿Cómo lo llevas?—añade mirándome con el ceño un poco fruncido.

—Bien—digo incómoda, encogiéndome ante la mirada escrutadora de Sophie

—Sé que no tenías una verdadera relación con Sean—dice ella a bocajarro. Me mira fijamente, sin parpadear y yo quiero esconderme, huir de aquí y que la Tierra me trague. Sin embargo, Sophie no parece enfadada.

—Te lo ha dicho Luke, ¿verdad?—pregunto. *Maldito Luke.*

—No.—Sophie parece ligeramente confusa—¿Luke lo sabe también? En realidad me lo ha dicho Dorrie.

¿Dorrie? Eso no tiene sentido. Miro a la aludida, que está en un rincón llenándose la boca de ensalada de patatas.

—Sí, ella es muy perspicaz para este tipo de cosas.—Sophie se lleva un dedo a la sien—. Cala muy bien a las personas. Y en cuanto me lo mencionó, me di cuenta de que tenía razón. Sencillamente Luke y tú…no encajabais juntos, ¿comprendes? Y todas esas historias que nos contaste acerca de cómo os enamorasteis…no sonaban bien. Simplemente no sonaban a él.

Asiento débilmente. Por supuesto, tiene razón.

—Lo siento.

—No te preocupes.—Sophie me sonríe cariñosamente. No puedo creer que no se lo haya tomado a mal—.En realidad nos ayudó mucho tenerte aquí durante la cena de Navidad, cuando todo estaba tan reciente.

—Aún así, siento haberos mentido—digo incómoda. Ella me da unas palmaditas en la espalda.

—Eres una buena chica, Anne. Me alegro de que Luke te tenga ahora en su vida.

Sophie se da la vuelta con un guiño y se pierde entre la multitud. Todavía sigo con la boca abierta y cara de boba cuando Luke aparece de la nada y se sitúa a mi lado. Se mete tres canapés de pollo en la boca de una sola vez. Parece irritado y tiene los ojos algo enrojecidos. Me pregunto si habrá estado llorando.

—¿Estás bien?—le digo

Se echa hacia atrás. De nuevo puedo percibir como se cierra en banda, como si en vez de una pregunta cortés y adecuada para un funeral le hubiese preguntado, no sé, de qué color lleva los calzoncillos.

—Bien—dice escuetamente, los labios apretados en una fina línea —. Perfectamente.

—Bueno, sólo era una pregunta. No pretendía iniciar un interrogatorio, ni nada por el estilo.

—Lo siento.—Luke me mira y sus ojos hacen ese truco fascinante de volverse cálidos de repente—.Es sólo que…es una situación extraña.

No sé que responder así que nos quedamos un rato callados, yo contemplando la aceituna que tengo en la mano como si pretendiese hechizarla con la mirada y él dando pequeños sorbos a un vaso de limonada; hasta que nos aborda una chica menuda, con el pelo rubio, casi blanco, y unos enormes ojos azules que contemplan a Luke con una mezcla entre afecto y recelo.

—Hola, Luke—dice

Él se sobresalta tanto que está a punto de tirar el vaso.

—¡Megan! ¿Cómo estás? No…no sabía que habías venido.

—Mi madre no quería que viniera, pero decidí pasar a saludarte. ¿Estás bien? ¿Y tu madre?

—Lo sobrelleva—Luke se ha puesto nervioso de repente—.Oye, Megan…¿Crees que un día de estos podría…?

—¡No!—El tono de ella es tajante, casi enfadado—.No, Luke. No es una buena idea, ya lo sabes.

—Está bien—dice él sumiso.

La muchacha se aleja de nosotros y yo me quedo rumiando sobre lo que acaba de pasar. ¿Quién es esta chica? ¿Qué quería hacer Luke que a ella le ha parecido tan mala idea? ¿Qué relación les une?

Luke parece haber entrado en una especie de trance, con la mirada perdida, haciendo bolitas de pan con los dedos y dejándolas caer al suelo. Le doy un ligero golpe con el codo y él me mira como si no me reconociese

—¿Estás bien?—le pregunto.

—Sí. Creo que voy a salir un poco a tomar el aire.

—Yo también. Pensándolo mejor, voy a marcharme a casa ya. Se ha hecho un poco tarde.

—¿Quieres que te acerque en la moto?–pregunta.

—Prefiero andar. Ahora que conozco el camino, no me importa dar un paseo. Voy a despedirme de tus padres.

Luke asiente y me espera en la puerta mientras yo me despido rápidamente de James y Sophie. Después echo a andar y él me sigue. No ha dicho que fuera a acompañarme, pero lo está haciendo de todos modos como si hubiera una especie de pacto entre los dos. No mencionamos lo que acaba de pasar. Como todo lo que rodea a Luke, su conversación con esa chica es un misterio y sé que no conseguiré sacar nada en claro si le pregunto.

Caminamos en silencio por la calle desierta. Las aceras están casi

despejadas aunque hay puntos aquí y allá donde los charcos se han convertido en espejos de agua congelada y nuestras botas emiten ruidos crujientes cada vez que tocan uno. Luke da grandes zancadas a mi lado y tengo que correr para seguir su ritmo. Cuando se da cuenta aminora el paso y me lanza una media sonrisa que no llega a sus ojos.

—Perdón. Supongo que estaba deseando salir de allí.

—Un ambiente demasiado cargado, ¿no?

—Sí—dice brevemente, con la mirada perdida.

Está claro que no tiene ganas de hablar y su humor es pésimo desde que apareció esa misteriosa chica rubia. Me intriga, aunque no debería. No, no debería importarme en absoluto.

—¿Algodón de azúcar?—dice de repente.

—¿Cómo?

Me señala una pequeña tienda de golosinas en la esquina de la calle, y antes de que tenga tiempo a reaccionar me arrastra por un brazo al interior. Es una tienda pequeñita, de las de antes. Las estanterías están cargadas de dulces y huele a chocolate y a regaliz. Me cruzo de brazos mientras la amable dependienta mezcla miel de maíz, agua y sal en una cacerola gigante y Luke se relame frente a ella. Genial, loco de atar, lleno de secretos y además adicto al azúcar. Al final va a resultar que tenemos más cosas en común de las que yo pensaba.

—No esos, no—digo cuando me ofrece un bastón navideño de caramelo. Me recuerda demasiado a los disfraces de Bob Casey. Escojo una bolsa de bombones Hershey (que tienen el mismo tono marrón que los ojos de Luke) y me meto unos cuantos en la boca. Saben a infancia, a Navidad y a buenos tiempos. Luke paga y cuando salimos de nuevo a la calle le hinca el diente al algodón de azúcar y algunos trocitos se le quedan pegados a la barbilla. Parece un sátiro asomando la cabeza entre nubes. La imagen mental me hace sonreír.

—¿Qué?—me pregunta.

—No imaginaba que te gustase el algodón de azúcar. Cuando te conocí me pareciste de esos que toman tazas de té a todas horas con el dedo meñique tieso. Té inglés muy amargo, por supuesto.

—¿Me estás llamado estirado?—pregunta fingiéndose escandalizado. Sin embargo, sus ojos sonríen.

—También me recordaste a *Slenderman*. Ya sabes, ese tío larguirucho y espeluznante que asusta a los niños.

—¡Dios!—Luke se tapa los ojos con un brazo—. ¡Y pensar que yo

me sentí culpable por compararte con un duende! Si llego a saber esto hubiera imaginado un trasgo, más bien.

—¿Un duende?

—Uno de esos duendes fisgones como Puck. Tienes nariz de duende—añade mientras me la pellizca. Le aparto la mano de un manotazo—. Y tus ojos son un poco duendescos también.

—¿Duendescos? ¿Te acabas de inventar esa palabra?

—Quedarías perfecta como decoración del Jardín de Figuras de mi padre. No sé si te lo he contado, pero todos los años por estas fechas talla figuras navideñas en las plantas y después invita a los niños del barrio a visitarlo. Incluso se viste de Santa Claus. Tú podrías hacer de ayudante.

Le saco la lengua pero la imagen mental que me acabo de formar: James vestido de Santa Claus en su jardín de plantas talladas es tan tierna… Sonrío porque es irónico que James se pase la vida con las narices metidas en la tierra, sembrando y podando mientras su hijo ha escogido mirar al cielo como forma de vida. Me pregunto a dónde miraría Sean. Algo me dice que a ambos lados, rápido y alerta, como un colibrí.

Luke me observa como preguntándose qué estaré pensando. La calle sigue estando desierta, parece que todo el mundo ha decidido quedarse en casa hoy. O casi todo el mundo, porque por la acera de enfrente camina un hombre embozado en un largo abrigonegro, con una gorra de los Boston Red Sox idéntica a la que tenía mi padre. Se ven pocas de esas aquí en Las Vegas. Pienso en lo graciosa que es esa coincidencia y cuando estoy a punto de comentárselo a Luke mi pie tropieza con un adoquín algo saliente y pierdo el equilibrio. Braceo en el aire como una gaviota borracha y arrastro a Luke en mi caída. Los dos nos damos de bruces contra el hielo resbaladizo y nos deslizamos unos centímetros por la acera, braceando y pataleando como cangrejos patas arriba. Vista desde fuera la imagen tiene que ser de lo más absurda: una maraña de brazos y piernas agitándose en el hielo mientras ambos luchamos por recuperar el aliento.

Luke es el primero en hablar, después de unos segundos de incómodo silencio.

—Bueno, parece que nos hemos caído—dice sacando delicadamente un brazo de debajo de mi cuello.

—Eso parece, sí.—Intento mantenerme seria, pero la situación es surrealista que no tardo en estallar en carcajadas que resuenan como el canto de una grulla en el aire quieto. Tras unos momentos de

vacilación, Luke se une a mí y los dos reímos como dos histéricos hasta que nos duele la barriga.

—Si esto fuera nieve en vez de hielo podríamos hacer dos ángeles, digo mientras muevo los brazos imitando un aleteo.

—Sí, o podríamos mirar esas estrellas de las que tanto rehúyes.—Luke señala hacia arriba. Está anocheciendo ya y más allá de las luces artificiales se ve un pequeño punto luminoso, muy frágil. Sirio, lo sé. Es una de las estrellas que más brilla y casi la única que se puede ver desde aquí, por culpa de la contaminación lumínica. Retiro la mirada.

—No merece la pena—digo—Apenas se ven con todas esas luces navideñas.

Luke se gira hacia mí. Tenemos las cabezas muy juntas y puedo ver todos los detalles de su cara: su nariz un poco torcida en la punta, los pelos de su barba incipiente, sus labios, que ahora se muerde ligeramente, como pensativo.

—Las echas de menos, ¿verdad? Me refiero a las estrellas.

Me encojo de hombros. La humedad del suelo está empezando a traspasar todas las capas de ropa que llevo y siento la espalda helada y aterida. Debemos estar locos los dos para seguir aquí tumbados.

—Tampoco es que antes las viese mucho. Siempre he vivido en la ciudad; como ya sabes es muy difícil verlas desde aquí. De niña soñaba con ver una estrella perfecta, en todo su esplendor. La verdad es que nunca lo conseguí.

—Bueno, podrías usar un telescopio. Yo tengo varios.

—No me gustan.—Niego con la cabeza. Quizá sea una tontería, pero es cierto—.Me gustaría verla al natural, sin artefactos.

Luke se incorpora de repente, tan rápido que el hielo cruje y amenaza con resquebrajarse.

—Creo que conozco un lugar donde puedes ver una estrella perfecta. Más de una de hecho.

—¿En serio?—Lo miro incrédula.

—En serio. Te llevaré con una condición. Después te haré una pregunta y debes contestarla.

Lo miro frunciendo el ceño.—¿Cómo una especie de intercambio?

—Un *quid pro quo*

¿Qué harías tú si alguien te propusiese algo así? ¿Y si ese alguien es el hermano de tu *desconocido* esposo? Pensar que el mundo se ha vuelto loco, ¿verdad? Me siento como Alicia después de ver al Conejo

Blanco con su reloj. Y yo, como Alicia, también decido meterme en este agujero misterioso, con las esperanza de que lo que hay más allá sea maravilloso.

—De acuerdo—digo.

LA QUINTAESENCIA DEL OCÉANO

Hay muchas clases de citas. No es que yo sea una experta, ya lo sabes; pero sé que hay tantas clases como personas distintas. Hay citas elegantes y decadentes, en las que ellas llevan medias de encaje y usan carmín de ese tan untuoso que podrías ponerlo en una tostada; y ellos llevan camisas con puños y huelen a *after-shave* y a alguna colonia que parece el resultado de mezclar brandy con ambientador de pino. Esas citas suelen terminar en camas con sábanas de seda, copas de cava tiradas en la alfombra y orgasmos encadenados. Nia es una experta en ese tipo de citas.

También hay citas más inocentes y desmañadas, con ambos miembros de la pareja mirándose ruborizados sobre una taza de café que se enfría en la mesa, silencios largos y, con suerte, una promesa de llamarse al día siguiente. Esas son las citas que yo suelo tener; al menos, las que tuve con ambos profetas antes de empezar algo serio con ellos.

Luego hay citas que hacen que te cases con un desconocido vestida de reno loco, pero de esas prefiero no hablar.

No sé por qué estoy pensando en citas justo ahora. Bueno, sí lo sé, porque estoy a punto de ir al encuentro de Luke Miller. Por supuesto, no se trata de una cita de verdad, pero me pica la curiosidad por ver esas "estrellas perfectas" de las que me ha hablado. Espero que no me lleve al Strip, a ver las estrellas pintadas en el suelo del Paseo de la Fama. Eso sería decepcionante.

En la calle hace un frío que pela. En serio, estas deben ser las Navidades más frías de la historia, con la ciudad adormecida bajo una capa de hielo continua. Me pongo la capucha y meto las manos en los bolsillos del abrigo para evitar que se conviertan en dos témpanos. La parada del autobús está desierta y yo me dedico a dar pataditas en el suelo mientras mi aliento se solidifica frente a mí y mis orejas amenazan con caerse a trozos. Luke me ha citado en una zona de la ciudad que no conozco, llena de bloques de apartamentos que parecen colmenas y muy alejada del centro. Cuando llego, él está esperándome con un plumífero azul y un gorro de lana: sus ojos asoman por debajo y parecen cálidos y dulces. Es curioso, desde que ha decidido dejar de odiarme, sus ojos han mejorado un montón.

—¿Dónde están esas estrellas?—le digo por todo saludo.

—Buenos días a ti también, Anne—responde con sorna.

—Es que hace mucho frío y ese autobús tenía la calefacción estropeada. Es un rollo estar sin coche. Al menos, tú tienes tu

Kawasaki.

—Sí, porque yo he venido calentísimo en moto—se burla–. Eres una quejica. Venga, vamos.

—Espero que ese plan tuyo incluya algo que nos haga entrar en calor, como meternos bajo una manta, dar saltos o…—me interrumpo al darme cuenta de cómo ha sonado lo que acabo de decir. Luke se ríe entre dientes y me mira como si yo fuese un caso perdido.

—¿Qué es este sitio?—pregunto para cambiar de tema.

—Es un centro de investigación marina

—¿Aquí, en las Vegas?

Luke se encoje de hombros—Cosas más raras te encontrarás en tu vida. Vamos.

Me conduce a una puerta lateral, con un enorme letrero de *«Prohibido el paso. Sólo personal autorizado».*

—¿Pretendes que nos colemos?

—Espera y verás.

Luke llama a la puerta y nos abre un tío que parece el hermano perdido de Zach, los mismos pelos rubios y las mismas pintas de surfero algo alucinado.

—¿Qué hay, Finn?

—Hola, Luke. Pasad por aquí.

Entramos a una especie de sótano oscuro en el que hay hileras de ordenadores, diversos aperos de pesca, acuarios vacíos y unos enormes tanques por los que se pasean familias enteras de langostas como las que ponen en exposición en los restaurantes, aunque estas no tienen las patas atadas. Para ser un centro de investigación el aspecto es bastante turbio, como el laboratorio de la película *La Mosca*.

—Estamos realizando un estudio sobre la adaptabilidad de las langostas rojas al medio según su tipo de enzimas digestivas—me informa el tal Finn siguiendo mi mirada.

–¡Oh!…Sí claro, suena muy…interesante.

Él me ignora y se vuelve hacia Luke.

—Sólo por esta vez, ¿eh? Que quede claro. Y esto te costará cinco extras.

—¡Cinco!—Luke le mira escandalizado–¿No te estás pasando un poco? ¡A tu nivel las estoy cobrando a 50!

—Cinco extras o no hay trato.

—Está bien—gruñe Luke mientras ambos intercambian un complicado choque de manos, como dos pandilleros del Bronx.

Los miro insegura. ¿De qué están hablando? Seguro que son traficantes de pastillas de éxtasis o algo así. O quizá este lugar es un laboratorio de anfetaminas. Luke saca de la mochila que lleva al hombro un par de bultos de aspecto gomoso y me tiende uno.

—¿Hay algún lugar donde podamos cambiarnos?—le pregunta a Finn,

Él señala dos pequeñas puertas en un lateral—.El cuarto de los trastos y el aseo. Uno a cada sitio. A no ser que queráis cambiaros los dos juntos…

—¡No!—grita Luke—Me pido el aseo…

Me entrega uno de los bultos y me señala la puerta restante, la del cuarto de los trastos. Estoy tan desconcertada que me meto dentro sin decir nada y examino el bulto, que resulta ser un traje de neopreno. Comienzo a tener la sospecha de que Luke pretende que nos metamos en los tanques de las langostas y la idea me resulta un tanto inquietante. ¿En qué lío me he metido esta vez?

Me pongo el mono a toda prisa, porque el cuarto de los trastos es oscuro y está atestado de peceras rotas y….trastos de todo tipo y me da miedo que de algún rincón vaya a salir algún pulpo escapista, al estilo de *Hank* de *Buscando a Dory*. Con mi suerte, seguro que acabaría pisándolo sin querer o, peor aún, él me atacaría a mí. Cuando salgo, Luke ya está allí con el traje puesto y se parece a *Slenderman* más que nunca, tan alto y tan largo y vestido de negro. Yo, por mi parte, me parezco a una versión más bajita y menos espigada de *Catwoman*.

Finn nos tiende sendas escafandras.

—¿Has buceado alguna vez?—me pregunta.

—Eh…bueno. En la playa, ya sabes con uno de esos tubos de plástico.

—Ya—Él me mira un tanto inseguro y después mira a Luke alzando las cejas—.Ya sabes, nada de tocarlas. Son muy delicadas. Luke, ya sabes que esto es irregular, sólo lo hago porque te debo un favor. Y os quiero fuera en diez minutos.

—Gracias—dice Luke.

Al final resulta que el plan no era meterse en la pecera de las langostas, sino en un tanque mucho más grande, una especie de sopera colosal. Cuando nos sumergimos puedo notar, a pesar del

neopreno, que el agua está helada. No las tengo todas conmigo. Esto no es el fondo del mar, claro está, donde uno siempre teme que aparezcan extrañas y peligrosas criaturas que se dediquen a roerte los pies, pero aún así. Cuánto daño han hecho *Tiburón* y todas sus secuelas.

Caminamos- o más bien vadeamos- por el fondo, hundiendo los pies en las algas y la arena que alguien ha puesto allí para simular un fondo marino. Bancos de diminutos pececillos rojos huyen despavoridos a nuestro paso y Luke me hace señas con los brazos para que le siga. Creo que dice algo, porque de su boca salen un montón de burbujas pequeñitas, pero soy incapaz de entenderlo.

Entonces las veo. Arracimadas en torno al cristal, de un color anaranjado brillante y precioso, palpitando y meciéndose en el agua. Estrellas de mar, por supuesto. ¿Cómo no se me había ocurrido? Las miro de cerca, el modo en que sus brazos laten y se mueven, compuestos por diminutas placas que se abren y cierran continuamente, en una especie de danza rítmica. Son preciosas. Por un momento me parece estar flotando en un inmenso firmamento acuático. De repente, vuelvo a ser una niña pequeña, trazando líneas invisibles entre las estrellas, empapándome de su brillo. Porque sí, las estrellas de mar también brillan; acabo de descubrirlo: con un tenue resplandor anaranjado que resalta en el agua oscura.

Me siento casi como el Principito, encontrando mi estrella brillante. Estoy tan absorta que casi me olvido de Luke, que me observa un poco apartado, rodeado de diminutas burbujas. Creo que sonríe un poco.

Y aquí bajo el agua, tras las gafas submarinas, sus ojos son como dos tentaciones: dos esferas perfectas de chocolate dulce y derretido.

Media hora después ambos caminamos por el exterior helado, con el pelo todavía mojado por el baño y, en mi caso, con una sensación de calma y felicidad embriagadoras.

—Gracias—le digo a Luke—Ha sido precioso. Emocionante. Genial. Formidable. Ha sido…

—Sí, creo que me hago una idea—dice él sin duda asustado ante mi cara de loca—. Me alegro—añade tras un momento de vacilación.

—¿Cómo se te ocurrió? Realmente es como estar viendo estrellas de las de verdad. Incluso brillan. Quiero decir, no es que estas no sean de verdad, pero…

—Ya, ya…—me corta Luke—Simplemente pensé que sería una buena idea. Las estrellas de mar son animales puramente marítimos,

incluso su sangre está compuesta por agua de mar. Siempre he pensado que si las estrellas son la quintaesencia del universo, las de mar lo son del océano. Como su alma, o algo así.

Nos quedamos los dos en silencio. Lo que Luke acaba de decir es un poco absurdo, pero de algún modo tiene sentido para mí.

—Bien, ahora me debes una respuesta—me suelta a bocajarro—. Una respuesta sincera.

—Está bien—suspiro porque estoy segura de que va a preguntarme por qué me casé con Sean.—Pero antes quiero que me respondas tú a algo—digo tratando de ganar tiempo.

—Anne…

—¿Qué era eso que vas a darle a Finn a cambio de dejarnos entrar en el tanque de las estrellas? Hablabais de cantidades…¿Eres una especie de traficante o algo así?

Luke me mira abriendo mucho los ojos, como si no pudiera creerse el tipo de loca que tiene delante. Después suspira con exasperación.

—Clases particulares—dice—.Finn está estudiando astronomía y le doy un par de clases al mes, sobre todo para prepararse los exámenes más complicados.

—Oh.—No sé que más decir, de modo que miro al suelo.

—Bien. Ahora es mi turno de preguntar—dice Luke——¿Por qué acudiste a la cena navideña de mi familia?

Me quedo parada unos instantes. Esta no es en absoluto la pregunta que yo esperaba que hiciese. Sin embargo, la respuesta tampoco es sencilla. ¿Cómo explicarle la sensación de calidez que experimenté con los Miller? ¿ Esa inmediata y extraña familiaridad? Para mí, que suelo sentirme torpe y tensa con la mayoría de las personas, estar con ellos fue como un soplo de aire fresco. Es difícil de explicar.

—Porque tu familia es como un jersey de lana—digo al fin.

—¿Perdona?

—Es amable y acogedora….Y para alguien a quien que tiene poca ropa, es agradable encontrar un jersey. Sobre todo uno suave y cálido, que no destiña, ni apriete, ni tenga etiquetas molestas—zanjo. Ya está. Ya le he dejado ver una parte de mí que suelo mantener en la penumbra. Hasta aquí he llegado y no pienso decir más. Luke se queda pensativo, como analizando mis palabras.

—¿Y cómo era tu familia?—pregunta al fin.—¿Tu madre?

Muy agudo.

Pienso en ella, en su carácter seco, en sus silencios, en su caminar por la vida como un fantasma, siempre pendiendo de un hilo: el hilo tenso y frágil de los recuerdos de de papá.

—Como algo de lycra—digo al fin.

Luke asiente y sé que me ha entendido. Una vez más, ahí está, está complicidad extraña que nos hace sentirnos cómodos, tan en paz. Como estrellas de mar estrechando sus brazos bajo el agua.

***

Estoy fregando la barra del Apricot hasta dejarla reluciente, hasta que la madera bruñida brilla como un espejo oscuro. Incluso estoy fregando las botellas expuestas, los vasos, la coctelera donde preparé los últimos daiquiris que Sean y yo nos tomamos. Lo que sea con tal de mantenerme ocupada y no mirar hacia la zona de juego. He vuelto a trabajar tras mis días libres y todo parece extraño, empezando por la mesa de *blakcjack*, en la que ahora hay un hombre bajito y algo torpe que maneja las cartas con bastante menos gracia que Sean. Volver me ha hecho recordarlo todo con mucha más nitidez: sus ojos verdes, su dolor al hablar de Gabrielle, el anillo que ahora yace en un cajón de mi casa como un enorme diente de dinosaurio. La chaqueta color bergamota que tan bien le sentaba, la misma que horas más tarde terminó flotando en el lago Mead, como una mortaja empapada.

Me siento rara. Rara e incómoda, porque ahora pensar en Sean me hace pensar también en Luke: en sus ojos color chocolate, en esa forma de sonreír que tiene, como si no quisiese hacerlo pero alguien tirase de las comisuras de su boca hacia arriba.

Estoy tan confusa que la cabeza me da vueltas como una peonza.

Bob Casey no dijo mucho cuando regresé de mis días libres. Me miró con el ceño un poco fruncido, como si estuviese viendo a una Anne desconocida para él, una extraña. Sin embargo, no me echó el sermón que yo esperaba; está preocupado con sus propios problemas: últimamente se han producido una serie de robos en el Apricot y alguien se coló dentro el día de Navidad y forzó todas las taquillas de los empleados, dejando un destrozo importante. Bob está histérico y se pasea arriba y abajo por el casino como un centurión histérico, quejándose de la falta de seguridad en Las Vegas y de la desidia del cuerpo de policía.

La que sí habla y además sin parar es Sheila. Desde que entré a trabajar esta mañana no ha dejado de perseguirme, contemplándome con esa extraña expresión que ha desarrollado últimamente: como si

yo fuese una oveja a punto de ir al matadero. Está claro que ella también ha pasado unas malas navidades: ha perdido un montón de peso y la minifalda le cuelga de la cintura como un pingajo mojado. Tiene arrugas en torno a los labios que juraría que no estaban ahí la semana pasada. Le he preguntado qué le sucede y me ha dado la callada por respuesta. En cambio, se empeña en hablar del accidente, como si le provocase morbo.

—Entonces, ¿todavía no sabe nada?—me pregunta por enésima vez.

—Nada de nada—respondo con voz cansina mientras estudio mi reflejo en una inmaculada botella de vodka.

—Es raro. Muy raro. ¿Cuánto tiempo puede pasar antes de que un cadáver emerja a la superficie? Quiero decir, en el lago Mead no hay depredadores, ¿o sí? Alguien me dijo que habían soltado pirañas, pero creo que es un rumor…

Sheila sigue parloteando mientras yo le sirvo un cóctel a un hombre joven que lleva horas acodado en la barra, sin interesarse por las tragaperras o los juegos de azar, como si esto fuese un bar cualquier en vez de un casino. Sobre su rodilla hay un gorra raída de los *Boston Red Sox*. Me quedo parada. Es idéntica a la de mi padre, idéntica a la del hombre que Luke y yo vimos en la calle tras el funeral, justo antes de caernos como patos sobre el hielo. Frunzo el ceño, ¿será el mismo individuo? La otra vez no pude verlo bien, pero este tiene complexión atlética, un corte de pelo a cepillo y rastros de acné en las mejillas. Le sirvo la bebida y él desvía la mirada y se pone a hacer el crucigrama del *Tribune* mientras da pequeños sorbitos. Seguramente se trate de una casualidad.

De repente, alguien grita mi nombre y rebusco entre la multitud, esperando ver a Nia o a Jason y me quedo sorprendida a descubrir a Elise, que me hace señas desde la puerta. La saludo con la mano y ella se abre camino entre el mar de jugadores, sin perder su dulce sonrisa.

—¡Hola!—me dice sin aliento al llegar a la barra—.Atravesar esto es más difícil que cruzar una piscina olímpica.

—¿Cómo estás? Hay alguna novedad?—le pregunto llevándola aparte, huyendo de la mirada curiosa de Sheila.

—Nada. No hay nada nuevo. Simplemente pasaba por aquí de camino a la piscina y se me ocurrió entrar a saludar. También quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mi familia estos días. Mi madre estaba muy desanimada y tu presencia ha servido para distraerla y animarla. Ya te considera una amiga.

—Yo también a ella—digo enternecida. No me esperaba este gesto por parte de Elise, siempre tan fría y compuesta, como recién salida de una tienda de maniquíes. —¿Quieres beber algo?

—Un vaso de agua estaría bien. ¿Sabes? Fue muy extraño para mí asistir al funeral de Sean después de todos estos años sin saber nada de él. Mis padres están intentando pasar página, pero les resulta difícil.

—Es natural.

—Creo que todos los asistentes estaban igual de estupefactos—continúa Elise acodándose en la barra—. La mayor parte eran vecinos, antiguos conocidos. Un par de viejos amigos de Sean y de Luke…

Asiento. La palabra *amigos* me ha hecho recordar algo.

—Creo que conocí allí a una vieja amiga de Sean y Luke—digo—. Una chica de pelo rubio, casi blanco. Ojos grandes y azules…

Elise palidece y se echa hacia atrás como si hubiese dicho algo horrible.

—¿Nelle? ¿Has visto a Nelle Hawthorne?

Lucho por recordar el nombre de la chica. ¿Era Nelle? No estoy segura. Creo que no. Me encojo de hombros.

—La he visto en el funeral.

—Eso es imposible.

—La verdad es que no recuerdo su nombre—admito—.Pero era muy rubia y con los ojos azules. Se acercó a darle el pésame a Luke.

—¡Ah!—Elise parece aliviada—. Entonces debe ser Megan. Megan Hawthorne.

—Megan, eso es. Ahora lo recuerdo.

—Es solo una vecina.—Elise se encoge de hombros.

–¿Y quién es esa Nelle?—pregunto, porque la reacción de Elise no ha sido natural—¿Es familia de esa Megan?

—Escucha no…Es una vieja historia. En realidad no es nadie importante, una vieja amiga de la familia. Me tengo que ir, Anne, gracias por el agua. Espero verte pronto.

Elise se da la vuelta y se cuela por entre la multitud con agilidad, sin darme tiempo a responder. Me quedo mirando como su larga cola de caballo, perfectamente peinada, ondea tras ella como una enorme espiga. Esta familia tiene la habilidad de dejarme sin habla en todo momento. Lo que está claro es que esa tal Nelle es alguien muy

importante. Muy importante.

LA REINA DE LAS HADAS (LUKE)

Esta vez los visillos son distintos, de cuadros blancos y rojos como uno de esos manteles de picnic. Ayer tenían flores amarillas y el día que llegué eran blancos y tornasolados. La señora Hawthorne sigue en su empeño de cambiar las cortinas de Nelle cada dos o tres días, como quien cambia un canal de televisión.

Está nevando y estoy en el jardín. Los copos me envuelven, vacilan antes de encontrarse con el suelo y van cubriendo mis pies poco a poco. Me he escapado en plena fiesta de fin de año porque la planta baja se ha convertido en un infierno de gritos, matasuegras, primos que apenas conozco y mi madre corriendo de un lado a otro cargada de bandejas. No estoy de humor para todo ese despliegue. Elise está enfurruñada, preocupada por el dichoso torneo de natación; mi padre se ha replegado en sí mismo como siempre que hay demasiado ruido y la abuela está haciendo de las suyas. La última vez que la vi estaba enseñando a Maggie a hacer equilibrios con albóndigas sobre palillos de plástico, y una de ellas acababa de colarse por el escote de la tía Jill, que armó un gran escándalo mientras trataba de limpiarse la salsa del canalillo. Fue en ese momento cuando decidí huir al jardín. Más frío, sí; pero mucho más tranquilo.

La casa de los Hawthorne está oscura y silenciosa porque ellos ya no celebran nada. Hace muchos años solían pasarse por casa para felicitarnos el año nuevo, o nosotros íbamos a la suya, y Nelle y yo nos poníamos morados a sándwiches de cangrejo y pasteles de nata. En aquel entonces, estaba deseando que nos hiciésemos mayores, para poder besarla justo en el momento en que el nuevo año quedase inaugurado, entre las serpentinas y el ruido de los petardos, como Robert Redford y Meryl Streep en *Memorias de Africa*. Estaba seguro de que sería así.

Por supuesto, no lo fue. No sabría decir el momento en que Nelle y yo comenzamos a distanciarnos. Cuando éramos pequeños estábamos siempre juntos, los dos unidos frente al mundo, incluido Sean. Ella no le tenía miedo a nada y las bravuconerías de Sean no le intimidaban como a mí. Le plantaba cara, como una vikinga diminuta y, sorprendentemente, él nunca se metía con ella. Se limitaba a ignorarla como a un insecto molesto y me atacaba cuando ella no estaba presente.

¿Cómo se desata un hilo que parece irrompible? No recuerdo el momento exacto en que Nelle y yo dejamos de sentarnos juntos en el autobús del colegio o de pasar las tardes juntos. Simplemente sucedió. De repente, ella comenzó a estar muy ocupada. Al crecer se convirtió

en una sílfide rubia y esbelta, con una sonrisa inmensa y unos ojos que llamaban la atención. Entró en el equipo de animadoras e iba por ahí con una falda cortísima, el paso elástico, su melena rubia flotando al viento. Los chicos comenzaron a fijarse en ella, a hablar de ella en los vestuarios entre partido y partido. Yo no lo soportaba. Ellos no la conocían como yo, no sabían nada acerca de ella, como que le asustaban los truenos, que adoraba la mermelada de ruibarbo o que siempre dormía con calcetines, incluso en verano. Yo sí. Ella era *mi* Nelle.

El baile de fin de curso fue el momento que lo cambió todo. Recuerdo que me pregunté si debería pedirle a Nelle que fuera mi pareja, pero después decidí que no era necesario. Estaba seguro de que iríamos juntos, como siempre habíamos hecho en las ocasiones importantes. Mi madre me compró un traje azul que me quedaba un poco corto, hecho con una tela que brillaba demasiado. Lloró emocionada y me hizo fotos antes de que saliese rumbo a casa de los Hawthorne, con un ramillete de madreselva- la flor preferida de Nelle- que había comprado para ella. Me imaginaba como sería su vestido y decidí que seguramente sería verde oscuro, su color favorito.

La señora Hawthorne me abrió la puerta y me miró de arriba abajo con expresión un poco triste.

—Hola Luke, cariño. Estás muy elegante.

—¿Ya está lista Nelle?

—¡Oh!—Ella se frotó las manos. Tenía los ojos azules, como Nelle, pero más pequeños y apagados—. Nelle se ha ido ya, cielo. Se ha marchado hace un rato.

Creo que fue ahí cuando lo supe. Sin embargo, no quise darme por vencido y fui al baile de todas formas, con mi traje lleno de brillos y mi ramillete ya un poco mustio en la mano. Nelle estaba allí, por supuesto, pero no esperándome a mí. Llevaba un vestido color rojo y mi ramillete de madreselva no le hubiera servido para nada porque ya tenía una flor en la muñeca: una orquídea enorme y brillante. Estaba bailando con Devon Matheson, el capitán del equipo de rugby, ambos muy juntos meciéndose al ritmo de la música. Devon era un tío decente, un buen chico que nunca había formado parte de la pandilla de matones de Sean. Sin embargo, ene ese momento, le odié con todas mis fuerzas. Odié el modo en que sujetaba la cintura de Nelle, el modo en que susurraba en su oído. El modo en que me la había arrebatado sin ni siquiera darse cuenta de ello.

Esa fue la primera vez que perdí a Nelle.

Un ruido de cristales rotos que proviene de la casa me hace perder

el hilo de mis pensamientos. Oigo los gritos de mamá e imagino que probablemente se hayan cargado alguna pieza de la cristalería. Esta fiesta está siendo un desastre, con todos esos invitados de última hora y mi madre todavía trastornada por el recuerdo de Sean.

Hablando de invitados, mi madre también invitó a Anne, pero ella alegó que tenía otro compromiso. Anne. Pensar en ella me resulta… inquietante, me provoca un burbujeo extraño en la boca del estómago. Pienso en ella en los momentos más insospechados, como si se hubiese transformado en una especie de espíritu burlón, de esos que invaden los sueños de uno. Su cara se me aparece una y otra vez, con la expresión de ardilla emocionada que puso cuando la llevé a ver las estrellas de mar, como si estuviese presenciando algo realmente extraordinario. Titania, la reina de las hadas descubriendo la magia por primera vez.

Anne es un misterio para mí. La primera vez que la vi, observando los pájaros del jardín con mi pijama puesto, ojos somnolientos y el pelo enmarañado me pareció una aparición de otro mundo, un duende juguetón que hubiese aterrizado en mi cuarto. Estuve mucho tiempo mirándola en silencio, sin que se diese cuenta: las dos pecas que tiene en el puente de la nariz, el modo en que la expresión de su cara se dulcificaba mientras observaba el jardín, sus diminutos pies descalzos, con los dedos un poco separados. En aquel momento, antes de saber quién era, me pareció preciosa. Preciosa, misteriosa y atrayente, como uno de esos *coulants* que quieres morder para averiguar a qué sabe el relleno.

Cuando mi madre me dijo que era la esposa de Sean me sentí furioso. No me cabía en la cabeza que pudieran tener algo en común. Una vez más, Sean de por medio, contaminándolo todo. La historia de mi vida. Cuando me enteré de que no había una relación real entre ellos sentí alivio. Extraño, ¿verdad?

Un movimiento repentino en la casa de los Hawthorne llama mi atención y me distrae de mis pensamientos. Se han encendido las luces del piso de arriba y el corazón me da un vuelco cuando me doy cuenta de que es la habitación de Nelle. Está ahí. Tiene que estar ahí.

Sin pensarlo, echo a correr hacia su jardín. Sé perfectamente dónde guarda las llaves del garaje la señora Hawthorne: bajo el tercer parterre de petunias. Me cuelo en su garaje y me paro un momento, dejando tiempo para que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. El viejo *Pilgrim* está ahí, durmiendo en su cama de retales y gruñe sordamente cuando me ve, alzando las orejas.

—Tranquilo chico. Solo soy yo.

Creo que reconoce mi olor, porque mueve la cola con pereza antes de entregarse de nuevo a sus sueños perrunos. Abro la puerta que da al interior de la casa; todo está oscuro, pero no necesito luces; la conozco como la palma de mi mano.

Comienzo a subir las escaleras guiándome por el tacto: el pasamanos que sigue desgastado en los mismos sitios, la misma alfombra raída bajo mis pies, algo deshilachada a la altura del tercer escalón. Veo una franja de luz bajo la puerta de Nelle, como un enorme ojo rasgado y amarillo. Abro la puerta con cuidado.

—¿Nelle?

Una voz suena a mis espaldas, poniéndome los pelos de punta.

—¿Qué haces aquí, Luke?

ESTRELLAS AISLADAS

El último día de año trae algo inesperado: una nevada. No suele nevar en Las Vegas, y cuando lo hace la nieve es escasa y enseguida toma un color parduzco en contacto con el suelo. Algunas veces llega a cuajarse brevemente sobre los carteles de los casinos, que parecen enormes ojos con legañas colgando, y los turistas se vuelven locos sacando fotografías hasta que la nieve se derrite en charquitos sucios sobre el suelo.

Hoy, sin embargo, nieva un montón. Los copos caen grandes y esponjosos como si en vez de en Las Vegas estuviésemos en Alaska y de repente fuese a aparecer un oso trotando por la calle. Nieva como si todo se hubiese convertido en una enorme postal navideña, y yo estoy con la nariz pegada a la ventana, sorbiendo leche caliente, pensando en el número de propósitos cumplidos en el año que acaba (cercano a cero) y haciendo cálculos mentales para cumplir más el próximo año.

Siendo honestos, Sophie me ha invitado a la fiesta que darán en su casa; una "fiesta pequeñita", según me dijo, a la que asistirán algunos primos lejanos y en la que comerán canapés y saludarán al nuevo año con matasuegras y gorritos en la cabeza. Le dije que no. Le agradecí la invitación y me inventé una historia acerca de una fiesta a la que estaba invitada, no porque no me apetezca estar con ellos, sino porque creo que mi vínculo con esta familia ya está durando demasiado.

No, mentira.

Le dije que no por culpa de Luke.

En los últimos días me he dado cuenta de que él es el problema. O mejor dicho, el problema son las reacciones que provoca en mi cuerpo, como si en vez de un ser humano fuese una droga de esas que te hace ver unicornios en el techo. Sí, lo admito Luke Miller provoca reacciones en mí que no había sentido con ninguno de los profetas ni, por supuesto, con Sean: nervios, ilusión, una especie de efervescencia extraña en la boca del estómago. Ganas de llorar, porque esto tan patético solo me puede estar pasando a mí: no puede ser que esté empezando a sentir cosas por el hermano del hombre con el que me casé tras una noche de borrachera. El hecho de que apenas lo conozco parece secundario.

Sobre todo, Luke me provoca curiosidad. Curiosidad por saber cosas de él; por supuesto cosas importantes, como qué fue eso tan terrible que les sucedió a Sean y a él para odiarse de tal modo, o por qué bajo esa superficie de tío serio y arrogante hay algo más: esa fina

lámina de dolor que parece tan delicada y frágil como una capa de hielo sobre un lago. También me gustaría conocer otras pequeñas cosas, como cuál es su color preferido, cómo se hizo esa cicatriz en la barbilla o por qué le gusta tanto el algodón de azúcar.

Sin embargo, adentrarme en el páramo desconocido que es Luke Miller, sin mapa ni brújula, como une explorador renacentista, no me parece una buena idea. Quién sabe, podría haber dragones más allá de las fronteras visibles. Monstruos que me devorasen para después escupir mis huesos mondos y lirondos.

Así que he decidido quedarme en terreno conocido, en un lugar seguro: mi salón bañado por el resplandor de Bárbol, con *Pringles* y una tableta de chocolate con nueces como última cena del año.

Además, esta noche hay animación en tiempo real. La señora Patterson y su hijo llevan todo el día gritándose el uno al otro como dos energúmenos. Al parecer, ella encontró un paquete con marihuana bajo la cama de él y le ha ordenado que se deshaga de la droga lo antes posible. Para una madre normal, eso supondría tirarla por el inodoro o quemarla en un lugar recóndito y después cruzar los dedos para que la policía se mantuviese alejada del elemento que tiene por hijo. Sin embargo, para la señora Patterson, "deshacerse del paquete" significa venderlo lo antes posible al primer incauto que se preste a hacer trapicheos con ellos. Estoy segura de que en algún momento de la noche uno de los dos subirá a ofrecerme un poco.

De hecho, ya están aquí, porque el timbre acaba de sonar.

Me levanto arrastrando los pies y abro la puerta.

—No Chris, no quiero marihuana; ni siquiera aunque me la dejes barata—rezongo.

—Vaya. Eres una caja de sorpresas. Nunca hubiera imaginado que tienes tratos con camellos.

No puede ser.

Luke Miller está aquí. En mi puerta. Y yo voy vestida con unos vaqueros con manchas de mostaza que me quedan enormes y con mis zapatillas de Minnie Mouse. Sin contar con que no me he lavado el pelo y creo que tengo restos de *Pringles* entre los dientes.

—¿Qué haces aquí?—le pregunto horrorizada. Creo que incluso retrocedo un par de pasos, como un cangrejo asustado.

—Buenas noches, Luke, feliz año y todas esas cosas que uno suele decir…—remeda él. Su tono de voz quiere ser ligero, sin embargo noto enseguida que no está contento. Es más, está alterado; como si algo desagradable acabase de sucederle. Tiene el pelo revuelto y a

pesar del frío que hace, se le pega a las sienes por el sudor. Dos líneas muy finas, casi como dos surcos de un arado, cruzan su frente de lado a lado y juraría que no estaban allí la última vez que lo vi. Sus ojos son como tierra húmeda, recién removida.

Una parte de mí (la que se ha puesto a bailar y a saltar cual jilguero borracho) se alegra de tener a Luke delante, de que haya dejado lo que fuera que estuviese haciendo en la fiesta de fin de año para venir a verme. Sin embargo, la Anne racional, la que está harta de tirarse sin paracaídas y darse batacazos, está asustada.

—¿Qué haces aquí?—farfullo—. No estoy…quiero decir, tú tenías una fiesta, yo tenía una fiesta…

—Eso le dijiste a mi madre, sí—dice él con una sonrisa torcida—. Sin embargo, a juzgar por tu elegantísimo atuendo está claro que mentías.

—Ah…Humm—digo demostrando que soy toda una lumbreras a la hora de salir de este tipo de situaciones.—¿Qué haces aquí?—repito.

Luke suspira—. Salí a dar un paseo, porque Dorrie, Maggie y el resto de la parentela han convertido la casa en el camarote de los Hermanos Marx y necesitaba tomar el aire. Vi luz en tu ventana y se me ocurrió pasar…a decir hola.

Ahora es su turno de sentirse cohibido. No cuela, él lo sabe y yo lo sé Me quedo mirándolo y él se revuelve, incómodo como un niño pillado en falta, oscilando su peso entre un pie y el otro.

—Mira, tengo bombones Hershey—me dice enseñándome una bolsa, como si eso fuera a distraerme

La cojo sin decir nada, sintiendo un cosquilleo ante la certeza de que no pasaba por aquí por casualidad, sino que vino para verme. ¿Por qué? Sé que si se lo pregunto directamente se cerrará en banda de nuevo, como una ostra que huele peligro. El hecho de que estando tan alterado y malhumorado haya decidido presentarse aquí de entre todos los lugares de la ciudad, me resulta a la vez inquietante y enternecedor.

—Está bien—le digo—¿Quieres pasar?

—En realidad prefiero dar un paseo, si te apetece. Estoy harto de estar encerrado. Además, no todos los días tiene uno la oportunidad de pasear por esta ciudad en medio de una nevada.

—Claro. Deja que me ponga algo encima.

Corro por mi apartamento buscando mi abrigo y mis botas y él se queda parado en la puerta, como un vampiro que necesitase invitación

para cruzar el umbral. Sus ojos se mueven a toda velocidad, escaneando la pila de DVDs sobre la mesa, el bote de Pringles abierto, el amasijo de mantas en el sofá.

Contemplando la soledad de Anne, en estado puro.

No dice nada, pero cuando cierro la puerta a nuestras espaldas, me mete un bombón en la boca, casi como una ofrenda de simpatía o algo así. Al masticarlo, mientras el azúcar y el cacao se deshacen en mi boca, tengo la extraña sensación de que me ha dado a probar un poco de sí mismo. Absurdo, ¿verdad?

Bajamos las escaleras a tiempo de oír los gritos que salen del tercero

—¿200 dólares, Chris? ¡Estás loco! ¡Ese lote vale por lo menos 350! —brama la señora Patterson

—¡Vendélo tú, entonces, si tanto interés quieres!—chilla Chris— ¡Así quizá tengas que vértelas con los antidrogas, si te pillan!

Luke me mira alzando una ceja.

—No preguntes—digo.

Cuando salimos al exterior, los copos de nieve nos saludan como ovejas juguetonas. Comenzamos a caminar en silencio por el barrio desangelado y oscuro, tan desierto que parece el escenario tras un ataque zombi. Aparentemente, somos los dos únicos chiflados que han decidido salir a pasear la última noche del año, en lugar de estar celebrando y emborrachándonos como personas normales. Luke da grandes zancadas y me cuesta seguir su ritmo. Sigue estando alterado, puedo verlo. Sus labios están apretados en una fina línea y tiene la nuca tan rígida como una tabla de madera. Lo sigo en silencio durante lo que me parece un rato muy largo, esperando que hable o que, no sé, haga algo. Finalmente me canso de correr tras él como un perrillo y me paro en seco. Luke se para también

—¿Qué haces?—me pregunta con el ceño fruncido.

—¿Estamos entrenándonos para una maratón o algo así?—digo cruzándome de brazos—. Vamos, Luke. No puedes sacarme de mi casa en plena ventisca para luego estar dando vueltas al barrio sin decir una sola palabra.

—Está bien—.Tiene la decencia de mostrarse arrepentido—Tienes razón. Sentémonos un rato.

Resoplo. Sentarse en plena calle en medio de una nevada no parece una opción demasiado inteligente, pero aún así lo sigo hasta un pequeño parque infantil que es la viva imagen de la desolación: el

tobogán cubierto de nieve, los balancines oscilando levemente por causa del viento. Parece el escenario perfecto para una película de terror.

Luke se sienta en uno de los columpios y yo le imito. Alzo la cara al cielo y dejo que los copos de nieve se deslicen por mi nuca.

—¿Recuerdas lo que hablamos el otro día en la noria?—me pregunta de repente—. Acerca de las estrellas tercas.

—Sí, esas que no pueden evitar fusionarse a pesar de que siempre acaban explotando.

—Lo que no te conté es que existe otro tipo de estrellas. Son las que más se parecen al Sol, las que no buscan formar constelaciones. En cambio, tienden a separarse de la agrupación en la que se formaron y viajan solas, siempre solas. Se llaman estrellas aisladas. Son fascinantes y muy difíciles de encontrar. Es como si fuesen autosuficientes; es muy poco probable que se fusionen con otras, o que exploten o que se destruyan. Casi siempre acaban muriendo solas y en paz, apagándose poco a poco…—.La voz de Luke se extingue y yo me pregunto si realmente está hablando de estrellas o de algo más. Lo cierto es que ha descrito perfectamente la historia de mi vida. Me preguntó si estaré condenada a ser la eterna estrella aislada, viajando sola, divisando constelaciones a lo lejos sin llegar a pertenecer a ninguna.

—Suena muy triste.

—No es triste. Ya te he explicado que en el Universo todo es caos y coincidencias.

—Ya, ya, las partículas psicotrópicas y todo eso.

—Subatómicas—me corrige.

—Lo que sea.

Un copo de nieve cae sobre mi frente y suelto un pequeño gritito. Es más grande de lo habitual, casi un pedrusco helado, y estoy segura de que acabará saliéndome un cardenal. Luke lo recoge del suelo y lo analiza como un buscador de pepitas de oro.

—Dame a ese bastardo, pienso pisotearlo hasta reducirlo a polvo—digo frotándome la frente.

—¿Estás segura?—Luke me lo tiende—Míralo bien.

Lo hago y me quedo anonadada. Dicen que no hay dos copos de nieve idénticos pero este parece especialmente pensado para nosotros: una estrella perfecta, con sus cinco puntas perfectamente equilibradas, delgadas esquirlas que brillan en la oscuridad.

—Te he encontrado otra estrella—dice Luke bajito—. Me debes otra respuesta.

—¿Qué? En todo caso tú me la debes a mí. Casi me rompe la cabeza.

—Yo la he recogido del suelo—se empeña él—. Ni siquiera te habías dado cuenta de su forma.

—Está bien—claudico. Me preparo para lo que viene, sé perfectamente que esta vez va a preguntarme sobre la boda.

—¿Por qué te casaste con Sean?—pregunta.

Bingo.

—¿Sabes por qué me gusta tanto ir en moto?—le respondo—. Es como una metáfora de mi vida: ir sentada, dejándome llevar, mientras a mi alrededor las cosas pasan a toda velocidad. Siempre he sido la chica aburrida, la sosa. La que nadie perdería la cabeza por ella. Nunca he sido la primera en nada…—Me detengo para tomar aliento, Luke me está mirando fijamente—. De algún modo al hacer esa locura, al casarme con un desconocido, me parecía estar saliendo de mi piel, haciendo algo que la Anne real jamás habría hecho…

Me detengo porque me parece que estoy empezando a desvariar pero Luke no dice nada. Alza un dedo, como si fuese a señalar algo pero en lugar de eso me acaricia la cara. Es una caricia breve, casi imperceptible, apenas un ligero toque en el contorno de mi mejilla. Carraspeo y él retira la mano, como si le quemase. Ambos nos miramos azorados.

—Yo no creo que seas sosa y aburrida—susurra—.En absoluto.

—Eh…gracias—respondo con un hilo de voz. El ambiente se ha enrarecido entre nosotros, apenas podemos mirarnos. Me pongo de pie de un salto y me sacudo la nieve del abrigo.

—Creo que es hora de marcharse—digo intentando que mi voz suene ligera—. O pasaremos el primer día del año en el hospital víctimas de una pulmonía.

Luke asiente y cuando comienzo a caminar viene detrás, en esa costumbre tan suya de seguirme como si fuera mi sombra. Cuando abro el portal no se despide, sino que entra también y comienza a subir conmigo las escaleras. Siento un extraño revoloteo en el estómago. ¿Va a subir conmigo? Y si es así, ¿espera que lo invite a pasar? ¿qué sucederá entonces?¿cómo se resolverá esta tensión que nos envuelve? Cuando hago girar la cerradura descubro que hace mucho tiempo que no estaba tan nerviosa. Nerviosa e ilusionada a la vez.

Enciendo la luz del apartamento. Entonces lo veo; y la ilusión muere de golpe como un ave abatida de un disparo. Ahora es el miedo, el que trepa por mi estómago, el miedo y las ganas de llorar. Y también me alegro de que Luke haya decidido subir conmigo.

Mi apartamento está destrozado. Alguien lo ha arrasado y la furia que han empleado es tal que todavía puede palparse en el ambiente, como algo eléctrico…y malvado.

Me tapo la cara y Luke me sujeta por los hombros como si temiese que fuera a desmayarme, mientras ambos contemplamos la devastación frente a nosotros: el sofá destripado, la manta tejida por mi madre rota en pedazos, los cajones abiertos y su contenido desparramado por el suelo. Corro a mi habitación y el panorama es idéntico: la cama deshecha, el colchón boca arriba, las cortinas rotas.

—¿Quién…quién ha hecho esto?—digo con un hilo de voz.

Luke no contesta. Ya ha sacado el teléfono y está llamando a la policía. No quiero tocar nada porque seguramente querrán comprobar si hay huellas o algo, así que me siento en un brazo del sillón destrozado y me dedico a pasear la mirada por lo que queda de mis pertenencias. La sensación de pérdida es enorme; no por el valor material de las cosas, sino porque la mayoría eran herencia de mis padres, sus últimos recuerdos.

Larsson, que a estas alturas parece haberse convertido en nuestro policía de cabecera, se presenta en menos de diez minutos acompañado de dos agentes que se enfundan unos guantes de látex y se ponen a recorrer mi casa como sabuesos. Me siento como en un episodio de CSI y no es nada agradable. Luke y yo le narramos nuestros movimientos: su visita, el paseo por la nieve. Larsson nos mira muy serio.

—Eso apenas nos deja una franja de dos horas. Han actuado muy rápido, y además la cerradura no está forzada. ¿Se han dejado antes la puerta abierta?

—No—digo insegura, porque la verdad es que no podría jurarlo. Miro a Luke y él niega con gesto perplejo.

Larsson da vueltas por todas partes, inspeccionando los daños. —¿Ha echado algo en falta?

—No lo sé—digo mirando a mi alrededor. El caos es tal que no he podido comprobar si falta algo importante. Los típicos objetos que un ladrón se llevaría (el televisor, el reproductor de DVD) siguen en su sitio. En realidad no tengo nada que merezca la pena, solo objetos que representan recuerdos. Asaltada por uno de ellos me levanto de

repente y abro el cajón “de los trastos” donde guardo aquellas cosas de las que no quiero deshacerme pero para las que no encuentro otro lugar. El anillo de Sean, el que él deseó que brillase en el dedo de Gabrielle, no está allí. Se lo digo al inspector, que se apresura a tomar nota. Puedo ver como Luke se tensa, como si hubiese recibido una descarga eléctrica. Está claro que todo lo que tenga que ver con Sean le afecta de un modo extraordinario, como si incluso escuchar su nombre le doliese físicamente.

Larsson hace unas cuantas preguntas más de rutina y después se pone en pie. Está claramente confuso.

—Anne, lo mejor será que no durmiese aquí esta noche—me dice.

—Claro. Llamaré a una amiga—digo pensando en Nia.

—No—dice Luke. El inspector y yo lo miramos—. Lo mejor será que vengas a casa. Hay camas de sobra. Mi madre no me perdonaría que no te llevase después de lo que ha pasado—añade tras un momento de vacilación.

Lo miro durante un momento: sus ojos están fijos en mí y es una de esas miradas que no admiten un no por respuesta. La verdad es que tampoco quiero decir que no.

—Está bien—digo.

Cuando llegamos a su casa, la fiesta ha terminado y los Miller están ya preparados para irse a dormir: Elise con el pelo muy liso, como una Rapunzel somnolienta (estoy segura de que es de las que se pasa el cepillo cien veces antes de dormir); Sophie con los rulos puestos y James con un pijama de franela con cuadros escoceses. Dorrie lleva un camisón, mejor dicho un *negligé*, color melocotón y sus rodillas huesudas parecen el tronco nudoso de un roble muy antiguo.

Como era de esperar, Sophie se preocupa mucho cuando le contamos lo sucedido y recurre sus remedios de urgencia: un abrazo de oso y una infusión bien caliente para Luke y para mí *(«Más te agradecerían que les sirvieses un whisky»* tercia Dorrie). Una vez más, me siento conmovida por los cuidados de esta mujer que no es mi madre pero se comporta como si lo fuese.

—Es horrible, pobrecita mía—dice.

—Uno ya no puede estar seguro ni en su propia casa—se queja James—¿Y dices que no te falta nada de valor?

—Parece que sólo se han llevado un anillo–digo. No quiero ponerme a explicarles que se trataba del anillo de Sean. Luke me mira por encima de la cabeza de su padre, pero no dice nada.

—En mis tiempos, guardábamos los objetos de valor en un calcetín bajo la cama—tercia Dorrie.

—Quizá deba empezar a hacerlo yo también—suspira James—. Tenía un sobre con 200 dólares en mi chaqueta y no consigo encontrarlo por ningún sitio.

—Oh, James, seguro que te has confundido de chaqueta. No es la primera vez que te pasa—le recuerda Sophie—Querida…¿te ocurre algo?

Elise se ha puesto muy pálida de repente. Sus ojos parecen dos agujeros brillantes y saltones y tiene toda la expresión del que acaba de ver un fantasma.

—Sí…No…Solo estoy un poco cansada, mamá. Creo que voy a irme a la cama. Me alegro de que estés bien, Anne.

Sophie la observa alejarse.

—Pobrecilla. Ese dichoso torneo de natación la tiene de los nervios.

Poco después también los demás nos retiramos a dormir. Como ahora Luke está en su habitación yo compartiré la de Elise, que por lo que veo está decorada como la de una princesa: rosa y pastel por todas partes. Me pongo el pijama en silencio, y tras mandarle sendos mensajes a Jason y Nia contándoles lo sucedido, trato de relajarme. No lo consigo: mi cabeza está llena de pensamientos e imágenes: mi apartamento devastado, la violencia con la que mis cosas habían sido destrozadas, la mano de Luke recorriendo mi mandíbula, su charla sobre las estrellas solitarias. Frío y calor, calma y miedo, emociones opuestas que forman un nudo en mi estómago.

Tardo en dormirme, y cuando lo hago sueño con estrellas que caen y con un hombre delgado y altísimo que corre descalzo por la nieve.

ASTROPHYTUM

Esta vez no me despiertan los trinos de los pájaros, sino alguien saltando sobre mi barriga como si de una cama elástica se tratase.

Maggie.

Lleva puesto un pijama con dibujos de Minnie Mouse y tiene la cara llena de chorretes. Huele a cereales Cheerios y rebota sobre mí como si le fuese la vida en ello.

—¡Maggie!—La voz de Sophie llega desde el pasillo—. No le des la lata a Anne. Y ven aquí, necesitas un baño.

Maggie la ignora.

—¡Has vuelto!—dice señalándome con un diminuto dedo índice—¿Has venido para ver el Jardín Navideño de papá?

—¿Qué?–Trato de soltar el aliento, lo cual es difícil cuando un pequeño alien salta sobre su estómago. Entonces recuerdo que hoy es el día en que los niños del vecindario vendrán a ver el jardín de figuras vegetales de James—.Sí, eso es. He venido para verlo—le aseguro a mi pequeña atacante.

—Mamá dice que este año Luke tendrá que hacer de Santa Claus—me informa Maggie con una sonrisa curiosamente malévola—.Creo que se ha escondido en el garaje.

—Ah, sí, en cuanto a eso…—Sophie entra en el cuarto con un ceño de preocupación y un peine en las manos—. Han llamado a James del Jardín Botánico. Al parecer, hay algún problema con las chumberas. Se les están muriendo. Creen que James, como experto en cactus, podría ayudarles. Luke tendrá que sustituirlo pero el muy tonto se ha encerrado en el garaje. ¿Crees que tú podrías convencerle, cielo? Para colme Elise se encuentra mal de nuevo, la he oído vomitar en el baño de abajo. Voy a ir a echarle un vistazo. Y tú, señorita—añade dirigiéndose a Maggie— No te librarás de peinarte como es debido cuando vuelva…

Sophie se marcha como un huracán sin darme tiempo a responder y Maggie se esfuma también, sin duda tratando de librarse del peinado. Me pongo un jersey de lana sobre el pijama e intento bajar a la cocina en busca de café. Y digo intento, porque antes de que lo consiga Dorrie me intercepta en el pasillo. Sus ojillos brillan con diversión y a pesar de que va apoyada en un bastón, por el modo en que corre se diría que no le hace demasiada falta.

—¡Ajá!–dice—.Aquí está la chica peluda. ¿Cómo es que vienes de ese lado? Pensé que a estas alturas ya te habrías colado en su

habitación.

—¿Perdón?

—¡Ja!—Dorrie blande el bastón como una katana y yo temo por mi integridad física—. En mis tiempos éramos mucho más espabiladas. Claro que el alfiler siempre era muy útil.

—¿El alfiler?

—Siempre lo llevábamos encima, mis hermanas y yo. Si algún pesado se acercaba demasiado se lo clavábamos en el culo. Nunca saqué el alfiler cuando mi Franklin estaba cerca, así que él lo tuvo muy fácil para deducir que yo estaba interesada.

Dorrie me hace un gesto de despedida y yo me apresuro a dirigirme al garaje, inquieta ante la imagen mental de ella clavando un alfiler en el trasero de sus pretendientes. Sólo hay un coche, un Toyota antiguo que tiene las luces interiores encendidas. Luke está escondido en su interior, con cara de miedo. Es tan ridículo que tengo que morderme el interior de las mejillas para no estallar en carcajadas. Le doy unos golpecitos al cristal y él niega con la cabeza y se cruza de brazos como un niño pequeño, antes de abrir la ventanilla sólo unos centímetros.

—Ni hablar—me espeta—. No pienso hacerlo.

—Buenos días a ti también.

—Te ha enviado mi madre, ¿verdad? Pues ya puede ir olvidándose del asunto. Este año los niños del vecindario tendrán que visitar el jardín sin Santa Claus.

—Vamos, no puede ser tan malo. ¿Dónde está tu espíritu navideño?

—Lo perdí a los cinco años, más o menos. No me gustan los niños. Son malvados. Fíjate en Maggie.

No puedo rebatirle eso así que opto por cruzarme de brazos yo también.

—¿Podrías dejarme entrar?—le digo.

Abre la puerta y me siento a su lado, en el asiento de copiloto. El coche huele a jabón de afeitar y a algodón de azúcar. Es un olor tan suyo, tan Luke, que mis fosas nasales se esponjan automáticamente.

—Vamos, hombre—le digo—.Piensa en lo tristes que se quedarán todos esos niños que están esperando encontrarse con Santa Claus.

—Sobrevivirán al trauma.—refunfuña.

—Venga, yo estaré allí. Te daré apoyo moral—digo conteniendo la

risa.

De repente Luke me mira con una expresión similar a la de Dorrie cuando se le ocurren maldades. Una sonrisa va tomando forma lentamente en sus labios y empiezo a temerme lo peor.

—Está bien. Lo haré pero sólo si tú te disfrazas de elfo.

—¿Cómo? ¡Ni hablar!

—Vamos, Anne—dice imitando mi tono de voz—. Piensa en los pobres niños que están deseando ver un elfo navideño por primera vez. ¿Vas a privarles de esa ilusión? Ni siquiera te haría falta disfrazarte. Cuando te vean dando brincos sobre la nieve se creerán totalmente que eres un elfo.

—Te odio—digo entre dientes mientras él estalla en carcajadas.

Finalmente llegamos a un acuerdo. Me disfrazaré con un viejo traje de elfo que Luke llevó en una función escolar cuando tenía doce años (y que asegura que me servirá, aunque yo no lo tengo tan claro) y él se ocupará de llevar la voz cantante con los niños. Cuando salimos del garaje tengo la sensación de que mis habilidades negociadoras dejan mucho que desear. Sophie me agradece efusivamente el haber convencido a Luke, pero la noto preocupada.

—¿Está mejor Elise?— le pregunto.

—Sí, parece que se ha recuperado. Ahora es Dorrie la que está dando problemas. Insiste en que alguien le ha robado las joyas del ajuar.

Dorrie aparece corriendo (sí, corriendo) por el pasillo en este momento, en dirección a nosotros.

—No me lo estoy figurando, Sophie—croa—. Es cierto que han desaparecido. Iba a enseñarle el alfiler de los picotazos a esta moza pero no consigo encontrar mi joyero. Sophie suspira.

—-No tengo ni idea de lo que estás hablando. Ahora por favor, sé buena y no vayas a hacer de las tuyas cuando lleguen todos esos niños esta tarde

Después de un almuerzo rápido en el que Dorrie no deja de rezongar me pongo el traje de elfo (que sorprendentemente me queda bien) y salimos al exterior frotándonos las manos para ahuyentar el frío. El Jardín de Figuras está realmente precioso: hay un montón de setos podados representando decoraciones navideñas y es como entrar en un lugar mágico, un paraíso de la infancia. Veo renos de seto entretejido, todos en hilera tirando de un trineo, el primero de ellos con la pata delicadamente levantada como si fuese a alzar el vuelo. Un

Santa Claus herbal con un saco lleno de regalos, enormes muñecos de nieve y hasta una chimenea hecha con distintos cactus de la que cuelgan calcetines hechos con arbustos. Está claro que James es el mago de las tijeras de podar. Este sitio es como Narnia, como un lugar encantado. No me sorprendería si de repente apareciese el Señor Tumnus, saltando por entre la nieve con sus pezuñas de cabra.

Comienzan a llegar algunos vecinos, hordas de niños emocionados que no dejan de mirarlo todo con los ojos muy abiertos. Maggie brinca por todas partes con los ojos brillantes de excitación, embutida en un jersey rosa que le hace parecer un conejo mullido. Luke hace un papel bastante decente como Santa Claus bonachón, aunque el traje le queda grande y le cuelga por todas partes en un montón de jirones rojizos. Ahogo una carcajada mientras lo observo debatir con una pequeña de aire espabilado que le está narrando su lista de regalos para el año que viene.

Alguien me tira de la manga y cuando bajo la mirada me encuentro con la mirada pícara de Maggie.

—Pareces un elfo auténtico, Anne—me asegura–. Un elfo bajito.

—Ehm…gracias.

—Creo que le gustas a Luke—susurra de repente, con el tono de voz de quien comparte un gran secreto.

Me atraganto con mi propia saliva y toso.

—¿Cómo dices?

—Sí, es que siempre te mira. Y pone la misma cara que papá cuando sus cactus crecen hasta aquí—añade estirando uno de sus pequeños brazos.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué cara es esa?

Maggie aguza los ojillos en la perfecta imitación de un psicópata chiflado y yo lucho por no reírme.

Entonces la veo. Medio escondida entre la tierra húmeda de uno de los parterres, una planta que jamás he visto antes: una planta rechoncha, verde brillante, tan compacta como un caparazón del que brotan pequeñas flores blancas y amarillas. Lo que más me llama la atención es su forma: cinco puntas perfectas, equilibradas. Una estrella.

Tiro de la manga de Luke y le señalo la planta como una maníaca. Él me mira un poco condescendiente, como un maestro dispuesto a dar una lección a un chiquillo.

—Sí, sé que esas plantas apenas se ven. Es un *Astrophytum*, una

especie de cactus. Mi padre las cultiva todo el año. Son muy vistosas porque tienen forma de estrella…—Se detiene. Me mira alzando una ceja y yo sonrío y asiento.

—Una estrella perfecta—digo triunfante—. Y la he encontrado yo. Me toca hacer una pregunta.

Luke suspira.—Está bien.

Nos apartamos un poco del meollo de gente. A nuestras espaldas los niños siguen gritando alborozados y Sophie se ha puesto a repartir galletas navideñas. Pienso en la pregunta que voy a hacer, la que ha estado tamborileando en mi mente tanto tiempo: *¿Por qué odias a Sean?*

Sin embargo, por algún motivo, mi boca parece tener una mente propia y no son esas las palabras que pronuncia. Son otras muy distintas, imprevistas.

—¿Quién es Nelle Hawthorne?

Nada más decirlo sé que ha sido un error. El rostro de Luke cambia a cámara lenta, se crispa, parece deshacerse frente a mí como manteca derretida. Estiro un brazo hacia él pero es demasiado tarde. Echa a correr.

Se ha ido.

UNA CONSTELACIÓN NUEVA (LUKE)

Corro por la acera como alma que lleva el diablo, aplastando con mis pies la capa de hielo sucio que rechina como la mandíbula de alguien muy enfadado. A ambos lados, las casas del vecindario ostentan sin ningún pudor su decoración navideña: abetos relucientes, renos de plástico y duendecillos de sonrisa socarrona. Algunos vecinos han añadido villancicos estridentes al *attrezo* y las figuras parecen bailar a su son. Corro como Forrest Gump, ese protagonista que tanto le gusta a Anne, pero mientras que él lo hace porque seguir adelante es su única opción, yo corro para huir. De ella y de su pregunta a la que no puedo dar una respuesta, pero sobre todo de mi mismo. Un Santa Claus cobarde huyendo de la Navidad. Patético.

Estarás pensando que estoy loco y quizá tengas razón. Escuchar el nombre de Nelle en boca de Anne ha sido como recibir una sacudida eléctrica: inesperado y doloroso. Fue como si todos los sentimientos que he tratado de reprimir floreciesen de golpe, como plantas carnívoras que deseosas de devorarme. Lo que un día sentí por Nelle y, sobre todo, lo que siento ahora por Anne.

Anne se ha convertido en una parte muy importante de mi vida. Lo averigüé el otro día de la forma más absurda: cuando salí humillado de la casa de Nelle, después de que la señora Hawthorne me descubriese en su habitación y me echase con cajas destempladas. Mi primer impulso fue correr a casa de Anne, como si su simple presencia sirviera para tranquilizarme, para matar de un porrazo a los demonios del pasado.

Mentí cuando le dije que las estrellas aisladas con las más sabias. En realidad las estrellas, al igual que las personas, buscan compañía, formar constelaciones. Es la forma de dejar huella: formar parte de algo más grande, más importante.

Las constelaciones forman un mapa peculiar. Para poder identificarlas correctamente, es necesario ver la primera estrella que las compone: el origen del trazo. Si conseguimos dibujar una línea invisible y descubrir una constelación, conseguiremos trazar el mapa de todas las demás, como una red muy estrecha.

Hace muchos años a Nelle le gustaba buscar constelaciones conmigo. Su favorita era Escorpio y le encantaba ser capaz de identificar las tres estrellas que forman su cola. Solía pensar que el hilo invisible que une a esas estrellas era tan fuerte como el hilo que nos unía a Nelle y a mí. En aquella época, nuestro vínculo me parecía indestructible.

Hasta que se rompió.

He tratado de enterrar esos recuerdos en el fondo de mi mente, pero ahora vuelven con más fuerza que nunca. Casi puedo percibir el aroma del césped recién cortado, el cloro de la piscina, los trinos de los gorriones que buscaban la sombra en el jardín. Fue uno de los veranos más calurosos que recuerdo. El desierto de Mojave hacía honor a su nombre y los cactus de papá crecieron ese año más que nunca, prosperando en el aire ardiente y pesado y erigiéndose sobre nuestras cabezas como monstruos acerados. Por supuesto, él estaba encantado.

Yo había vuelto a casa para pasar el verano, tras el primer año estudiando astronomía en la Universidad de Nevada. La carrera me encantaba y pasar el curso escolar lejos de casa- y por lo tanto alejado de Sean- había sido una bendición. También estaba contento de no tener que ver a Nelle paseándose del brazo de Devon Matheson de aquí para allá. Mi relación con ella había pasado a ser casi inexistente, como si una barrera invisible se hubiera interpuesto entre nosotros. Nos limitábamos a saludarnos con un incómodo cabeceo cada vez que nos encontrábamos.

Fue un verano perezoso. Faltaban tres días para que terminase y yo me había pasado la tarde en la piscina municipal, con Greyson Scott y otros amigos del instituto. Cuando entré en mi habitación con el pelo mojado y apestando a cloro lo vi allí, a Sean, inclinado sobre el telescopio que yo había situado junto a la ventana. No lo dirigía hacia las estrellas, sino hacia la casa de enfrente. La casa de los Hawthorne.

—¿Qué demonios haces?—le pregunté. Él se giró hacia mí con parsimonia, con esa expresión de astucia que tan poco me gustaba.

—Vaya, vaya, pequeño Luckie. De modo que es así como pasas el tiempo…

—¿Qué quieres decir?

Me señaló la ventana de enfrente. Nelle tenía la luz encendida y podía verse su silueta a contraluz. Llevaba puesto un camisón muy corto y caminaba por su habitación mientras hablaba por teléfono.

—Así que te gusta espiarla, ¿eh? ¿La miras mientras se despelota? La verdad es que está bastante buena.

Por supuesto, era mentira. Jamás había espiado a Nelle. Sin embargo, creo que fue en ese momento cuando Sean comprendió que ella era importante para mí. Quizá fue mi expresión horrorizada o mi lenguaje corporal, no lo sé. A Sean siempre se le dio muy bien leer a las personas.

—Si quieres puedo hacer que la veas aún más de cerca, perdedor—me dijo burlón.

—No te acerques a ella.

Por supuesto, lo hizo. Días más tarde los sorprendí en mi propia habitación. Sobre mi cama. Entré y allí estaban ellos, como un regalo envenenado. Me quedé paralizado en la puerta, contemplando la espalda desnuda de Sean, sus manos que recorrían el vientre de Nelle, sus pechos que subían y bajaban al ritmo de su respiración agitada, como dos pequeños montes coronados por guindas rosadas. No sé cuánto tiempo estuve allí, fascinado y asqueado al mismo tiempo hasta que ella me vio y gritó. Sean me miró con malicia, repantigado sobre mi cama mientras Nelle se ponía una camiseta a toda prisa y salía corriendo sin mirarme.

—¿Lo ves? Te dije que podría facilitarte una vista más cercana de ella—se burló él.

Jamás lo había odiado tanto. Me lancé hacia él y le di un puñetazo. A pesar de mi rabia no conseguí hacerle daño; él era mucho más fuerte que yo. Desde entonces tengo una cicatriz en la barbilla, una que me recuerda lo débil que soy.

Esa fue la segunda vez que perdí a Nelle, cuando el hilo invisible que nos unía se rompió para siempre.

A veces suceden cosas extrañas. Cosas aparentemente imposibles. Como que dos estrellas agotadas, casi apagadas vuelvan a brillar, a encenderse, a trazar una línea brillante.

Una constelación nueva, la que Anne y yo hemos empezado a dibujar en este cielo oscuro, por mucho que me empeñe en negarlo.

Si solo pudiera librarme de este miedo.

Salgo corriendo tras Luke. No sé qué ha pasado; no entiendo por qué el nombre de Nelle lo ha alterado tanto. Miro a ambos lados, tratando de divisar su figura pero la niebla se ha espesado tanto que solamente puedo ver retazos lechosos que lo envuelven todo. Lo llamo pero es como gritar al vacío; no sé si me oye o si es que ha decidido ignorarme.

Presa de un impulso, vuelvo al garaje y arranco el coche que por fortuna tiene las llaves puestas en el contacto. Conduzco por la avenida muy despacio, buscándolo sin parar. Me siento como Sigourney Weaver en *Gorilas en la Niebla*, y la analogía me haría reír si no estuviera tan asustada y confusa.

¿Por qué ha huido? Quizá debería dejar de perseguir a Luke, en todos los sentidos de la palabra. Quizá lo mejor sería volverme por dónde he venido: a mi vida, a mi rutina de alquimista en el Apricot. Tengo la intuición de que la montaña de secretos que esconde puede desmoronarse y caer sobre mí, aplastándome.

Sin embargo, sigo conduciendo. Buscándolo.

Finalmente lo veo, casi al final de la calle, donde están las casas mas altas y mas estrambóticas, esas que hace que uno se pregunte si pertenecen al tipo de personas que se casan vestidos de Marilyn y Elvis.

No es que yo pueda hablar de bodas discretas, claro está.

Luke parece un espantapájaros en la nieve, tieso, con las mejillas blancas de frío. Me mira como avergonzado y me doy cuenta de que está temblando.

—Sube.—le ordeno abriendo la puerta—. Te vas a congelar.

Obedece y se queda rígido, mirando al frente

—Escucha—le digo—.Lo siento. No volveré a indagar en tu vida. Entiendo que hay cosas…de las que no quieres hablar. Tampoco volveré a hablar de Sean. Yo…

Me callo de repente porque acaba de poner su dedo índice sobre mi labio inferior, casi como haciendo el gesto de silencio, y ahora lo está acariciando, resiguiendo sus contornos con gesto concentrado, como si tratase de dibujar una línea imaginaria. Noto el pulso latiendo ahí mismo, bajo su dedo.

—Soy yo quien lo siente—susurra.

Asiento. Él reanuda su extraña caricia, descendiendo hasta mi

barbilla. Siento que me quema la piel, como si me hubiese tocado algo muy caliente o muy frío. Puedo vero como a Luke se le han dilatado las pupilas, como a un gato atento.

Durante unos segundos, ninguno de los dos hace ningún movimiento, nos limitamos a contemplarnos mientras el aire a nuestro alrededor se espesa. La tensión es tal, que cuando Luke se inclina hacia mí siento casi físicamente como una barrera se rompe, un campo magnético que vibra, que se deshace cuando Luke me besa. Por fin.

Es un beso de los que hacen historia. Sí, no exagero. Uno de esos en los que los labios parecen tomar vida propia, como animalillos hambrientos, y exploran, horadan, degustan y atrapan sin cesar, en un festival de saliva y gemidos. Antes de darme cuenta, estoy sentada a horcajadas sobre él, aferrada a la espalda de su traje de Santa Claus como si me fuera la vida en ello. Noto un montón de cosas clavándoseme por todas partes, el salpicadero, los mandos del coche y mi cabeza rebota contra el techo cuando Luke desliza las manos bajo mis muslos. No me importa en absoluto. Sólo quiero acercarme más a él porque ardo, me falta el aire, mi vientre se agita como si estuviese lleno de pájaros.

—¿Crees que esto es una buena idea?—murmuro. No sé por qué lo he dicho, pero las palabras han salido de mi boca sin querer. No en forma de objeción, sino como advertencia.

Por toda respuesta Luke da un tirón a la casaca de mi traje de duende y me la quita por la cabeza. Oigo el ruido de la tela al rasgarse; definitivamente el disfraz ha quedado arruinado para siempre.

Volvemos a besarnos, esta vez con más frenesí. Nuestras manos vuelan y Luke introduce la suya en la cinturilla de mis pantalones y me acaricia entre las piernas. Es como un latigazo de placer sacudiendo todas las fibras de mi cuerpo. Su otra mano está trazando círculos en torno a uno de mis pezones, convirtiéndolos en pedruscos afilados que erigen y apuntan hacia él, pidiendo más. Acaricio su erección, que palpita contra la palma de mi mano y él busca algo en la guantera del coche; veo de refilón el brillo azulado del envoltorio de un condón.

Va a suceder. Sí, vamos a hacerlo.

Me giro hacia él de nuevo, dispuesta a seguir devorándolo y en ese momento me quedo ciega. Sí, algo muy brillante y muy molesto me da exactamente en los ojos y manoteo para apartarlo. Una luz. Oigo a mi lado como Luke refunfuña molesto.

Parpadeo para recuperar mi visión y cuando lo hago lo único que

deseo es cerrar los ojos otra vez. Ahí está el inspector Larsson, de pie en la acera, apuntando al interior del coche con una enorme linterna mientras a sus espaldas el agente Jack lucha por contener las carcajadas.

Larsson tiene la decencia de parecer azorado.

—Ehmm…disculpen—dice retirando la mirada—Hemos visto el coche aquí detenido y eh…hummm. En realidad hemos venido a este barrio respondiendo una llamada. Su abuela nos ha llamado, señor Miller—añade dirigiéndose a Luke.

Ambos nos quedamos petrificados en el acto de ponernos a toda velocidad las prendas de ropa perdidas ¿Dorrie ha llamado a la policía?

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sabemos—dice Larsson—. Su abuela parecía bastante nerviosa, pero no parecía grave. Ahora mismo nos dirigíamos a su casa. Si quieren seguirnos…

Lo hacemos, y durante el trayecto hasta su casa no dejo de mirar de reojo a Luke colorado, nervioso, con la respiración agitada.

Un reflejo de mí misma.

La casa de los Miller parece tranquila desde el exterior, pero dentro es otra historia. La imagen que se presenta ante nosotros me recuerda a esas películas cómicas antiguas y casi espero ver salir a James Cagney gritando *"Un, dos tres",* con aire marcial, porque Dorrie, que es la protagonista principal de este alboroto, tiene todo el aspecto de una Mae West desquiciada, con su camisón escotado a través del que asoman sus huesudas clavículas y sus zapatillas con estampado de leopardo.

—¡Te digo que es verdad!—chilla enfadadísima—¡No me he vuelto loca ni chocheo!

-¡No había motivo para llamar a la policía, mamá!—Sophie corre por el salón con una taza de té en la mano, sin duda el primer remedio que se le ha ocurrido para tranquilizar a su madre. A su lado, James y Elise parecen un par de extras atónitos y mudos

—¡Se trata del anillo que me regaló tu padre!—chilla Dorrie—¡El diamante es auténtico, no de esos de plástico que hacen ahora!

—¿Qué demonios ocurre aquí?—vocifera el inspector Larsson desde la puerta.

Los Miller giran el cuello a la vez hacia nosotros, como ciervos alertados por el faro de un coche. Casi puedo oír al guionista en mi

cabeza: *"Corten. Buena toma. Descansen un momento"*

Sin embargo, como esto es la vida real, James hace lo que haría cualquier persona normal cuando la policía acaba de entrar en tu casa: se adelanta a estrecharles la mano con cara de circunstancias.

—Disculpen. Mi suegra les ha llamado porque se ha puesto muy nerviosa. No nos hemos dado cuenta, de otro modo se lo habríamos impedido. Entiendo que esto no es una urgencia.

—¡Claro que es una urgencia!—protesta Dorrie—Alguien me está robando ante mis narices. Claramente es un asunto policial. ¡Les pago con mis impuestos!

Larsson suspira y luego dirige su atención hacia ella.—¿Qué ha echado en falta?

—La mitad de mis joyas—. El anillo de compromiso que me dio mi Franklin, una pulsera de diamantes, un collar…

Dorrie extiende sus huesudos dedos para enumerar sus pertenencias y yo me la imagino de joven como a una Elizabeth Taylor extravagante, cargada de brillantes.

Sophie suspira.

—Mamá, eres muy despistada. Seguro que las has puesto en otra parte

—¡Te digo que no!—se empecina Dorrie.

—Querida—James carraspea–. Creo que tu madre puede tener razón.

Todos miramos asombrados a James, sobre todo Elise, que enfundada en un camisón de Minnie Mouse tiene todo el aspecto de una Britney Spears en sus buenos tiempos.

—¡Papá!

James alza una mano para que le deje continuar.

—De un tiempo a esta parte, he notado que a mí también me faltan algunas cosas. Cosas de valor.

El inspector Larsson se inclina hacia delante y distingo en su mirada la emoción del sabueso tras la presa. Jack saca inmediatamente libreta y lápiz.

—¿Qué tipo de objetos?

—Cosas variadas. Un par de facsímiles de botánica muy antiguos, una cámara de fotos, un Rolex chapado en oro. También he echado a faltar un sobre con 200 dólares…

—Creí que habías dicho que lo habías perdido —protesta Sophie débilmente.

—Eso creí. Sin embargo, con todas las demás cosas que faltan y ahora las joyas de Dorrie…Creo que hay algo que está pasando aquí.

Larsson asiente muy serio, rascándose la sien con la punta del bolígrafo.—Han dejado alguna puerta abierta? ¿Cerraduras forzadas?

—No, nada.— James está igual de atónito que el policía

—¿Cree que todo esto puede estar relacionado con el allanamiento en casa de Anne?—pregunta Sophie con voz lastimera.

Nadie se molesta en responderle. Por supuesto, todo tiene que estar relacionado, ni siquiera en la peor película de sobremesa se darían una serie de catástrofes tan seguidas sin un hilo catalizador, ¿verdad? Pienso en el anillo de Sean que robaron de mi apartamento, los destrozos de las taquillas en el Apricot…¿casualidad? Luke y yo intercambiamos una mirada y él se ha puesto muy serio. Miramos a Larsson en busca de respuesta pero el policía, que tiene toda la pinta de estarse guardando un as en la manga, se encoge de hombros y da la callada por respuesta.

—Les facilitaré un parte para que puedan interponer la denuncia—dice—. No se preocupen, les mantendremos informados de todos los avances.

El inspector se dirige a la puerta, ignorando los gruñidos de Dorrie que se ha puesto a despotricar contra la incompetencia del cuerpo policial. Se despide de todo el mundo con apretones de manos y después me llama a un aparte. Luke me sigue como una sombra y me siento reconfortada por su presencia.

—Seguimos investigando el allanamiento de su apartamento, pero todavía no hay novedades. Quien lo hizo es un auténtico profesional porque no ha dejado huellas dactilares. Seguiremos buscando. Al final siempre acabamos encontrando una solución ya sea ahí fuera o aquí—dice tocándose la frente con un dedo.

Nos despedimos de Larsson y centramos nuestra atención en los demás: mientras Sophie intenta que Dorrie se tome una infusión caliente para calmarse Elise y James están discutiendo a gritos. Es la primera vez que veo a la Reina de las Nieves perder la compostura pero ahora, mientras acusa a su padre de ser un exagerado y de molestar a la policía con estupideces, está tan colorada como un tomate maduro. Luke y yo nos miramos confusos mientras Elise sale en estampida del salón y se encierra en un baño dando un portazo.

Esa parece ser la señal para que todos se dispersen, a excepción de

Dorrie, que ha empezado a dormitar en un sofá, lo que me hace pensar que Sophie le ha puesto algún tipo de somnífero en el té. James sale enfadado al jardín, sin duda para desahogar su enfado con sus queridas plantas y Sophie farfulla algo acerca de "los nervios a flor de piel" y se marcha también, comentándonos que si tenemos hambre hay comida en la nevera. Ambos rehusamos. Luke se gira hacia mí: sus ojos están apagados y rehúyen los míos La complicidad de hace unas horas parece haberse evaporado y ahora parecemos dos extraños de nuevo, como el día en que me encontró en su cuarto la noche que nos conocimos. Quiero gritar porque me da la sensación de que nunca conseguiremos encontrarnos, de que siempre sucederá algo que nos impida salir de una vez por todas del círculo en el que estamos, girando uno en torno al otro como dos satélites extraviados.

—Será mejor que suba a acostarme— digo frustrada

—Sí. Será lo mejor.— Las palabras suenan rápidas y tensas como un látigo en su boca y él sonríe como si quisiera enmendarlo, pero la sonrisa no llega a sus ojos. Se acerca a mí y me acaricia la cara, pasando el dedo índice por el contorno de mi mandíbula.. Sus ojos siguen el rastro que ha dejado su dedo como si pudiera verlo. Ese tipo de caricias están empezando a formar parte de la pila de detalles que son solo suyos, como los ojos comestibles o las sonrisas tensas Quiero que me bese. Sin embargo, no lo hace.

—Te veo mañana, Anne.

—Te veo mañana.

Entro de puntillas en la habitación de Elise y a pesar de que está de espaldas a mí me doy cuenta de que sigue despierta: lo noto en la tensión en sus hombros. Finjo que la creo dormida y me pongo rápidamente el pijama. Los detalles de lo que sucedió antes, en la calle, me asaltan como flashes: los besos, las caricias, el fuego. Estrellas que se encuentran, que se fusionan, que vuelven a distanciarse. Estrellas tercas.

Tardo una eternidad en dormirme.

Abro los ojos en la luz clara de la mañana. Esta vez los pájaros no trinan en el exterior ni escucho las voces de los Miller. El silencio me envuelve. A mi lado, la cama de Elise está perfectamente hecha, con el gorro de natación y el bañador doblados encima. Me pongo una bata y bajo a la cocina. Todo parece extrañamente en calma, vacío y desolado sin la familia corriendo de un lado a otro, las excentricidades de Dorrie y Sophie atareada como una abejita. Sobre todo, me falta Luke. Anoche, cuando nos despedimos, tuve la sensación de que algo se había roto entre nosotros o más bien de que no había llegado a

unirse, como dos manos que están a punto de estrecharse pero deciden no hacerlo en el último momento.

¿Dónde se ha metido todo el mundo? Miro mi teléfono pero no tengo llamadas de Luke, solo tres o cuatro mensajes de Jason y Nia preguntándome cómo estoy. Ayer les escribí contándoles los últimos acontecimientos, porque mi vida se ha complicado tanto que hace tiempo que no charlo con ellos con tranquilidad. Me sirvo un café y me lo tomo de pie en la encimera de la cocina. Sigo inquieta, así que decido ponerme ropa deportiva y salir a correr. Eso siempre me tranquiliza.

Troto por la urbanización mientras nubes de vaho helado se elevan de mi boca como los bocadillos de los comics. Es temprano y todas las casas de la calle están cerradas a cal y canto, con las decoraciones navideñas extrañamente desangeladas.

Un movimiento que percibo por el rabillo del ojo distrae mi atención. Un sedán color crema se desliza por la carretera a pocos metros delante de mí. Es un coche familiar y me tranquilizo al vislumbrar en el cristal trasero una pegatina de *Bebé a bordo*. Sin duda algún padre de familia que regresa a casa con los donuts para el desayuno. Sin embargo, cuando llego a su altura me fijo en el conductor que mira al frente y no desvía ni un minuto la mirada de la carretera. Pelo cortado a cepillo. Granos en la cara. Una gorra de los Boston Red Sox.

Es él. Es el hombre que vi en el Apricot y también después del funeral. No puede haber tantos hombres con esa gorra en Las Vegas. ¿Me está siguiendo? ¿Es el hombre que ha entrado en mi apartamento? ¿El ladrón de los Miller? Asustada, sigo corriendo y el coche se pone nuevamente y se desliza detrás de mí, como una serpiente. Sí, me está siguiendo. Y esta vez no se está tomando ninguna molestia en disimularlo. Aterrorizada, miro a mi alrededor buscando un lugar donde meterme. La avenida es residencial y está desierta a estas horas, pero si no me equivoco al final de la calle está la tienda donde Luke compró el algodón de azúcar el día del funeral. Corro hacia ella y el tintineo de campanillas navideñas me saluda al entrar.

-¡Buenos días! ¡Feliz Navidad!- me saluda la dependienta con su eterna sonrisa.

La ignoro y saco el teléfono para llamar al inspector Larsson. Contesta al segundo timbrazo.

—¿Qué ocurre, Anne? ¿Se han producido más robos en casa de los Miller?

—¡No! ¡Me están siguiendo! Un hombre….alguien ha venido siguiéndome por toda la avenida.

—¿Cómo?—El inspector se pone alerta y casi puedo oír como saca libreta y lápiz del bolsillo—¿Dónde está, Anne? Cuénteme que ha pasado.

Le hablo del hombre de la gorra y él me ordena que me quede dentro de la tienda y promete que enviará un coche patrulla a buscarme. Diez minutos después, Jack el Bocazas me recoge en la puerta, con la cara de mal genio del que ha visto interrumpido su día de descanso. Por lo enfadado que está, cualquiera diría que lo han interrumpido en medio de un polvo espectacular con Nia…Quizá sea cierto. Hace tanto tiempo que no nos ponemos al día..

—Cuando no es un allanamiento es una persecución, ¿eh? No nos aburrimos…—me dice con sorna.

—¡Oh, cállate!—le espeto—.¿Acaso crees que yo me estoy divirtiendo?

Jack suspira.

—Mis compañeros acaban de detener al hombre del sedán, lo están trasladando a la comisaría. Ahora se aclarará todo.

Entro en la comisaría presa de un ataque de nervios. El señor *Gorra de los Red Sox* ya está allí, en un aparte, hablando con un policía alto y forzudo y haciendo muchos aspavientos con los brazos. Me mira con rencor cuando paso y yo me apresuro a seguir a Jack hacia el despacho de Larsson.

—¡Es él!—chillo nada más entrar—¡Ese hombre me estaba siguiendo, estoy segura!

Larsson parece ligeramente irritado.

—No necesita convencerme, Anne. La creo. Sé que la estaba siguiendo. De hecho, él mismo nos lo ha contado.

—¿Cómo?¿Ha confesado?—.La expresión de Larsson no me tranquiliza en absoluto—¿Lo van a detener? ¿Quién lo envía? ¿Tiene relación con el atraco a mi apartamento?

—Siéntese Anne.

Lo hago y Larsson pone un montón de folios sobre la mesa.

—Ese hombre es Greyson Scott, detective privado de Scott & Anderson. Tienen su sede social en Reno. Lo hemos comprobado.

¿Un detective privado? No tiene sentido. Larsson tiene el detalle de explayarse un poco más.

—La ha estado siguiendo porque lo han contratado para hacerlo.

—¿Cómo? ¿Quién? ¿Los mismos que entraron en mi casa?

El inspector me mira con tristeza.

—Ha sido el señor Miller.

—¿James? ¿James no se fía de mí? ¿Por qué?— Noto humedad y calor en mis mejillas; son lágrimas. Larsson me tiende su caja de pañuelos de papel.

—No James, sino Luke. Luke Miller.

De repente, ya no necesito los pañuelos. Mis ojos se convierten en dos bolas duras y enrojecidas y tengo ganas de arrancármelos y salir corriendo de allí. El sentimiento de traición es tan grande que apenas puedo respirar.

—¿Por qué? ¿Por los hurtos? Yo no he robado nada.

—En realidad habló con Greyson mucho antes de los hurtos. Y sabemos que no ha sido usted, Anne. En realidad…—Larsson suspira —.En realidad todo es bastante complicado. Mire, los Miller están ahora mismo en el otro despacho, hablando con uno de mis compañeros. Será mejor que ellos se lo expliquen.

¿Los Miller están aquí? Me pongo de pie de inmediato, lista para salir corriendo. Si Luke está aquí, no quiero verlo. Ha contratado a un detective para que me siguiera, para que me investigara. No quiero volver a verlo en mi vida.

Salgo del despacho de Larsson como una tromba pero, como siempre, la mala suerte me persigue y me doy de bruces con los Miller en cuanto pongo un pie en el pasillo. Excepto Dorrie y Maggie, todos parecen estar aquí y nos quedamos mirando unos a los otros con cara de susto. Sophie y James están muy pálidos y parecen tristes, Elise tiene pinta de haber llorado y Luke vuelve a lucir su expresión de psicópata chiflado con ganas de matar a alguien.

Una expresión a juego con la mía.

—¡Anne! ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí?—Luke se adelanta hacia mí y sus ojos se aclaran al verme, ese truco tan suyo de convertirlos en chocolate dulce en mi presencia. Esta vez no me dejo conmover.

—Dímelo tú a mí, imbécil—siseo. Diminutas gotas de saliva escapan de mi boca como proyectiles y le dan en plena cara. Ni siquiera soy capaz de escupir odio con *glamour*—.Has contratado a un detective para que me siguiera. Larsson acaba de decírmelo.

—¿Qué has hecho qué?—James se gira hacia su hijo y su asombro parece genuino, aunque a estas alturas no me fío de nadie. Sigo mirando fijamente a Luke, que se ha quedado muy pálido y me mira como si no supiera dónde meterse.

—¡Dios!—Se golpea la frente con un puño—. Anne no es lo que piensas. Escucha, te lo contaré todo.

Sigue hablando, pero yo no llego a saber lo que quiere contarme porque salgo corriendo. Primero, porque cada vez que alguien dice *«te lo contaré todo»,* es que ha hecho algo malo, muy malo. Segundo, porque la última vez que un Miller me dijo eso, acabé topándome con mi coche sumergido en el lago Mead.

Corro hasta llegar a la parada de taxis que hay en la acera de enfrente y me subo en el primero disponible. Te mentiría si te dijese que no miro hacia atrás un par de veces, por el rabillo del ojo. Te mentiría si afirmase que en mi fuero interno no deseo que me siga para explicarse, para aclararlo todo.

No lo hace.

UN BÁLSAMO QUE CUBRA CICATRICES

Las cenefas de los azulejos bailan ante mis ojos, zigzaguean como hormigas atareadas, y eso está bien; porque si me concentro en evitar el mareo tendré menos tiempo para pensar en Luke.

Maldita sea. ¿Qué esperabas, Anne? ¿Qué esta vez sería la definitiva? Por supuesto que no. Lo que ha ocurrido es que me he estrellado una vez más. Estrellada entre estrellas.

—Qué ironía—musito.

Jason y Nia intercambian una mirada preocupada a mis espaldas. Creen que no les veo, pero lo hago porque los azulejos están tan relucientes como un espejo y puedo ver sus reflejos frente a mí.

—Anne, ¿no crees que deberías dejar ya eso?— me dice Jason tímidamente.

Ante un desengaño amoroso a algunos se les da por comer dulces. Otros se beben una caja de cervezas en un día y hay quien escucha música deprimente escondido bajo las sábanas. Yo hago todo lo anterior, pero además se me da por limpiar. Desde que volví de la comisaría he limpiado el baño de arriba abajo, he encerado el salón y ahora estoy con los azulejos de la cocina. Siendo sinceros, le hacía mucha falta porque todo el trajín de agentes entrando y saliendo mientras investigaban el allanamiento ha traído sus consecuencias. Había huellas de botas de policía por todas partes e incluso envoltorios vacíos de McDonald's debajo de la mesa del salón. Está claro que la dieta del Cuerpo de Policía de Las Vegas deja mucho que desear.

—Anne, sabemos que estás disgustada y enfadada.—Es el turno de Nia de intentarlo—. Pero ya está todo reluciente. Vas a fastidiarte las cervicales. ¿Por qué no vienes a sentarte con nosotros en el salón? ¿Te apetece un café?

Me encojo de hombros. Me alegro de que Nia sea griega y me haya ofrecido café. Si fuera, por ejemplo, inglesa; me habría ofrecido té y yo me hubiera acordado de las infusiones humeantes de Sophie, o de Luke y sus ademanes de estirado lord inglés. Y me hubiera echado a llorar.

—Está bien—acepto mientras me dejo conducir hasta el sofá. Ellos suspiran aliviados a coro.

Nia se sienta a mi lado mientras Jason corre a la cocina a preparar café. Está claro que la misión de consolarme ha recaído sobre ella; a Jason se le dan fatal estas cosas.

—Es increíble la de porquería que uno encuentra cuando hace una limpieza a fondo—digo atropelladamente—. Por ejemplo, en los tubos fluorescentes de la cocina había un montón de insectos calcinados, todos allí metidos como en…como en un enorme féretro luminoso—. Me pongo a llorar nada más decir esto y Nia me abraza. Noto su olor a gel de ducha y su larga melena negra me hace cosquillas en el cuello.

—Oh, Anne–suspira—. Pobrecita mía. Estás enamorada

Me separo de golpe.

—Claro que no—hipo.

Nia asiente para sí misma, sopesando algo que a mí se me escapa

—Jamás te había visto así. Ni con los profetas ni con nadie. Es como…como si te hubiesen dado la vuelta como a una prenda de ropa. Como si no fueses tú misma.

La nueva Anne, pienso. *Muy apropiado.*

Hipo más fuerte porque lo último que necesito es que Nia me diga lo que yo ya sospecho: que Luke Miller se ha metido dentro de mi piel que lo busca sin descanso, con los poros abriéndose y cerrándose, clamando su presencia, como las estrellas de mar palpitando bajo el agua.

—Contrató a un detective para que me investigase—le recuerdo a Nia por si eso activa su instinto de protección y la hace ponerse en modo Helena de Troya, dispuesta a defender a su frágil amiga. Eso es lo que necesito ahora mismo: alguien que me diga lo odioso que es Luke Miller, lo poco que lo necesito en mi vida. Sin embargo, ella no parece estar por la labor y tiene una expresión tierna muy impropia de ella.

—¿Es que no lo ves?—insisto—. Un detective. No se fía de mí.

—-¿En serio?—Nia me mira con una ceja alzada—.Habló con ese detective hace siglos. Puede que antes de conocerte no se fiara de ti pero, ¿ahora? ¿De verdad crees que sigue sin confiar en ti? Piénsalo, Anne.

Lo hago. Pienso en el modo en que se abre conmigo, más que con los demás. En sus ojos cacao-amargo que se convierte en chocolate-dulce cuando me miran, como si yo tuviese la capacidad de almibararlos con mi simple presencia. En su modo cariñoso de pellizcarme la nariz, de decirme que me parezco a un elfo. En las preguntas y las respuestas: los copos de nieve, las estrellas de mar, los *astrophytum*.

—No lo sé—digo finalmente.

—Pues yo creo que lo has encontrado por fin—dice Nia—. A tu chico de las estrellas. Al maldito Peter Pan.

Lo que me faltaba. Que Nia se ponga poética.

—No quiero ningún Peter Pan—digo enfurruñada—. Mira lo que le sucedió a Wendy; él se marchó volando a Nunca Jamás y tuvo que envejecer sola. No, gracias.

—Bueno, nunca se sabe—dice Nia—Jack dice que…

Ajá. Así que ahí está el origen de esta Nia mucho más blanda y menos sarcástica que parece hablar con la voz de la Melanie Hamilton de *Lo que el viento se llevó*. Me incorporo de golpe para mirarla de frente.

—¿Jack? ¿Jack el Bocazas? ¿El agente Jack?

Nia se sonroja como una florecilla primaveral.

—Buenooo…Hemos estado viéndonos y…

—¿Viéndoos? ¿Cuántas veces?

He estado tan imbuida de mis propios problemas que no me había dado cuenta de Nia bebe los vientos por un policía pelirrojo, rudo y sin los hinchados bíceps que suelen ser una característica de todos sus ligues. Vivir para ver. Me dispongo a seguir interrogándola pero el timbre de la puerta nos interrumpe. Nia suspira, visiblemente aliviada.

—Creo que Peter Pan ha encontrado el camino de regreso, al fin y al cabo.

Me levanto de un salto, con el corazón golpeándome en el pecho. Jason sale de la cocina con la cafetera en la mano

—¿Es él? ¿Qué hacemos? Anne, ¿quieres que lo tumbe de un puñetazo?—pregunta atropelladamente. Nia lo fulmina con la mirada.

Amito que me siento bastante decepcionada cuando abro la puerta y me encuentro con Elise. Me sorprende tanto verla aquí que estoy a punto de cerrar la puerta de golpe y ella alza una mano como pidiendo permiso o disculpas.

—¿Podríamos hablar un momento?—pregunta tímidamente.

—¿De qué?—espeto con más brusquedad de la que pretendía—. Si vienes de parte de Luke, puedes decirle que no pienso hablar con él ni contestar a sus llamadas—añado todavía enfurruñada porque no es *él*. Así de blanda soy.

—No, no estoy aquí por Luke. Al menos, no sólo por él—dice Elise *(¿Qué demonios significa eso?)*—. Solo quiero…decirte algo. No me llevará más de diez minutos.

Asiento con un seco cabeceo y ella entra tímidamente en el apartamento. Tiene un aspecto horrible, con el pelo desgreñado y dos bolsas oscuras bajo los ojos, como si un hubiera dormido en siglos. Aún así, sigue estando guapísima, lo cual no deja de tener su mérito. Jason y Nia la miran con curiosidad.

—Os presento a Elise, la hermana de Luke—digo y ellos se ponen en pie para marcharse, demostrando así que tienen su sensibilidad a pesar de lo brutos que son a veces. Elise se sienta en el sillón que Jason acaba de abandonar y se queda con la mirada fija en el plato de pastas danesas que Nia ha traído para tomar con el café.

—¿Quieres una?—ofrezco—. También tengo galletas de avena integrales, por si te van más.

Me doy cuenta de que estoy comportándome como una zorra con Elise, poco menos que llamándola pija en sus narices, como si ella tuviera la culpa de lo que me ha pasado. Maldita sea, como si ella tuviera la culpa de *no ser* Luke. Lo cierto es que verla aquí sentada duele. Me recuerda a la casa de los Miller, con sus tapetitos navideños y su ambiente acogedor, a Dorrie y sus locuras, a Maggie y su ternura. De algún modo, el hecho de que Luke hablase sobre mí con ese detective ha sido un recordatorio de que no pertenezco a su familia, por mucho que en los últimos tiempos hayan representado una parte importante de mi vida.

Elise me está sonriendo con tristeza.— Debes pensar que soy una estirada, ¿verdad?

—Claro que no—digo avergonzada, porque me ha calado completamente—. Es solo que…me resulta difícil aceptar que Luke haya sospechado que soy una ladrona o algo así.

—Él sabe que no eres una ladrona—dice Elise muy seria—.De verdad lo sabe—añade al ver mi cara de escepticismo—. Lo de hablar con Greyson Scott fue un error, pero lo hizo mucho antes de conocerte bien, cuando supo que estabas relacionada con Sean.

—¿Qué pasa con Sean? ¿Por qué Luke y él se odian tanto? ¿Qué les sucedió hace ocho años?—. Escupo las preguntas una a una, como si estuviese lanzándole piedras a la cabeza y Elise se echa hacia atrás, sorprendida y asustada. He explotado. Estoy tan harta de secretos y misterios que he abierto el grifo de las preguntas y estas se cuelan a borbotones, amenazando con inundarnos.

—Sean era muy carismático.—Elise traga saliva—. Mi madre siempre decía que era como uno de esos felinos de los documentales, autosuficiente y poderoso. Entraba en una habitación y lo llenaba todo: sabía cómo influir en los demás. También podía ser peligroso. A

veces se encerraba en sí mismo y entonces era mejor no cruzarse en su camino.

—¿Te llevabas bien con él?

—Nunca tuvimos una relación muy estrecha. Era cortés conmigo, pero nunca nos acercamos demasiado. Con Luke se llevaba fatal. De niños se peleaban mucho y después…bueno, creo que se odiaban a distancia. Sean se metió en algunos líos en su época adolescente: alcohol, peleas…—Elise se encoge de hombros. Se la nota incómoda —.Después se marchó, sin más. De un día para otro y sin dar explicaciones a nadie.

Hay algo que no me está contando, puedo verlo en el modo en que rehúye mi mirada y se encoge en el asiento, con un gesto que me recuerda mucho al de su hermano. Decido no insistir.

—Está bien—digo.

Elise suspira. —Anne, te aseguro que a ninguno de nosotros se le ocurría desconfiar de ti. Luke menos que nadie. Cometió un error y sé que hace semanas le dijo a Greyson que anulase la investigación. Si él continuó siguiéndote fue por afecto hacia Sean, es uno de sus mejores amigos y estoy segura de que no quiere que sufra más.

Hago rodar en mis manos una galleta de mantequilla mientras analizo sus palabras. Elise parece sincera y lo que dice tiene sentido. ¿Qué ha querido decir con eso de que *no sufra más*? ¿Acaso Luke ha sufrido en el pasado? ¿Es ese el motivo por el que a veces se repliega en sí mismo como una tortuga asustada?

—Entonces, ¿nadie cree que yo he robado esas cosas?—pregunto dudosa.

—Por supuesto que no. Además, ahora ya saben quien lo hizo.

—¿Cómo dices?—Estoy a punto de saltar del asiento—¿Ya se sabe quién es el ladrón?

Elise baja la cabeza, toma aliento y cuando vuelve a mirarme sus mejillas se han convertido en fresones maduros.

—Fui yo.

Abro la boca como un besugo recién pescado. Si me hubieran dicho que Elise ha aceptado un puesto como stripper en un club no me hubiera sorprendido tanto.

—¿Qué? ¿Pero cómo? ¿Por qué?

—Tenía que contártelo yo misma.—Se está estrujando las manos y me mira con una mezcla de miedo y tristeza.

—¿Por qué lo has hecho?

—Tengo problemas. Necesitaba dinero urgentemente.

¿Problemas? ¿Qué tipo de problemas puede tener alguien como Elise? De repente recuerdo un montón de indicios que se me pasaron inadvertidos: su continua expresión de tristeza, todas las veces que dijo «encontrarse mal», sus continuas excusas para huir a su habitación alegando que estaba cansada.

—¿Alguien te está haciendo chantaje? Ya sé, te has sacado fotos porno y alguien está haciendo que le pagues para no publicarlas en Internet.

—¿Qué? ¡Por Dios, no!—me mira escandalizada.

—¿Eres ludópata?—. La idea es descabellada, pero cuando una trabaja en un casino está acostumbrada a ver de todo.

—¡Claro que no!

—¿Te drogas?

Silencio. No puede ser. La miro fijamente y ella está mirando a la mesa, al suelo, a la pared, al cualquier parte menos a mí.

—¿Elise? ¿Te drogas?

—No me drogo con *drogas*—dice de forma críptica.

—¿Disculpa?

—Eritropoyetina. Las he estado usando para rendir en el equipo de natación. Al principio solo de vez en cuando, en las competiciones importantes. Después me di cuenta de que la necesitaba para mantener el ritmo. No soy tan buena deportista como todos piensan. Me he gastado casi todo lo que tenia ahorrado y después…..como te dije, necesitaba el dinero. Conozco a un tipo que puede colocar en el mercado cualquier cosa: antigüedades, joyas…Por eso cogí…algunas cosas.

—¡Te dopas!—.Estoy anonadada.

Elise sonríe con tristeza.

—Como ves toda mi vida es un engaño

—¿Tanto te importa no fallar?

— Me importa no decepcionar a mis padres. La beca de deportes es mi llave para que me acepten en una universidad de la Ivy League. Tampoco soy tan buena estudiante, ¿sabes? Les he visto sufrir demasiadas veces cuando Sean se metía en problemas y no cumplía sus expectativas.

—También quiero que sepas que no fui yo quien entró en tu apartamento la noche de fin de año. Lo juro, Anne. No fui yo. Sólo robé los objetos en mi casa: las joyas de la abuela y las cosas de papá.

La creo. No sabría explicar por qué, pero estoy segura de que dice la verdad.

Ambas nos quedamos en silencio. Pienso en el miedo al fracaso de Elise, en lo frágil que es el equilibro del amor, de las relaciones familiares, en lo difícil que es encontrar el punto justo entre lo que uno ofrece y lo que espera. Siento el súbito impulso de abrazarla y eso es lo que hago, como si con mi tacto pudiese sanar todas las heridas de esa chica perdida que tengo delante. Ella se tensa al principio pero enseguida se relaja y me devuelve el abrazo.

—Gracias—dice después.

Nos separamos y las dos carraspeamos incómodas. Elise mira a su alrededor.

—¿Has estado haciendo limpieza general?

—Sí—digo contenta por el cambio de tema—.Sólo me falta pintar las paredes, aprovechando que el piso está medio vacío tras el destrozo. Odio pintar paredes, pero un pintor me saldría demasiado caro.

—Yo te ayudaré—dice Elise, contenta de repente—.No se me da mal, y además me gusta. Me relaja.

—¿En serio?—. La imagen de ella con un rodillo se me antoja un tanto surrealista.

—En serio. ¿Has comprado la pintura?

Le señalo un par de cubos que Jason me ha traído antes y ella se ofrece a quedarse pintando mientras yo voy a trabajar; tengo turno en el Apricot dentro de media hora. Parece contenta con la idea y sé que es su forma de pedir disculpas. Elise es de las que no expresan sus sentimientos con facilidad, al igual que yo.

—¿Anne?—dice cuando estoy a punto de salir por la puerta.

—¿Sí?

—Deberías hablar con Luke. No dejes que ese asunto de Greyson Scott abra una grieta entre vosotros. Sé que te quiere.

Estoy a punto de atragantarme con mi propia saliva. ¿Me quiere? Elise lo ha dicho como si tal cosa, como si fuera lo más natural del mundo e incluso se permite mirarme con una sonrisilla cómplice en su cara de muñequita.

—Te quiere, sí—repite al ver mi cara de pasmarote—. Creo que ya ha empezado a darse cuenta. Te has convertido en alguien muy importante para él. Eres imprescindible como…como…—Se detiene, buscando las palabras—. Como una de esas cremas para la cara que descubres que son perfectas, que tapan todos los poros y sabes que jamás podrías vivir sin ellas, ¿entiendes?

Una crema para la cara. Una comparación muy propia de Elise. Mientras me despido de ella con un gesto y comienzo a bajar las escaleras pienso que ojalá pudiera convertirme en el bálsamo que borrase de una vez por todas las cicatrices de Luke.

Cuando atravieso la puerta del Apricot estoy a punto de darme la vuelta y volverme por donde he venido, porque está claro que las malas energías reinan en el ambiente. Bob Casey ha bajado de sus dominios en el cuarto piso y se pasea por entre los recreativos como un Cancerbero, observando a todo el mundo con cara de suspicacia. Desde que entraron se produjo aquella pelea entre mafias el otro día, está tremendamente irascible y no puedo culparlo.

Sheila tampoco está teniendo un buen día. Es más, parece que acaba de ser arrollada por un tren. Acaba de terminar su turno en el show y está sentada en un taburete frente a la barra, aparentemente ajena a lo que sucede a su alrededor, con la mirada fija en el fondo de su vaso de whisky. Los grandes cercos oscuros bajo sus ojos le hacen parecerse a un oso panda tristón y agotado.

-¿Estás bien?- le pregunto

-Estoy tan cansada, Anne. Estoy tan harta de todo.

-¿Ha pasado algo? ¿Algún problema? ¿Algo que quieras contarme? ¿Algun problema con…no sé, con algún hombre?- pregunto porque durante el tiempo que la conozco todos los dramas de la vida de Sheila parecen estar relacionados con sus múltiples ligues. Hoy me siento como un teatro contemplando como todos los actores se quitan las máscaras: primero Elise, ahora Sheila.

Hombres eso es.—Su tono es sarcástico y dolido a la vez— .Sí, supongo que todo lo que ocurre es culpa suya.

—¿Quieres hablar?

Sheila ríe, una risa áspera y sarcástica que no me gusta nada—¿Hablar?. No, no creo que hablar fuese a solucionar nada. Sobre todo contigo Pero gracias de todas formas.

Me pregunto que habrá querido decir con eso. Se aleja con la cabeza baja y trastabillando sobre sus tacones, y parece una sombra de la Sheila que yo conozco, todo carisma, despreocupación y descaro.

Vuelvo a casa horas después, todavía con una sensación de incomodidad pegada en mi piel. Cuando entro en el portal las luces están apagadas y hay una quietud casi fantasmagórica. Abro la puerta despacio y no veo a Elise por ninguna parte, aunque las paredes están perfectamente pintadas de blanco. Sin duda ha hecho un buen trabajo. Entonces la veo, recostada en uno de los sillones, con la cabeza inclinada hacia la pared. La pobre se habrá quedado dormida, agotada de tanto pintar. Me acerco y la toco en el hombro para despertarla, pero no se mueve. En ese momento las luces de Bárbol se reflejan en su cara y lo veo: sus ojos vidriosos, la sangre coagulándose ya en una herida en su frente.

Oigo gritos, los alaridos de alguien muy asustado y estoy tan fuera de mí que todavía tardo un rato en darme cuenta de que son los míos.

EL REGUSTO DE UNA PESADILLA ANTIGUA (LUKE)

La casa de los Hawthorne apenas se aprecia en la oscuridad. Solo si aguzas mucho la vista puedes distinguir sus contornos afilados, como dedos que estuviesen señalándome para decirme lo estúpido que soy. Como si yo no lo supiera. Miro la casa de Nelle, pero no pienso en ella. Pienso en Anne. En esa chica que se ha metido en mi piel, indeleble como un tatuaje.

Lo he echado todo a perder, como siempre. Anne me odia y yo me daría de bofetadas a mí mismo por haber hablado con Greyson. Me pareció una buena idea en su momento, cuando yo todavía creía que ella era la *verdadera* esposa de Sean, cuando todavía no había tenido la oportunidad de conocerla: la cadencia de su voz, su cara de elfo, el modo en que se sorprende y emociona ante las cosas más insignificantes: un copo de nieve, una estrella de mar. Los instantes compartidos, las conversaciones extrañas que parecen no llevar a ninguna parte y, sin embargo, son tan nuestros. Hay quien dice que la complicidad y la intimidad requieren esfuerzo, grandes pasos en la dirección correcta, horas y horas de acomodarse el uno al otro. Anne y yo construimos todo eso en un suspiro, sin esfuerzo, como si siempre hubiéramos estado ahí, esperándonos el uno al otro.

Hablar con Greyson fue un error. Le sugerí que investigara a Anne el mismo día que la conocí, antes de descubrir que no es la *verdadera* esposa de Sean. Temía que se hubiese acercado a mi familia con oscuras intenciones: sacarnos dinero o aprovecharse de mis padres. Como todo lo relacionado con Sean, me provocaba recelo; temía que alterase mi plácida existencia.

Y vaya si la ha alterado, aunque no en el modo que yo esperaba.

Ahora mismo, Anne está en alguna parte pensando que no confío en ella. La realidad es que en quien no confío es en mí mismo.

Mis pensamientos me llevan por derroteros conocidos. Después de haber descubierto juntos a Sean y a Nelle volver a la Universidad fue un alivio. Allí podía sentirme alejado, intentar no pensar en ellos. Estaba seguro de que Sean la dejaría a los pocos días, como solía hacer con todas sus conquistas, pero lo cierto es que su relación duró. Cuando hablábamos por teléfono mi madre me contaba contenta que Sean estaba sentando la cabeza, que su relación con esa chica *(«La hija de los Hawthorne, ¿la recuerdas, Luke? Solíais jugar juntos de pequeños…»)* le estaba ayudando a madurar.

La vuelta a casa esa Navidad fue terrible. Ellos seguía juntos y la

adoración de Nelle podía palparse en el ambiente. Pasaba mucho tiempo en nuestra casa y a veces coincidíamos todos en el salón: ella mirando a Sean como quien mira un tesoro muy valioso, yo mirándola a ella con incredulidad y Sean mirándome a mí con petulancia. Un triángulo patético. Recuerdo esas navidades como una sucesión de días tristes y oscuros, hasta que todo cambió.

Era el día de Nochebuena y la casa entera olía al pavo relleno de ciruelas que hace mi madre. Yo estaba en mi habitación observando a través del telescopio la lluvia de Gemínidas que suele darse por esas fechas. Había tantas que el cielo parecía estar lleno de diminutos cristales tallados. No sé cuánto tiempo llevaba así, absorto, cuando me di cuenta de que ella me observaba desde el quicio de la puerta.

—Hola—dijo Nelle.

—Hola.

Entró en mi habitación tímidamente, como si no estuviera segura de tener permiso para hacerlo, cuando años atrás solía pasar horas en ella. Esa reticencia me dolió, hizo más evidente nuestro distanciamiento.

—Hace mucho que no hablamos—dijo suavemente.

—¿En serio?—La miré irritado—Años, diría yo. ¿Y te das cuenta ahora?

Ella se adelantó y se sentó sobre mi cama, como solía hacer antes. Era tan menuda que el colchó apenas se hundió. Me miró atentamente, con los ojos muy abiertos y una expresión indescifrable.

—Lo siento mucho—musitó.

—¿Cómo?

—Siento haberme alejado de ti. Sé que te hice daño. Lo siento de verdad, Luke.

Me senté a su lado, aún sorprendido. Su expresión era dulce, sincera. Casi como la Nelle de antaño. Creo que murmuré algo, quizá un «no importa» o alguna mentira similar porque sí que importaba. Por supuesto que importaba. Ella suspiró aliviada y apoyó la cabeza en mi hombro. Su pelo olía a champú de manzana: era el olor de la Nelle que yo conocía. De *mi* Nelle. Noté como temblaba sobre mi hombro y me di cuenta de que estaba llorando.

—¿Estás bien?

—No…no realmente. Es Sean…Él es…

—¿Te ha hecho algo?

Me miró desesperada, con los ojos muy abiertos, dos círculos pálidos y suplicantes.

—Le quiero, Luke. Nunca he querido a nadie como a él.

Sus palabras se me clavaron como cuchillos diminutos. Me eché hacia atrás e intenté aparentar indiferencia.

–Pues genial. Perfecto. Me alegro por vosotros.

Nelle me sujetó por un brazo. Sus manos estaban muy frías y sus uñas parecían perlas diminutas. Se aferraba a mí como un náufrago a una tabla.

—Pero él no me quiere—hipó—. Sé que me utiliza, que se ve con otras. No puedo más, Luke…

Una parte de mí quiso preguntarle que qué esperaba de Sean, ese cabrón. Otra parte de mí deseó consolarla, asegurarle que todo se arreglaría. Ganó la segunda. Le acaricié el pelo y ella apoyó la cabeza en mi hombro. No sé cuánto tiempo estuvimos así, en la quietud de mi cuarto, mientras el ritmo de su corazón se iba ralentizando y en cambio el mío se aceleraba ante su cercanía. Nelle se giró hacia mí y me besó, primero muy lentamente y después con ansia, como si estuviese tratando de buscar algo que se le escapaba. Pronto estuvimos los dos rodando sobre la cama y cuando me incliné sobre ella para quitarle el jersey me sentí extraño, como si algún tipo de animal salvaje que hibernase dentro de mi pecho se hubiera despertado de pronto y estuviese rugiendo. Un rugido de anticipación, de triunfo, pero también un rugido de tristeza.

Ese fue el día que creí haber recuperado a Nelle. Sacudo la cabeza, como si así pudiese alejar también a mis pensamientos. El jardín navideño, envuelto en esta penumbra sin estrellas parece más bien un laberinto tortuoso, el escenario de una historia de terror. Los renos entretejidos de plantas, Santa Claus y los elfos parecen dirigirme miradas aviesas y da la impresión de que van a echar a andar en cualquier momento como las figuras de *El Resplandor*. Pienso en Anne correteando por el jardín iluminado, como Titania en su elemento. Ese día, el aire parecía detenerse a su alrededor, enmarcándola, casi sosteniéndola como si en vez de corretear levitase por encima de la hierba.

—¡Luke! ¡Luke!

Me giro hacia la voz y veo a mi madre en la puerta de la casa, perfilada por la luz amarilla del interior. Mueve los brazos arriba y abajo y en un primer momento pienso que me está llamando para que entre en casa porque me voy a enfriar o alguna de esas

recomendaciones tan suyas. Estoy pensando ya en excusas para rechazar la infusión caliente que seguro que va a ofrecerme cuando veo su cara: los ojos muy abiertos, enrojecidos, como guindas flotando en un lago helado. Su expresión de absoluto pavor.

—¡Luke! ¡Es Elise! ¡Es Elise!

Mientras corro hacia ella con el corazón en un puño vuelvo a sentir ese terror, esa angustia en el estómago que hacía años que no sentía, como el regusto amargo y conocido de una pesadilla muy antigua.

ESTRELLAS QUE SE FUSIONAN Y VUELVEN A DISTANCIARSE.

Hay ochenta y dos baldosas en el pasillo que une la sala de espera del hospital con los boxes de cuidados intensivos. De las ochenta y dos, setenta y nueve son blancas e inmaculadas, dos están rajadas por las esquinas y una de ellas es roja; roja y discordante, como si se les hubiesen agotado las blancas y la hubiesen puesto ahí por casualidad. O como una advertencia: no importa lo inocente e inmaculado que parezca todo, en cualquier momento puede romperse. En cualquier momento puedes sangrar.

Estoy contando las baldosas porque mirar a las personas que tengo delante me resulta demasiado doloroso. Ellos también están rotos: Sophie y James, que se abrazan frente a mí; ella totalmente deshecha y él tratando de mantenerse firme, con la calva llena de manchas debido al estrés. También está él; largo, larguísimo, apoyado en la pared en la misma postura que el día que lo vi por primera vez; cuando yo llevaba puesto su pijama planetario y el fruncía el ceño de esa manera tan suya. Luke.

Prefiero mil veces ese ceño a la expresión de infinita tristeza de ahora.

Los acontecimientos de las últimas horas se suceden en mi cabeza como una película a cámara lenta: mi alarido al ver la sangre en la cabeza de Elise, yo corriendo desenfrenada por mi apartamento, gritando y tratando de marcar el número de Urgencias con manos que no dejaban de temblar. La señora Patterson tocando frenéticamente el timbre, asustada por los gritos. Ella, que es la reina de la charla insustancial, por una vez se quedó sin voz durante todo el tiempo que estuvo allí conmigo, dándome palmadas en la espalda mientras yo apoyaba la cabeza en su hombro, que olía a algún perfume con el mismo regusto de alcohol que el que se percibía en su aliento.

Después llegaron los paramédicos y todo se precipitó: Elise rodeada de manos que trataban de conseguir que reaccionase, Elise colocada sobre una camilla como una muñeca desmañada; una de sus manos colgando en el aire como un péndulo, sus uñas perfectamente pulidas oscilando casi a ras de suelo.

¿Qué estará pasando por la mente de Luke? Su rostro es como una piedra, como una estatua a medio tallar que el escultor hubiera dejado abandonada. ¿Me culpa por lo que le ha sucedido a su hermana? ¿Me odian los Miller por todas las cosas extrañas que están ocurriendo desde que entré en sus vidas?

Un médico sale al pasillo y nos mira por encima de sus gafitas de concha. Nos apiñamos en torno a él y puedo percibir el miedo vibrando sobre nosotros, como un campo magnético.

—Tiene una conmoción cerebral. Le han dado un golpe bastante fuerte, pero por fortuna no hay sangrado intracraneal. Se pondrá bien. La policía está interrogándola. Después podrán verla.

La oleada de alivio que nos invade a todos es tan palpable que nos agitamos como hojas mecidas por el viento. James abraza a Sophie y antes de darme cuenta me estoy precipitando a los brazos de Luke, que me acogen como si ese fuese el lugar al que pertenezco.

—Lo siento—murmuro a la altura de su clavícula, porque es tan alto que soy incapaz de llegar a su oído.

—Soy yo quien lo siente, Anne. Anne.—Él repite mi nombre una y otra vez, lo paladea como si eso le proporcionase alivio. No puedo resistirlo más y lo beso, y aunque temo que vaya a rechazarme sus labios, que saben a la sal de sus lágrimas, se posan cálidamente sobre los míos. Por supuesto, no es un beso apasionado, sino breve y casto, un ligero toque en el que se esconden todas las palabras que quiero decirle.

Y ahí nos quedamos; los Miller a un lado y Luke y yo en el otro, como dos islas, dos abrazos en los que se esconden a partes iguales el dolor y el alivio.

—Disculpen

Reconocería esa voz en cualquier parte. La última vez que escuché ese carraspeo algo ronco también estaba con Luke, también tenía mis brazos alrededor de su cuello, aunque ambos llevábamos menos ropa y nuestra posición era mucho más comprometida.

Nos separamos inmediatamente y nos giramos hacia Larsson, que esta vez no nos mira con expresión divertida sino con el rostro grave y serio. A su lado, flanqueándolo como dos espadachines, están el agente Jack y el médico que ha hablado antes con nosotros.

—Inspector.—James se adelanta a su encuentro—¿Qué ha dicho Elise? ¿Quién la ha atacado?

—¿Podemos verla ya?—pregunta Sophie ansiosa.

—No ha podido decirnos nada útil.—Larsson está claramente frustrado—. El asaltante la atacó por detrás y además llevaba una media en la cara. Apenas consiguió verle, solo ha podido apreciar que era de complexión robusta. Esto se está poniendo cada vez más feo —.Larsson se rasca la cabeza—.Quiero hablar con todos ustedes en la comisaría.

—¡Primero queremos ver a Elise!—protesta Sophie.

—Está bien, pero solo pueden entrar dos de ustedes—interviene el médico—.Todo este ajetreo de gente es demasiado para ella. Y después deben dejarla descansar.

James y Sophie entran rápidamente en la habitación. Los demás los esperamos en un incómodo silencio, la mano de Luke todavía entre las mías y el inspector mirando al vacío con el ceño fruncido, sumido en lo que parecen ser pensamientos muy oscuros.

La comisaria tiene casi el mismo aspecto que la última vez que estuve aquí, con el mismo pasillo encerado y la misma celda llena de borrachos. Juraría que son los mismos del otro día. O quizá son otros, y todos los borrachos del mundo comparten la misma mirada alucinada. Quién sabe. Seguimos a Larsson a su despacho, como ovejas camino del matadero, y él nos hace sentar formando un corro. Le relatamos por turnos lo qué hacíamos cuando se produjo el ataque y yo le cuento el motivo por el que Elise estaba en mi casa.

—Hemos investigado a la persona que le vendía las pastillas y también al que compraba los objetos robados—dice Larsson—. Ambos tienen coartadas sólidas. Creemos que el ataque a Elise no tiene nada que ver con sus hurtos. Creemos que está relacionado con la desaparición de Sean.

Nos miramos boquiabiertos. Nada tiene sentido y creo que todos compartimos la misma sensación, la de estar dentro de una maraña que no para de enredarse.

—Explíquese, por favor—dice James con un hilo de voz.

—Hemos estado investigando a Sean, sus movimientos y su paradero durante los últimos años y hemos encontrado algo muy extraño: desde los diecinueve a los veintiocho años, Sean Miller dejó de existir.

—¿Cómo dice?

—No hay ni rastro de él en ninguna parte. Ni contratos laborales, ni alquileres. Nada. Simplemente se esfumó hasta que volvió a aparecer hace unos meses, trabajando como crupier en el Golden Apricot.

—¿Y cómo explica eso?—Noto como Luke se tensa a mi lado.

—Todo tiene su origen en una persona. Hector Green.

Sophie da un respingo y su rostro se llena de manchitas rojas.—¿Mi ex marido?—dice con voz chillona—¿El padre de Sean?

Larsson coloca una fotografía de un hombre de unos cuarenta años

sobre la mesa. Puedo ver claramente a Sean en él: los mismos ojos verdes, el mismo rictus de arrogancia. Hector Green era incluso más atractivo que su hijo, con un aire de seguridad en sí mismo que Sean también tenía pero en menor medida. Puedo entender que Sophie perdiera la cabeza por él pero me cuesta imaginarla justo a un hombre así. El amor y sus misterios.

Sophie observa el retrato y aparta la mirada rápidamente.

—Estuvimos juntos cuando éramos muy jóvenes; casados apenas un año. No funcionó. Nos divorciamos y más tarde yo me casé con James y él conoció a la madre de Sean. Sé que ella murió en el parto y Hector falleció cuando Sean tenía unos ocho años. Fue entonces cuando decidimos adoptar al niño.

El inspector Larsson asiente.—Todo eso ya lo sabíamos. Sin embargo tenemos registros que nos indican que Hector Green ha estado viviendo en Florida hace dos años, en Virginia hace cinco y un poco antes de eso en Omaha.

—¡¿Cómo?!—Sophie parece asustada—.¡Eso es imposible! ¡Hector está muerto!

—Cierto. Lo está—dice Larsson—.Hemos averiguado que Sean ha vivido todos estos años con una identidad falsa, bajo el nombre de su padre. Por eso no fuimos capaces de encontrar rastro de él bajo su identidad real.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Creemos que cuando Sean se marchó de su casa, se reencontró con antiguos compinches de Hector Green y de algún modo "heredó" el negocio de su padre. ¿Sabía usted que Hector Green se dedicaba a actividades de fraude y extorsión?

—Sabía que había tenido algunos problemas con la justicia.—Sophie está a punto de llorar—. Pero nada más. Sean se metió en algunos problemas antes de marcharse, algún pequeño hurto, peleas… No pensamos que llegara a mayores.

—Bien. Al parecer lo hizo. Creemos que Sean ha estado trabajando con las tríadas.

—¿Las qué?

—La mafia china. Concretamente dedicándose a estafas y extorsiones en algunos casinos, aquí en Las Vegas. Tenemos pruebas de que Sean trabajaba estrechamente con algunos grupos. El *modus operandi* es siempre el mismo: el grupo se filtra como prestamistas en los locales de juego, captando a jugadores habituales. Les ofrecen grandes sumas de dinero para apostar y les exigen la devolución con

intereses altísimos. Sus "víctimas" son generalmente empresarios chinos de alto poder adquisitivo, algunos con problemas de ludopatía. Sospechamos que Sean estaba colaborando con una de esas facciones aquí en Las Vegas. Estamos investigando, pero es muy difícil obtener pruebas; estos grupos suelen operar bajo la ley del silencio.

James maldice por lo bajo. Sophie se echa a llorar. Luke y yo nos miramos boquiabiertos

—También sospechamos que el accidente en el lago Mead puede haber sido intencionado. Un ajuste de cuentas. Por eso no encontramos el cadáver, ¿comprenden? Quizá Sean estaba ya malherido o muerto cuando lanzaron el coche al lago y después extrajeron el cuerpo para deshacerse de él en otro sitio. Ese tipo de técnicas son muy habituales en las mafias organizadas. Juegan a despistar.

—¿Por qué no nos lo ha contado antes?

Larsson nos mira severo por encima de sus gafas.—Estamos en plena investigación, señores. No puedo ir comentando por ahí todos los detalles. Si se lo cuento ahora, es debido al ataque que ha sufrido Elise; estamos casi convencidos de que su objetivo principal era Anne y se equivocaron de víctima.

Parpadeo lentamente. Un montón de pares de ojos están fijos en mí. Me siento como en un escenario preparado, como si de repente alguien fuese a saltar con una cámara oculta gritando *«¡Te lo has creído!»*

—¿Cómo dice?—consigo farfullar.

—También creemos que fueron *ellos* los que entraron en su apartamento la noche de Fin de Año. Admito que en los últimos días todo este asunto de los hurtos de Elise nos ha despistado, llegamos a pensar que había sido ella. Sin embargo ahora estamos seguros que sólo robo los objetos de la casa de los Miller. Lo de su apartamento, Anne, es obra de profesionales.

Trago saliva. No me gusta nada el cariz que está tomando todo esto. Me siento como un ratón atrapado en una trampa. Y no logro comprender qué tengo yo que ver con todo esto. Un recuerdo asalta mi mente: el estado de ánimo de Sean la noche que nos casamos: estaba alterado, nervioso, con las uñas mordidas hasta la raíz. En su momento pensé que se debía al rechazo de Gabrielle, pero ahora me pregunto si no sería algo más: quizá ya sabía que su vida corría peligro. Lo que no logro entender es por qué se casó conmigo. ¿Estaba todo meditado, formaba parte de algún tipo de estrategia de despiste? Si es así, la jugada no le salió demasiado bien. A Larsson también se le

ha debido pasar por la cabeza esta idea.

—Es posible que Sean estuviera tratando de huir la noche del accidente. Todavía no tenemos claro qué papel juega usted en todo esto, pero la boda con él la ha situado en el punto de mira de las tríadas. Estamos todavía buscando a esa Gabrielle, la ex novia de Sean, pero parece haberse esfumado de la faz de la Tierra. Lo que está claro es que los que entraron en su apartamento estaban buscando algo. Algo que creen que usted tiene

—¿Yo?—Mi voz suena mucho más chillona de lo que pretendía—. ¡Yo no tengo nada que ver con los tejemanejes de Sean!

—¡Por supuesto que no!—interviene Sophie como una mamá osa, colocando una mano protectora en mi hombro.

Larsson nos dirige una mirada afilada y después suspira hondo.

—El gerente del Apricot, Bob Casey, también ha reportado una serie de destrozos en las taquillas del personal del casino. No podemos asegurarlo aún, pero puede estar conectado. Hemos infiltrado a un par de hombres en el casino y mantendremos su apartamento vigilado, aunque lo mejor sería que se trasladase a otro lugar hasta que todo esto se aclare. Lo principal para nosotros es averiguar la identidad de los cabecillas de esa mafia organizada.

—¡Por supuesto, se quedará con nosotros!—La sonrisa de Sophie vacila al ver que no respondo—¿ No es así, querida? No seguirás enfadada por todo ese asunto con Greyson Scott, ¿verdad? Luke hace muchas tonterías a veces.

Sigo callada. No miro a nadie excepto a Luke, esperando que haga algo, que diga cualquier cosa que me indique que todo lo que ha sucedido entre nosotros es real. Lo miro tan fijamente que podría atravesarle el cráneo, esperando a que diga que sí, que por supuesto me quedaré con ellos. Con él. Sin embargo, él no dice nada y al cabo de unos instantes baja la mirada.

La desilusión es tan rotunda que lucho para que los ojos no se me llenen de lágrimas.

—Gracias, Sophie—murmuro—. Pero creo que será mejor que llame a alguno de mis amigos. Inspector, si no necesita nada más…

Larsson me hace un gesto benevolente con la mano, como si incluso él entendiera que tengo que salir de aquí a toda costa. Me despido torpemente de los Miller y troto por el pasillo de la comisaría, conteniendo las lágrimas, rumbo de nuevo a la soledad conocida.

Solo que esta vez no. Esta vez no estoy sola.

Hay una escena que muchas películas románticas tienen en común: la chica que huye tras una discusión, corre por las calles con los coches a punto de atropellarla, sorteando bocinazos. Siempre ocurre lo mismo: el chico va tras ella, la alcanza, la hace girar y le da un morreo impresionante, al arrullo de la banda sonora y los títulos de crédito.

Eso es lo que pasa en las películas, lo que jamás soñé que me sucedería a mí. Hasta hoy. Porque sí, eso es precisamente lo que está pasando: Luke ha salido corriendo detrás de mí y acaba de sujetarme por un brazo en plena calle. En realidad no hay morreo y el efecto se pierde un poco cuando patina sobre el hielo y está a punto de caerse, pero la intención es lo que cuenta, ¿no?

—Quiero que te quedes con nosotros. Conmigo. Lo quiero de verdad, Anne—me dice en ese tono de voz ronco y aterciopelado que tanto me gusta.

—Está bien. Bien—logro decir débilmente—Tengo que recoger algunas cosas en mi apartamento.

—Te llevo.

Esta vez el trayecto en la Kawasaki es distinto. Esta vez no me concentro en sentir el aire en mi cara, el mundo moviéndose a mi alrededor; me concentro en Luke: el olor de su cuello, su espalda contra mi pecho, sus costados que palpitan un poco cuando me sujeto a él. Cuando llegamos ninguno de los dos dice nada: nos precipitamos escaleras arriba como si las calles fuesen el escenario de un apocalipsis zombie. *Por favor, que no nos crucemos con la Patterson, por favor.* Esta vez la suerte me sonríe.

Busco mi llave, pero mi mano tiembla tanto que soy incapaz de acertar con la cerradura. Noto la suya cubriéndola, caliente y firme y abrimos la puerta entre los dos. Siento que cada célula de mi cuerpo está en sintonía con él, como si fuera un imán y yo me hubiese convertido en un montón de tornillos.

Mi apartamento nos recibe con su habitual penumbra acogedora. Paseo la mirada, sin verlos en realidad, por los objetos conocidos: el árbol, las mesas, el mueble aparador donde coloqué el retrato de Sean y Luke (olvidé dárselo a Sophie) y que destaca extrañamente entre las demás cosas. Luke y yo respiramos entrecortadamente, nos acercamos, gravitamos el uno hacia el otro.

De pronto entiendo lo que la gente quiere decir cuando habla de que el tiempo se detiene. Sus labios se encuentran con los míos y el movimiento es tan lento, tan ralentizado que incluso dejamos de respirar. Luke sabe a café, a nervios y a ese regusto de algodón de azúcar que nunca parece abandonarle. Nos abrazamos, nos fundimos

el uno en el otro, vamos quitándonos prendas de ropa que vuelan por la estancia como pájaros asustados. Hay un montón de cosas que quiero investigar: a qué sabe Luke, qué sonidos hará, si será rudo e impetuoso o dulce y tierno. Los dos avanzamos tan unidos como siameses hasta que mi espalda choca con una pared y él me levanta. Mis pies cuelgan en el aire por un momento hasta que se me ocurre que estaría mucho mejor envolviéndolo con mis piernas. Mejor. Mucho mejor. Luke gime en mi boca, nuestras manos vuelan recorriendo nuestros cuerpos, nos reclamamos. Las camas están sobrevaloradas; lo sé porque está claro que no vamos a llegar a la mía, al menos no esta vez. Lo quiero ya. Lo veo sacar un condón del bolsillo de los pantalones que ha dejado por ahí tirados y casi gimo de anticipación. Vamos a hacerlo ya, aquí mismo, contra la pared, encajados entre el sofá y el paragüero. Qué más da. Me aprieto contra él y le vuelvo a rodearle la cintura con una pierna. Sus manos se deslizan por mis muslos e introduce uno de sus largos dedos en mi interior, acariciándome con suavidad. Maravilloso, pero no suficiente. Quiero más.

—Ya—le ordeno—. Ahora.

Luke no se hace de rogar. Apenas he acabado de decirlo cuando lo noto dentro de mí, con una embestida precisa que me hace gritar. Nos movemos con furia, con desesperación, mientras la pared vibra detrás de mí y el paragüero cae al suelo con un fuerte estruendo. Seguro que la señora Patterson ya esta aguzando el oído desde su piso pero no me importa en absoluto. Luke murmura mi nombre en mi piel. Yo me agarro a su pelo enmarañado, a su nuca, muerdo su hombro. Estoy tan cerca. Él incrementa el ritmo de sus embestidas y los dos estallamos a la vez en un orgasmo descomunal, formidable. Después ambos nos deslizamos a lo largo de la pared como caracoles agotados, todavía enlazados uno en el otro.

Estoy volando, te lo juro. He quedado reducida a pedazos, a trocitos felices que flotan como confeti feliz y juguetón. Luke me mira y la felicidad se refleja también en su cara, sobre todo en sus ojos que en este momento se han vuelto tan comestibles que si no se anda con cuidado podría darle un lametón. Intenta cogerme en brazos para levantarnos pero tropieza con el borde de la alfombra y ambos volvemos a caer al suelo. Nos reímos como dos locos, como dos amantes felices.

—¿Cama?—pregunta—.Necesito recuperarme.

Señalo en dirección a mi cuarto y él me lleva en volandas. Nos tumbamos sobre la colcha y nos pasamos la siguiente media hora aprendiéndonos de memoria. Al menos yo lo hago: estudio cada

ángulo de su rostro afilado, cada peca, paso la mano por sus costillas, tan notorias como los barrotes de una jaula. Él se entretiene con mis pezones que demuestran sin pudor que Luke es su persona favorita en el mundo, porque se erizan nada más mirarlos. Me siento en una burbuja, feliz como una perdiz. Sé que pronto tendremos que hablar: sobre lo que ha pasado, sobre lo que vamos a hacer a partir de ahora; pero en este momento nada ni nadie podría hacer explotar este enorme globo de felicidad.

Excepto una persona.

—Veo que no habéis perdido el tiempo.

La voz, suave como el siseo de una serpiente, consigue erizar todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo. Luke y yo nos giramos hacia ella, incrédulos, aferrándonos a la esperanza de que nuestro subconsciente nos haya traicionado.

No lo ha hecho.

Ahí, erguido y orgulloso en el quicio de la puerta, como un rey cruel regresando tras la batalla, más vivo que nunca, está él.

Sean.

EL REY ROBLE Y EL REY ACEBO (LUKE)

Hace 65 millones de años, un asteroide de unos 10 kilómetros de diámetro se precipitó contra la Tierra. Ese cataclismo acabó con los grandes dinosaurios y dejó una cicatriz que aún persiste: un cráter de unos 300 kilómetros de diámetro en la península del Yucatán. Como consecuencia del impacto, durante meses el Sol se hizo invisible. El frío se apoderó del planeta, las plantas no podían hacer la fotosíntesis y comenzaron a morir. Transcurrieron meses antes de que el planeta se recuperase de ese desastre.

Hace ocho años, Sean se marchó dejando en mi vida una cicatriz igual de profunda. Como a la Tierra, también a mí me costó recomponerme, aprender a vivir de nuevo. Sobrevivir, más bien, porque durante años pasé por el mundo casi de puntillas, la mirada fija en el Universo y sus ciclos para no tener que fijarme en el suelo que piso. La llegada de Anne ha mi vida representó un cambio, por una vez no temía arriesgarme, por una vez pensé que podría volar.

Sin embargo, en el mismo momento en que veo a Sean en el quicio de la puerta, atildado y repeinado como si viniese de jugar al golf; la antigua cicatriz comienza a sangrar.

Anne y yo actuamos como una pareja de amantes sorprendidos por un marido celoso, lo cual no deja de ser tragicómico porque Sean es en realidad *el marido* de Anne, por mucho que ambos hayamos tratado de olvidarlo. En nuestros movimientos, en el modo en que nos separamos, hay más que sorpresa. Al menos por mi parte, también hay miedo. Sí, lo admito, estoy aterrorizado. De repente recuerdo esa vieja historia que mi padre solía contar, la leyenda del Rey Roble y el Rey Acebo, los hermanos enfrentados. Siempre he pensado que Sean y yo representábamos de algún modo esos papeles y ahora lo parece más que nunca: el Acebo regresando en todo su esplendor, dispuesto a reinar sobre las ruinas.

Anne se ha separado de mí de un salto y está poniéndose un albornoz a toda prisa, observando a Sean con ojos desorbitados.

—Tú…tú…—farfulla.

Sean le dedica una sonrisa malévola. Hacía años que no veía esa sonrisa y los pelos se me ponen como escarpias.

—Hola, cariño—dice con sorna—.Veo que no me has guardado luto demasiado tiempo…

—Estás vivo…—murmura Anne como si no acabase de creérselo. Yo sí me lo creo. Sean es como uno de esos monstruos de siete cabezas, da igual cuántas se le cercenen, siempre tiene un puñado de

repuesto.

—Vivito y coleando.—Sean se vuelve hacia mí—¿Qué tal, *hermanito*?

—Estás vivo—repito como un eco. Soy incapaz de decir nada más.

—Yo también me alegro de verte— añade él mirándome con ojos fríos.

Anne sigue revoloteando a nuestro alrededor, como una abejita histérica.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde has estado? El accidente…

—Necesitaba desaparecer por un tiempo—dice Sean sin dejar de mirarme. El odio en sus ojos es tal que se me ponen los pelos de punta.

Anne deja de moverse por un momento y lo señala con un dedo acusador. Ella también está asustada, lo veo en sus ojos.

—La policía ha estado buscándote. Creen…dicen que estás envuelto en un asunto de estafas. ¡Y tu familia se ha vuelto loca de preocupación!

—Veo que has conocido bien a mi familia. A unos más que a otros. —Sean me mira haciendo una mueca—¿Acaso no has aprendido la lección Luke? Veo que no has escarmentado.

Sus palabras me hielan la sangre y a la vez me hacen reaccionar. Saco el teléfono.

—Voy a llamar a la policía ahora mismo—le digo con más confianza de la que siento.

Él no me hace ni caso. Está mirando a su alrededor, observando el apartamento de Anne con esa cara de lobo estepario que siempre se le pone cuando planea alguna de las suyas. De repente va hacia el aparador del salón y se pone a recolocar los objetos, como un decorador de interiores incomodado por una disposición poco elegante.

Está loco.

El inspector Larsson contesta al cuarto timbrazo y le cuento brevemente lo que ocurre. Le brama a alguien que está a su lado porque la patrulla que se suponía que estaba vigilando el apartamento de Anne no está en su lugar y me promete que movilizará a una unidad inmediatamente.

Sean se ha girado hacia mí y me está mirando con cara de aburrimiento.

—No merece la pena que molestes a la poli, Luckie. Solo he venido a buscar lo que es mío, pero ya me voy. Ha sido un placer verte. A ti también, Anne.

Y sin más, como si no fuese más que un fantasma o una pesadilla demasiado vívida Sean se marcha de nuevo de nuestras vidas.

O casi.

BASURA ESPACIAL

Si ahora mismo yo estuviera ahogándome y necesitase una tabla a la que aferrarme, Luke sería lo más parecido a una que podría encontrar. Y no porque haya corrido a confortarme (cosa que no ha hecho) tras la conmoción de ver a Sean de regreso al mundo de los vivos. No; ahora mismo Luke se parece a una tabla porque está tan rígido, tan tieso, tan envarado, que sería más fácil partirlo en dos que doblarlo.

Sean apenas ha estado en mi apartamento diez minutos, pero su presencia parece haber desatado una marea de consecuencias imprevisibles. Siempre he sabido que Luke tiene una parte oscura dentro de sí, un montón de secretos que no comparte conmigo: la raíz de su enemistad con Sean, la identidad de esa misteriosa Nelle que tanto parece afectarle; un camino interior lleno de piedras y obstáculos que por algún extraño motivo, o quizá por ningún motivo en absoluto, yo estaba dispuesta a recorrer de su mano. Y digo *estaba* porque por el modo en que se ha girado hacia la puerta como tratando de huir, por el modo en que evita todo contacto visual conmigo, me da la sensación de que ese camino está ahora vedado para mí, como una senda cancelada tras un derrumbe o un terremoto.

—Luke.

Pronuncio su nombre en voz muy baja, tratando de impedir que salga corriendo. Cuando por fin se gira hacia mí se me cae el alma a los pies. Ya no hay ni rastro de chocolate en sus ojos, ni siquiera de cacao amargo. Su mirada está ahora vacía, muerta.

—La policía no tardará en llegar—digo con una voz que no es la mía.

Luke se encoge de hombros con una media sonrisa torciendo su cara, como si yo hubiese dicho algo muy tonto o muy ingenuo.—No lo encontrarán—asegura.

—¿Qué vamos a hacer?—pregunto. Intuyo que la respuesta no va a gustarme nada y por un momento estoy tentada a taparme los oídos y fingir que sé leer los labios. Quizá si me invento las palabras que están a punto de salir de su boca, no me sonarán tan horribles. Quizá así no tenga que enfrentarme a la realidad.

—Ha sido un error, Anne—dice. Y creo que aunque me hubiera tapado los oídos lo habría oído igual, porque su voz resuena como una trompeta: fuerte, innecesaria y petulante—. Esto. Nosotros—añade por si no me ha quedado claro.

—¿Por qué?—pregunto con un hilo de voz.—¿Qué ha cambiado?

—. Quiero saberlo porque sus palabras parecen del todo ajenas al Luke que ha pasado las últimas horas conmigo.

—Todo—contesta, y la palabra es como un puñetazo—. Sean ha vuelto. Él es…es tu marido.

Lo miro boquiabierta porque no puedo creer que haya dicho eso. Es tan absurdo que tengo ganas de reír y llorar al mismo tiempo, de darle una bofetada, de ponerme a gritar o de dar brincos por la habitación como una desquiciada cuyo destino sea terminar dentro de una camisa de fuerza.

—¿Lo dices en serio?—consigo preguntarle. Mi voz sigue siendo suave pero hay algo más ahí; una especie de ira que ha comenzado a burbujear en mi interior como el caldero de una bruja medieval, porque no me merezco que me trate de esta manera; después de todo lo que ha pasado no me merezco volver a tener que lidiar con esa versión de Luke, hermético y frío como un bloque de hielo.

Creo que va a responder pero no llega a hacerlo porque escuchamos sirenas, frenazos y pasos que suben al galope por la escalera, al más puro estilo de una película de acción. Te ahorraré los detalles de la conversación con Larsson y sus hombres porque apenas los recuerdo, solo sé que el inspector estaba muy frustrado por la huída de Sean, que sus ojos brillaban con la emoción de la caza, que su voz resonaba como un trueno mientras daba miles de órdenes por teléfono y movilizaba a todas las unidades policiales de la ciudad.

Sé que yo respondí a sus preguntas de forma mecánica, como ida, mientras Luke se explayaba en toda una profusión de detalles como un científico puntilloso.

También sé que mucho más tarde, cuando los detectives se marcharon, después de acompañarles a la puerta y estrechar varias manos, me giré hacia la pared en la que Luke había estado apoyado mientras respondía a las preguntas. Y lo que sé por encima de todas las cosas es que en ese momento supe que ya era demasiado tarde.

Se había ido.

***

Creo que Bárbol se está muriendo. Sus ramas ya no son verdes, son grises y mustias y caen alicaídas hasta tocar el suelo. La tierra de su maceta está árida y pedregosa y los pocos adornos que todavía conserva cuelgan sin gracia. Cuando era pequeña y ponía el árbol de navidad con mi madre, siempre lo llevábamos al monte al terminar las fiestas para trasplantarlo. Tenía la intención de hacer lo mismo con Bárbol, pero por supuesto se me ha olvidado. Otro fracaso más.

Yo, como él, también estoy muriendo por dentro. Han pasado cinco días desde que Sean apareció en mi apartamento y desde entonces no he vuelto a ver a Luke ni a ninguno de los Miller. Elise y Sophie me han llamado, pero no les he cogido el teléfono. También me han atiborrado a mensajes, informándome de que Sean ha vuelto a desaparecer, de que la policía ha emitido una orden de busca y captura y de que me echan de menos. Triste consuelo.

También he hablado varias veces con Larsson, tanto por teléfono como cara a cara. Esta desconcertado y también rabioso porque Sean se les ha escapado de nuevo. Creo que cuando todo esto termine tiene pensado tomarse unas buenas vacaciones.

No he sabido nada de Luke en todo este tiempo.

No dejo de reproducir en mi mente sus últimas palabras; una y otra vez, como un turbio fotograma: el modo en que se encerró en sí mismo de nuevo, su tono frío e impasible, sus ojos muertos. El modo en que se marchó, decidido, sin una mirada atrás.

No lo entiendo. ¿Es posible que me lo haya imaginado todo? ¿Qué la conexión entre Luke y yo solo haya existido en mi mente? ¿Qué para él no haya sido más que algo pasajero, una estrella fugaz que ha pasado por su vida y a la que no ha dedicado más que una breve mirada curiosa?

No, me niego a creerlo. ¿Por qué le ha afectado tanto el regreso de Sean? ¿Un secreto más, como la identidad de esa Nelle-Voldemort, *esa que no debe ser nombrada*?

Y como conclusión de todo esto, aquí sigo yo, a solas con mi dolor. El dolor es algo curioso, es denso y pegajoso, como una de esas babosas que salen a pasear tras un día de tormenta. Encerrada en mi pequeño apartamento, el dolor parece devorarlo todo: el aire, las paredes, a mí misma. Cuando Ezekiel me engañó con otra en mi propia cama sentí dolor y despecho. Cuando Isaiah se marchó sentí dolor y soledad. Ahora el dolor es como una enorme boca llena de dientes que me mastican y me trituran.

Es un misterio como suceden estas cosas. Luke y yo nos conocemos desde hace muy poco tiempo y sin embargo, el dolor que me produce su ausencia es tan vasto como un siglo. ¿Cómo puede una tragarse su sentimientos? De algún modo, los instantes compartidos con él: nuestros silencios, nuestras palabras, nuestras estrellas, han tenido más peso en mi vida que otras relaciones que duran años.

Nada depende del tiempo, si no del uso que le das a los minutos, solía decir mi padre.

Ahora entiendo lo que quería decir Luke cuando hablaba de estrellas tercas. Estrellas que se empeñan en acercarse y fusionarse, a pesar de que eso supone su fin. Estrellas estúpidas y tozudas, lo mismo que yo. Ahora mismo me siento como uno de esos trozos de basura espacial que orbitan en el espacio durante años y años, flotando a la deriva, dejándose llevar.

Han pasado ya dos semanas y lo único que hecho ha sido ir a trabajar y volver a casa, como una autómata. Nia y Jason vienen cada día, pero ni siquiera ellos saben qué decirme. También la señora Patterson ha subido varias veces e incluso me ha traído una olla de caldo en la que flotaban unas verduras de origen incierto. Por lo demás, me paso los días vegetando en el sofá, viendo una y otra vez mi colección de estúpidas películas navideñas: a Will Ferrelle vestido de elfo, a Tim Allen como Santa Claus y a Macaulay Culkin convertido en la pesadilla de unos ladrones estúpidos. Yo misma soy un tópico con patas; el peor cliché de cualquier película romántica: la chica abandonada comiendo chocolate en el sofá, rodeada por un montón cada vez más grande de de pañuelos de papel.

Al quinto día, decido salir por fin a dar un paseo, antes de que empiecen a salirme telarañas. La calle está casi desierta pero veo a Chris Patterson sentado en el respaldo de uno de los bancos del parque infantil. Tiene pinta de estar en uno de esos trances que le dan cuando se fuma un porro de los buenos: la mirada perdida y su cuerpo escurridizo embutido en un chándal amarillo brillante que le hace parecerse a un limón maduro.

Paseo un poco por la calle, sin un rumbo definido, intentando que mis ideas se aclaren con este frío que corta como cuchillos. Una ráfaga de viento gélido amenaza con abofetearme y me siento como una habitante de las estepas, una de esas mujeres de mejillas curtidas que vagan por entre la nieve, cargadas de historias. La luz de los faros de un coche se posa sobre Chris, enmarcándolo como a una figura sobre un altar, oscilando, agrandando su diámetro y volviendo a encogerse. De repente, una gran sensación de irrealidad me invade, como si alguien me hubiese colocado en un escenario preparado, como si algo fuese a suceder. El mundo parece cambiar a mi alrededor pero yo apenas lo noto. No puedo oír a los árboles agitándose con el viento, ni las cadenas de los columpios moverse porque todo sonido queda silenciado por el ruido de los pasos que se acercan por detrás, por el miedo que me paraliza, por la humedad pestilente que se aplasta contra mi cara mientras una mano de hierro me sujeta por la cintura.

Después, todo se vuelve oscuro.

CANGREJOS ERMITAÑOS (LUKE)

Cuando estaba terminando la carrera pasé unos meses en Turku, una ciudad de la costa finlandesa, participando en un programa de intercambio. Tuve la ocasión de presenciar algo a la vez fascinante y sobrecogedor: una estrella devorada por un agujero negro. Fue en el Observatorio de la Universidad, codo a codo con otros estudiantes tan boquiabiertos como yo, contemplando en tiempo real como la estrella era barrida por las intensas fuerzas gravitatorias del agujero al que se había acercado demasiado. El fogonazo de radiación que emitió antes de caer en su interior y desaparecer para siempre, fue tremendo. Después, la nada.

Así me siento.

No puedo quitarme de la cabeza la mirada de Anne cuando le dije que me iba, el modo en que todo lo que habíamos empezado a construir, la confianza, el deseo, el anhelo, se hizo añicos de golpe como un millón de esquirlas.

Le mentí. Cuando le hice creer que lo nuestro no había significado nada, le estaba mintiendo. Para mí, lo significó todo. Y si huí, no fue por cobardía, esta vez no. Si algo es seguro es que, ahora que sé que Sean está vivo, debo mantenerme alejado de ella. Sé lo que podría pasar si no lo hago. Lo aprendí de la peor de las maneras.

Me siento en el columpio del jardín, el que mi padre montó para nosotros cuando éramos pequeños. El cielo está oscurísimo, las estrellas ocultas tras una telaraña de nubes. Mejor así. Mientras dejo que la brisa me meza suavemente, vuelvo a pensar en todo lo que sucedió con Nelle.

Después de aquella Nochebuena Nelle y yo nos embarcamos en una especie de relación. Yo volví a la Universidad y ella venía a visitarme a veces aunque nunca a la inversa. Ella no quería que yo fuese a verla; decía que le gustaba salir de nuestra calle, del ambiente monótono que la rodeaba todos los días.

Al principio, me sentía como si estuviese flotando. Tener a Nelle era la culminación de todo lo que siempre había soñado. Se suponía que debía ser maravilloso, ¿verdad? Sin embargo la burbuja fue deshinchándose poco a poco. Las palabras no fluían, se nos atacaban en las gargantas como las espinas de un pez gigante. Las conversaciones se volvieron incómodas y sus visitas estaban revestidas de torpeza, silencios demasiado largos. Hacíamos el amor y después yacíamos uno junto al otro con las miradas perdidas en el techo, sin saber qué decirnos. Nelle se iba deshilachando ante mis ojos y yo no

sabía qué hacer para retenerla.

La burbuja acabó por estallar por completo el verano siguiente. Yo había vuelto a casa por vacaciones y estaba deseando pasar más tiempo con ella, reconstruir de algún modo nuestra relación. Por aquella época, Sean casi no paraba en casa, venía un par de veces por semana a dormir y no dejaba de meterse en líos. Mis padres estaban muy preocupados por él.

Nelle se pasó las dos primeras semanas del verano esquivándome todo lo que podía, de un modo tan evidente que la abuela comenzó a poner los ojos en blanco cada vez que me veía buscándola sin éxito. Ella era la única que conocía nuestra relación y no hacía falta ser un genio para saber que no le gustaba. Nelle, al igual que Sean, nunca le cayó demasiado bien. A mis padres no les dije nada; bastante tenían intentando atajar los problemas de Sean con el alcohol y sus trapicheos.

Todo estalló una noche de julio. Decidí presentarme por sorpresa en casa de los Hawthorne y confrontar a Nelle. Necesitaba respuestas. La señora Hawthorne no estaba pero Megan, que entonces era apenas una adolescente, me abrió la puerta muy nerviosa, con una capa de sudor reluciendo sobre su labio superior.

—Está arriba. Está haciendo la maleta.

Tuve un mal presentimiento. Corrí escaleras arriba y la encontré cerrando una enorme maleta roja. Me miró como si fuese la última persona que desease ver en ese momento.

—¿Te marchas?—le pregunté con toda la frialdad que fui capaz de reunir.

—¡Luke!—Parecía asustada—. No sabía…No te esperaba.

—¿Te marchas?—repetí.

Ella tragó saliva, mirando su maleta a medio hacer.

—Sólo por un tiempo. Necesito…tengo que alejarme de aquí.

Una horrible sospecha trepó por mi estómago y se quedó ahí pegada, como una lombriz. Creo que fue en ese momento cuando vi lo que había estando tratando de negarme a mí mismo todo este tiempo: ella jamás lo había olvidado.—Te marchas con él, ¿verdad? Con Sean.

Ella suspiró.—¿Con él? ¡No!

La sujeté por los hombros y la miré a los ojos. Los suyos estaban llorosos y supe que me decía la verdad. También vi algo más: se hubiera ido con él de haber tenido la oportunidad.

—Dime la verdad—insistí.

—¡Maldita sea, Luke!—Me apartó de un manotazo—.¡Estoy embarazada!

Sentí una especie de corriente eléctrica recorriéndome la espalda, una explosión interior, como si dos líquidos, uno muy caliente y otro muy frío se hubiesen mezclado y estuviesen borboteando en mi estómago. Intenté abrazarla pero ella se apartó.

—Yo…nosotros podemos…Yo podría hacerme cargo…—farfullé. Seguí hablando durante un buen rato, diciendo todas esas cosas que los chicos buenos dicen en las películas románticas para garantizarle a la chica que jamás se irán de su lado. Por algún motivo, mis palabras parecieron alterarla todavía más. Me miró como no me había mirado antes: con desprecio y con una pizca de lástima.

—¿Es que no lo entiendes? Ni siquiera sé si es tuyo.

Sentí que me tambaleaba. Estiré un brazo para aferrarme a algo pero no había nada más que aire a mi alrededor.

—¿Cómo?

—Hemos seguido viéndonos durante este tiempo. Sean y yo…Lo siento, Luke. Lo he intentado pero es más fuerte que yo. Es como si ejerciera una especie de embrujo sobre mí. Nunca puedo decirle que no.

Quise taparme los oídos para no seguir oyendo. Frente a mí estaba la Nelle de siempre, con su pelo dorado, sus hombros huesudos y sus ojos azules, pero no parecía ella. Era como si un ente extraño se hubiese apoderado de su cuerpo, como en esas películas *pulp* en las que la alimaña termina saliendo por la boca de la víctima, en una explosión de vísceras viscosas.

–¿Y qué piensas hacer?

—La única solución es marcharme. Tengo una amiga en Maine que ha prometido conseguirme un empleo. Necesito poner distancia.

—¿Y el niño?

—Tengo cita en una clínica en un par de días. Lo solucionarán rápido, todavía estoy de muy poco.

Nelle hablaba con voz átona, acartonada, como la actriz de una película muy mala. Creo que en ese momento me di cuenta de que se había convertido en una desconocida para mí. Me enfurecí.

—¿Y si el niño es mío? ¿Y si no quisiera que te deshicieras de él?

Vaciló. Su rostro estaba pálido, sin vida.

—No puedes impedirlo.— dijo al fin. Me dedicó una mirada oscura y velada, con esa nueva expresión de dureza que era nueva para mí.— Déjame en paz, Luke.

Antes de que pudiese contestar se había ido, la maleta roja balanceándose en una mano y su pelo flotando tras ella. Creo que fue ese detalle, esa visión de su melena rubia que tanto conocía y que tan propia era de *mi* Nelle, lo que me hizo correr tras ella escaleras abajo. La vi montarse en el Suburban de su padre y pisar el acelerador a tope. Me subí de un salto a la moto y fui tras ella.

Apenas recuerdo nada de aquella persecución, solo un montón de retazos que aparecen de vez en cuando como flashes. Sé que el asfalto estaba pegajoso por el calor, que el aire estaba lleno de los cantos de las cigarras. Recuerdo que el Suburban volaba frente a mí como un enorme pájaro metálico, su carrocería convertida en una mancha difusa. Sé que pisé el acelerador más de lo debido y Nelle hizo lo mismo, tratando de alejarse, de huir de mí.

Después todo se volvió confuso, la tierra pareció vibrar a nuestro alrededor y la última imagen, la que más pesa en mi mente, es la del coche derrapando, perdiendo el control, dando una vuelta de campana y deteniéndose inerte frente a la marquesina del porche de los Thomson, las ruedas girando en el aire como ojos fuera de sus órbitas.

Recuerdo que salté hacia ella, que lancé la moto contra un árbol y que me precipité corriendo hasta el Suburban destrozado, gritando, llamándola.

Sobre todo, lo que más recuerdo, son sus ojos abiertos y vidriosos, sus piernas dobladas en un ángulo imposible, la sangre en su cabeza.

Cuando la ambulancia llegó minutos más tarde yo todavía seguía abrazándola, acunando su cabeza en mi regazo, llamándola en vano.

Nelle.

—Luke, eres un gilipollas.

La voz me llega tan de improviso que pego un salto. Estaba tan sumido en mis oscuros recuerdos que no la vi llegar, pero aquí está, con sus ojos vivos como los de una ardilla y sus brazos llenos de pulseras.

Dorrie, por supuesto.

—Eres más tonto que echarle alpiste a un avión—remata, echando mano de su extravagante refranero popular.

—Gracias–digo algo dolido, aunque en el fondo estoy de acuerdo con ella.

Me empuja para que le haga sitio y se sienta a mi lado en el columpio.

—Entonces…¿Es esto lo que vas a hacer?—me pregunta con acritud—¿Esconderte como un gusano y dejar que esa chica desaparezca de tu vida?

—¿Es que no lo entiendes?—Me encaro con ella—. Sean está vivo. *Vivo.* No puedo seguir viendo a Anne.

—Ajá. ¿Y eso por qué? Que yo sepa ellos dos nunca tuvieron nada remotamente parecido a una historia de amor.

—Sean pudre todo lo que toca, sobre todo si está relacionado conmigo. Creí que lo sabías. Mira lo que le sucedió a Nelle. Entre Sean y yo la destruimos por completo. ¿Cómo voy a exponer a Anne a ese riesgo? Con Sean vivo…Quién sabe lo que podría pasar, si él logra burlar a la policía y regresa…

Miro a mi abuela esperando que lo entienda pero ella se ha puesto seria de repente, algo muy raro en Dorrie, y está meneando la cabeza como una muñeca de feria mientras masculla algo ininteligible.

Lo intento una vez más.

—No me fío de él, ¿entiendes? Y tampoco me fío de mi mismo cuando él está por medio. Nos odiamos tanto que lo arrollamos todo a nuestro paso.

De repente Dorrie me da una colleja en la nuca que resuena como un petardo. La miro con reproche pero ella se ha levantado y está frente a mí con los brazos en jarras.

—¡Jamás he oído mayor sarta de tonterías!—gruñe—Tú no tienes nada que ver con lo que Sean ha hecho o dejado de hacer en su vida, ni tampoco eres responsable del accidente de Nelle. ¡Tú no la empujaste contra ese árbol!

Agradezco el intento pero no me sirve. La abuela es la única que conoce toda la historia: mi relación con Nelle, nuestra discusión, el hecho de que la perseguí tan rápido que provoqué que perdiera el control del coche. Fue ella la que me recogió aquel día del hospital, una versión desolada de mí mismo que apenas podía sostenerse en pie. Jamás le contó nada a mis padres; ellos no tienen ni idea que el día del accidente yo estaba allí.

—Yo la perseguí—la recuerdo—. Iba a toda velocidad, tratando de impedir que se marchase. Tuvo el accidente por huir de mí. Yo soy el responsable.

—¿En serio piensas eso, Luke?—La abuela parece genuinamente

asombrada.

—Por supuesto que sí.

Dorrie gruñe como un motor y después me agarra del brazo con fuerza sorprendente y me obliga a levantarme del columpio.

—Esto ya ha durado demasiado tiempo. ¡Vamos!—Me empuja fuera del jardín, en dirección a la casa de enfrente. ¿Qué se propone? Intento detenerla pero se ha convertido en un pequeño motor a propulsión, no atiende a razones. Nos paramos sin aliento ante la puerta de los Hawthorne y ella pulsa el timbre más veces de lo necesario.

—¿Dorrie? ¿Luke?…Pero ¿qué…?—La señora Hawthorne nos mira asombrada desde el quicio de la puerta, sus ojos convertidos en dos grandes bolsas oscuras.

—Vamos, Rosanne, déjanos entrar—dice la abuela con firmeza—. El chico necesita terminar con esto de una vez por todas.

—No creo que…—La madre de Nelle trata de cerrar la puerta pero la abuela es más rápida e interpone un pie calzado con una babucha amarillo chillón. Ambas mujeres se miran durante un rato, un duelo de voluntades. Gana la abuela.

—Está bien—suspira la señora Hawthorne apartándose—.Está bien.

De la mano de la abuela, como si volviese a ser un niño, subo las escaleras que conducen al piso de arriba. El corazón me late a mil por hora. La última vez que estuve aquí, la noche de fin de año, la señora Hawthorne me echó sin miramientos antes de que pudiera ver a Nelle. Ahora, por lo visto, va a permitírmelo. Noto como se me eriza el vello de los brazos mientras Dorrie tira de mí hacia su habitación y de repente me entra miedo. No sé si quiero hacer esto. Me gustaría que Anne estuviera aquí conmigo para darme la mano.

Entonces la veo. Nelle. Es como abrir un cajón y encontrarte con una carta escrita hace muchos años, con olor a naftalina y letras desvaídas. Su pelo es lo único que no ha cambiado: la misma cortina blanca de siempre, cayendo sobre sus hombros como un halo de sol. El resto de ella es otra historia: la espalda rígida dentro del arnés, las manos muertas, inútiles sobre su regazo, la piel del rostro amarillenta, acartonada, con el aspecto de alguien a quien nunca le da el sol. El hilillo de baba que le resbala por la barbilla, los ojos muertos. La silla de ruedas rodeándola como una armadura.

—Nelle—susurro desde la puerta—. Nelle, soy yo. Luke.

Un parpadeo. ¿Me habrá reconocido? Escucho a mis espaldas el

suspiro de la señora Hawthorne; ella sabe, al igual que yo, que Nelle ya no puede decirme nada. Aún así entro en la habitación y me arrodillo ante ella, pongo la cabeza en su regazo. Mi frente palpita contra sus piernas, que se sienten como ramitas frágiles y nudosas.

—Lo siento—murmuro—. Lo siento mucho.

Si esto fuera una película, una de esas que tanto le gustan a Anne, se obraría el milagro y Nelle conseguiría mover una mano para acariciarme el pelo, o algo así de simbólico. Sin embargo, no lo hace. No puede. Aún así, cuando levanto la mirada veo una única lágrima en la comisura de su ojo derecho, una gotita diminuta que se seca antes de llegar a deslizarse por su mejilla.

Me pongo de pie. Me siento extraño y a la vez liberado. Le doy un beso en la mejilla: huele a polvos de talco y a medicamentos.

—Adiós, Nelle—digo antes de salir.

Nos sentamos con la señora Hawthorne en su salón, ella muy tiesa y todavía recelosa y la abuela con una extraña expresión de satisfacción.

—Bien, ya la has visto—me dice Rosanne con cierta acritud—¿Y qué has ganado con ello? Ya ves como está.

Se equivoca en algo. Sí he ganado *algo*. No podría decir exactamente qué, pero el hecho de haberla visto después de tanto tiempo, de haberla tocado, me ha provocado una paz extraña: una calma mezclada con tristeza, una especie de catarsis.

—Gracias—digo simplemente y mi voz suena tomada, como si estuviera aguantándome las lágrimas. Descubro que eso es exactamente lo que estoy haciendo.

La abuela se remueve impaciente en el sillón.

—Sí, gracias.—dice—Y ahora, ¿podrías hacer el favor de contárselo *todo* al chico?

Veo como la señora Hawthorne palidece, sus ojos se llenan de lágrimas. Junta las manos sobre el regazo y aprieta tanto los puños que sus nudillos parecen canicas blancas.

—No sé a qué te refieres, Dorrie—dice con voz lastimera.

—Oh, por supuesto que lo sabes, Rosanne. Te hice una promesa hace años y la he cumplido, no le hablé a nadie del asunto; ni siquiera a Luke, a pesar de que él merecía saber más que nadie. Pero aquí lo tienes, varado como una ballena en una playa. Es hora de pasar página.

La señora Hawthorne nos contempla con ojos duros como gravilla, que poco a poco se van suavizando. Suspira y resopla como un barco de vapor.

—Está bien.

Miro a la abuela intrigado mientras Rosanne se levanta y se pone a revolver en un cajón, pero Dorrie se mantiene tan impasible como un pequeño buda. La madre de Nelle regresa con un montón de papeles y los arroja en mi regazo; me quedo helado: es el informe médico de Nelle tras el accidente.

—Tercer párrafo del segundo folio—dice la señora Hawthorne con voz átona.

Leo donde me indica y un montón de palabras confusas comienzan a pasearse por mi mente, como hormigas malvadas.: *toxicología, análisis positivo, cocaína*…¿Nelle? Apenas puedo creerlo pero entonces recuerdo algunas cosas de aquellos últimos días: su palidez, sus cambios de humor, sus ojos hundidos.

—Sí, ya lo ves. Iba puesta hasta las cejas—dice con el rostro crispado—. Eso es lo que mi hija obtuvo de su relación con los Miller; convertirse en una adicta. Ese Sean era un diablo, un auténtico degenerado.

Miro a Rosanne y ella me devuelve una mirada oscura, en la que se mezclan la rabia, el rencor y el desamparo. La entiendo muy bien, esas emociones me han acompañado a mí durante tanto tiempo que ya las considero viejas amigas.

Diez minutos después la abuela y yo estamos sentados de nuevo en el columpio del jardín, ajenos al frío.

—De modo que tú lo has sabido durante todo este tiempo, que Nelle había tomado drogas el día del accidente—digo en voz baja—¿Por qué no me lo dijiste?

La abuela suspira y ahí, apenas iluminada por la decoración navideña del jardín, aparenta por una vez su edad exacta.

—¿Hubiera cambiado algo si te lo hubiese dicho? ¿Te habrías sentido menos culpable?

Medito la respuesta. Por supuesto, no me habría sentido menos culpable. No hay forma de saber si Nelle tuvo el accidente por culpa del exceso de velocidad, las drogas o ambos. No hay forma de averiguar si lo habría tenido igual de no haber estado yo persiguiéndola. Además, la culpa no es algo de lo que uno pueda despojarse tan fácilmente: es como un perro excesivamente fiel que se empeña en seguirte a todas partes.

Niego con la cabeza y por un momento me siento frustrado. Si ver a Nelle después de tantos años y enterarme de la verdad no ha servido para quitarme este peso de encima, entonces está claro que me acompañará toda la vida, lastrándome, convirtiéndome en una persona incompleta. Miro a la abuela y veo que ha puesto una de esas caras de sabionda que emplea cuando va a contar alguna de sus extrañas anécdotas.

—Tu abuelo y yo solíamos pasar las vacaciones de verano en Cape Cod, ¿lo sabías? Me encantaba bajar a la playa al anochecer, en plena temporada de reproducción de los cangrejos ermitaños.

No lo sabía, pero observar un montón de cangrejos ermitaños apareándose es una de esas aficiones que uno esperaría de alguien como Dorrie, así que no digo nada.

—No sé si lo sabes, pero esa especie no tiene caparazón propio, así que para protegerse utilizan conchas de otros moluscos: ostras, caracolas, lo que encuentren. En cada temporada se produce una carrera por hacerse con las piezas más valiosas, las más robustas. Algunos cangrejos, los más despistados o los menos afortunados, tienen que conformarse con las conchas más pequeñas y a veces ni eso. He visto a cangrejos morir porque no había conchas de molusco disponibles. Otros, los más avispados, se las construían con cualquier cosa: trozos de cristal, lascas de piedra, lo que fuera. Esos cangrejos sobrevivían, ¿lo entiendes, Luke?

—No mucho, la verdad. ¿Qué tienen que ver los cangrejos con todo esto?

—¡Se trata de escoger lo que uno hace con la carga que le ha tocado!—grita la abuela con impaciencia. Todos desearíamos caparazones perfectos e inmaculados, pero te aseguro que he visto a un cangrejo ermitaño que usaba como concha un tarro de mermelada vacío y era el líder de su grupo. Se las llevaba a todas de calle.

—¿A quién?—pregunto confuso.

—A las cangrejas, por supuesto.

Sonrío y la abuela me acompaña con su risa similar a un alegre cacareo.

—Piensa en ello—dice mientras se levanta y se dirige hacia la casa, sabia y ligera sobre sus zapatillas de Alí Babá.

Pienso, pero no durante demasiado tiempo. No sé si es que las palabras de Dorrie han hecho mella en mí, o si se me ha pegado algo del espíritu del cangrejo rompecorazones o si he crecido de repente, como una de esas plantas que solo florecen de noche. El caso es que

cuando quiero darme cuenta estoy sobre la moto, a su encuentro, dispuesto a intentar arreglar todo lo que se ha resquebrajado.

La calle de Anne está sumida en la penumbra. Ya de por sí es un barrio un tanto turbio, con sus edificios como colmenas y sus habitantes que siempre me parecen un poco chiflados. Pulso varias veces el timbre de su piso pero nadie responde y tampoco hay luz en las ventanas. La llamo por teléfono y me encuentro con un buzón de voz que me insta a dejar un mensaje. Me pregunto dónde estará.

Un carraspeo mohoso, de fumador empedernido, resuena a mis espaldas y me doy la vuelta para encontrarme con un extraño espécimen: chándal de color chillón, melena grasienta, ojos enrojecidos. Desde aquí puedo oler la peste a marihuana que desprende.

—Tronco–me dice con voz turbia—¿Buscas a Anne?

—Sí—respondo con desconfianza. Creo que ya he oído antes esa voz; es el vecino camello.

—Se ha ido, tío.—Me mira aterrorizado, sus ojos convertidos en dos medias lunas brillantes—.Se la han llevado.

EL SÓTANO DEL DALAI LAMA

En nuestra colección de frases de películas mamá y yo guardábamos sitio para algunas de las mejores perlas del cine de terror, como ese *«Hagas lo que hagas, no te quedes dormido»* de *Pesadilla en Elm Street* o el inquietante *«¿Qué si flotan?¡Claro que flotan, Georgie!»* de *It*. Sin embargo, no puedo decir que este género sea uno de mis favoritos. No me gusta pasar miedo, ni siquiera ese miedo de segunda mano que uno experimenta con los ojos pegados a la pantalla, sufriendo con el protagonista. Soy de las que clavan las uñas en el borde del sofá, cierran los ojos en las escenas más sangrientas y buscan cualquier excusa para levantarse y huir.

Siempre hay excepciones, claro. Solía reírme con las películas de serie B, llenas de heroínas que siempre se las arreglaban para caer en las garras del asesino de turno y terminaban atadas y amordazadas en algún sótano oscuro, ofreciendo espléndidos primeros planos de sus rostros con el maquillaje cuarteado, los ojos fuera de sus órbitas y un par de realistas gotas de sudor resbalando por su frente. Sí, reírse con ese tipo de películas parecía algo correcto, agradable. Una forma más de pasar la sobremesa de un sábado.

Hasta que una misma se convierte en esa chica.

Abro un ojo y una luz amarillenta me golpea como un puño. Noto dolor. No un dolor común y corriente, como cuando te salpica una gota de aceite de la sartén o te pillas un dedo con la puerta. No. Este es un dolor agudo, un dolor dilatado que se extiende por todas las fibras de mi cuerpo y del que no tengo muy claro su origen: la contusión que tengo en la sien, la herida de mis muñecas amordazadas a mi espalda o la cinta aislante que tapa mi boca, dejándome un horrible regusto a plástico.

No sé donde estoy, claro está. La luz amarillenta que me rodea proviene de una bombilla colgada de un techo de ladrillo visto. Estoy sentada en un duro suelo de cemento y las paredes son oscuras, llenas de telas de araña de esas largas y densas, fruto del trabajo de un millón de patitas hacendosas en la oscuridad. Trago saliva, una saliva espesa que sabe a miedo y se me atasca en la garganta. Ahora yo soy la chica de la película de terror y el pavor lo inunda todo y se cuela en los pequeños detalles que ningún director de cine podría mostrar: el temblor en todo mi cuerpo, las ganas de hacer pis que han convertido mi vejiga en una piedra pesada, la sangre que brota de mis labios bajo la cinta aislante porque me los he mordido sin querer.

¿Quién me retiene aquí? Mil ideas pasan por mi cabeza: desde un asesino en serie con el que he tenido la desgracia de cruzarme hasta

un negocio de trata de blancas, pasando por la posibilidad de que haya sido el propio Sean, en uno de sus turbios negocios.

Mis pensamientos se ven interrumpidos por una puerta que se abre, amenazadora, chirriante, como deben abrirse todas las puertas en todos los zulos del mundo. El hombre que entra es delgado, bajito y va muy atildado, como si se hubiese vestido para una cena de gala. Camina hacia mí con parsimonia y veo que está sonriendo: una sonrisa aviesa y fina y yo me doy cuenta de que le conozco; no es la primera vez que veo esa cara: es el turista chino que bebía en el Apricot la noche que me casé con Sean. Su innegable parecido con el Dalai Lama está ahora matizado por la expresión malvada de su cara, su boca llena de dientes renegridos. Me quita la cinta de un tirón y yo ahogo un gemido porque el dolor es como un latigazo.

—Al fin tenemos con nosotros a la escurridiza esposa—dice con una voz suave como la seda—. Ahora vas a darnos todas las explicaciones que nos debes.

Parpadeo rápidamente para espantar las lágrimas. Estoy muerta de miedo. Este es el momento en el que las chicas de las películas dicen algo heroico, algo como *«jamás me arrancarás ni una sola palabra»* o «*soportaré cualquier tortura antes que traicionar a mi patria».* Esto no es una película y yo no me siento particularmente heroica, de modo que me dispongo a decir algo mucho menos espectacular (y más cercano a la realidad) como *«yo no sé nada».* Sin embargo, de mi boca solo sale un graznido de cuervo y una tos seca que me hace escupir un montón de saliva.

El hombre hace un gesto con los dedos, como un director de orquesta. De las sombras surge otro individuo, también chino, pero mucho más alto y fornido, como un luchador de sumo de aspecto malvado. Por supuesto, en todas las películas el mafioso de turno tiene un montón de secuaces forzudos para cuando es necesario dar estopa a sus víctimas. Tiemblo tanto y tan fuerte que puedo sentir el suelo vibrando bajo mi trasero.

—Dale agua a nuestra invitada—dice el Dalai Lama

El luchador de sumo me acerca un vaso de plástico. El agua está caliente y aceitosa pero me la bebo toda de un trago. Además de muy asustada, estoy sedienta.

—Ahora habla—me ordena.

Lucho con mi voz hasta que consigo encontrarla

—No sé de qué va todo esto—musito.

Él suspira, con el aire de un hombre que debe armarse de

paciencia.

—Lo que Sean nos robó. Toda la información. Los documentos.

—¿Qué documentos?

—No te hagas la tonta.—Se acerca con aire amenazante y puedo oler su aliento, una horrible mezcla entre ajo y chicle de menta—. Sabemos que eres su cómplice. Tú sabes tanto como él, eres su cómplice.

¿Qué está diciendo este hombre? ¿Cómplice? ¿Documentos? Esto ha pasado de ser el escenario de una película de bajo presupuesto a convertirse en un thriller político.El clon del Dalai Lama parece estar cansándose de mi silencio, porque hace una seña a su esbirro, que camina hacia mí como una máquina de destrucción. El hombre me libera de la ligadura que sujeta mis muñecas y después toma una de mis manos delicadamente, como si fuera a besarla.

Pero no lo hace.

En lugar de ello me rompe el dedo anular, Escucho el crujido del hueso y mi grito llena la estancia, junto con un dolor que lo inunda todo y es tan agudo que me deja sin respiración.

El mundo se ha convertido en una pesadilla.

—¡Habla ya!—grita mi captor—¿Dónde están los documentos?

—Por favor…—susurro. Creo que voy a desmayarme. Intento mantener los ojos abiertos y veo un montón de chispas blancas, como diminutas estrellas que me impiden razonar con claridad. Estrellas, siempre estrellas. Malditas sean. Ellas tienen la culpa de todo.

El forzudo me mira rechinando los dientes y me preparo para sentir más dolor.

Entonces sucede. Creo que oigo algo. Un ruido en el exterior, como un murmullo. No me lo estoy imaginando porque ellos también lo han oído. El Dalai Lama salta hacia mí con la agilidad de una pantera y noto un contacto frío en el cuello, como un bloque de hielo que pronto se traduce en más dolor. Sangre. Noto las gotas calientes resbalando por mi escote. Me está degollando. El hijo de puta me está rebanando el cuello como a un cordero el día de Pascua.

El ruido en el exterior se hace más fuerte y oigo gritos. No sé si me estoy desmayado o estoy soñando o quizá haya muerto ya. Las estrellas ante mis ojos comienzan a moverse, se fusionan, explotan.

Son estrellas tercas.

Justo antes de que la oscuridad me engulla veo la cara del

inspector Larsson que entra en la habitación, pistola en mano, decidido y valiente como un Indiana Jones en su misión más peligrosa.

***

Lo veo todo azul. Un azul claro, insolente, de la misma tonalidad que el fondo de una piscina. Un azul eléctrico que me molesta. Quizá estoy de nuevo en el tanque de las estrellas de mar. Abro los ojos poco a poco y una mirada solícita (y también azul) se encuentra con la mía. Su dueña es una mujer de mediana edad, con pelo ensortijado y arrugas en torno a los ojos. Parece amable y a la vez firme, como una institutriz victoriana.

—Veo que nos hemos despertado…—canturrea

—¿Por qué es todo azul?—protesto con una voz idéntica a la del Pato Donald.

—Oh, cielo, no gires tanto el cuello; todavía tienes la herida un poco tirante. Estás en un hospital.

Miro a mi alrededor, confusa. ¿No se supone que los hospitales son blancos y no azules? Escucho pitidos a mi izquierda y veo un enorme gotero enganchado a mi brazo. El dedo que el Dalai Lama me rompió ha alcanzado el tamaño de una morcilla y está envuelto en una tablilla pequeña. Trato de acomodarme sobre las almohadas y miro a la enfermera. Un cartelito en su pechera me informa de que se llama Samantha.

—Quiero que venga alguien—me quejo.

—Tus amigos han estado aquí—me dice—. Un chico muy asustado y una chica que se enfadó mucho cuando le dije que debía irse. Las italianas tienen el genio rápido. Lo sé porque mi abuela también lo era.

—Nia es griega—digo débilmente.

—Ah, ¿sí? También han venido tu marido y tu suegra. Tampoco querían dejarte sola. Muy insistentes los dos.

Mi marido. Entro en pánico. ¿Sean? ¿Sean ha estado aquí?

—Un chico alto y larguirucho. Ojos castaños. Parecía muy preocupado por ti. Es tu marido, ¿no?

Luke.

—También ha venido tu abuela, creo. Una mujer peculiar.—Samantha frunce el ceño y yo me pongo a pensar en la clase de locuras que habrá dicho o hecho Dorrie.

Sin embargo, lo que deseo por encima de todo es saber qué ha pasado.

—Quiero hablar con el inspector Larsson—pido.

—Ah, sí.—Samantha suena algo irritada—. La policía ha estado aquí también. Como has sido víctima de algún tipo de crimen… Claro que a mí no me han contado los detalles…—Se nota a la legua que se muere de curiosidad.

—Quiero hablar con Larsson—repito.

—Por supuesto.—La enfermera se pone a trastear con mi gotero—. Cuando esté estupendo calmante que te estoy poniendo haya surtido efecto. Tienes que descansar.

Voy a protestar, pero los párpados parecen pesarme toneladas. Estoy tan cansada.

Vuelvo a sumergirme en el color azul.

LA IGNORANCIA

Cuando despierto de nuevo Larsson está a mi lado, sentado en una silla, leyendo un ejemplar de *La Ignorancia* de Kundera. Muy apropiado, porque yo también estoy sumida en la más completa ignorancia. Carraspeo y él se endereza.

—¡Anne! ¿Cómo está?

—Bien. Apenas me duele ya. Quiero saber qué ha pasado.

—Directa al grano, ¿eh?—Larsson sonríe—. La verdad es que ha sido un caso muy enrevesado. Es largo de contar.

—Lo primero que quiera que sepa es que hemos detenido a sus captores. Zhang Jie, el hombre que ordenó tu secuestro, es el líder de un poderoso grupo dedicado al blanqueo de capitales proveniente del juego ilegal. Llevábamos tiempo tras él, pero estas organizaciones están envueltas en la ley del silencio y nos estaba resultando muy complicado encontrar algún indicio que lo incriminase.

Bien. Me alegro de que el malvado clon del Dalai Lama esté entre rejas. Suspiro de alivio y el calmante o lo que sea que Samantha ha puesto en el gotero borbotea y se agita.

—¿Y Sean?

—Era su cómplice tal como pensábamos. También está detenido.

Otro suspiro de alivio y nuevos burbujeos procedentes del elixir de la vida. Hago un gesto para que el inspector continúe.

—No estamos seguros de si Sean Miller ya se había aliado con ellos antes de empezar a trabajar en el Apricot o si el vínculo surgió después. El caso es que comenzó a actuar como "cebo" para ellos; En su papel de crupier, manipulaba las cartas de forma que la víctima escogida por las tríadas jamás tuviese una oportunidad; solían perder grandes cantidades de dinero y era ahí cuando Zhang Jie esgrimía su principal habilidad: la extorsión. Prestaban dinero a la víctima, con un interés altísimo y esta se avenía a devolverlo la próxima vez que consiguiese un premio. Ese era el momento en el que Sean manipulaba de nuevo las cartas y le permitía al desgraciado de turno ganar una sola vez: una cantidad que entregaría a Zhang Jie acrecentada con los intereses. No sólo timaban a los jugadores, también al propio casino. Enrevesado, pero eficaz. De esta forma la organización se embolsó grandes cantidades de dinero del juego. Sean se quedaba con un porcentaje.

Analizo las palabras de Larsson. Es todo tan turbio, tan enrevesado, que me cuesta encontrarle algún sentido.

—Pero ellos querían matarlo, ¿no es así?

—Así es. Llegó un momento en el que Sean quiso llevarse un pellizco mayor y cuando ellos se negaron decidió extorsionarles. Chantajear al chantajista, por decirlo de algún modo. Durante meses estuvo reuniendo pruebas, documentación que los incriminase, archivos en los que anotaban la identidad de sus víctimas y el dinero extorsionado. Para una organización que opera bajo la ley del silencio, esto era muy grave. Con toda esa información en sus manos, Sean comenzó a sobornarles, les amenazó con enviar los documentos a la policía. Sin embargo, no contaba con la fuerza del brazo de Zhang Jie. Cuando se enteró de que estaban planeando asesinarlo, decidió desaparecer del mapa.

Nuevos recuerdos asaltan mi mente. Sean con expresión desesperada en el Apricot la noche que nos casamos. El Dalai Lama-Zhang Jie- bebiendo *Moet Chandon* en la barra. No me di cuenta, pero ambos debían estar vigilándose el uno al otro, como un gato y un ratón, Zhang esperando el momento propicio para atacar. Sean debió verse acorralado en ese momento.

—Entonces, el accidente de coche…—miro a Larsson, esperando a que me lo explique.

—Al principio, cuando descubrimos la conexión de Sean con las tríadas, pensamos que ellos habían provocado el accidente y se habían deshecho del cuerpo. Ahora sabemos que no fue así: fue el propio Sean el que lo fingió todo: él amañó los frenos y empujó su coche al lago Mead; ya estaba vacío cuando cayó al agua. Quería que Zhang Jie pensase que había muerto.

—Sigo sin entenderlo—me quejo–. Si Sean necesitaba desaparecer ¿por qué hizo esa pantomima de casarse conmigo?

Larsson suspira, incómodo de repente.

—Había alguien en la vida de Sean. Una mujer.

Asiento. Ya lo sabía, la escurridiza Gabrielle. No entiendo por qué Larsson me está mirando de repente con esa expresión de tristeza, como si yo fuese digna de lástima (más allá de la pena que pueda inspirar alguien postrado en un hospital después de que casi le hayan rebanado el cuello, claro está.)

—Esa mujer era su cómplice: lo sabía todo acerca de los fraudes e incluso ayudó a Sean a reunir parte de la documentación que incriminaría a Zhang Jie. Cuando planeó su fuga, Sean se encontró con un problema: la organización sabía que él tenía una amante, y que ella era su cómplice; él mismo se lo había confesado a Zhang en

los tiempos en aún se llevaban bien. La única baza de Sean era que Zhang Jie no conocía la *identidad* de ella, lo único que sabía era que trabajaba también en el Golden Apricot ¿comprende, Anne?

No. No comprendo nada de nada y el inspector sigue mirándome de un modo que no me gusta nada. Agito una mano para instarle a continuar.

—Sean sabía que si él desaparecía del mapa, la organización iría a por esa mujer, no pararían hasta saber quién era, de modo que, para protegerla, decidió buscarse una pareja falsa, una esposa, alguien cuyo nombre saliese a la luz en cuanto las Zhang Jie comenzase a investigar un poco. Un chivo expiatorio.

Una ofrenda, pienso. Si no estuviera ya tumbada en una cama lo más seguro es que me hubiese caído al suelo, a juzgar por el temblor que he empezado a sentir en las piernas. No puedo creerlo. La mezquindad de Sean, el engaño, mi ingenuidad; todo eso me golpea como un puño y la bilis se me sube a la garganta. Voy a vomitar.

Con la perspicacia que le caracteriza Larsson me acerca un vaso de plástico. Quizá además del paquete de pañuelos que ofrece a los desamparados también va por ahí con un cargamento de vasos, para cuando la conmoción que provocan sus noticas es aún mayor. El caso es que ni pestañea mientras yo me dejo las tripas y el alma en ese pequeño recipiente y después me ofrece un vaso de agua, sin dejar de mirarme con ojos amables.

—Lo siento. Sé que es algo terrible, básicamente intentó utilizarla como un cordero presentado para un sacrificio, por decirlo de algún modo. Pensaba que si el grupo de Zhang Jie se tragaba la farsa de su muerte y después la eliminaban a usted pensando que era la esposa real, el asunto quedaría zanjado.

Es tremendamente retorcido. Me llevo una mano a la sien porque de repente se me ha levantado un gran dolor de cabeza. Recuerdo a Sean esa noche, su aspecto desamparado, nuestra conversación y el modo en que fue guiando todos los acontecimientos para que encajasen en su plan: la borrachera, la licencia, la boda. Me siento tan estúpida que podría echarme a llorar. Algo que Larsson ha dicho antes resuena en mi mente:

—Ha dicho que ella trabajaba también en el Apricot. ¿Quién es? ¿Una de las bailarinas? Conozco a una Danielle, pero esa tal Gabrielle no me suena de nada…

—En realidad Gabrielle no es su verdadero nombre—murmura Larsson.

Otra vez esa mirada oscura, indefinible, como si estuviese a punto de decirme algo que va a hacerme daño. De pronto lo entiendo. La certeza me llega como un puñetazo, como uno de esos momentos en los que el mundo parece detenerse y vibrar y una sale del cataclismo un poco más rota. Las piezas comienzan a encajar como en un puzle: las miradas de lástima, las ojeras como lagos oscuros, las preguntas insistentes, la desolación. Un llavero con dos S entrelazadas.

—Es Sheila, ¿verdad? Sheila es *la Gabrielle* de Sean.

Larsson asiente suavemente.—Ella no sabía nada del plan. De hecho, habían roto poco antes así que lo que él le contó del anillo y todo eso era cierto. Pero Sean estaba empeñado en protegerla a toda costa, de evitar que Zhang Jie averiguase su identidad. Dejó muchas pistas para que la organización descubriese que Anne Tisley era su esposa: la licencia matrimonial, su coche hundido en el lago Mead… Quería que ellos la identificasen a usted como su amante, su pareja.

Asiento, todavía aturdida. Es horrible. Sin embargo, hay algo que sigo sin comprender.

—Si ella también estaba en peligro ¿por qué no huyó igual que Sean? Pudieron fingir también su desaparición. Pudo haberse marchado.

Larsson saca una carpeta de debajo de la silla y me tiende un par de fotografías tomadas desde lejos, las típicas que tomaría un detective. En ellas está Sheila, pero con un aspecto muy diferente al que usa en el casino: vaqueros raídos y una camiseta blanca. Está con otra joven, sentadas en un banco que brilla bajo el sol. El parecido entre ambas es innegable: las mismas piernas larguísimas, idéntica nariz respingona. Sin embargo, ahí termina todo: donde Sheila tiene una melena rojiza digna de un anuncio de champú, la otra ostenta un pañuelo anudado. También lleva unas gafas nasales conectadas a una bomba de oxígeno que descansa en el suelo. Miro a Larsson.

—Es su hermana. Está muy enferma, prácticamente vive en el hospital. Le quedan pocos meses. Sheila no estaba dispuesta a dejar Las Vegas y a Jacqueline en ese estado. Discutió con Sean y fue entonces cuando rompieron. En ese momento él decidió que haría lo posible para protegerla y usted apareció en su camino, como la víctima propicia. No creo que la hubiera fichado como objetivo antes de esa noche, Anne, pero de algún modo se le ocurrió la idea sobre la marcha.

Cierto, yo misma me metí en la boca del lobo, como un cordero despistado.

—¿Cómo han averiguado todo eso?

—Sheila vino a vernos por decisión propia cuando se enteró de su secuestro. Nos lo contó todo y de hecho gracias a ella pudimos detener a Sean, que se escondía en un edificio abandonado en San Francisco. —Larsson asiente ante mi cara de asombro—. Sheila es una sinvergüenza y una estafadora, pero no una asesina. Durante días estuvo luchando consigo misma, debatiéndose entre su lealtad a Sean y el horror que le producía el saber que estaba poniéndola a usted en bandeja para que la mafia la asesinase. ¿Sabía que lo primero que hizo él cuando regresó fue ir a verla para intentar reconciliarse? Le dio esto, aunque ella lo rechazó—. Larsson extiende una mano. Ahí, como guiñándome el ojo, está el anillo monstruoso, el diamante con el que el reno ingenuo se casó con el lobo cruel.

—¿Cómo es posible ?—pregunto extrañada—. Lo robaron de mi casa la noche de fin de año.

—Fue Sean quien se coló en su apartamento esa noche—me informa—. El vello se me eriza de inmediato: el lobo acechando la guarida de la cabritilla—. Por lo visto ha estado entrando y saliendo de la ciudad sigilosamente, como una anguila. Buscaba algo en su casa, algo que no encontró. Se llevó el anillo con la esperanza de recuperar a Sheila.

—¿Qué buscaba?—pregunto con un hilo de voz.

—La información. Los documentos que incriminaban a Zhang Jie y que él y Sheila habían ido reuniendo.

—¿Cómo?—Esto es una locura—¡Yo jamás he tenido esos documentos en mi poder!

—De hecho sí los tenía, aunque lo ignoraba—me responde el inspector con calma. Rebusca en su maletín y extrae un retrato: la foto de Sean y Luke que cogí del apartamento de Sean. Larsson hurga en una ranura tras el marco, dejando al descubierto una minúscula cavidad—. Ahí estaba la memoria USB donde Sean había grabado toda la información—me explica—. Por algún motivo, decidió que no era seguro llevarla encima cuando fingió desaparecer así que la dejó en su piso, confiando en recuperarla más tarde. Usted debió coger el retrato de allí, ¿verdad?

Asiento. A veces la vida tiene ese tipo de retorcidas casualidades.

Larsson sirve más agua en los vasos de plástico y los dos bebemos. Después me recuesto sobre las almohadas mientras él va dándome más detalles: a través de su red de contactos, Zhang Jie se hizo con una copia de la licencia matrimonial y averiguó mi nombre. Enterarse de mi dirección también fue fácil: les bastó con rebuscar en el Apricot y destrozar las taquillas de los empleados hasta dar con la mía, donde

guardaba una copia del contrato de trabajo con mis datos. Durante días jugamos al gato y al ratón sin saberlo, como yo estaba en casa de los Miller no pudieron cazarme. Y cuando por fin lo hicieron, fue la chica equivocada: Elise, a quien golpearon en la cabeza pensando que era yo.

—Sean se enteró también de que se había producido un ataque en su casa—dice Larsson—. Lo leyó en la prensa local. Pensó que la víctima era usted, así que se sintió seguro para volver. Su principal objetivo era registrar de nuevo su apartamento en busca del retrato. Debió ser una gran sorpresa para él encontrársela allí, viva.

Rememoro el momento. Si Sean se sorprendió, no lo demostró: los más conmocionados fuimos Luke y yo. Trato de cambiar rápidamente de tema porque pensar en ese momento todavía me duele: la huida de Luke, su rechazo.

—Sean empezó a ser más descuidado y un miembro de la red de Zhang Jie lo vio por casualidad en la ciudad. A través de un contacto que tenían en el hospital y que ya hemos detenido, se enteraron de que la víctima su ataque no era la esposa de Sean, sino la hija de los Miller. Y ahora que sabían que él estaba vivo tuvieron que replantear toda su estrategia: ya no querían liquidarla a sangre fría, sino conseguir que usted desvelase el paradero de la información. Por eso acecharon de nuevo su casa hasta que se presentó la oportunidad de atraparla.

Me estremezco. Quién sabe a qué horribles torturas me hubieran sometido de no haber llegado Larsson en el momento apropiado.

—Me alegro de que pudiesen rescatarme—le digo.

Él asiente.—En realidad fue Luke Miller quien nos dio la voz de alarma. Fue a buscarla y uno de sus vecinos le contó una extraña historia acerca de unos *hombres de negro* que la habían abducido. Estaba tan colocado que era incapaz de discernir la realidad de la ficción, pero Luke ató cabos y me llamó inmediatamente. Fue una suerte que en ese momento ya hubiéramos comenzado a estrechar el cerco sobre Zhang Jie y conocíamos la localización de su cuartel general. De otro modo nos hubiera sido casi imposible encontrarla.

Nos quedamos en silencio un largo rato. Entiendo lo que Larsson quería decir cuando aseguró que este había sido un caso complicado: lleno de codicia, mentiras, secretos y arrepentimiento. Sean, con su interior retorcido y dañino como el más letal de los cactus de James; Sheila, con sus contradicciones; Luke, con su dulzura y su distancia.: y por último yo: la Anne que ha comenzado a encontrarse a sí misma, a solas con mi reflejo en el espejo, como dos desconocidas que por fin

consiguen darse la mano.

Larsson se levanta para marcharse. Carraspea, un poco incómodo, y después me estrecha la mano con afecto.

—¿Qué va a hacer ahora, Anne?

Le doy la única respuesta posible.

—No lo sé.

CASIOPEA

Casiopea es una gata muy inteligente. Se pega a mis piernas y maúlla con tono lastimero para que le dé un trozo de la tostada que me estoy comiendo. Me agacho, le paso la mano por el lomo y ella ronronea como un pequeño motor. Tengo debilidad por ella, quizá porque tiene nombre de constelación o tal vez porque es la más fea de los gatos de tía Wendy; con un pelaje tieso de color indefinido y una oreja torcida. Ya estaba así cuando la encontró abandonada en la calle.

Han pasado dos semanas desde la policía me rescató de las garras de Zhang Jie. En un par de meses comenzarán los juicios por fraude y estafa. Sean se sentará en el banquillo. Sheila también. No me gusta demasiado pensar en ello.

He dejado mi trabajo en el Apricot y me he mudado a Reno, a casa de tía Wendy, mientras pongo mi vida en orden. El cambio me ha venido bien: sus gatos son simpáticos y ella es como la Eleanor Abernathy de *Los Simpson*, pero ligeramente más cuerda.

No hay mucho que contar. Jason y Nia me llaman todos los días y hablamos de todo un poco: de lo ocupado que está Jason con sus clases de matemáticas, de lo bien que marcha el negocio de los Doskas, de la relación intermitente de Nia con Jack el Bocazas…Jason y yo estamos de acuerdo en una cosa: hay algo ahí. Por mucho que Nia se empeñe en hacerse la dura, en quejarse del exceso de pecas o de la manía de Jack de cantar baladas tristes irlandesas cuando se toma más de una cerveza; sus ojillos de enamorada la delatan.

De común acuerdo, jamás mencionamos a los Miller, en especial a uno de ellos.

Sophie y Elise me han escrito varios mensajes: la primera pródigos y efusivos y la segunda breves y dignos, aunque el afecto se desborda de sus palabras concisas. De cuando en cuando también recibo un mensaje de Dorrie, con extraños *memes* que son una oda al humor negro. No quiero saber en qué oscuros recovecos de Internet los encuentra.

Sophie me recogió del hospital cuando me dieron el alta; la pobre mujer parecía haber envejecido diez años. Me lo ha contado todo: la historia entre Nelle, Luke y Sean, la huída de ella, el accidente. Ella también acababa de enterarse de todo y creo que nunca se recuperará de la impresión. Sé que se culpa, por no haberlo sabido antes, por no haber visto más allá, por no haber podido evitarlo. Me hubiera gustado decirle que ella no es culpable de nada, pero no lo hice. Si

algo he aprendido en estos días es que es imposible espantar con palabras a los propios fantasmas. Solo el tiempo consigue ahuyentarlos y, a veces, ni siquiera eso.

No he sabido nada de Luke, aunque pienso en él a diario. También pienso en el amor. Por fin me he dado cuenta de que el amor no es como yo pensaba, no siempre es un trazo limpio entre las estrellas como la historia de mis padres. A veces es un viaje tortuoso, lleno de recovecos, un vínculo enfermizo como el que tenían Sheila y Sean. Otras veces está roto, es un como un hilo deshilachado que uno se empeña en sujetar por los extremos, como le sucedió a Luke con Nelle. En cuanto a mí, me he dado cuenta de algo: siempre he vivido historias que no eran reales, como escenas pintadas en un lienzo. Con Luke fue diferente, con él sentí que lo que tuvimos era real: a veces amable, a veces feo; pero definitivamente de verdad.

Como te dije, pienso en él todos los días pero me está viniendo bien estar sola conmigo misma, con la Anne nueva, la que se ha quitado todos sus disfraces: de reno torpe, de duende complaciente, de romántica empedernida. La Anne real.

***

A *Casiopea* le gusta explorar el jardín. Siempre regresa con el pelo enmarañado y las uñas sucias de tierra y tía Wendy va detrás de ella limpiando huellas embarradas, pero no la regaña porque también tiene debilidad por ella. Ayer la sorprendí maullando en el jardín, muy enfadada porque a alguien se le había olvidado abrir su gatera. Cuando fui a socorrerla me la encontré cubierta de flores: capullos amarillos y blancos que se entretejían en su pelaje dándole un extraño aspecto de diosa hindú. La limpié y traté de olvidarme del asunto, pero la imagen de las flores martilleaba en mi cabeza, como una idea molesta.

Entonces recordé donde las había visto antes. *Astrophytum*. Los cactus estrellados del jardín de James.

Luke.

He registrado el pequeño jardín de tía Wendy pero no he visto ni rastro de esa planta en particular. Aquí solo hay margaritas, coles ornamentales y un puñado de caléndulas anaranjadas que parecen pájaros exóticos. Nada más.

Tras este descubrimiento he decidido cambiar un poco mi rutina. Ahora paseo todas las mañanas por el jardín, perseguida por todos los gatos que por lo visto encuentran un gran entretenimiento en contemplarme mientras doy vueltas por ahí con las mejillas coloradas por el frío.

Ayer escuché el ruido de un motor a lo lejos. Apenas pude distinguirla, pero juraría que una Kawasaki color plomo se alejaba a toda velocidad por la carretera.

De modo que he decidido esperar.

Hoy es un día apacible, casi cálido, aunque al invierno todavía le queda mucho tiempo de reinado. No al Rey Acebo, a ese no, por fortuna ya está entre rejas, donde no puede herir a nadie más. Estoy sentada en uno de los bancos que tía Wendy ha puesto en el jardín: tablones lisos pintados de colores que ofrecen un aspecto alegre, optimista. *Casiopea* se ha subido a mi regazo y ha adoptado una postura alerta: un tigre diminuto defendiendo sus dominios.

Pasa media hora hasta que lo veo, mejor dicho; lo oigo, porque a estas alturas el motor de la Kawasaki se ha convertido en un sonido tan familiar que creo que hasta he llegado a oírlo en sueños. Luke se detiene al otro lado de la verja y se quita el casco con un movimiento lento. Me mira, nos miramos durante lo que parecen horas y después avanzo hacia él: no demasiado cerca, solo unos pasos, lo suficiente para poder oír lo que tenga que decirme.

—Anne—dice, con esa forma tan suya de paladear mi nombre.

—Luke.

—Te queda bien el gato—añade—. Más que un duende, ahora pareces una brujita. Una de las buenas, claro. Las que ayudan al héroe de los cuentos con sus pócimas para aumentar su fuerza.

—O su amabilidad—digo yo.

—O su inteligencia

—O su confianza.

—O su valentía—añade él. Se pega un poco más a la verja, como si quisiera atravesarla—. Perdóname, Anne, por haber sido un cobarde.

Asiento. En realidad ya le he perdonado hace mucho tiempo. Nos pasamos hablando la siguiente media hora y aunque se me pasa por la cabeza que quizá debería dejarle entrar al jardín, finalmente no lo hago. Por algún motivo, la valla entrelazada de hiedra y madreselva de tía Wendy me parece un buen símbolo de lo que hay entre nosotros: belleza, pero también nudos; nudos que con un poco de suerte conseguiremos desatar algún día.

Luke me lo cuenta todo. Me habla de Nelle, de la historia que yo ya sabía por Sophie, añadiendo nuevos datos que me ayudan a entenderla. Me habla de la culpa que anidó en su estómago durante tantos años, como un parásito glotón, y del miedo que sintió cuando

se dio cuenta de lo que estaba empezando a sentir por mí. El regreso de Sean lo puso todo en entredicho: el nuevo Luke, que había comenzado a salir de su cascarón, huyó como un ratón aterrorizado ante un aguilucho. Por algún motivo estaba convencido de que me sucedería algo horrible, igual que a Nelle, que el odio entre Sean y él volvería a tener consecuencias catastróficas para la chica situada entre ambos.

Me habla también de su encuentro con Nelle, la noche que Dorrie le llevó a su casa, de cómo tuvo un efecto calmante en él, como si verla después de tantos años le ayudase a liberarse de toda esa carga. Como si, de algún modo misterioso, entendiese que ella le había perdonado.

Nos quedamos un rato callados, mientras *Casiopea* maúlla entre las plantas y el sol invernal nos acaricia la cara. Aún queda trabajo por hacer pero siento que la primera barrera entre nosotros ha caído. El primer nudo.

—¿Piensas quedarte en Reno mucho tiempo?—pregunta Luke.

—Casey me ha llamado y me ha dicho que me reserva el empleo. Aparentemente, el bar está hecho un desastre sin mis mezclas mágicas —bromeo—Quizá vuelva pronto a casa.

Él asiente y juraría que en sus ojos veo algo nuevo y bonito, algo parecido a la esperanza. Se monta a horcajadas en la moto y me mira un poco nervioso, pasándose el casco de una mano a la otra.

—¿Podré llamarte cuando vuelvas? Ya sabes, nunca he probado uno de tus cócteles milagrosos. Quizá sean como las pociones de la bruja buena.

—¿Para aumentar el vigor?—Alzo las cejas y los dos nos reímos a la vez. Es maravilloso volver a escuchar su risa.—Desde luego—añado mientras empiezo a caminar hacia la casa, con *Casiopea* pisándome los talones—. Llámame algún día.

ESTRELLAS TERCAS

Tres meses después…

La tela que cae sobre mi cabeza es áspera, pesada y huele ligeramente a tejido industrial, como si de repente me hubiera metido en la sección de alfombras de Ikea. Manoteo para sacármela de encima pero lo único que consigo es que ondee a mi alrededor y me cubra todavía más. Calma, Anne, calma.

No, no es que Bob Casey me haya obligado a vestirme de fantasma para la noche de Halloween, en caso de que te lo hayas preguntado. No en realidad lo que llevo encima es la lona de una tienda de campaña, porque el listo de Luke está dándole una pedante charla a una panda de aficionados a la astronomía y me ha dejado sola con el montaje.

Déjame que empiece por el principio. Volví a Las Vegas dos semanas después de la visita de Luke y por lo visto, todos se alegraron mucho de tenerme de vuelta. Bob Casey me recibió como si de verdad fuese su barista estrella, la señora Patterson me abrazó como a una hija perdida, asegurando que el edificio era muy aburrido sin mí, e incluso Chris, que va por ahí muy orgulloso ahora que ha ayudado al cuerpo de policía a resolver un crimen, me dio unas torpes palmaditas de bienvenida en la espalda.

Por supuesto, los que más se alegraron fueron Jason y Nia. Ellos y los Miller, que siguen empeñados en demostrarme que tengo un lugar preferente tanto en su casa como en sus corazones. Me gusta, no voy a negártelo. Me gusta envolverme en ese jersey tan suave y cálido.

Luke me llamó cuando se enteró de que había vuelto a Las Vegas y, tal y como le había prometido, le preparé la mezcla más extraña de mi repertorio: un *Tapeworm Shot*: vodka, salsa tabasco y un chorro de mayonesa. El hecho que se lo bebió de un trago sin lagrimear ni salir corriendo dice mucho en su favor.

Hemos quedado algunas veces, reconstruyendo nuestra relación a pasitos de pingüino, saltitos pequeños que, con un poco de suerte, nos conducirán a la meta.

Y ese es el motivo de que ahora esté aquí, en pleno Cañón del Colorado, rodeada de rocas rojizas y naturaleza salvaje, intentando montar una tienda de campaña que se me resiste. Luke me invitó a pasar el fin de semana con él y algunos otros miembros de la Sociedad Astronómica de Las Vegas. El objetivo es pasar dos noches en pleno parque natural observando la lluvia de líridas que se produce en esta época del año. Los colegas de Luke son simpáticos y ruidosos y se han

esforzado por hacerme la estancia agradable: incluso me han dado varias charlas ligeras sobre astronomía.

Ninguna de ellas tan interesante como la de la terquedad de las estrellas, por supuesto.

Ni punto de comparación.

Ver anochecer aquí en plena naturaleza es muy distinto a hacerlo en la ciudad. El paisaje entero parece plegarse para acomodarse a la llegada de la noche: la luz, los sonidos, los olores; todo cambia y se hace más nítido. Al final, dejé la tienda por imposible y fue uno de los amigos de Luke el que nos ayudó a montarla, ya que él parece ser incluso más patoso que yo para estas cosas. Ahora estamos sentados a la puerta de nuestra tienda de campaña, bebiendo café negro en tazas de hojalata y comiendo nubes de golosina requemadas en el fuego. Cuando se inclina hacia mí noto en su aliento el olor del azúcar y me asaltan de nuevo los recuerdos de la última navidad: tan dulces y amargos a la vez.

Es curioso lo distinto que es un cielo sin farolas ni edificios iluminados. Las estrellas van apareciendo una a una, como visitantes tímidos. Parpadean, se asientan, parecen buscar su lugar en ese lienzo oscuro. Cuando empiezan a caer lo hacen casi de golpe, precipitándose al vacío. Es precioso. Me pregunto cuántos millones de personas en el mundo estaremos viendo esta lluvia de estrellas al mismo tiempo. Cuántas estarán pidiendo deseos, buscando símbolos en sus estelas. Luke me abraza desde atrás y yo apoyo la cabeza en su pecho cálido, nuestros cuerpos encajan el uno en el otro. Puede que haya miles de caminos ahí en el cielo, pero el mío está aquí, sobre este suelo lleno de musgo y agujas de pino.

Horas después ambos estamos desnudos dentro de un enorme saco de dormir, mientras en el exterior de la tienda resuenan los ruidos nocturnos. Luke recorre mi cuerpo con esas caricias tan suyas, concienzudas, como tratando de dejar rastro. Su dedo se detiene en la cara interna de mi rodilla, dibuja un par de círculos.

—¿Sabes que tienes un lunar aquí?

—La verdad es que no. No es un sitio en el que una mire en busca de lunares.

—Tiene forma de estrella—susurra él—. Cinco estrellas perfectas.

Doblo la pierna (más bien la retuerzo en un ángulo raro, porque la flexibilidad no es lo mío) y compruebo que tiene razón. Mi pequeña estrella particular.

Luke me está mirando con una sonrisa torcida.

—Está bien—concedo—. Lo has encontrado tú. Puedes preguntar.

Ni siquiera tiene que pensárselo. La pregunta surge rápida como un disparo.

—¿Confías en mí?

No me apresuro en responder. Aspiro su olor conocido, me detengo en la línea de su mandíbula. Afuera, un coyote ha empezado a aullar y algún pájaro de gran tamaño aletea sobre la tienda de campaña, quizá un búho que sale de caza.

Finalmente, le doy la única respuesta válida.

—Confío.

FIN.

SOBRE LA AUTORA

Lara Beli nació en el norte de España pero hace tiempo que vive en Madrid. Empezó arrancando páginas cuando todavía no alcanzaba los estantes de la librería sin la ayuda de un taburete y ha seguido toqueteando libros desde entonces, aunque ha aprendido a ser más cuidadosa. Comparte sus días con un marido paciente y dos niñas impacientes y ha pasado de garabatear en libros ajenos a juntar palabras de su propia cosecha.

Puedes seguirme en mis redes sociales

Facebook

Instagram

Twitter

También puedes escribirme a

larabeliautora@gmail.com